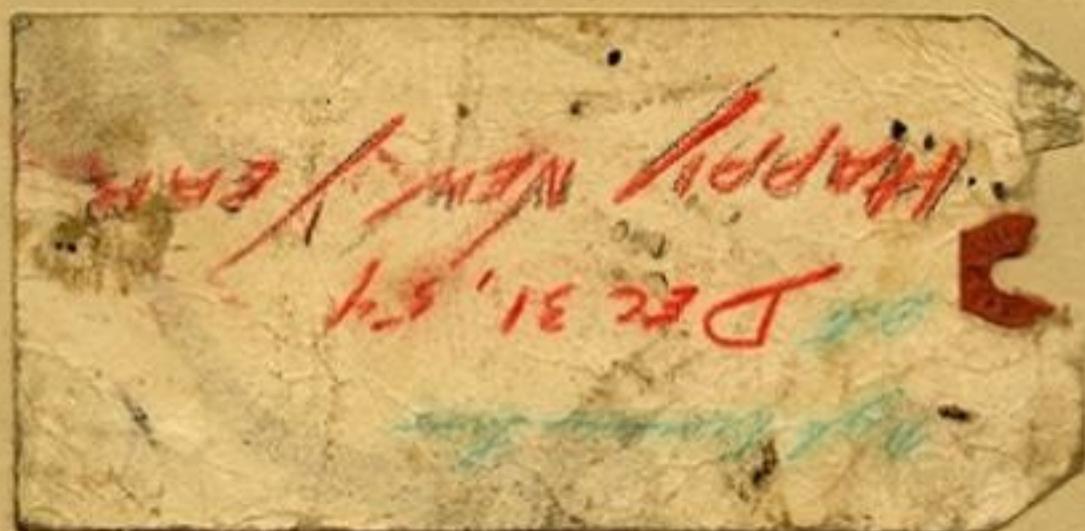


Anna Funder

# STAS I LAND



Historias tras el Muro de Berlín



Lectulandia

Durante años se nos vendió que en la RDA no existía oposición al comunismo, una afirmación amparada por la historia y la naturaleza de los alemanes del Este, un pueblo disciplinado y educado para obedecer órdenes. Pero más allá de las condiciones naturales existía el poder de la Stasi, la policía secreta de la RDA, que contaba con el mayor número de miembros y confidentes por ciudadano que cualquier otro estado totalitario de la historia.

A través de diferentes entrevistas con antiguos miembros de la Stasi y algunas de sus víctimas, Anna Funder consigue reunir testimonios hasta lograr una visión espeluznante de una sociedad férreamente controlada. Y nos descubre la acción de la policía secreta en Occidente, su infiltración en medios políticos, cómo vendían a los disidentes por divisas de la Alemania Occidental y qué sucedió en los últimos días de la RDA, desde el punto de vista de quienes debían haberla defendido.

*Stasiland* fue galardonado con el *Samuel Johnson Prize* de la BBC para obras de no ficción en 2004, y finalista del *Age Book of the Year Awards*, el *Queensland Premier's Literary Awards*, el *Guardian First Book Award*, el *South Australian Festival Awards for Literature (Innovation in Writing)*, el *Index Freedom of Expression Awards* y el *W.H. Heinemann Award*.

**Lectulandia**

Anna Funder

# **Stasiland**

**Historias tras el Muro de Berlín**

ePub r1.1

Rob\_Cole 17.11.14

Título original: *Stasiland: Stories from behind the Berlin Wall*

Anna Funder, 2003

Traducción: Julia Osuna Aguilar

Diseño de cubierta: Rob\_Cole

Editor digital: Rob\_Cole

Corrección de erratas: (r1.1) liete

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Craig Allchin

«(...) una callada jungla enloquecida bajo el cristal».  
*Los miembros de Frankie y la boda*  
Carson McCullers

«Vosotros dos, violador y víctima (¡colaborador! ¡violín!), estáis vinculados, tal vez para siempre, por la obscenidad de lo que os ha sido revelado, por lo triste que es saber de lo que es capaz la gente. Todos somos culpables».

*Las auténticas confesiones de un terrorista albino*  
Breyten Breytenbach

«—¡Que el jurado considere su veredicto! —ordenó el Rey por enésima vez  
aquel día.  
—¡No, no! —atajó la Reina—. ¡La sentencia primero!... ¡Ya habrá tiempo  
para el veredicto después!»

*Alicia en el País de las Maravillas*  
Lewis Carroll, trad. de Jaime de Ojeda

# 1. Berlín, invierno de 1996

Tengo resaca y voy sorteando la muchedumbre de la estación de Alexanderplatz como si fuera un coche. En varias ocasiones calculo mal mi anchura y acabo chocando contra una papelera o contra un poste de publicidad. Mañana se me revelarán cardenales en la piel, igual que una fotografía en un negativo.

Un hombre que está de cara a la pared se da la vuelta sonriendo y subiéndose la bragueta. No tiene cordones en los zapatos y apenas dientes en la boca; su cara y su calzado están igual de dados de sí. Otro hombre vestido con un mono, con una escoba del tamaño de un secapistas de tenis, esparce por el andén desinfectante en bolitas; va formando arcos de polvo verde, colillas y orín. Un borracho matutino camina por el suelo como si éste fuese a desaparecer.

Voy a coger el metro que va a la Ostbahnhof para desde allí tomar un tren regional a Leipzig, un trayecto de un par de horas. Me siento en un banco verde; miro los azulejos verdes, el aire verde. De buenas a primeras, no me encuentro muy bien. Tengo que salir a toda prisa a la superficie, volver por las escaleras por las que he venido. Por arriba, Alexanderplatz es una monstruosa extensión de cemento gris diseñada para que la gente se sienta pequeña. Funciona.

Fuera está nevando. Atravieso la nieve medio derretida hasta donde sé que hay unos urinarios; al igual que las vías del metro, también están bajo tierra, pero a nadie se le ha ocurrido conectarlos con la estación a la que prestan servicio. Al bajar los escalones el nauseabundo olor a antiséptico es abrumador.

Al fondo se ve a una mujer corpulenta con un delantal morado y un maquillaje de lo más estridente. Está detrás de un mostrador de cristal que custodia su alijo de preservativos, pañuelos y tampones. No cabe duda de que se trata de una mujer a la que no le asustan los desechos de la vida. Tiene una piel suave y reluciente y varios niveles de papada. Debe de rondar los sesenta y cinco años.

—Buenos días —le digo. Me siento incómoda. He oído historias sobre bebés alemanes y sobre pesar sus alimentos y sus heces para intentar establecer el peso de la vida. Esta clase de historias maternas siempre me han parecido muy poco apropiadas. Hago uso del baño, salgo y dejo una moneda en el platillo. Se me ocurre que la única función de las perlas desinfectantes es disimular el olor del cuerpo humano con uno aún peor.

—¿Cómo está la cosa por ahí arriba? —me pregunta la señora de los baños, señalando el tramo de escalones con la cabeza.

—Bastante frío. —Me cuelgo la mochila a la espalda—. Pero tampoco es para tanto, no hay mucho hielo por el suelo.

—Eso no es nada todavía —resopla.

No sé si se trata de una amenaza o de un alarde. A esto es a lo que llaman *Berliner Schnauze*, u «hocico berlinés»: una actitud de «chúpate ésa». No quiero estar aquí pero tampoco quiero subir al frío. El olor a desinfectante es tan fuerte que no sabría decir si me siento mejor o más mareada.

—Llevo aquí veintiún años, desde el invierno de 1975. He visto cosas mucho peores.

—Sí que lleva tiempo.

—Desde luego. Tengo una clientela fija, te lo aseguro. Me conocen, les conozco. Una vez vino hasta un príncipe, un tal Von Hohenzollern.

Supongo que le contará lo del príncipe a todo el mundo. Pero funciona, siento curiosidad.

—Ajá. ¿Antes o después de la caída del Muro?

—Antes. Era del Oeste y había venido de viaje de un día. Solían pasar bastantes occidentales, ¿sabe usted? Y me invitó a su palacio. —Se da una palmadita sobre el voluminoso busto—. Pero, claro, no podía ir.

Por supuesto que no: el Muro de Berlín pasaba a unos dos kilómetros de aquí y no había manera de saltarlo. Junto con la Gran Muralla china, fue una de las estructuras más largas que jamás se hayan construido para mantener separada a la gente. La señora pierde credibilidad por momentos pero, en consonancia, su historia va mejorando. Y, de pronto, ya no huelo nada.

—¿Ha viajado usted desde que cayó el Muro? —le pregunto.

Echa la cabeza hacia atrás con cierto desdén. Veo que lleva un perfilador de ojos morado que, desde ese ángulo, parece fosforito.

—Todavía no. Pero me gustaría... A Bali o algún sitio por el estilo. O a China. Sí, a China. —Tamborilea con sus uñas pintadas sobre la vitrina de cristal y fantasea a media distancia, por encima de mi hombro izquierdo—. ¿Sabe lo que de verdad me gustaría hacer? Me gustaría echarle un vistazo al Muro, a la muralla esa que tienen allí.

El tren sale de la Ostbahnhof y va acelerando hasta alcanzar velocidad de crucero. El ritmo mece como una cuna y acalla el repiqueteo de mis dedos. La voz del conductor llega a través de los altavoces recitando las paradas: Wannsee, Bitterfeld, Lutherstadt, Wittenberg. En el norte de Alemania habito el extremo gris del espectro: edificios grises, tierra gris, pájaros grises, árboles grises. Fuera de ahí la bobina de la ciudad, y luego la del campo, pasan en blanco y negro.

Anoche es una borrosa nube de humo: otra sesión de bar con Klaus y sus amigos. Pero ésta no es de esa clase de resaca con la que tienes que borrar de un tachón el día. Es de una clase más interesante, de ésta en que las sinapsis destruidas se van regenerando poco a poco por su cuenta, perdiéndose a veces a medio camino y provocando así nuevas y extrañas conexiones. Me acuerdo de cosas que no había recordado con anterioridad, cosas que no salen del ordenado almacén de recuerdos al que llamo «Mi pasado». Me acuerdo del bigote de mi madre al sol, me acuerdo de la pronunciada sensación de ansiedad y angustia de la adolescencia, me acuerdo del olor a cal viva de los frenos del tranvía en verano. Crees que tienes tu pasado archivado por temas pero, en realidad, está esperando a reconectarse, en algún momento, por sí solo.

Me acuerdo de que aprendí alemán, tan bello y exótico, en la escuela, en Australia, en la otra punta de la Tierra. A mi familia no le hacía mucha gracia que aprendiera una lengua tan fea y extraña, una lengua que, aunque resultaba complicado expresarlo así, era la lengua del enemigo. Sin embargo, a mí me gustaba su parecido con un juego de construcciones, por eso de crear largas palabras compuestas a partir de varias pequeñas. Se podía dar vida a cosas que no tenían nombre en inglés: *Weltanschauung*, *Schadenfreude*, *sippenhaft*, *Sonderweg*, *Scheissfreundlichkeit*, *Vergangenheitsbewältigung*. Me gustaba la amplia gama de palabras entre lo *descorazonador* y lo *acorazonado*. Me gustaba el orden, la diligencia con que imaginaba a la gente. Más tarde, en los años ochenta, cuando pasé una temporada en Berlín Occidental no pude dejar de preguntarme qué estaría pasando al otro lado del Muro.

Sentada frente a mí, una mujer con la barriga como un tonel desenvuelve unos emparedados de pan negro. Hasta el momento ha hecho como si yo no existiera, como si no estuviésemos pendientes de que nuestras rodillas se rozasen. Tiene las cejas pintadas en arcos de sorpresa, o puede que de amenaza.

Me paro a pensar en los sentimientos que he desarrollado hacia la antigua República Democrática de Alemania. A pesar de que es un país que ya no existe, aquí estoy yo, en un tren que lo atraviesa a todo trapo, dejando atrás sus casas en ruinas y a su gente desconcertada. Esta sensación requiere una palabra de juego de construcciones: solo puedo calificarla de «horromance». Es una sensación tonta, pero no quiero deshacerme de ella. El romance es por ese sueño de un mundo mejor que los comunistas alemanes quisieron construir sobre las cenizas del pasado nazi: de uno que se adecuase a sus capacidades a uno que se adecuase a sus necesidades. El horror es por lo que hicieron en su nombre. Alemania del Este habrá desaparecido, pero sus rescoldos siguen a la vista.

Mi compañera de viaje saca un paquete de West, la marca más popular, por lo que se ve, desde que cayera el Muro. Se enciende uno y echa el humo por encima de mi cabeza. Cuando se lo acaba apaga la colilla en la papelera, se cruza de brazos sobre el regazo y se queda dormida. Su expresión, fijada a lápiz, no se inmuta.

La primera vez que estuve en Leipzig fue en 1994, casi cinco años después de la caída del Muro en noviembre de 1989. Alemania del Este seguía sintiéndose como un jardín amurallado, como un lugar perdido en el tiempo. No me habría sorprendido que las cosas supiesen aquí de otra manera, las manzanas a peras, por ejemplo, o el vino a sangre. Leipzig fue el núcleo de lo que ahora todo el mundo llama *die Wende*, «el Giro». El *Wende* fue la revolución pacífica contra la dictadura comunista de Alemania Oriental, la única revolución que ha triunfado en toda la historia alemana. Leipzig fue el punto de partida y el corazón. Ahora, dos años después, vuelvo una vez más.

En 1994 me encontré con una ciudad de aluvión. Las calles serpenteaban con el gesto torcido, había cochambrosos pasajes entre edificios que te llevaban sin esperarlo al siguiente bloque y arcos bajos que canalizaban a la gente hacia bares subterráneos. Mi mapa no guardaba ningún parecido con cómo se vivía la vida en Leipzig. La gente informada cogía atajos ocultos a través de los edificios, o seguía líneas no dibujadas entre bloques, caminando por encima y por debajo del nivel del suelo. Me perdí sin remedio. Estaba buscando el museo de la Stasi en la Runde Ecke, o el edificio de la «esquina redonda», sede, en sus tiempos, de las oficinas de la Stasi. Necesitaba ver con mis propios ojos parte del vasto aparato que había constituido el Ministerio para la Seguridad del Estado de Alemania del Este.

La Stasi era el ejército interno mediante el cual ejercía el control el gobierno. Su función era saberlo todo sobre todo el mundo, valiéndose para ello de cualquier medio. Sabía quién venía a visitarte, sabía a quién llamabas por teléfono y sabía si tu esposa se acostaba con alguien. Era la metástasis de la burocracia en la sociedad de la RDA: abierta o veladamente, siempre había alguien informando a la Stasi sobre sus colegas y amigos, en cada escuela, en cada fábrica, en cada bloque de pisos, en cada bar. Obsesionada como estaba por el detalle, la Stasi no fue capaz de predecir en ningún momento el fin del comunismo ni, por ende, el fin del país. Entre 1989 y 1990 todo quedó patas arriba: un día, unidad de espionaje estalinista; al siguiente, museo. En sus cuarenta años, «la Compañía» generó el equivalente a todos los archivos históricos de Alemania desde la Edad Media. Si los pusiésemos en vertical, uno detrás de otro, los expedientes que la Stasi recopiló sobre sus conciudadanos y conciudadanas formarían una línea recta de 180 kilómetros de largo<sup>[1]</sup>.

Por fin encontré la Runde Ecke: era enorme. Un tramo de escaleras conducía hasta unas gruesas puertas dobles tachonadas y revestidas de metal. Me encogí como Alicia. A la derecha, sobre la fachada de hormigón, había un rectángulo descolorido, una mínima parte del edificio que no había quedado teñida por la contaminación; allí había estado colgada una placa que decía «Ministerio para la Seguridad del Estado: Delegación de Leipzig» o algo por el estilo. Entre el júbilo y el miedo, la habían arrancado durante la revolución y desde entonces nadie había vuelto a verla.

Deambulé por el interior. Todos los escritorios estaban tal y como habían quedado la noche en que los manifestantes habían tomado el edificio, de un orden que daba

miedo: teléfonos de disco de dos en dos; destructoras tiradas a la basura tras averiarse durante los últimos intentos desesperados de la Stasi por eliminar los expedientes más incriminatorios. Encima de un escritorio había colgado un calendario de 1989 con una foto de una mujer desnuda de cintura para arriba, pero, aparte de eso, lo que atestaba las paredes eran las insignias comunistas. Las celdas estaban abiertas, y como dispuestas a recibir más presos. A pesar de los grandes esfuerzos de Miss Diciembre, el edificio destilaba humedad y burocracia.

El comité de ciudadanos que administraba el museo había expuesto algunas piezas sobre mamparas de conglomerado barato. Había un negativo de la famosa fotografía de las manifestaciones de otoño de 1989, donde se veía un mar de gente con velas y con las cabezas apuntando hacia el edificio, mirando a la cara a sus supervisores. Sabían que era desde aquí desde donde se observaban sus vidas, se manipulaban y, en ocasiones, hasta se destruían. Había copias de los télex cada vez más históricos entre el cuartel general de la Stasi en Berlín y esta delegación, donde los funcionarios se habían atrincherado tapiando las ventanas con trozos de hojalata. «Salvaguarden todas las premisas del Ministerio», ordenaban, y «Protejan todos los elementos encubiertos».

Mis favoritas eran las fotos de los protestantes ocupando el edificio el 4 de diciembre de 1989, tomando los pasillos aún con la sorpresa en las caras, como si estuviesen medio esperando a que les pidiesen que abandonasen el edificio. De hecho, al entrar, los guardias de la Stasi requirieron ver las identificaciones de los manifestantes, en una extraña parodia del control que, justo en ese momento, estaban perdiendo. Los manifestantes, en la conmoción, se sacaron obedientemente el documento de identidad de la cartera. Luego conquistaron el edificio.

A medida que fueron saliendo a la luz los archivos se fueron revelando grandes y pequeños misterios. Entre ellos destacaban los tics del hombre de a pie en plena calle. El siguiente documento se podía ver en la exposición:

#### SEÑALES PARA LA OBSERVACIÓN

1. ¡Cuidado! El sujeto se aproxima:  
Tocar nariz con mano o pañuelo.
2. El sujeto está caminando, se aleja o se adelanta:  
Acariciar pelo con mano o saludar con sombrero un instante.
3. El sujeto está quieto:  
Llevarse una mano a la espalda o al vientre.
4. El observador desea terminar la observación porque corre peligro de ser descubierto:  
Agacharse y atarse los cordones.
5. El sujeto vuelve:  
Ambas manos tras la espalda o al vientre.
6. El observador desea hablar con el líder del equipo o con otros observadores:  
Sacar el maletín o equivalente y examinar su contenido.

Me imagino la danza callejera del sordomudo; agentes haciéndose señas entre sí desde una esquina a otra: tocándose la nariz, la barriga, la espalda y el pelo, atándose y desatándose cordones, descubriéndose ante extraños y rebuscando entre papeles.

Toda una coreografía para niños exploradores traviesos.

Hacia el fondo del edificio, tres estancias albergaban artefactos de la Stasi en vitrinas de cristal. Había una caja de pelucas y bigotes falsos acompañados de pequeños botes de pegamento para fijarlos. Había bolsos de vinilo con micrófonos disimulados entre los pétalos de unas flores tachonadas. Había escuchas ocultas que habían estado en paredes de pisos y una montaña de cartas que nunca llegaron al Oeste. En uno de los sobres se veía una caligrafía infantil en lápices de colores, un color para cada letra de la dirección.

Una de las vitrinas no contenía más que botes vacíos. Estaba mirándolos extrañada cuando se me acercó una mujer. Parecía la versión femenina de Lutero, pero en guapa. Rondaba los cincuenta, tenía los pómulos marcados y una mirada franca. Parecía simpática, pero también parecía como si supiese que yo me había estado mofando mentalmente de un régimen que requería que sus miembros firmasen juramentos de lealtad semejantes a certificados de matrimonio, que confiscaba las tarjetas de cumpleaños que mandaban los niños a sus abuelos y que mecanografiaba estúpidos memorandos en escritorios bajo calendarios de mujeres pechugonas. La mujer era frau Hollitzer, la directora del museo.

Frau Hollitzer me explicó que los botes que teníamos frente a nosotras eran «muestras de olor». La Stasi había desarrollado un método pseudocientífico, el «muestreo de olor», para encontrar a delincuentes. La teoría se basaba en que todos tenemos un olor que nos distingue y que vamos dejando allá por donde tocamos. Este olor se puede aislar y, con la ayuda de perros entrenados, comparar para encontrar coincidencias. La Stasi llevaba sus perros y sus botes a una localización en la que sospechaban que había habido una reunión ilegal y probaban a ver si los perros podían captar olores de gente cuyas esencias ya tenían en botes.

En la mayoría de los casos, las muestras de olor se requisaban sin permiso. La Stasi podía irrumpir en el piso de cualquiera y hacerse con alguna prenda, preferentemente lo más cercana a la piel posible, con frecuencia ropa interior. En otras ocasiones, hacían venir al «sospechoso» bajo cualquier pretexto y después del interrogatorio pasaban un paño por el asiento de vinilo donde había estado sentado. Las prendas robadas o el paño se guardaban entonces en un bote sellado. Los envases parecían botes de mermelada. En una etiqueta pude leer: «Nombre: Herr (Apellido). Tiempo: 1 hora. Objeto: Calzoncillos del sujeto».

Cuando los ciudadanos de Leipzig entraron en el edificio, encontraron una colección de muestras de olor de lo más completa. Luego los botes se esfumaron. No volverían a aparecer hasta junio de 1990, en la «despensa de olores» de la Policía de Leipzig; aunque, eso sí, vacíos. Al parecer, la Policía de Leipzig se los había apropiado para utilizarlos con fines propios, incluso durante el periodo posterior a la caída del Muro, cuando la democracia daba aquí sus primeros pasos. Los botes seguían teniendo sus meticulosas etiquetas, por lo que se pudo demostrar que la Stasi de Leipzig había requisado muestras de olor de toda la oposición política a este lado

de la Sajonia. Quién sabe quién tendrá ahora estos restos de materia y de calcetines viejos, ni para qué los querrá.

Más tarde, frau Hollitzer me hablaría de Miriam, una mujer cuyo marido murió en una celda de los calabozos de la Stasi. Se rumoreaba que la Stasi había orquestado el funeral, hasta el punto de sustituir un ataúd lleno por uno vacío e incinerar el cuerpo para destruir cualquier prueba de la causa de la muerte. Imaginé a portadores de féretro pagados haciendo como si estuviesen soportando el peso de un ataúd vacío, o tal vez soportando en realidad un ataúd relleno con ochenta kilos de periódicos viejos y piedras. Imaginé no saber si tu marido se ha colgado o si lo ha matado alguien con quien te has cruzado por la calle. Pensé que estaría bien hablar con Miriam, antes de que mis imaginaciones se convirtiesen en falsos recuerdos.

Regresé a casa, a Australia, pero ahora estoy de vuelta en Berlín. No me podía sacar de la cabeza la historia de Miriam, un extraño relato de segunda mano de una mujer a la que nunca he visto. Encontré un trabajo de media jornada en la televisión y me dediqué a buscar algunas de las historias de un país echado a perder.

## 2. Miriam

Trabajo en el servicio internacional de la televisión en lo que antes fuera Berlín Oeste. El servicio fue establecido por el gobierno después de la guerra para irradiar benignas ondas de «germanidad» por el orbe. Mi trabajo consiste en responder a las cartas de los espectadores que han sido irradiados y a los que les ha surgido alguna consulta.

En el «Correo del espectador» estoy a medio camino entre una consejera sentimental, una ayudante de investigación por cuenta propia y un receptáculo de mensajes en botellas. «Querido Correo del espectador: Estoy buscando la dirección de la clínica del doctor Manfred von Ardenne para probar su nuevo tratamiento de temperaturas extremas contra el cáncer en casos de estado avanzado, tal y como apareció en su programa (...)»; «Querido Correo del espectador: Muchas gracias por el interesante programa sobre los refugiados en su país. Tengo dieciséis años y vivo en Accra. ¿Podría por favor mandarme información sobre el derecho de asilo...?»; el neonazi de turno que escribe desde Misuri o Liverpool solicitando información sobre «grupos madre» en Alemania del Este. Hubo un hombre de Birmingham (Alabama) que me mandó una fotografía donde aparecía él en uniforme con una montaña de cadáveres al fondo, de cuando liberaron el campo de concentración de Bergen-Belsen en 1945; decía: «Gracias por el programa sobre el quincuagésimo aniversario de la paz. Me gustaría que supiesen que guardo un gran recuerdo de la acogida que nos dispensaron los ciudadanos alemanes de a pie a nosotros los americanos. En los pueblos apenas tenían nada, pero aun así, cuando llegábamos, lo compartían con nosotros como si fuésemos de la familia...». Yo escribo adecuadas y contenidas respuestas. A veces me pregunto cómo será ser alemana.

Mi jefe es Alexander Scheller. Es un hombre alto que acaba de cumplir cuarenta años y que tiene una fotografía de una esposa rubia de rostro adusto, un cenicero de cristal y una permanente taza de café sobre su enorme aunque por lo demás vacío escritorio. Tamborilea sin cesar, estimulado por la cafeína y la nicotina. Debo decir en su honor que tiene la cortesía de hacer como si mi trabajo de responder a la correspondencia de los espectadores fuese tan importante como el de los periodistas y profesionales que trabajan para él. El mes pasado estuve sentada al otro lado de su escritorio durante una reunión que yo había solicitado y para la que él había hecho un hueco. La mano derecha de Scheller, Uwe Schmidt, también estaba allí. La principal tarea de Uwe como asistente consiste en hacer que Scheller parezca tan importante como para tener un asistente. El resto de su trabajo consiste en aparentar estar ocupado y estresado, lo que es más difícil si cabe, puesto que apenas tiene nada que hacer. Scheller y Uwe son ambos occidentales.

Uwe tiene la misma energía de telediario que Scheller, solo que la de Uwe es sexual, no química. Como las novias de Uwe siempre acaban dejándolo, siempre anda, durante gran parte del día y en compañía de cualquiera, profundamente

distraído por el deseo.

Me gusta Uwe y me da lástima porque sé que tanto buscar la razón por la que sus novias lo dejan ha empezado a pasarle factura por dentro. Hace poco lo vi parado en un semáforo cantando con lágrimas en los ojos «You're once, twice, three times layayadeeee», así tal cual, en inglés. Y en aquella ocasión, al otro lado del escritorio, se sorprendió a sí mismo mirándome como si yo fuera comida, y supe que no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho.

—¿Perdona? —inquirió.

Decidí empezar desde el principio.

—Hemos recibido una carta de un alemán que vive en Argentina en respuesta al asunto de las mujeres puzle.

—¿Las mujeres puzle? ¿Mujeres puzle? —vaciló Uwe intentando recordar la historia.

—Las de Núremberg, las que se dedican a unir como si fueran puzles los expedientes hechos trizas que la Stasi no llegó a quemar ni a convertir en pasta de papel.

—Vale. Te sigo —dijo Scheller. Repiqueteaba con la punta de goma de un lápiz sobre el escritorio.

—El hombre dice que se fue de Dresde cuando acabó la guerra. Se pregunta si tenemos intención de hacer algún día un reportaje sobre cómo están las cosas en la Alemania del Este actual, en vez de, como él dice, «emitir una y otra vez reportajes sobre lo que se está haciendo por los parientes pobres».

—Mujeres puzle... —murmuró Uwe.

Respiré hondo.

—Y estoy de acuerdo con él. Siempre estamos hablando de las cosas que Alemania está haciendo por la gente de la ex RDA. Sería genial hacer un reportaje desde el punto de vista del Este. Por ejemplo, pongamos, averiguar cómo se siente alguien que está esperando a que encajen las piezas de su expediente.

—No emitimos a nivel nacional y lo sabes —dijo Scheller—, es absurdo hacer reportajes sobre los *ossis* solo para contentarlos.

Miré a Uwe, que se mantenía un tanto al margen, con los pies encima de las hectáreas de escritorio de Scheller. Estaba pasándose un bolígrafo por los nudillos, perdido en una ensoñación: encajando piezas de mujeres.

—Ya lo sé, lo sé —le contesté a Scheller—. Pero es que Alemania del Este... Yo creo que deberíamos mostrar historias de allí, bueno, de aquí, vamos.

—¿Qué clase de historias? —preguntó Scheller. A sus espaldas, el ordenador emitió un pitido de *glockenspiel* que avisaba de un e-mail nuevo.

—No sé —dije, porque era cierto, no sabía—. Tiene que haber gente que se opusiera de alguna forma al régimen, o que fuese encarcelada por error. —Noté que me estaba exaltando, cosa peligrosa—. Lo que quiero decir es que tras la Segunda Guerra Mundial la gente buscó como loca el menor indicio de resistencia a Hitler,

como si se pudiese salvaguardar una diminuta muestra de orgullo nacional y asociarla a un par de estudiantes pacifistas y a un puñado de viejos aristócratas prusianos. Y aquí, ¿qué? Debió de existir algún tipo de resistencia a la dictadura, ¿no?

—No son una nación. —Scheller se puso técnico.

—Lo sé, pero lo fueron.

—Mira —me dijo—, son solo alemanes que estuvieron bajo el comunismo durante cuarenta años y luego se retractaron, y que ahora lo único que quieren es dinero para un buen televisor y unas vacaciones en Mallorca, como todo el mundo. Fue un experimento y falló.

—Vale, ¿y qué sugieres que le responda a ese tío? —Notaba cómo iba subiendo mi tono de voz—. ¿Le digo que aquí a nadie le interesan los alemanes del Este ni sus historias, porque no forman parte de nuestra imagen internacional?

—Por dios santo —exclamó Scheller—. No te creas que vas a encontrar la gran historia de coraje humano que estás buscando... Habría salido ya hace años a la luz, poco después de 1989. Son solo un puñado de quejicas oprimidos con un par de atemperados activistas de los derechos civiles entre ellos, y digo bien, solo un par. Simplemente tuvieron la puñetera mala suerte de acabar detrás del Telón de Acero. —Echó hacia atrás la cabeza—. No sé qué perra te ha entrado con esto.

Uwe bajó los pies:

—¿Estás bien?

Luego me acompañó hasta mi mesa, solícito como un doctor que tiene que darle malas noticias a un paciente. Esto me hizo darme cuenta de que me había pasado de la raya.

—Es solo que no le interesa —me consoló.

—A nadie le interesa esa gente.

—Mira. —Uwe me cogió del antebrazo con dulzura, girándome como a una pareja de baile. Tenía los ojos verdes y rasgados, y los dientes, pequeños y perfectos: perlas menudas—. Puede que tengas razón. A nadie le interesan: estaban subdesarrollados, y acabados, y luego toda la historia de la Stasi... —Se detuvo. Tenía el aliento mentolado—. Es un poco... embarazoso.

Le respondí al argentino, agradeciéndole su sugerencia pero contándole que «lamentablemente las competencias de la cadena solo atañen a noticias y temas actuales; en consecuencia, no estamos en posición de investigar historias más personales, de “puntos de vista”».

Hace una semana volvió a escribir. Estaba enfadado y me decía que la Historia está hecha de historias personales. Me decía que en Alemania del Este se estaban barriendo las cosas y metiéndolas bajo la alfombra. Había hecho falta que pasaran veinte años desde la guerra, decía, para que se empezase a, por lo menos, poner en tela de juicio el régimen nazi en Alemania y afirmaba que ese proceso se estaba repitiendo ahora: «¿Qué pasará en 2010 o en 2020, cuando se recuerde lo que pasó allí? —escribía—. ¿Por qué algunas cosas son más fáciles de recordar conforme más

tiempo hace que pasaron?».

La señora que está enfrente de mí se despierta justo cuando el tren está entrando en Leipzig. Hay algo íntimo en ver a una persona dormir, así que ahora no le queda más remedio que reconocer mi existencia:

—*Wiedersehen* —dice al salir del compartimento.

Miriam Weber está al fondo del andén, es todavía una mujer pequeña entre la marea de pasajeros que se apean. Lleva una rosa en el pecho para que la reconozca. Nos damos la mano, sin mirarnos del todo al principio, hablando de trenes, viajes, lluvia. Parece una cita a ciegas, nos hemos descrito la una a la otra. Sé que hasta la fecha nunca le ha contado su historia a una extraña.

Atravesamos Leipzig en coche. La ciudad está en construcción, es una obra en marcha con nuevos objetivos. Las grúas hurgan en tajos abiertos como heridas; las gentes las ignoran mientras zigzaguean cabizbajas por las aceras y los callejones. En una de las torres de cemento hay un enorme emblema de Mercedes que gira, en un vals al son de los nuevos tiempos.

El piso de Miriam está en lo más alto de su edificio. Hay cinco tramos de unas escaleras amplias y en herradura con una bonita barandilla oscura. Intento no jadear muy alto, intento no pensar en mi dolor de cabeza, intento recordar cuándo se inventaron los ascensores. Al llegar, el piso es un gran espacio muy iluminado bajo los aleros del tejado, lleno de plantas y lámparas, con vistas a todo Leipzig. Desde aquí se podría ver venir a cualquiera.

Nos sentamos en unos sillones de mimbre. Ahora que la miro de cerca, veo que Miriam es una mujer de cuarenta y tantos años largos, con pequeñas gafas redondas y un bonito corte de pelo a lo *garçon*, coronado por unos pelillos de punta que le dan aspecto de dibujo animado. Lleva un jersey largo y pantalones negros y está sentada como un indio sobre el sillón. Tiene una voz que sorprende por la huella que ha dejado en ella la nicotina. Ella es tan poca cosa que la voz llega de ninguna parte y de todas partes a la vez: no queda claro desde un principio que provenga de ella; llena la habitación y nos envuelve.

—Me convertí en enemiga oficial del Estado a los dieciséis años. ¡A los dieciséis!  
—Miriam me mira a través de sus lentes y sus ojos son grandes y azules. Su voz es una combinación de orgullo por haber sido tan traviesa y de descrédito ante un país que convertía a sus propios niños en enemigos—. Ya se sabe que a los dieciséis te entra ese gusanillo...

En 1968 demolieron la vieja iglesia de la Universidad de Leipzig, sin previo aviso, sin consulta pública. A 250 kilómetros la Primavera de Praga estaba en pleno apogeo, antes de que los rusos sacasen sus tanques a la calle para aplastar a los que se manifestaban por la democracia. La demolición de la iglesia de Leipzig proporcionó una excusa para dar rienda suelta a la extendida enfermedad de la que sus habitantes

se vieron contagiados a través de sus vecinos checoslovacos. Veintitrés años después del final de la Segunda Guerra Mundial, la generación que tomaba el testigo se hacía preguntas sobre la forma en que sus padres habían aplicado los ideales comunistas.

El régimen de Alemania del Este interpretó las manifestaciones en Leipzig como un signo de los tiempos, unos rescoldos que podían prender. La Policía roció a algunas gentes con mangueras de incendio y arrestó a otras tantas. Miriam y su amiga Ursula pensaron que no era justo:

—A los dieciséis años se tiene un sentido especial de la justicia y simplemente pensamos que no había sido justo. No es que fuésemos unas férreas opositoras al Estado ni nada; tampoco es que nos lo hubiésemos planteado mucho. Solo pensamos que no estaba bien moler a palos a la gente y arremeter con caballos y esas cosas.

Ambas decidieron hacer algo al respecto. Se fueron a una papelería y compraron un juego de imprenta para niños con un tampón de tinta, un paquete de letras de goma y un riel donde ponerlas.

—¿Se podían comprar esas cosas? —le pregunto. Sé que los mimeógrafos, las máquinas de escribir y más tarde las fotocopiadoras estaban estrictamente controladas en la RDA (si bien de forma poco eficiente) por medio de licencias.

—Después de lo que hicimos, no —sonríe—. La Stasi las retiró de las estanterías.

Miriam y Ursula hicieron octavillas (CONSULTA, NO MANGUERAS Y PUEBLO DE LA REPÚBLICA DEL PUEBLO, EXPRÉSATE) y las pegaron por toda la ciudad aprovechando la noche. Las niñas se pusieron guantes para no dejar huellas dactilares.

—Habíamos leído tantas novelas como el que más —dice, riendo.

Miriam llevaba los carteles metidos bajo la chaqueta; Ursula, un bote de cola y un cepillo escondidos en un cajón de leche. Fueron listas: pusieron las octavillas en cabinas, encima de las instrucciones, y en paradas de tranvía, sobre los horarios.

—Queríamos asegurarnos de que la gente las leyera.

Describieron un círculo alrededor de la ciudad y luego lo atravesaron en línea recta. Llegaron al cuartel general del Partido Comunista regional. Las cosas estaban saliendo bien.

—Nos miramos la una a la otra y no nos pudimos resistir.

Entraron y le dijeron al guardia que estaba de servicio que tenían cita con herr Schmidt, probando suerte a ver si había alguien con ese apellido en el edificio. No se pararon a pensar en qué habrían hecho en el caso de que un tal herr Schmidt hubiese salido a recibirlas.

El guardia hizo una llamada. Colgó el auricular: «No, el camarada Schmidt no se encuentra en el edificio en este momento». Las chicas le dijeron que volverían al día siguiente.

—Y a la salida estaban esas bonitas y suaves columnas...

Miriam está convencida de que si se hubiesen detenido en ese momento no habría habido represalias, pero de vuelta a casa fueron demasiado lejos: al pasar por delante de un edificio donde vivían varios de sus compañeros de clase metieron octavillas en

los buzones de dos chicos que conocían. Al día siguiente, uno de los padres llamó a la Policía.

—¿Por qué llamar a la Policía por algo de propaganda en tu buzón? —pregunto.

—Porque eran idiotas, o porque lo mismo eran del Partido, ¿quién sabe?

—Parece tan inofensivo... —le digo.

Miriam replica pausada pero contundentemente.

—En esa época no tenía nada de inofensivo. Era delito de sedición.

En Alemania Oriental la información discurría por un círculo cerrado entre el gobierno y sus emisarios de la prensa. Como el gobierno era quien controlaba los periódicos, las revistas y la televisión, hacer carrera como periodista era hacer carrera como portavoz del gobierno. El acceso a los libros estaba restringido. La censura era una presión constante sobre los escritores, y otro tanto sobre los lectores, que tuvieron que aprender a leer entre líneas. El único medio de masas que escapó al control del gobierno fue la señal de las cadenas occidentales, aunque bien es verdad que lo intentaron: hasta principios de la década de 1970 la Stasi solía controlar la orientación de las antenas que colgaban por fuera de los pisos y tomaba represalias en el caso de que apuntasen hacia el Oeste. Con el tiempo se rindieron: al parecer las ventajas de los soporíferos anuncios minimizaban los peligros de los telediarios del mundo libre.

De la sedición se encargaba la policía secreta, no la *Volkspolizei* corriente. La Stasi fue de lo más meticulosa. Interrogaron a todos los compañeros de clase de los niños que habían recibido las octavillas; hablaron con el director, con los profesores, con los padres. Les llevó varios días. Miriam y Ursula habían acordado un plan de arresto y encarcelación: ninguna admitiría nada. La Stasi redujo la lista de sospechosos a un puñado. Hombres con guantes y perros peinaron la casa de Miriam.

—Y nosotras pensando que habíamos sido muy cuidadosas, que habíamos tirado todo y destruido todas las pruebas...

La Stasi encontró algunas de las pequeñas letras de goma por la alfombra. Los padres de Miriam les dijeron a los agentes que no podían entender cómo había pasado algo así en su propia casa.

Metieron a las niñas en prisión preventiva durante un mes, cada una en una celda. No recibieron visitas ni de sus padres ni de sus abogados, no les dejaron ni libros, ni periódicos, ni llamar por teléfono.

Al principio se ciñeron al plan: «No, señor, ni sé cómo llegaron hasta allí las octavillas ni tampoco es posible que haya sido ella».

—Pero al final —dice Miriam— pueden contigo. Como en las películas. Emplean el viejo truco de decirle a una que la otra lo ha admitido, de modo que al final lo haces. Después de estar sin visitas, sin libros, sin nada, piensas: «bueno, es probable que lo haya reconocido».

Soltaron a las niñas a la espera del juicio. Cuando llegó a su casa, Miriam pensó: «Allí no me vuelven a meter en la vida». A la mañana siguiente subió a un tren dirección Berlín. Era la Nochevieja de 1968: iba a saltar el Muro.

### 3. Puente de Bornholmer

De Leipzig a Berlín se tardan menos de dos horas, pero Miriam no había estado allí en su vida. Sola en la gran ciudad, decidió comprarse un mapa en la estación.

—Quería echar un vistazo a la frontera en distintos sitios. Pensé: «No puede ser verdad, en algún lugar o en otro se tiene que poder pasar por encima de esa cosa».

En la Puerta de Brandenburgo comprobó con asombro que se podía andar hasta el Muro. No podía creerse que los guardias le dejaran acercarse tanto. Era demasiado plano y alto como para treparlo. Más tarde supo que en ese punto toda la parafernalia fronteriza empezaba justo detrás del Muro.

—Aunque hubiese podido subir por él, solo habría podido asomar la cabeza y saludar con un «hola» a los guardias occidentales. —Saluda con las dos manos y se encoge de hombros.

Cuando cayó la noche las cosas no pintaban mucho mejor.

—No había encontrado ningún agujero —dice Miriam. Tenía frío y estaba triste. Cogió el suburbano para llegar a la estación de Alexanderplatz y tomar desde allí la línea regional que la llevaría de vuelta a casa. Era de noche e iba a volver a prisión. El tren era como un torrente entre los edificios, corría bien alto sobre sus zancos. Edificios a ambos lados, de cinco pisos de alto, con fachadas enlucidas de hormigón y ventanas rectangulares; algunas iluminadas, otras a oscuras, algunas con plantas, otras sin ellas. Luego el paisaje cambió. A Miriam le costó un poco distinguirlo en la oscuridad pero de pronto se vio pasando por delante de altas alambradas de espino.

—Pensé: «Si ahora estoy viajando en línea recta, y precisamente a este lado tengo esta gran alambrada, entonces Berlín Oeste tiene que estar justo al otro lado».

Se bajó del tren, cruzó el andén y cogió un tren de vuelta. Era tal y como había supuesto: una alambrada alta. Volvió a bajarse y a regresar, aunque esta vez se apeó en la estación del puente de Bornholmer.

—Después miré el puente de Bornholmer en un callejero. Me sonaba y pensé que sería uno de esos sitios en los que Alemania Oriental y Alemania Federal intercambiaban espías. Ahora cada vez que abro un plano solo veo el puente. Es como cuando notas que alguien bizquea un poco y a partir de ese momento no ves nada más en su cara.

Rara vez en la Alemania dividida se cruzaban una línea de trenes occidental y una oriental. A la altura del puente de Bornholmer el tren occidental proseguía su descenso del noroeste al sudoeste mientras que el oriental ascendía desde el sudeste hacia el noreste. Las formas que ambas rutas describen sobre el mapa son como dos figuras de perfil dándose un beso maorí de nariz.

En el puente de Bornholmer la frontera pasaba, en teoría, por el espacio entre vías. En otros puntos de Berlín la frontera, y con ésta el Muro, abría una extraña herida a través de la ciudad. El Muro atravesaba casas, calles, canales, y partía en pedazos la línea del metro. Aquí, en vez de fragmentar la vía del tren, los alemanes

del Este habían construido la mayor parte de las fortificaciones del Muro frente a la línea del tren del lado oriental, lo que permitía que los trenes orientales discurriesen muy pegados al último muro antes de la Franja de la Muerte.

—Tanteé el terreno y decidí que no estaba mal.

Miriam podía ver las instalaciones fronterizas, toda la cacofonía de alambre y cemento, de asfalto y arena. Enfrente se extendía casi una hectárea de parcelas amuralladas, cada una con un pequeño cobertizo. Estos terrenos diminutos son una típica solución alemana para los que viven en pisos y añoran tener un huerto y un cobertizo para las herramientas. Hacen un mosaico de cualquier espacio verde de tierra urbana, junto a una vía del tren, a un canal o, como aquí, al abrigo del Muro.

Miriam fue trepando por los muretes que separaban las parcelas, intentando acercarse al Muro.

—Era de noche y tuve suerte. Más tarde supe que también solían patrullar las parcelas.

Llegó lo más lejos que pudo, aunque no hasta el Muro, pues había «un grueso seto» que crecía por delante. Hurgó en el cobertizo de alguien, en busca de una escalera, y la encontró. La puso contra el seto y se subió. Echó un buen vistazo a su alrededor.

Toda la franja estaba iluminada por una fila de enormes farolas en postes, las cabezas reclinadas en un mismo ángulo de sumisión. En el horizonte, habían empezado a silbar y a explotar los fuegos artificiales del Año Nuevo. El puente de Bornholmer estaba como a unos 150 metros de allí. Entre ella y el Oeste había una alambrada, una franja patrullada, una alambrada de espino, una calle asfaltada de veinte metros de ancho para el transporte de personal y una acera. Después, las casetas de los centinelas orientales, que se extendían a unos cien metros más allá, y detrás, más alambre de espino. Miriam coge un folio y me dibuja una maraña de líneas para que me haga una idea.

—Y pasando todo eso, se veía el Muro que había visto desde el tren, el que discurre a lo largo de la vía del tren. Supuse que, detrás, estaba el Oeste, y tenía razón. Podía haberme equivocado, pero tenía razón. —Si había algún futuro para ella estaba allí, y tenía que alcanzarlo.

Sentada en mi silla estudio el significado de *patidifusaestupefacta*, dándole vueltas en la cabeza. Me río con Miriam cuando se ríe de sí misma, del descaro de los dieciséis años; a los dieciséis eres invulnerable. Me río con ella con lo de hurgar en cobertizos ajenos en busca de una escalera y me río más aún cuando la encuentra. Nos reímos de lo increíble del asunto, de alguien, poco más que una niña, figoneando en un jardincito a lo Beatrix Potter, atenta por si aparece el señor McGregor con su trabuco, y buscando una escalera para escalar por una de las fronteras mejor fortificadas de la Tierra. A ambas nos gusta la niña que era, y a mí me gusta la mujer en la que se ha convertido.

De pronto me dice:

—Todavía tengo las cicatrices en las manos de trepar por el alambre de espino, aunque ya no se distinguen muy bien. —Extiende las manos. Las partes blandas de sus palmas están agrietadas por cicatrices blancas, definidas, cada una de un centímetro de largo. La primera valla era una alambrada simple con un rollo de alambre de espino por encima—. Lo raro es que, ¿sabes el alambre que solían enrollar a modo de tubo por encima de las vallas? Se me enganchó en los pantalones y me quedé atrapada en el rollo. ¡Me quedé allí colgada! Es increíble que nadie me viese. —Un Pierrot colgado a la vista de todos.

Miriam debió de soltarse, porque lo siguiente que hizo fue llegar al suelo, a cuatro patas, y empezar su camino a través del sendero, de la calle ancha y de la siguiente franja. Toda la zona estaba iluminada como si fuese pleno día.

—Me puse de rodillas y me fui hacia allá sin más. Pero fui cautelosa, muy despacio.

Después de dejar atrás el sendero cruzó la calle asfaltada. No se sentía el cuerpo, era invisible. No era más que nervios de punta y miedo.

¿Por qué no iban a por ella? ¿Qué estaban haciendo?

Cuando llegó al final del asfalto seguía sin aparecer nadie. Había un cable suspendido como a un metro por encima del suelo. Se detuvo.

—Lo había visto desde la escalera. Pensé que sería alguna especie de alarma o algo, así que pasé por debajo con la barriga pegada al suelo. —Gateó por el último tramo hasta un recoveco en la pared, se agazapó y miró, conteniendo la respiración—. Me quedé allí parada. Estaba esperando a ver qué iba a pasar. Miraba como una posesa.

Pensaba que se le saldrían los ojos de las órbitas. ¿Dónde se habían metido? Algo se movió, justo a su lado. Era un perro; un enorme pastor alemán apuntó su hocico hacia ella. El cable no era ninguna alarma, era una cadena para perros. Miriam no podía moverse. El perro no se inmutó. Ella pensó que los ojos de los guardias seguirían el hocico del animal. Esperó a que ladrase. Si avanzaba pegada al Muro, la seguiría.

—No sé por qué no me atacó. No sé cómo ven los perros, pero lo mismo había sido entrenado para atacar a blancos en movimiento, a gente corriendo, y yo iba a cuatro patas. Tal vez pensase que yo era otro perro.

Se sostuvieron la mirada por lo que pareció un buen rato. Luego pasó un tren y, aunque no era algo habitual, resultó ser un tren a vapor. Los dos quedaron cubiertos por una fina neblina.

—A lo mejor perdió mi olor, ¿no?

Al final el perro se alejó. Miriam esperó otro buen rato.

—Pensaba que volvería a por mí, pero no lo hizo.

Subió por la última alambrada de espino para llegar hasta la cima del Muro que daba a la vía del tren. Podía ver el Oeste: los coches relucientes, las calles iluminadas y el edificio del consorcio Springer. Podía ver hasta a los guardias occidentales

sentados en sus garitas. El Muro era muy ancho. Tendría que salvar cuatro metros por encima y luego una pequeña reja para bajar. Eso era todo lo que había. No podía creérselo. Quería dar los últimos pasos corriendo, antes de que la atraparan.

—La reja era solo así de alta —dice, señalando con una mano por la altura de la cintura—. No tenía más que meterme por debajo. Había sido muy cuidadosa y había ido muy despacio... Y en ese momento pensé: «Son solo cuatro pasos más, corre y no mires atrás, antes de que te atrapen». Pero aquí —pinta una X, una y otra vez, sobre el mapa que me ha dibujado—, aquí había un cable trampa. —Ahora habla con un hilo de voz. Pinta y repasa la X una y otra vez y me da la sensación de que se va a romper el papel—. No vi el cable.

Las sirenas saltaron, aullando. En las casetas de los centinelas occidentales encendieron los focos para buscarla y para evitar que los orientales le disparasen. Los guardias orientales se la llevaron de allí rápidamente.

«Tú, basura», le dijo un joven. La llevaron al cuartel general de la Stasi en Berlín. La ataron de manos y piernas, solo entonces sintió por vez primera la sangre y el dolor; tenía sangre por la cara y por el pelo.

—Pero en realidad no me habían visto. Nadie me había visto.

Estuvo muy cerca.

En el Oeste se encendieron los neones y más allá, en el cielo, explotaron los fuegos artificiales.

La llevaron de vuelta a Leipzig en la parte trasera de un furgón policial. El oficial de la Stasi que la interrogó le dijo que se habían puesto en contacto con sus padres y que éstos no querían saber nada más de ella.

—¿Le creíste?

—Humm. Bueno, no, en realidad no. —Era muy difícil estar seguro de nada, de nadie. Miriam hace una pausa. Es una pregunta incómoda—. Creo que lo más probable es que degradaran a ese perro, pobre chucho —dice—. O eso, o le pegaron un tiro.

Metieron a Miriam en una celda de Dimitroffstrasse, recreada en el cercano Museo de la Stasi. La celda es de dos metros por tres y, en un extremo, bien alto, hay una ventana empotrada de cristal esmerilado. Tiene un banquillo con un colchón, un váter y un lavabo. La puerta es gruesa, provista de cerrojos de metal y de una mirilla para que los guardias pudiesen controlar. Está encajada en un muro tan profundo que me sentí como si estuviera entrando en una cámara estanca.

Una vez más volvieron a denegarle a Miriam tanto las llamadas telefónicas como los abogados o cualquier otro contacto con el mundo exterior. Tenía dieciséis años y volvía a estar sola.

—Por lo menos, cuando venían para llevarme a los interrogatorios —dice sonriendo—, había algo que hacer. Pero a partir de ahí —hace una pausa—

empezaron a encadenarse las miserias.

Una vez de vuelta en Leipzig la Stasi le dio su merecido.

En la década de 1950, durante la guerra de Corea, empezaron a circular rumores sobre los espantosos métodos de tortura que empleaban con los prisioneros de guerra estadounidenses. Una vez capturados, los llevaban a un campo, y volvían a aparecer como muy tarde una semana después sobre una plataforma articulando de forma mecánica ante las cámaras su conversión al comunismo. Después de la guerra se supo que, en contra de lo que sugerían los rumores, el secreto del ejército coreano no fue nada tradicional ni de una tecnología puntera: fue la privación del sueño. Un hombre hambriento puede seguir escupiendo bilis, pero un zombi es fácilmente maleable.

El interrogatorio de Miriam Weber, de dieciséis años, se desarrolló durante diez noches, en sesiones de seis horas, entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana. En la celda las luces se apagaban a las ocho de la tarde, con lo que tenía dos horas para dormir antes de que la llevasen a la sala de interrogatorios. La devolvían a su celda dos horas antes de que las luces volviesen a encenderse a las seis de la mañana. Durante el día no le permitían dormir. Un guardia la vigilaba por la mirilla y aporreaba la puerta cuando no obtenía respuesta.

—De vez en cuando miraba al ojo de la mirilla cuando estaba golpeando la puerta, pensaba «¿por qué no te golpeas la cabeza para variar?» y seguía dormitando. Pero entonces entraba, me sacudía y me quitaba el colchón del banquillo para que no quedase nada más en la habitación donde echarse. Se aseguraron muy bien de que no durmiese, y cuesta explicar lo *kaput* que eso puede dejarte.

Más tarde lo consulté. La privación del sueño puede reproducir los síntomas de la inanición, sobre todo en niños: las víctimas se desorientan y sienten frío; pierden el sentido del tiempo, se ven atrapadas en un presente interminable. Además, la privación del sueño causa una serie de disfunciones neurológicas que serán más pronunciadas cuanto más se prolongue la tortura. Al final, las horas que pasas despierto semejan un sueño donde se suceden cosas extrañas, y no puedes sino sentirte furioso, muy furioso, con ese mundo que no te deja descansar.

Para la Stasi escapaba de toda lógica que una niña de dieciséis años sin herramientas, sin entrenamiento y sin ayuda pudiese haber gateado a través de su «barrera protectora antifascista» valiéndose solo de sus pies y de sus manos. Revelando sin querer su admiración, el primer guardia que la llevó a la sala de interrogatorios quiso saber qué deportes practicaba. No practicaba ninguno. Pero el punto clave del interrogatorio, una noche tras otra, era averiguar el nombre de la organización clandestina que la había ayudado a escapar. Querían los nombres de sus miembros, las descripciones físicas. ¿El plan había sido hacerlo en Nochevieja, durante el bullicio de la noche? ¿Cómo sabía ella llegar hasta las parcelas de Bornholmer si no había estado antes en Berlín? ¿Quién le había enseñado a trepar por el alambre de espino? Y, el punto en el que más insistían, ¿quién le había dicho cómo despistar a los perros?

—No les cabía en la cabeza que hubiese podido pasar por delante de aquel perro —dice—. Pobre chucho.

No eran capaces de recobrase del varapalo. Le dijeron a Miriam que si lo hubiese conseguido la habrían deportado porque era menor. Ella protestó:

—Los occidentales no me hubieran deportado de ninguna de las maneras —les dijo a los agentes que la estaban interrogando—, porque por vuestra culpa ahora soy una refugiada política. Vosotros fuisteis quienes empezasteis a perseguirme cuando pegué las octavillas.

Aunque había un interrogador encargado del caso, el comandante Fleischer, a veces eran dos. Ambos tenían el pelo cortado a cepillo y bigote y llevaban el uniforme abrochado hasta arriba. El más joven estaba tan firme que parecía llevar una bandeja de horno debajo de la guerrera. El comandante Fleischer tenía pelos en las orejas. A veces fingía que era su amigo, hacía de poli bueno; otras se mostraba amenazante: «Hay otras maneras de hacer esto, ya te enterarás». Las respuestas de ella seguían siendo las mismas: «Cogí un tren en Leipzig, me compré un mapa en la estación, subí con la ayuda de una escalera, pasé arrastrándome sobre la barriga y luego corrí».

Diez por veinticuatro horas en las que apenas duermes. Diez por veinticuatro horas en las que apenas estás despierta. Diez días es tiempo suficiente para morir, para nacer, para enamorarte y para volverte loca. Diez días es mucho tiempo.

P: ¿Qué hace el espíritu humano después de estar diez días sin dormir, diez días de aislamiento atemperado solo por sesiones nocturnas de amenazas?

R: Sueña una solución.

La undécima noche, Miriam les dio lo que querían.

—Pensé: «¿Qué queréis? ¿Una organización clandestina de evasión? Vale, pues la vais a tener».

Fleischer había vencido:

—¿Lo ves? —le dijo—. Al final no era para tanto, ¿verdad? Si nos lo hubieras contado antes te habrías ahorrado tanta molestia.

La dejaron dormir durante quince días y le dieron un libro a la semana. Se lo leía en un día y luego memorizaba las páginas, caminando de arriba abajo por la celda con el libro en el regazo.

—Mirando atrás, tiene su gracia —dice Miriam—, pero en el momento no podía ser más frustrante. Me inventé una historia que ni yo por aquel entonces me hubiese creído. No tenía ni pies ni cabeza, pero estaban tan ansiosos por atrapar a una organización de evasión que se la tragaron. Yo lo único que quería era dormir.

La bodega Auerbach es toda una institución en Leipzig. Es un bar restaurante subterráneo con mesas de roble en amplias hornacinas, todo bajo un techo abovedado, semejante a una bodega. Las paredes y el techo están recubiertos por

pinturas de oscuras escenas del *Fausto* de Goethe: el encuentro de Fausto y Mefistófeles, la traición de Fausto a Margarita, la desesperación de Fausto. Goethe solía ir allí a beber. Es un buen lugar para encontrarse con el diablo.

La historia que Miriam le contó a la Stasi es la siguiente:

Todo empezó cuando quedó con unos amigos en la bodega Auerbach para comer panecillos de manteca de oca. Como al final sus amigos no se presentaron, acabó sentada sola en una de esas grandes mesas y empezó a comer. El bar estaba lleno; la Navidad se acercaba. Llegaron cuatro hombres y le preguntaron si podían compartir mesa. Se sentaron a comer mientras Miriam escuchaba su conversación. Uno de ellos tenía acento de Berlín: sus «gut» eran «yut» y sus «ich», «icke».

Miriam está pasándose en grande con esto. Me mira y se le ve la cara reluciente. Se está imaginando con dieciséis años y eso la hace feliz.

—Así que le pregunté al hombre, al que parecía el cabecilla, que si eran de Berlín. Y me dijo que sí. «¿Y cómo va la cosa por Berlín?», les pregunté. —Los ojos de Miriam vuelven a agrandarse y vuelve a parecerse a un dibujito animado.

»—Bien, gracias.

»—¿De qué parte de Berlín sois?

»—De Pankow.

»—¿Eso no estará... cerca del Muro?

»—Pues la verdad es que sí... No estarás pensando en escapar, ¿no?

»—Pues sí.

»—Pero, mujer, no puedes llegar al Muro y esperar que haya un sitio por donde escalar. Ven con nosotros y te daremos algunos consejos.

Y Miriam dijo «vale», así que se fueron los cinco y se montaron en un taxi. Viajaron hacia el sur, pero no estaba segura de adónde exactamente porque ya era de noche. Fueron a un piso en la segunda planta —¿o era en la tercera?— de un bloque; resultaba difícil recordarlo con exactitud. En la puerta no había ninguna placa así que, por desgracia, no pudo enterarse de a quién pertenecía el piso. El hombre y sus compinches sacaron un mapa de Berlín y le enseñaron el punto por donde podría pasar. Luego llamaron a otro taxi, que la dejó en la bodega de Auerbach, y desde allí cogió el tranvía de vuelta a casa.

Miriam se ríe. Me mira como diciendo: «¿Has oído una historia más ridícula en toda tu vida? ¿Puedes creerte que se la tragaran?». La miro yo también, confusa. Intento cambiar la expresión de mi cara. ¿Por qué era tan improbable que alguien te ofreciera consejos sobre cómo saltar muros? Presiento que están a punto de explicarme algo básico. Aguzo las orejas como un perro ante la tele: no sabe qué está pasando, pero seguro que es algo interesante.

Miriam es tan amable de aclararme que en la RDA era inconcebible que le preguntases a un extraño, a un total desconocido, si vivía cerca de la frontera. También era inconcebible que el extraño te preguntase a su vez si estabas pensando en escapar. Y lo que era lo más inconcebible de todo es que te ofrecieran amigables

consejos acto seguido. La relación entre las personas estaba condicionada por el hecho de que cualquiera podía ser uno de Ellos. Todos sospechaban de todos, y sobre esta desconfianza creada se fundamentaba la existencia social. El hombre podría haber denunciado a Miriam por haberle hecho una pregunta sobre la frontera y haber admitido que estaba pensando en cruzarla, y ella podría haberlo denunciado a él por haberse ofrecido a enseñarle cómo. En la RDA existían las organizaciones clandestinas de evasión, pero necesitabas a un intermediario para comunicarte con ellas; nunca sucedería algo así tan alegremente, delante de unos panecillos de manteca de oca y unas cervezas.

Fleischer quería un nombre.

—Eso no se lo puedo decir —le dijo—. No oí que se llamaran por sus nombres entre ellos.

»—¿Qué aspecto tenía el cabecilla?

»—Bueno, era así de alto. —Alzó la mano en el aire, por encima de la cabeza—. Y de constitución fuerte, o sea, corpulento.

Sonríe, se divierte con el hombre que inventó:

—Le dije que estaba calvo del todo. Ah, y que tenía unos pies sorprendentemente pequeños.

Ahora me río con ganas, me encanta ese detalle tan infantil.

—Ahí va eso: ¡una calvorota reluciente con pies sorprendentemente pequeños! Y para más inri, le dije a Fleischer que tenía la impresión de que era un habitual de la bodega Auerbach.

Ella también se ríe, mientras le da una calada al cigarro y se acomoda en el sillón. Miriam había pensado en todo: no importaba cuántos calvos de pies pequeños encontrasen para una rueda de reconocimiento: ella no reconocería a ninguno.

Pasaron dos semanas hasta el siguiente interrogatorio. La llevaron en presencia de Fleischer, no a las diez de la noche sino por la tarde. Éste tenía las dos manos sobre la mesa como intentando controlarse para no agarrarla por el cuello.

—Mis hombres —bramó— han quedado como unos patanes por tu culpa. ¿Cómo te atreves a mentir de esa forma? ¿Cómo se te ocurre inventarte semejante historia?

—Quería dormir.

Fleischer le dijo que consideraban su conducta como fraude al Ministerio, lo que suponía un delito. Ahora aspiraba a una condena aún mayor. Y lo tenía bastante negro, teniendo en cuenta que podía haber dado pie a una guerra.

Miriam pensó que debía de estar loco. Si hubiera saltado por el último tramo, continuó explicando el oficial, los soldados del Este le abrían disparado por la espalda y los soldados occidentales habrían respondido con más disparos. Podía haber sido el desencadenante de una guerra civil. Luego suavizó el tono:

—Por suerte para ti no incluiré este último episodio en tu expediente. Para que no digan luego que no te dimos una oportunidad.

Más tarde, Miriam comprendería que se estaba protegiendo a sí mismo. Si le

hubiesen preguntado en el tribunal por qué inventó semejante historia, ella habría respondido sin más: «Porque no me dejaban dormir». Al parecer, incluso en la RDA la privación del sueño era considerada como tortura, y la tortura, al menos a menores, no entraba dentro de la política oficial.

Fuera como fuese, el juez la condenó a un año y medio en Hoheneck, la prisión de mujeres de Stauber. Y al final del juicio de tres días, le dijo: «Acusada menor número 725, entienda que sus actividades podían haber originado la Tercera Guerra Mundial».

Estaban todos locos y la iban a encerrar.

## 4. Charlie

—Cuando salí de prisión, prácticamente ya no era persona —dice Miriam.

En su primer día en Hoheneck Miriam fue obligada a desnudarse, a dejar las ropas con las que había entrado y a coger el uniforme a rayas azules y amarillas. Fue conducida desnuda por un corredor hasta un cuarto donde había una bañera alicatada muy profunda. Había dos guardias esperándola. Era el Bautismo de Bienvenida.

Fue la única vez que pensó que iba a morir. La bañera estaba llena de agua helada. Una de las guardias la cogió por los pies y la otra por el pelo. Le metieron la cabeza bajo el agua durante un buen rato para luego sacarla de los pelos y gritarle. La volvieron a sumergir. No podía hacer nada, no podía respirar. Y arriba: «Basura inmunda. Niñata presuntuosa. Traidora estúpida, zorra». Y abajo. Cuando la sacaban era insultos lo que respiraba. Pensó que la iban a matar.

A Miriam se la ve afligida. Su voz ha cambiado y no soy capaz de mirarle a la cara. Tal vez durante la paliza que le dieron perdió algo que todavía no ha conseguido recuperar. Me cuenta que entre las presas existía esa misma brutalidad, que las presas comunes recibían privilegios por maltratar a las políticas. Me cuenta que durante dieciocho meses la estuvieron llamando por un número en vez de por su nombre. Me cuenta que había un sistema de atesoramiento y trueque —de hecho toda una economía— de compresas. No puedo concentrarme en el horror de todo eso y mi mente, díscola, se va a las comedias de situación televisivas. Me acuerdo de una vieja serie de la televisión australiana, *Presa*, ambientada en una cárcel de mujeres: en el sonido de las puertas de metal antes de cada corte de publicidad y en la simpática lesbiana de la lavandería, siempre humeante.

Miriam parece recobrar la calma. Me dice que en Hoheneck explotaban a las presas en una fábrica de láminas de acero. Un día cualquiera empezaba a las 4.30, con la sirena. Cuando la llave de la guardia sonaba en la puerta todas las presas se levantaban y se ponían firmes contra la pared. Pasaban lista por número y las contaban. Iban primero a desayunar y luego al taller, donde volvían a contarlas. «Para asegurarse de que no se escapaba nadie entre la celda y la cantina». Si Miriam quería ir al baño, tenía que ponerse firme y gritar: «La presa menor número 725 solicita permiso para el baño». Cuando regresaba volvía a cuadrarse: «La presa menor número 725 solicita permiso para reincorporarse». Antes de ir a comer las contaban. Después de comer les hacían dar vueltas por un patio para hacer ejercicio y volvían a contarlas. Las presas eran contadas y recontadas desde el momento en que se levantaban hasta el momento en que se acostaban y, como dice Miriam riendo entre dientes:

—¿Sabes qué? Los números siempre cuadraban. Nunca faltaba nadie.

»La cárcel me dejó algunos tics extraños.

Ha sacado todas las puertas de sus goznes en todos los pisos donde ha vivido. No es que le den ansiedad los espacios pequeños, cuenta, es solo que empieza a sudar y a

sentir escalofríos.

—Este piso es perfecto para mí —dice contemplando el espacio diáfano.

—¿Y los ascensores? —le pregunto, recordando la fatiga escaleras arriba.

—Lo mismo —responde—, no me hacen mucha gracia.

Un día, años después, su marido Charlie estaba haciendo payasadas en la casa, tocando la guitarra. Miriam dijo algo para chincharle y él se levantó de pronto y alzó la mano para sacarse la bandolera de la guitarra. Es probable que su intención no fuese otra que decirle «eres de lo que no hay», o hacerle cosquillas o echársele encima en broma. Pero ella se fue y enseguida se encontró sin más en la puerta de entrada del edificio. No recuerda haber bajado las escaleras: fue una reacción de huida automática. Charlie bajó e intentó calmarla para que subiera. Estaba consternado. Los tics de ella no dejaron de sorprenderlos a ambos durante los primeros años de su relación.

De pronto me siento muy cansada, como si se me hubiesen ablandado los huesos. Miro por la ventana, fuera ya se ha hecho de noche. Me gustaría que alguien la reconfortase. Me gustaría que alguien me reconfortase. Me gustaría que hubiese existido de verdad la benevolente alcaidesa de la tele, y que la lesbiana con el corazón de oro hubiese protegido a esa niña, y pienso en lo que todavía está por llegar.

Cuando Miriam fue puesta en libertad en 1970, tenía diecisiete años y medio. Un día, su hermana la llevó a un lago para bañarse. El socorrista le pidió que saliese con él pero ella fue incapaz de responderle. Su nombre era Karl-Heinz Weber, pero todos le llamaban Charlie. Al ver que Miriam no le respondía, optó por asediarla a través de su hermana. Pensaba que era muy rara, y muy callada. Quería llegar al fondo del asunto.

—¿Cómo eras? —le interpele.

—Bueno, eso se lo tendrías que haber preguntado a él —dice—. Fue él quien me devolvió el sentido. —Miriam atraviesa la sala y abre una maleta maltrecha de la que caen fotos por el suelo. Encuentra una de Charlie. Es de un hombre de unos veinte años, de pelo castaño y cara serena, que mira directamente a la cámara. Está un tanto escorado hacia la izquierda de la foto, es extraño.

—Ah, eso es porque me recorté —explica Miriam, y luego—: Era nuestra foto de bodas.

Me gustaría preguntarle pero me agunto las ganas.

Miriam y Charlie se fueron a vivir juntos. Charlie se había formado como profesor de gimnasia, había estudiado educación física y biología. En la RDA, el deporte estaba estrechamente ligado a la política. El gobierno mantenía un seguimiento de los

jóvenes con potencial y los mandaba a centros de entrenamiento para la gloria de la nación.

—¿Él sabía lo del dopaje? —A los niños de las instalaciones deportivas les daban hormonas enmascaradas como vitaminas. Fue un escándalo que solo salió a la luz cuando cayó el Muro: las pastillas aceleraban el crecimiento y la fuerza, pero medio convertían a las niñas en niños.

—Sí, se enteró a través de dos personas distintas. Me acuerdo de que una vez les dijo a unos amigos suyos que sacasen a su hija de uno de esos centros. Pero no fue por eso por lo que dejó la enseñanza.

Cuando tenía poco más de veinte años, Charlie y un amigo fueron de vacaciones al mar Báltico. Vieron una barca sueca que se aproximaba a la costa y decidieron nadar hacia ella para ver hasta dónde podían llegar.

—No creo que quisieran abordarla ni nada por el estilo —dice—. Fue un tanto desafiante, pero solo era un juego.

Las autoridades los detuvieron como sospechosos de querer abandonar el país. Ahí fue cuando la Stasi empezó la caza y captura de Charlie Weber.

Éste no estaba por la labor de representar ante sus alumnos a un Estado que le estaba tratando así. Dejó la enseñanza y empezó a escribir. Le encargaban artículos para la revista *Eulenspiegel* y adaptaciones para televisión. Hacía trabajos esporádicos en cine como gerente de producción y alguna que otra cosa para el teatro. Escribió «un librito —dice Miriam—, llamado *Gestern Wie Heute (Ayer como hoy)*, sobre el hecho de que la dictadura que teníamos aquí era como cualquier otra». Lo envió a Alemania Federal para que lo publicasen allí.

—Cuando empezamos a vivir juntos (yo, una ex convicta, y él, bajo vigilancia), venían de vez en cuando a inspeccionar la casa —me cuenta—. Nuestra vecina, una mujer mayor, al ver lo que estaba pasando, se ofreció para guardarnos un baúl con libros y con los manuscritos de Charlie porque de ella nunca sospecharían. Pero cometimos algunos errores. Me acuerdo de una vez que vinieron unos jóvenes y revolviaron todos los cajones, todos los escritorios, la colección de discos. Uno de ellos se subió a una escalera y rebuscó entre las estanterías, donde encontró *Rebelión en la granja* de Orwell, quien, por supuesto, estaba en la lista negra. Contuvimos la respiración al ver que lo sacaba de la estantería. Recuerdo la cubierta perfectamente: había unos cerdos con una bandera roja entre las pezuñas. Vimos cómo el joven se quedaba mirando los cerdos y la bandera. Luego lo devolvió a su sitio. ¡Lo que nos pudimos reír después! Lo único que se nos ocurrió fue que había visto los cerdos, cosa mala, pero que al ver que tenían una bandera roja, y parecían estar en una granja colectiva, debió de pensar que no era para tanto.

»Me prohibieron estudiar. Y me era imposible conseguir trabajo —continúa Miriam—. Siempre que aspiraba a un puesto, ahí estaba la Stasi para asegurarse de que me rechazaran. Los empresarios tenían que comprobar mi expediente y las indicaciones siempre eran las mismas: “Ella no”. Me dedicaba a hacer fotos, muchas.

Al final, a lo más a lo que pude aspirar fue a mandarlas a las revistas con el nombre de algún amigo, quien luego me pasaba el dinero que le daban por mi trabajo. —Se alborota el pelo—. Pero en cierto modo nos gustaba cómo vivíamos, no teníamos que someternos a una autoridad y a un sistema de los que no nos fiábamos. Nos las arreglábamos.

En 1979 la hermana de Miriam y su marido intentaron escapar a la RFA en el maletero de un coche. Charlie los llevó hasta el guía que los iba a colar por la frontera. La Stasi siguió todos los movimientos; a la pareja la condenaron a prisión y a Charlie le concedieron la libertad condicional.

En septiembre de 1980 el canciller de la RFA, Helmut Schmidt, tenía previsto visitar Alemania del Este. En esa época, el movimiento polaco Solidaridad suponía una fuente de tensiones para los gobiernos del Bloque del Este, ya que constituía una inyección de esperanza para mucha gente bajo su mandato. Por ello decidieron cancelar la visita de Schmidt, pues Alemania del Este temía que pudiesen producirse manifestaciones en pro de la democracia delante de las cámaras de la televisión occidental. Pese a todo, las autoridades de la RDA ya se habían encargado de los preparativos para la visita: habían hecho redadas y encerrado a todo aquel susceptible de protestar o de poner en algún tipo de aprieto al gobierno.

Por entonces, Charlie seguía siendo oficialmente sospechoso de «intento de fuga de la República». Él y Miriam habían presentado la solicitud para abandonar la RDA. Estas solicitudes eran a veces aprobadas porque la RDA, al contrario que el resto de países de la Europa del Este, podía deshacerse de indeseables dejándolos en la cuneta de la RFA, donde automáticamente se los acogía como ciudadanos. La Stasi sometió a todos los solicitantes a un férreo escrutinio. No sorprendió a muchos que los solicitantes fueran considerados sin más sospechosos de querer abandonar el país, lo que constituía, más allá de un proceso interminable y arbitrario, un delito. La «solicitud para abandonar el país» era legal, pero las autoridades podían, si les venía en gana, tomársela como una declaración de «por qué no te gustaba la RDA». En ese caso se convertía en *Hetzschrift* (calumnia) o en *Schmähschrift* (difamación) y por lo tanto, en infracción. El 26 de agosto de 1980, Charlie Weber fue arrestado y encarcelado.

Al principio, Miriam solo mantuvo contacto con él por carta. Ni a ella le permitían visitarlo ni a él llamarla. Al final, se fijó una visita de media hora para el 14 de octubre. El día antes, a Miriam le devolvieron la última carta que le había escrito a Charlie con una nota añadida a mano: «Permiso postal expirado». Aparte de la carta había una tarjeta de la Stasi en el buzón que decía: «Autorización de visita para el 14 - 10 - 1980 cancelada».

El miércoles 15 de octubre, un agente de policía vestido con su uniforme verde llamó a la puerta del piso.

—¿Es ésta la casa de herr Weber?

—Sí.

—¿Y es usted frau Weber?

—Sí.

—Bien, en ese caso, tiene que personarse en las oficinas de la fiscalía del distrito para recoger las cosas de su marido, porque ha muerto.

Se fue antes de que Miriam pudiese articular palabra.

La República Democrática de Alemania tenía instituciones democráticas solo de cara a la galería. Había fiscales de distrito, cuyo trabajo era administrar justicia; abogados, cuyo trabajo era representar a clientes, y jueces, cuyo trabajo era dictar sentencias. Al menos sobre el papel, había otros partidos políticos aparte del partido del poder, el Partido Socialista Unificado. Pero lo cierto es que solo existía el partido y su maquinaria, la Stasi. Los jueces solían recibir instrucciones de la Stasi, quien, a cambio, daba buenas referencias de ellos al Partido, siempre en consonancia con el resultado del juicio y con la duración de la condena. Las conexiones entre el Partido, la Stasi y la ley iban de abajo arriba: la Stasi, en connivencia con los directores de los institutos, reclutaba a sumisos estudiantes con la apropiada actitud de lealtad para que estudiaran Derecho. Una vez vi una lista con los temas de algunas tesis de la Escuela de Derecho de la Stasi en Potsdam que suponían grandes aportaciones para el conocimiento humano, como «Sobre las probables causas de la patología psicológica del deseo de cometer infracciones en las fronteras». No había manera de enfrentarse a la Stasi: tanto los abogados defensores como los jueces formaban parte de ella.

Miriam fue a ver al comandante Trost, el fiscal del distrito responsable de investigar la muerte de Charlie. Trost le contó que Charlie se había ahorcado. Le dijo que lo sentía mucho, que de hecho estaban todos tremendamente consternados. Según contaba, le habían pedido que fuese a la celda nada más ocurrir.

Miriam le preguntó con qué se había ahorcado Charlie. ¿Que de dónde se había colgado?

—Conozco esas celdas —me dice— y las tuberías no están a la vista. Todo va por dentro. Ni siquiera hay barrotes en las ventanas, son demasiado pequeñas.

Trost le dijo que no lo sabía.

—Pero usted fue a la celda. ¿Cómo puede ser que no lo sepa? —le increpó Miriam—. Tuvo que ver de dónde estaba colgado el hombre.

—No.

Miriam sacude la cabeza imitando el desdén del oficial.

—Bueno, entonces, ¿con qué fue? —No tenía intención de rendirse.

Ese día Trost le dijo que Charlie se había ahorcado con el elástico de la cinturilla del pantalón. Miriam no se lo creyó. Siguió volviendo a la oficina y preguntando. Para su sorpresa, la trataron con bastante amabilidad. El segundo de Trost le dijo que Charlie se había ahorcado con sus propios calzoncillos. En otra ocasión Trost le dijo

que había sido con un trozo de sábana.

Miriam le plantó cara:

—¿Unos calzoncillos o una sábana? ¿Unos calzoncillos o una sábana? Por lo menos podrían ustedes ponerse de acuerdo con la historia.

El comandante Trost perdió la compostura. Le dijo que si no abandonaba la habitación mandaría que la arrestasen.

Miriam descubrió que el cuerpo de Charlie estaba en la morgue. Fue hasta allí pero no le dejaron entrar. Empezó a notar que la estaban siguiendo.

Fue entonces a ver al abogado de Charlie, herr X, que era el representante en Leipzig del doctor Wolfgang Vogel de Berlín. Vogel era el fiscal del Estado que se encargaba de comerciar con la gente entre las dos Alemanias. Confeccionaba una lista de nombres y negociaba con el Gobierno de la RFA el precio de cada uno de ellos, por el que «compraba su libertad» (*freigekauft*). Había una diferencia de precios que, al parecer, variaba en función de la formación de las personas que iban a ser compradas. Un comerciante o un oficinista salían más baratos que alguien con un doctorado. La excepción era el clero: un pastor no costaba nada porque solían ser librepensadores contrarios al régimen, al que le traía más a cuenta librarse de ellos. A Alemania del Este el comercio de personas le reportaba moneda fuerte y, al mismo tiempo, le brindaba una forma de librarse de los inconformistas.

Una de las maneras de entrar en la lista de Vogel, y en consecuencia de tener una oportunidad para salir de la RDA, era hacerse cliente de uno de sus representantes regionales. Por eso Charlie Weber contrató a X. Cuando Miriam fue a verlo, X llevaba con el caso Weber (en ese momento, la investigación sobre su muerte en prisión preventiva) ocho semanas. Miriam se sentó en su despacho y le preguntó qué había averiguado.

Cuando abrió el expediente sobre el escritorio, contenía un único folio: la autorización de Vogel para que se hiciese cargo del caso. En vez de contarle él algo a ella, le preguntó:

—Señora Weber, ¿por qué no me dice usted lo que sabe?

Miriam se puso como una fiera. Llevaba días experimentando esa rabia que hace que ya no te importe nada, que te hace decir cosas que sueles callarte. Le respondió que le pagaba para investigar, que él era el que tenía que averiguar algo y contárselo a ella. Y ya que no había hecho nada por Charlie durante el tiempo que éste había estado en prisión, le dijo, al menos ahora podría molestarse en averiguar cómo murió.

—¿Usted se cree que estoy loco? —le dijo el abogado con frialdad—. ¿De veras lo cree? No pensaré en serio que me voy a plantar allí y me voy a poner a preguntar qué pasó. Para eso mejor que se busque usted a otro loco, jovencita.

Vuelvo a notar afligida a Miriam. Allí, justo al otro lado del escritorio, tenía a la mismísima cara del sistema: una parodia de abogado que se reía de ella.

El martes 21 de octubre de 1980, un agente de la Stasi se plantó en la puerta de Miriam para comunicarle que la autopsia del cadáver había finalizado y que el

Ministerio estaba a su disposición para los preparativos del funeral. Miriam le dijo que podía arreglárselas por su cuenta.

—Por supuesto, señora Weber —le dijo el hombre—, pero ¿tiene usted en mente alguna funeraria en particular?

Miriam lo mandó al diablo y encontró una pequeña funeraria. La mujer de detrás del mostrador era una amable anciana que le dijo:

—¿Sabe, señora Weber? Debería usted ir al cementerio Sur, allí lo organizan todo de principio a fin, hasta rellenan los formularios por usted. Se le hará más llevadero.

Miriam ni se lo pensó. Se fue a las oficinas del cementerio Sur. Llamó a la puerta y le dijeron que pasase.

—Llega usted tarde, la esperábamos más temprano —le dijo el hombre de detrás del mostrador.

—¿Cómo? ¿Quién le ha dicho que iba a venir? Ni yo misma sabía que iba a venir hasta hace media hora.

—Vaya, pues no lo sé, no me acuerdo.

Nada más empezar el hombre le sugirió que fuese una incineración en vez de un entierro. Miriam se negó.

Lo cierto era, le dijeron, que iba a tener que ser una incineración porque no quedaban ataúdes.

Miriam se tiró un farol:

—Yo traeré el ataúd.

El hombre salió de la habitación para volver a aparecer en breve.

—Señora Weber, hoy —le dijo— es su día de suerte. Justo nos queda un ataúd. Por desgracia —añadió—, no va a ser posible exponer el cuerpo ante los dolientes para que le presenten sus respetos. —No dio explicación alguna.

—En ese caso —dijo Miriam—, me iré a otra funeraria y a otro cementerio.

—No, no, no, señora Weber, no hay por qué ponerse así; veremos qué se puede hacer para lo del velatorio.

El día antes del funeral Miriam y una amiga fueron a llevar parte de las coronas que habían recibido al cementerio, eran demasiadas como para cargar con todas al día siguiente. Observó que había un tipo merodeando, fumando, sin hacer nada, vigilando.

Una mujer vestida con el uniforme del personal del cementerio se les acercó:

—¿Son del funeral de Weber?

—Sí.

—Bien, solo quería decirle que si mañana no hay velatorio no se lo tome a mal, es posible que no haya.

Miriam la miró de arriba abajo, con el fumador a la escucha:

—Déjeme que le diga una cosa: si no hay velatorio, no habrá funeral. Lo cancelaré cuando esté todo el mundo aquí, montaré un cirio como nunca ha visto. ¡¿Entiende lo que le quiero decir?!

Al día siguiente hubo velatorio. Miriam me explica que el ataúd estaba bastante apartado, detrás de una gruesa mampara de vidrio, y que había muy poca iluminación, apenas unas luces de neón moradas.

—Incluso bajo la tenue luz pude ver las heridas de la cabeza. Y vi su cuello, se les había olvidado cubrirlo. No había marca alguna de estrangulamiento, nada. —Me mira a los ojos—. Una pensaría que, de haber querido seguir con la historia de que se había ahorcado, se podrían haber molestado al menos en cubrirle el cuello, ¿no es cierto?

De ahí bajaron el féretro a otra planta para volver a aparecer sobre un carrito que sería empujado por los empleados del cementerio hasta la sepultura. Todos estos detalles se ralentizan, atrapados en los rescoldos de la memoria. Dice que entre que el ataúd desapareció de la vista y volvió a emerger, tuvieron tiempo de suplantar el cuerpo.

—Había mucha gente en el funeral —me cuenta Miriam—, pero creo que la mayoría eran de la Stasi.

En la entrada había aparcada una furgoneta con una antena de largo alcance para grabar sonido. Entre los arbustos acechaban hombres con teleobjetivos. Dondequiera que mirases había hombres con *walkie-talkies*. En el edificio de las oficinas del cementerio había una obra: agentes de la Stasi de dos en dos sobre el andamio.

—Todos y cada uno de nosotros fuimos fotografiados. Y se podía ver de antemano el camino que iba a recorrer el cortejo desde la capilla hasta la sepultura: estaba marcado a intervalos regulares por hombres de la Stasi, plantados allí sin molestarse en disimular.

Cuando llegaron a la sepultura, había dos de ellos sentados ante una mesa plegable, acomodados para seguir todo el asunto.

—En cuanto la última persona echó sus flores —dice Miriam—, los del cementerio empezaron a cubrirlo con tierra. Fue todo muy rápido, demasiado rápido.

Miriam camina descalza por la sala hasta una mesa, de donde extrae unos papeles guardados en una funda de plástico. Es parte del expediente de la Stasi sobre Charlie Weber: un informe manuscrito firmado por un tal comandante Maler. Incluye todos los planes de la división para la organización y vigilancia del funeral de Weber: pinchar el teléfono de Miriam; llamarla el día antes para una «aclaración de las circunstancias»; utilizar tecnología para la grabación de sonido sobre el terreno; realizar una «documentación fotográfica» del acontecimiento; vigilar a los ciudadanos de la República Federal de Alemania que asistan al funeral para asegurarse de que abandonan la RDA antes del toque de queda. «Lamentablemente, este operativo no ha podido confirmar el nombre del pastor que oficiará el acto. En el caso de que exista alguna conducta negativa o enemiga durante el funeral, todos los hombres tienen orden de hacer uso de la fuerza para atajarla, bajo la premisa de que tales acciones contravienen la solemnidad de las normas del cementerio». El comandante Maler había anotado que el gerente del cementerio Sur, un tal herr

Mohre, había garantizado a la Stasi total libertad de movimiento en la «misión Weber» y que, en el caso de que algún trabajador del cementerio hiciese preguntas a los agentes de la Stasi, no dudaran en comunicárselo. Se entiende que Mohre sabía que Maler era un funcionario de la Stasi, y que además lo conocía por su nombre real, no por su identidad secreta.

Todo esto lo podría haber deducido Miriam por su cuenta a tenor de lo que había visto aquel día. Me señala el siguiente renglón y lee en voz alta: «No hay información definitiva en relación con la fecha de la incineración. Esta fecha será confirmada por el camarada Mohre a partir del 31 – 10 – 80».

Miriam me pasa el expediente y me dice:

—El 30 de octubre enterramos un ataúd. Enterramos un ataúd y ellos fijaron una fecha para su incineración al día siguiente. O no había nadie dentro de aquella cosa, o había otra persona.

Miriam fue al Ministerio del Interior y añadió el «traslado de féretro» a las razones de su solicitud para dejar la RDA. Quería irse de allí, y quería que Charlie tuviese otro entierro en Alemania Occidental.

Cada mes, más o menos, la llamaban de la Stasi para tener una charla. Esto se prolongaría durante años.

—¿Qué es esa historia del traslado de féretro? —le preguntaron—. ¿Qué quiere hacer con ese féretro?

—¿Qué cree usted que quiero hacer con el féretro? ¿Sacarlo a pasear los domingos? Con el féretro quiero hacer lo que todo el mundo hace con un féretro: enterrarlo.

En 1985 le dijeron:

—Es posible que quiera usted que analicen el contenido, ¿no es así?

—¿Y qué si quiero? ¿Voy a averiguar algo que no sea que se ahorcó, es eso?

—Sabe que ya no quedará nada en el ataúd. No podrá probar nada.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que tanto les preocupa? —les increpó, y se lo tomó como una confesión de culpabilidad. Pasado un tiempo Miriam dejó de obedecer a las tarjetas que aparecían en su buzón y que le instaban a presentarse en su sede para aclarar ciertos hechos. Lo único que siempre quedó claro fue que, dadas las circunstancias, eran ellos quienes llevaban la batuta.

—Era una tontería. Dejé de pensar que alguna vez saldría de allí. Estaban jugando conmigo al ratón y al gato.

Una mañana, a las ocho, en mayo de 1989, sonó el teléfono de Miriam. Era la Stasi. No podían decirle el motivo pero debía presentarse ante ellos sin más dilación, ese mismo día, provista de su identificación.

Miriam pensó que ahora que habían dejado de aparecer tarjetas en su buzón instándola a aclarar hechos, la llamaban a modo de despertador. La noche había sido larga, así que durmió algo más y luego se levantó, se dio una ducha y preparó la primera taza de té del día.

A mediodía llamaron al timbre. Un agente de la Stasi, de la División de Interior.

—¿Por qué sigue aquí? —le preguntó.

—Es mi casa.

—Tiene que personarse inmediatamente en el Ministerio provista de su identificación.

—Hay tiempo de sobra. El día es muy largo, hombre.

El agente se quedó en la puerta de su casa.

Miriam fue a la sede. Un funcionario cogió sus papeles y le dijo que tenía que ir a un fotógrafo y, después de eso, a una cita con un notario público. Luego volvería allí para recoger su autorización para viajar.

—Esta noche estará en un tren —le dijo.

—En ese momento fue cuando lo entendí —me dice Miriam—. Estaba conmocionada. Les espeté: «¿Hace once años que presenté la solicitud para dejar el país y ahora ni siquiera puedo despedirme de mis amigos?».

Esa noche el tren iba hasta las trancas de gente expulsada de la RDA. Era como si hubiese que mandar al otro lado del Muro a todo aquel que pudiese verse afectado por el virus de la *glásnost*. Miriam iba con una pequeña cesta con dos mudas de ropa, y se disponía a dejar su vida atrás. Sus amigos recogerían su piso. Hasta donde ella sabía, no volvería jamás. Nadie tenía ni idea de que el Muro caería en noviembre.

—En dos palabras, la deportación llegó once años tarde y seis meses antes de la cuenta.

Se ha hecho de noche y las luces de la ciudad se extienden debajo de nosotras. Así, en la oscuridad, podría ser cualquier ciudad, cualquier lugar normal y corriente.

Hay gente que se siente a gusto contando su vida, como si la sucesión de acontecimientos aleatorios que han hecho de ella lo que es siguiese una lógica. Para eso se requiere cierta fe optimista en la vida; un convencimiento de que la causa y el efecto están vinculados, y de que uno es algo más que la suma de su pasado. Para Miriam el pasado se detuvo con la muerte de Charlie. Sus recuerdos de *picnics*, cenas o vacaciones, su vida real, son recuerdos donde «ella» era «nosotros»; las cosas que Charlie y ella hacían juntos. Es como si el tiempo después de su muerte no contase; un no-tiempo que ha dejado una no-historia. Ella es valiente y fuerte y, a la vez, está destrozada. Cuando habla es como si ya no considerase real su existencia, como si fuese más bien un epitafio viviente de una vida que fue.

—¿Por qué volviste a Leipzig? —le pregunto.

—Bueno, con lo que me traigo ahora entre manos, me conviene más estar aquí.

Estoy a solo una hora de las oficinas de los investigadores de Dresde. —Sonríe, y me doy cuenta de que, más allá de su sonrisa, está luchando por no llorar—. Deseo con toda mi alma que las mujeres puzle de Núremberg encuentren algo sobre Charlie entre los trozos de expedientes.

Miriam quiere que exhumen el cuerpo de Charlie para saber a ciencia cierta qué le pasó.

Me quedo mirando las luces mientras ella prosigue:

—No creo que se suicidase. No me creo que lo hiciese. De los dos, él era el que siempre estaba más preocupado por mí, por si no era capaz de aguantar tanta presión.

No saber qué le pasó a Charlie es muy duro, porque si fue un suicidio significa que él la abandonó. Me pregunto qué será de ella cuando desentierren el ataúd. En el caso de que fuese incinerado, o no habrá nada o estarán los restos de otra persona. Y en el caso de que sea Charlie, ¿qué supondrá para ella? ¿Se liberará hacia una nueva vida? ¿O se quedará la suya actual sin meta?

Miriam no puede permitirse una exhumación privada, así que espera que se haga al hilo de la investigación criminal sobre la muerte que, al parecer, han reabierto ahora las autoridades de la Alemania unificada. Pero ya en dos ocasiones han intentado suspender la investigación y en dos ocasiones Miriam ha tenido que ir a Dresde para «aporrear sus escritorios».

—¿Sabes qué pasa? Que quieren dejar de pensar en el pasado. Quieren fingir que nada de esto ocurrió.

Hace poco el fiscal del distrito le escribió a Miriam para decirle que la investigación iba a ser suspendida porque un antiguo empleado del cementerio Sur «aseguró con credibilidad» que no había pasado nada anormal durante el funeral de Weber. Miriam le mandó el expediente con las partes subrayadas en las que se aludía al cuerpo, que provenía de «Anatomía» (palabra en código de la Stasi para el depósito de cadáveres, como si éstos viniesen de una facultad de medicina); los detalles de la vigilancia del funeral; la parte en la que queda claro que herr Mohre conocía la verdadera identidad del hombre de la Stasi que estaba tratando con él y la parte sobre la incineración, fechada para el día siguiente.

—Eso los detuvo —me dice—. Les escribí: «¿Siguen pensando que no hubo “nada anormal” en el funeral de Weber?».

El fiscal le respondió que todavía no había leído esa sección del expediente. Cuando Miriam preguntó en la Oficina de Documentación de la Stasi vio que ni siquiera había solicitado verlo.

—¿Alguna vez te has encontrado por la calle con algún hombre de la Stasi al que hayas reconocido? —le pregunto. Creo que a mí me habría aterrorizado, de esa forma irracional en que te resulta horroroso encontrarte con alguien que te ha hecho daño.

—No, por suerte, no. Pero sí que intenté buscar a las personas involucradas en el caso de Charlie.

Poco después de la revolución de 1989, Miriam fue al cementerio para buscar a

herr Mohre, pero éste desapareció del mapa en cuanto cayó el Muro.

—La Stasi incineró a mucha gente en el cementerio Sur.

Miriam sí que dio con el comandante Maler. Lo llamó y le dijo que quería que se viesen para hablar sobre el caso Weber. Se citaron en un café. Miriam fue con una amiga para tener un testigo, y ésta se sentó a otra mesa sin que Maler lo supiese.

El comandante le dijo que no sabía nada:

—No, el nombre de Weber no me dice nada.

—Ah, y entonces, ¿por qué ha venido?

—Hum, solo quería saber qué quería usted.

—Pero le dije por teléfono que lo que quería era hablar sobre el caso Weber.

—Vaya, pensé que era usted la que me iba a decir algo.

¿Acaso quería él enterarse de hasta dónde sabía ella, si lo iba a denunciar, o si tal vez tenía intención de chantajearlo?

—Es alucinante —dice Miriam— lo que puede hacer una revolución con la memoria de la gente. —Una nube de humo cubre su cabeza y el respaldo del sillón—. Pero hay otras cosas buenas en el hecho de estar aquí. Como este piso, por ejemplo. —Tiene razón. Se oye una sirena aullando y luego alejándose. Es una doncella en su torre—. Y pienso en esos agentes de la Stasi, que nunca en su vida se habrían imaginado que iban a dejar de existir, ni que su cuartel se convertiría en un museo. ¡Un museo! —Sacude la cabeza y apaga el cigarro—. Eso es una cosa que me encanta hacer; me encanta ir hasta la *Runde Ecke* y aparcar justo delante, y quedarme allí en el coche y sentir... ¡la victoria! —Miriam hace un gesto que comienza por un saludo y acaba en una guillotina—. Hasta nunca, amigos.

## 5. El palacio de linóleo

Es medianoche pasada cuando llego a Berlín. He cogido un tranvía, un tren regional, una línea local, y atravieso ahora el parque, donde las cosas son solo formas, negro sobre negro. La historia de Miriam me ha dejado noqueada. Mi cabeza, una vez que ha dejado de estar absorta en la escucha, ha vuelto a latir en cuanto me he ido del piso. Me disgusta que me recuerden que mi corazón no es más que una pequeña bomba que insufla sangre por todo el cuerpo. No puedo estar más cansada. Cuando por fin llego a casa, voy como a cámara lenta, cruzando una meta.

Mi edificio está revestido de hormigón proyectado, aunque sigue teniendo unas grandes puertas arqueadas a la entrada. Al final del camino de acceso, otro par de puertas a juego dan a un patio con su castaño, sus adoquines y sus hierbajos. Vivo en la primera planta, pasando los buzones y subiendo las escaleras, a la derecha. No miro el buzón pero enciendo la luz del vestíbulo y subo directamente. Las paredes de la escalera están cubiertas de grafitis de sprays, brillantes pero inescrutables, que podrían ser expresión de alegría o de dolor, depende de cómo lo mires, aunque ahora no es el momento. Aligero para meter la llave en la cerradura antes de que salte el automático de la bombilla del vestíbulo. Sana y salva en casa.

Hay luz dentro. Una voz chilla:

—No te asustes, no te asustes.

Estoy aterrorizada.

—Lo siento, lo siento —dice la voz.

La bomba de mi pecho bombea con fuerza. Suelto la mochila.

Hay una mujer en una escalera con un gran destornillador en la mano: es Julia, a la que le alquilo el piso.

—Lo siento mucho —me dice, volviéndose hacia mí y bajando el destornillador.

—No pasa nada —digo despacio, sin aliento.

—Sé perfectamente cómo te sientes —me dice—. A veces una no quiere más que llegar a casa y estar a su aire.

«Sí, es lo que tiene vivir sola», pienso, aunque no se lo digo.

—Estoy desatornillando esto —me explica—. Me voy a llevar estos estantes, espero que no te importe.

—No me importa.

—Los necesito para mi casa, no tengo ninguno.

Llevo viviendo en este piso seis meses y sigo sin acostumbrarme a esto. Creo que en algún momento parará, y espero que quede algún mueble para entonces. Julia trabaja en la inmobiliaria a la que fui cuando estaba buscando casa. Se ofreció a subarrendarme el piso donde vivía hasta que se le acabase el contrato. Era un piso compartido, pero se había mudado todo el mundo. Era demasiado grande para mí pero estaba en el antiguo Este, donde yo quería, y además me lo podía permitir. Y estaba amueblado, si bien «solo un poco», como Julia me advirtió. Cada vez es más

cierto.

Sé que Julia está preocupada por la cantidad de tiempo que le está llevando acabar con el constante saqueo del piso. Le he dicho que no se preocupe, que solo necesito una cama, una mesa, una silla y una cafetera. En su momento lo dije de corazón, pero hace dos días, cuando me encontré una montaña de folios arrugados, pañuelos usados y envoltorios de cintas que había tirado debajo del escritorio, donde había una papelera, pensé que debía decirle algo. Lo que pasa es que ahora estoy demasiado cansada.

—¿Adónde has ido?

—A Leipzig.

—Ah —dice—, donde empezó todo.

—Julia, lo siento, pero estoy hecha polvo. Necesito meterme en la cama. ¿Qué te parece si te pasas a tomar un café un día de éstos? ¿Por qué no vienes?

«Durante el día», añado para mis adentros.

Dice que lo hará, pero no fijamos ni un día ni una hora porque a Julia las citas le parecen una intolerable restricción a su libertad; lo que podría explicar por qué le da por venir a estas horas de la noche para hacer reformas.

Me meto en la cama y ella sigue con su desarme nocturno, tan en silencio que ni oigo cuando se va con las tablas, las alcayatas y los tornillos haciendo equilibrios sobre la cesta de su bici, que ha debido de bajar por las escaleras.

Por la mañana, lo primero que noto es que puedo ver mi aliento. Un día sin poner la calefacción y el aire se congela del frío. Tengo la cabeza despejada, aunque ayer se me antoja como otro país. Lo segundo que noto es que frente a la cama, donde había dos cajones azules de leche que hacían las veces de mesilla de noche y galán, hay un flamante trozo de linóleo marrón a la vista.

Cuando me mudé me gustaba lo espacioso que era el piso. Tenía dos cuartos, un salón gigante con ventanas que daban al parque y a los árboles, y una cocina que miraba al otro lado, al patio. Durante el comunismo enlucieron la fachada del edificio con hormigón y, por dentro, con un funcional marrón linóleo, desteñido, encerado y sin encanto. Pero yo llegué en verano y lo vi como un sitio con luz y aire, rodeado de verde.

Pronto me di cuenta de que estaba todo roto, o casi. Cada uno de los objetos había dado sus primeros pasos en la vida como mueble utilitario de una casa oriental, hacía más de una década; después de la caída del Muro, el piso fue habitado por estudiantes que, al no haber mucho que valiese la pena, no se llevaron nada al irse. El sofá del salón está lleno de lamparones y está cubierto por un trapo negro al que prefiero no molestar; la cuerda de la persiana de la cocina está amarrada permanentemente a una silla de plástico para que no se caiga; los muelles de mi colchón se están abriendo camino a través del cutí; y el baño, sin ventanas y pintado de un verde muy oscuro,

tiene unas cañerías que necesitan que alguien les dé un escarmiento.

Julia ha dejado en el pasillo un cubo de hojalata lleno de carbón. Debió de bajar ayer por la noche al sótano negro como el hollín para rellenarlo. Echo carbón y pastillas para encender en la estufa de azulejos marrones. Aunque tardará horas en calentarse, la bondad de Julia ya me reconforta.

En realidad no la culpo por venir a rescatar cosas de este pecio. Sé que no vive en un sitio mejor: un cuarto que da en la parte trasera de un bloque no muy lejos de aquí. Sé que en verano el olor de los contenedores del patio trasero sube hasta su piso y casi se puede ver. Sé que sus vecinos son antipáticos, tanto entre sí como entre sus cuatro paredes, se pueden oír las riñas reverberando por el patio. Sé que necesita estar sola pero que también sufre por ello, y que su cuarto está abarrotado de cosas rotas y cutres que cree que en algún momento de su vida necesitará y que si renuncia ahora a ellas quizá luego no pueda permitirse. Y sé que su gatito tiene incontinencia, por lo que toda su casa huele, en cierto modo, a ansiedad.

Así que no puedo quejarme porque siga teniendo llaves de este piso y vuelva a su antigua vida cada dos por tres. Me voy acostumbrando a cada ausencia inesperada: la alfombrilla del baño, la cafetera y, esta vez, los cajones de leche. Me voy aclimatando a lo exiguo del ambiente. Me hago a los huecos sin polvo sobre el linóleo, de la cocina a la mesa, del baño a la cama.

De hecho, lo que más noto hoy al pasar por donde estaban las estanterías del pasillo es el repentino predominio del linóleo en mi vida. En total puedo contar cinco variedades de linóleo en lo que una vez fue un distinguido apartamento, y todas y cada una de ellas son de color marrón. Gradaciones de marrón: oscuro en el pasillo, moteado en mi cuarto, un marrón en el otro cuarto que otrora debió de ser otro color —antes de sucumbir al desgaste doméstico—, beis en la cocina y, mi favorito, linóleo imitación parqué en el salón.

En la cocina preparo el café directamente en un termo. Lo que me sorprende de vivir aquí es que, por mucho que lo despojen, este palacio de linóleo sigue teniendo todo lo básico para vivir, a la vez que rechaza cualquier cosa que, por casualidad o no, contenga algo de belleza o alegría. En esto, pienso, se parece bastante a la propia Alemania del Este.

Me voy con mi taza a la ventana del salón. Hay nieve en el parque, por el suelo y los árboles, luz sobre luz. En el cristal se entremezcla mi aliento con el vapor del café. Lo desempañó. En la lejanía se extiende la ciudad; la torre de televisión de Alexanderplatz, con sus destellos azules, parece un adorno gigante de Navidad.

Desde aquí no se ve pero, justo al lado, donde estaba el palacio de los reyes prusianos que fue demolido por los comunistas, está el edificio del parlamento de la RDA, el *Palast der Republik*. Es marrón y parece de plástico, de asbesto puro y cerrado a cal y canto. No está muy claro si la verja que lo rodea es para protegerlo de

la gente que quiera expresar su parecer sobre el régimen o para proteger a la gente del *Palast*, por una cuestión de salubridad. La estructura es un gran rectángulo de metal formado a su vez por rectángulos más pequeños de cristal marrón tintado. Cuando lo miras no se ve el interior; en vez de eso el mundo exterior y todo lo que hay en él se ven reflejados, solo que en curva y en marrón. Allí hacían de los sueños palabras, se tomaban decisiones, se aplaudían los manifiestos, se daban palmaditas en las espaldas. Allí dentro podía haber un mundo totalmente distinto: el tiempo era maleable y podía envolverte y hacerte desaparecer.

Como con muchas otras cosas aquí, nadie es capaz de decidir si hacer del *Palast der Republik* un monumento conmemorativo para que no se olvide el pasado o si deshacerse de él de una vez por todas y afrontar el futuro sin más lastre que el riesgo de volver a caer en lo mismo. Cerca de allí, el búnker de Hitler está cubierto por obras. Tampoco nadie fue capaz de decidir sobre eso: un monumento conmemorativo podía convertirse en un santuario para los neonazis, pero borrarlo sin más podía sugerir olvido o negación. Al final, el búnker volvió a enterrarse, tal y como estaba. El alcalde dijo que tal vez dentro de cincuenta años la gente fuese capaz de decidir qué hacer con él. Recordar u olvidar, ¿qué es más saludable? ¿Demoler o vallar? ¿Sacar a la luz o dejar bajo tierra?

Entre el *Palast der Republik* y mi piso está el barrio de Mitte, el antiguo centro de Berlín, con sus edificios grises, su cielo blanco y sus árboles desnudos. Han rebautizado las calles de alrededor —de Marx-Engels-Platz a Schlossplatz, de Leninallee a Landsberger Allee, de Wilhem-Pieck-Strasse a Torstrasse— en una campaña masiva de redecoración ideológica. Con todo, la mayoría de los edificios todavía no han sido restaurados. Se ha desprendido mucho yeso de las fachadas, dejando al descubierto trozos de ladrillo; parecen caras destrozadas por la cirugía estética. Están tal y como estaban antes de la caída del Muro salvo por las parabólicas que sobresalen como hongos de los marcos de las ventanas: una inusitada seta blanca sintonizada con el espacio exterior. Los tranvías están occidentalizados: fueron de las primeras cosas que atravesaron este sitio cuando cayó el Muro. Son pequeños destellos de amarillo susurrante que cuelgan de cables y surcan el gris paisaje.

Hay una parada de tranvía justo al salir de mi casa. Debajo de mi ventana obedece a un semáforo, aunque en el otro sentido de la calle no hay ninguno. Veo que el conductor tiene un periódico, con chillones titulares en rojo y negro, sobre el tablero de mandos. Tras él la gente va sentada con cara de cansancio, el día ha empezado demasiado pronto.

No se me ocurre ninguna razón por la que un semáforo obligue a detenerse al tranvía bajo mi ventana. La parada real está a la vuelta de la esquina, a menos de una manzana. Las puertas nunca se abren para los pasajeros; se quedan allí sentados sin más, inmovilizados, conformes. Es raro ver un tranvía con una fila de coches parados detrás sin peatón, pasajero o razón alguna, mientras que en el otro carril los vehículos prosiguen su camino, sin mayor obstáculo, por la subida hacia Prenzlauer Berg. El

semáforo se pone en verde y el conductor, todavía con los ojos en el tabloide, acciona una palanca y el tranvía arranca.

Salgo a por el diario y el pan, atravieso el parque. En verano se engalana con pintorescos grupos de borrachos y punkis. En invierno los punkis se hacen con las estaciones de metro para calentarse, mientras que los borrachos se refugian en las paradas del tranvía. Hoy la parada de la esquina está ocupada por un anciano con una maraña de rizos, una enorme barba postiza y anchos ropajes negros; sus pertenencias, en bolsas de plástico a su alrededor, le valen también de almohadas. Es intemporal y distinguido, como alguien salido de otro siglo, como el Rey del Invierno. Cuando los pasajeros se apean de los tranvías, éste los saluda como si fuesen suplicantes rindiendo tributo a su trono; al pasar, les hace un gesto con la cabeza y la mano.

Cruzo a la panadería, dejando atrás una valla publicitaria que reza: «LA PUBLICIDAD DA A CONOCER». Hasta cierto punto, mi panadero se ciñe a la tradición. Hace pan integral, y de centeno, y de pueblo, y los apila como ladrillos ovalados en la pared de detrás. No obstante, ahora que está libre de las trabas a las que el Estado sometía su inventiva, parece experimentar con el arte de los superventas. A la izquierda, en la vitrina del mostrador, están los productos horneados: rosquillas con azúcar glasé, tarta de queso y *crumble* de arándanos. Al otro lado, también bajo la vitrina, igual de ordenados, hay una sorprendente variedad de gruesos libros de bolsillo con títulos en relieve.

Me atiende una mujer con una fea permanente. Lleva una camiseta con una cabeza de león estampada: el león tiene lentejuelas parpadeantes por ojos, justo a la altura de los pezones. Compró una hogaza de pan de centeno y no hago ninguna pregunta sobre los libros. Cuando llego a mi manzana veo que el Rey del Invierno ha cruzado hasta aquí, hasta el punto donde el tranvía se detiene sin razón aparente. Espera, pero no hay pasajeros a los que recibir. Por contra, cuando me acerco, se vuelve hacia mí y me hace una reverencia, una larga y peligrosamente combada reverencia.

Durante la semana siguiente pienso en Miriam, y pienso en los agentes de la Stasi. Tengo curiosidad por saber cómo debió de ser pertenecer a la Compañía y ver luego cómo ese mundo y tu lugar en él desaparecían. Escribo un anuncio y lo mando por fax a los contactos personales del periódico de Potsdam:

Se buscan ex funcionarios de la Stasi y colaboradores no oficiales para entrevista. Publicación en inglés. Anonimato y discreción garantizados.

## 6. Cartel General de la Stasi

Al día siguiente las llamadas empiezan bien temprano por la mañana. No me había parado a pensarlo: no me había imaginado cómo sería tener a una serie de militares, que han perdido su autoridad y su país, llamándote por teléfono a casa.

Estoy durmiendo. Cojo el teléfono y digo mi nombre.

—*Ja*. Llamo por su anuncio en el *Märkische Allgemeine*.

—*Ja*... —Busco a tientas mi reloj. Son las 7.35.

—¿Cuánto paga?

—*Bitte*?

—Comprenderá que... —dice la voz. Me incorporo y me tapo con el edredón.

—¿Con quién hablo?

—Eso de momento no importa. —Es una voz confiada—. Comprenderá que hoy en día a la gente como yo le resulta muy difícil conseguir trabajo en la nueva Alemania. Se nos discrimina y nos toman el pelo como a chinos cada dos por tres en este... *Kapitalismus*. Pero aprendemos rápido, por eso le estoy preguntando cuánto tiene intención de pagarme por mi historia.

—No sé, no puedo ofrecerle una cantidad sin saber qué clase de historia es.

—Fui I. M. —dice.

Me siento tentada. Los I. M. eran «*Inofizielle Mitarbeiter*» o colaboradores no oficiales. Sé que es probable que no encuentre a muchos dispuestos a hablar conmigo. Son la gente más odiada de la nueva Alemania porque, al contrario que los funcionarios uniformados de la Stasi y que el personal administrativo que iban a diario a un trabajo burocrático, estos confidentes informaban sobre sus familiares y sus amigos sin que éstos lo supiesen.

—*Moment, bitte* —le digo, y me coloco el teléfono sobre el regazo. Me acuerdo de Miriam, que me dijo que los confidentes suelen argumentar que la información que daban no hacía daño a nadie: «Pero ¿cómo podían saber ellos para qué se usaba? —se preguntaba—. Es como si a todos les hubiesen dado el mismo manual de excusas».

Cojo el auricular y le digo que no. ¿Cómo voy a recompensar a los confidentes una segunda vez? Y además no tengo dinero.

El teléfono no para de sonar. Fijo unas cuantas citas con personal de la Stasi: en Berlín, en Potsdam, a las puertas de una iglesia, en un aparcamiento, en un bar y en alguna que otra casa.

Mi cocina da a un patio interior. Suelo ver movimiento tras las ventanas del resto de pisos. Hoy hay un hombre en una de ellas, mirando fijamente, en Babia. Está desnudo. Estoy al teléfono y aparto la mirada, espero que no se haya sentido observado. Cuando me giro para colgar el auricular sigue allí y, por un momento, pienso que tal vez no me haya visto, pero entonces me doy cuenta de que ha corrido un poco la cortina para cubrirse el pene, por donde mantiene sujeta la tela en un gesto

de modestia estática, una toga de poliéster.

Tengo que salir de la casa, apartarme del teléfono.

Fuera el frío es glacial y cala hasta los huesos. No hay viento, es como si nos hubiesen metido a todos en una nevera. En la quietud la gente va dejando cometas de aliento. Cojo el metro para ir al cuartel general de la Stasi en Normannenstrasse, en el barrio de Lichtenberg. El folleto que cogí en la *Runde Ecke* muestra una gran extensión de edificios de muchas plantas sobre un espacio de varias manzanas. La foto está tomada desde el aire y, como los edificios forman ángulos rectos entre sí, el complejo parece un chip informático gigante. Desde aquí se gestionaba el conjunto del aparato, un lamentable todo: el C. G. de la Stasi. Y en el interior de esta ciudadela estaba el despacho de Erich Mielke, el ministro de Seguridad del Estado.

El 7 de noviembre de 1990, solo unos meses después de que los berlineses cerraran con barricadas el recinto, se abrieron al público las dependencias de Mielke, incluidas sus habitaciones privadas, como museo. El Comisionado Federal para la Documentación del Servicio de Seguridad del Estado de la ex RDA (la Oficina de Documentación de la Stasi) es quien controla ahora los archivos y expedientes. La gente viene aquí a leer sus biografías no autorizadas.

A través de una ventana veo una sala donde hay varios hombres y mujeres, cada cual sentado ante una pequeña mesa. Miran carpetas rosas y color crema y toman notas. ¿Qué misterios se estarán resolviendo? ¿Por qué no fueron a la facultad, o por qué no podían conseguir trabajo, o qué amigo le contó a la Stasi lo del libro de Solzhenitsin prohibido en sus estanterías? Los nombres de terceros en discordia que se mencionan en los expedientes están tachados con un rotulador negro de punta gruesa, para no revelar los secretos de otra gente (que el tío Frank le era infiel a su mujer, que el vecino era un borrachín), pero se te permite saber el nombre real de los agentes y de los confidentes de la Stasi que te espionaron. Durante el tiempo que estoy allí, no veo a nadie ni llorando ni pegándole puñetazos a las paredes.

Me abro camino hasta el edificio principal como un ratón en un laberinto. Quiero formarme una idea sobre el hombre que dirigía este sitio antes de verme cara a cara con alguno de sus subalternos.

El apellido Mielke se ha convertido en sinónimo de Stasi. Las víctimas sienten un dudoso honor al hallar la firma de él en sus expedientes, en los planes para que alguien sea observado «con todos los métodos disponibles», en órdenes de arresto, de secuestro, instrucciones a jueces para prorrogar condenas, órdenes de «liquidación». El honor es dudoso porque la moneda no está muy cotizada: firmó tantos... El aparato de Mielke, dirigido sobre todo contra sus propios conciudadanos, era 1,5 veces mayor que el ejército regular de la RDA.

Después de la caída del Muro los medios alemanes dijeron de Alemania del Este que había sido «el Estado-espía más perfecto de todos los tiempos». En total la Stasi tuvo 97.000 trabajadores, más que suficiente para vigilar un país de 17 millones de personas. Pero también disponía de más de 173.000 confidentes repartidos entre la

población. Se estima que en el Tercer Reich de Hitler hubo un agente de la Gestapo por cada 2.000 ciudadanos, y en la URSS, un agente de la KGB por cada 5.830 personas. En la RDA, había un agente o un confidente de la Stasi por cada 63 personas. Si incluimos a los confidentes ocasionales, algunos estiman que había una proporción de un informante por cada 6,5 ciudadanos. Dondequiera que Mielke encontraba oposición encontraba enemigos, y cuantos más enemigos encontraba, más personal y más confidentes contrataba para aplastarlos<sup>[2]</sup>.

Aquí, en Normannenstrasse, 15.000 burócratas de la Stasi trabajaban a diario, administrando las actividades de la Stasi en el exterior y supervisando la vigilancia interior a través de cada una de las catorce sedes regionales de la RDA.

Hay fotografías que muestran a Mielke como un hombre menudo y sin cuello. Tiene los ojos muy pegados entre sí y los carrillos hinchados. Su cara y sus labios son los de un púgil. Le gustaba mucho cazar; hay una grabación donde aparece pasando revista a una fila de ciervos muertos, como si estuviese en un desfile militar. Le encantaban sus medallas, las llevaba en brillantes y ruidosas hileras colgadas del pecho. También le encantaba cantar, sobre todo marchas enardecedoras y, cómo no, «La Internacional». Se dice que los psicópatas, gente sin problemas de conciencia, suelen ser buenos generales y políticos: tal vez él fuera uno de ellos. Lo que sin duda es cierto es que era el hombre más temido de la RDA; temido por camaradas, temido por miembros del Partido, temido por los trabajadores y por la población en general. «No somos inmunes a los enemigos en nuestro propio seno —dijo ante una reunión de altos funcionarios de la Stasi en 1982—. Si conociera a alguno, no pasaría de mañana, en un visto y no visto. Soy humanista, por eso lo veo como lo veo». Y: «Todas esas historias de si ejecutar o no ejecutar, que si a favor o en contra de la pena de muerte... No son más que memeces, camaradas. ¡Ejecutad! Y, si es necesario, sin sentencia de un tribunal»<sup>[3]</sup>.

Mielke nació en 1907<sup>[4]</sup>, hijo de un carretero berlinés. A los catorce años se afilió a la organización de las Juventudes Comunistas y a los dieciocho, al Partido. Durante la década de 1920 y principios de la de 1930 la situación política en Alemania era muy volátil: había peleas callejeras entre comunistas y nazis y entre comunistas y agentes de policía. La muerte de un comunista en 1931 durante una refriega en Berlín hizo que el Partido reclamara venganza. El 8 de agosto, en una manifestación en la Bülowplatz, Mielke y otros hombres mataron a un jefe de la Policía local y a su chófer al dispararles a quemarropa por la espalda.

Mielke huyó a Moscú. Allí asistió a la Escuela Internacional Lenin, una institución de elite para formar a líderes comunistas, y al mismo tiempo trabajó para la policía secreta de Stalin, la NKVD. En enero de 1933, el Partido Nazi subió al poder en Alemania. Algunos de los comunistas responsables de los asesinatos de Bülowplatz fueron sentenciados a muerte; otros, a largas condenas. Se ordenó su arresto.

Mielke se mantuvo lejos de Alemania. A finales de la década de 1930 participó activamente en la Guerra Civil española; por su cuenta, hizo méritos en Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, tiempo después, Stalin le condecoró con varias medallas por los servicios prestados: parece evidente que, a partir de la mitad de la década de 1930, allá donde fuese, Mielke actuaba como sicario del servicio secreto de Stalin.

Cuando terminó la guerra volvió al sector soviético de Berlín, donde estaba a salvo. Allí trabajó en el departamento de asuntos internos de la Policía soviética. En 1957, Mielke maquinó un golpe contra su líder y se hizo así con el poder como ministro de Seguridad del Estado. Con el tiempo iría consolidando su poder en el Partido y en el país. En 1971 ayudó a organizar el golpe que proclamó a Erich Honecker secretario general. Éste recompensó a Mielke proponiéndolo como candidato al Politburó y regalándole una casa en el complejo de lujo del Partido, en Wandlitz. Desde entonces ambos Erichs fueron los mandamases del país.

Si bien Mielke era el hombre invisible, los retratos de Honecker, en cambio, estaban por doquier: en las escuelas, en los pasillos de las Juventudes Libres Alemanas, en los teatros, en las piscinas; en las universidades, en las comisarías, en los campamentos de vacaciones y en las garitas fronterizas. Iba siempre con traje y corbata y unas grandes gafas con montura negra. Llevaba el pelo —primero negro y luego gris— peinado hacia atrás, con amplias entradas. Aparte de ser pequeño, Honecker era bastante del montón, salvo por su extraña boca de gruesos labios que parecían esbozar, solo en parte, una sonrisa.

El pasado de Honecker no era muy distinto al de Mielke. Su padre fue minero y se unió a la Jung-Spartakus-Bund a los once años, y a las Juventudes Comunistas a los catorce. Fue aprendiz de techador, antes de pasar 1930 y 1931 en la Escuela Lenin de Moscú para después trabajar clandestinamente con los comunistas en contra del régimen de Hitler. En 1937 fue arrestado por la Gestapo y sentenciado a diez años de prisión por «planear alta traición». Escapó poco antes del final de la guerra, momento en el que empezó, poco a poco, a hacer carrera en el Partido como dirigente de Alemania del Este.

Las competencias de la Stasi eran ser «el escudo y la espada» del Partido Comunista, llamado por entonces Partido Socialista Unificado de Alemania (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*) o SED. Pero su mayor cometido era proteger del pueblo al Partido. Arrestaba, encarcelaba e interrogaba a todo el que se le ponía por delante. Inspeccionaba toda la correspondencia en cuartos secretos en la parte de arriba de las estafetas de correo (se copiaban cartas y se robaba cualquier cosa de valor), e interceptaba, a diario, miles de llamadas telefónicas. Colocaba micrófonos en habitaciones de hotel y espiaba a los diplomáticos. Tenía sus propias facultades, hospitales, centros deportivos de alto rendimiento y programas de entrenamiento terrorista para libios y para alemanes occidentales de la Fracción del Ejército Rojo. Infectó el campo de búnkeres secretos para sus miembros por si

estallaba la Tercera Guerra Mundial. Al contrario que los servicios secretos de los países democráticos, la Stasi era el puntal del poder del Estado. Sin ella, y sin la amenaza de los tanques soviéticos en la retaguardia, el régimen del SED no habría podido sobrevivir.

El vestíbulo del cuartel general de la Stasi es un amplio atrio. Una luz aguada entra por las ventanas de detrás de unas escaleras que zigzaguean hasta las oficinas. Una mujer menuda que me recuerda a la celadora de un hospital —lleva el pelo recogido y unos cómodos zapatos blancos— guía a un grupo por el edificio. Los visitantes son muy charlatanes, gente anciana que acaba de bajarse de un autobús con matrícula de Bonn. Visten ropa cara de colores vivos y han venido para echar un vistazo, a ver qué les habría pasado a ellos si hubiesen nacido o vivido un poco más al Este.

El grupo rodea una maqueta del complejo mientras la guía les cuenta lo que se encontraron los manifestantes cuando por fin consiguieron entrar aquí en la noche del 15 de enero de 1990. Dice que había un supermercado en el interior con manjares que era imposible comprar en ningún rincón del país. Había una peluquería con filas de secadores de casco naranjas, para «los cortes a cepillo». Había un zapatero y, por supuesto, un cerrajero. La guía arruga la nariz para ajustarse el puente de las gafas: un acto reflejo que vale también como gesto de disgusto. Les explica que el edificio de al lado —el archivo— no se veía desde fuera del complejo y que en su interior se había diseñado una habitación recubierta de cobre para impedir que los satélites espías recabaran información. Había un almacén de municiones y un búnker bajo tierra, para Mielke y unos cuantos elegidos, en caso de catástrofe nuclear. Dice que los berlineses solían llamar a este sitio la «Casa de los mil ojos».

Empiezo por inspeccionar el atrio. Una flecha indica el camino a la biblioteca, otra, las escaleras, hacia una sala de exposiciones. Huele a polvo y a cerrado.

Es entonces cuando oigo hablar a la guía de una «solución biológica». Los occidentales guardan silencio. Cuenta que, en vez de esperar una revolución, ella y sus amigos pusieron todas sus esperanzas en la avanzada edad de los «Marxisten-Senilisten», con un pie en la tumba. Al fin y al cabo, dice arrugando la nariz, los líderes de la RDA eran los más viejos del mundo.

—Debimos de batir algún récord.

Pero, al contrario que en China, donde se veía a los líderes en silla de ruedas, casi muertos, los viejos de aquí apenas mostraban signos de desfallecimiento físico.

—Siempre estaban tramando algo —explica—, que si inyecciones de células de ovejas, dosis ultraelevadas de oxígeno, cualquier cosa. Esos hombres querían vivir eternamente. —Empieza a hablar sobre el principio del fin.

Mielke y Honecker se criaron luchando contra el demonio real del nazismo. Y continuaron luchando contra Occidente, al que consideraban el sucesor de aquel régimen, durante cuarenta y cinco años tras el fin de la guerra. Tenían que hacerlo, como estado satélite de la URSS y como bastión del Bloque del Este contra Occidente.

Pero en Alemania Oriental lo hicieron más a conciencia y con un entusiasmo más pedante que los polacos, los húngaros, los checos y hasta que los propios rusos. Nunca quisieron detenerse.

Cuando en 1985 Mijaíl Gorbachov subió al poder en la Unión Soviética, implementó las políticas de la *Perestroika* (la reforma económica) y de la *glásnost* (la «transparencia» de discurso). En junio de 1988 declaró el principio de libertad de elección para los gobiernos del Bloque del Este y rechazó el uso de la fuerza militar soviética en defensa del poder de estos países. Sin el respaldo soviético para acabar con la disidencia del pueblo —como había sido el caso durante la insurrección obrera en Berlín en 1953, en Hungría en 1956 y en Praga en 1968—, el régimen de la RDA no podría sobrevivir. Las opciones eran cambio o guerra civil.

En comparación con otros países del Bloque, Alemania Oriental nunca gozó de lo que se ha dado en llamar una «cultura de oposición». Tal vez se debiera en parte a un nivel de vida mejor<sup>[5]</sup>, tal vez a la meticulosidad de la Stasi... o, como algunos quieren verlo, a la voluntad de los alemanes a someterse a la autoridad. No obstante, en gran parte fue porque —algo sin parangón entre los países del Bloque— Alemania Oriental tenía un sitio donde arrojar a la gente que se oponía: Alemania Federal. La encarcelaban y luego la vendían a la RFA por moneda fuerte. El número de disidentes no llegó a constituir una masa crítica hasta 1989, cuando las reformas en la Unión Soviética insuflaron al pueblo de a pie el valor suficiente para tomar las calles.

Con todo, los hombres que gobernaban la RDA estaban osificados. No les interesaban las reformas. Aún en 1988 desautorizaron las películas y las revistas soviéticas en un intento de detener la contaminación de nuevas ideas<sup>[6]</sup>. Y tomaron numerosas medidas, exiliando a oleadas de elementos «negativo-enemigos» hacia Alemania Federal. La expulsión sumaria de Miriam en mayo de 1989 formó parte de una de estas últimas purgas.

Sin embargo, no era posible expulsar a todo el mundo. No era algo muy práctico y, lo que era peor, suponía conceder a la gente la libertad que anhelaban.

—Así que —comenta la guía— los viejos hicieron otros planes: contendrían a los disidentes en la patria.

Tras la caída del Muro se hallaron documentos que revelaban lo meticuloso de sus planes, vigentes durante toda la década de 1980, para vigilar, arrestar y encarcelar a 85.939 alemanes orientales, ordenados por orden alfabético en listas. El «Día X» (el día en que se declarase una crisis, cualquiera que fuese), los funcionarios de la Stasi de las 211 delegaciones locales tenían orden de abrir los sobres sellados que contenían las listas de la gente de su zona y de arrestarlos.

Los arrestos tendrían que hacerse a toda prisa: 840 personas cada dos horas. Los planes contenían previsiones detalladas sobre el uso de todas las cárceles y campos de internamiento y, cuando éstos estuviesen llenos, para la conversión de otros edificios: antiguos centros de detención nazis, escuelas, hospitales y residencias de verano. Se previó todo al detalle, desde dónde estaba el timbre de cada persona a la que se

arrestaría, hasta el adecuado suministro de alambre de espino y las normas de vestimenta y protocolo de los campos: brazaletes, «verde, de dos centímetros de ancho» para los más ancianos del barracón, y amarillo con las letras «J. T.» en negro para el jefe del turno, que lo tendría que llevar en el brazo izquierdo. También había instrucciones escritas sobre el paquete que recibiría cada preso al ser arrestado:

- 2 pares de calcetines
- 2 toallas
- 2 pañuelos
- 2 mudas ropa interior
- 1 prenda de lana
- 1 cepillo y pasta de dientes
- 1 betúm y cepillo para limpieza de zapatos

Mujeres:  
Aparte, aprovisionamiento higiénico

Los encerrarían indefinida e indiscriminadamente, pero tendrían limpios los zapatos, la ropa interior y los dientes<sup>[7]</sup>.

Hacia mediados de 1989 las manifestaciones de después de las reuniones para la oración de los lunes en la Nikolaikirche de Leipzig se propagaron por todo el país, por Erfurt, Halle, Dresde, Rostock. La gente protestaba por las restricciones para viajar, por la escasez de bienes básicos y por la alteración de los resultados electorales. Estas protestas los llevaron ante las sedes de los representantes más significativos del régimen: no del Partido, sino de la Stasi. Gritaban: «¡Democracia, ahora o nunca!», «¡Abajo la Stasi!» y «¡SED, no nos hagas más daño!».

En agosto, los húngaros cortaron el alambre de espino de la frontera con Austria, creando así el primer hueco en el Bloque oriental. Miles de alemanes orientales acudieron hasta allí en masa y cruzaron la frontera, llorando de alivio y rabia. Otros tantos viajaron hasta las embajadas de la RFA en Praga y Varsovia y acamparon a las puertas, lo que generó una pesadilla diplomática para las relaciones entre las Alemanias. Al final, el régimen accedió a dejarlos ir, bajo la condición de que los trenes que los llevaran a Alemania Occidental tendrían que atravesar la RDA. Honecker esperaba humillar así a los «expulsados» confiscándoles los documentos de identidad. Y quería que temiesen (y así fue) que iban a parar los trenes y a arrestar a los pasajeros. Le salió el tiro por la culata. La gente de los trenes rompió sus documentos con lágrimas de alegría. Miles de personas fueron en bandada a las estaciones para ver si podían subirse a alguno y para celebrarlo con sus compatriotas.

A principios de octubre, Leipzig era un punto candente. Los empleados de las gasolineras se negaban a llenar los depósitos de los coches patrulla; a los hijos de los militares se les impedía la entrada a los internados; a los que trabajaban en el centro de la ciudad, cerca de Nikolaikirche, se les mandaba a casa antes del cierre. Los hospitales pedían más sangre. La gente hacía el testamento y, antes de ir a las manifestaciones, les decían a sus hijos cosas que querían que recordasen.

Había rumores de que habría tanques y helicópteros y cañones de agua, pero también estaban las postales de los amigos que habían conseguido llegar al Oeste. La gente se echó a las calles.

Honecker ordenó que se acabase, de raíz, con los «contrarrevolucionarios» de Leipzig. «Nada puede entorpecer —decía— el progreso del socialismo». El 8 de octubre Mielke, puso en marcha los planes para el «Día X»: envió órdenes a las divisiones locales de la Stasi para que abriesen los sobres. Pero las cosas ya habían ido demasiado lejos. En vez de encarcelar a la gente, la Stasi se atrincheró en sus propios edificios. En las sedes regionales tenían 60.000 revólveres, más de 30.000 metralletas, granadas, rifles de precisión, armas antitanques y gases lacrimógenos. El miedo al linchamiento no tardó en propagarse. A los policías de Leipzig les enseñaron fotos de un agente chino inmolado por la turba en la plaza de Tiananmen y les dijeron: «O vosotros o ellos». Pero también se les ordenó que no disparasen ni utilizaran la violencia a no ser que fuese empleada en su contra.

El 7 de octubre de 1989, la RDA celebraba sus cuarenta años de existencia con ostentosos desfiles por Berlín. Había un mar de banderas rojas, un desfile con antorchas y tanques. Los viejos de la tribuna llevaban sus trajes gris claro tachonados de medallas. Mijaíl Gorbachov estaba junto a Honecker, pero parecía incómodo entre los alemanes, mucho mayores que él. Había venido para decirles que se había acabado, para convencer a los líderes de que adoptasen las políticas reformistas que estaba llevando a cabo. Había hablado abiertamente sobre los peligros de «no atenerse a la realidad».

En una clara indirecta le había dicho al Politburó que «la vida castiga a los que llegan tarde». Honecker y Mielke no le hicieron caso, al igual que tampoco hicieron caso de la muchedumbre que clamaba: «Gorby, ¡ayúdanos! ¡Ayúdanos, Gorby!»<sup>[8]</sup>.

En Leipzig, el extraordinario valor del pueblo no flaqueó y no derivó en nada más. El 9 de octubre, 70.000 manifestantes salieron de noche, cubiertos con grandes abrigos y portando velas. Se apostaron ante la *Runde Ecke* para hacer sus peticiones. «¡Desenmascarad a los confidentes de la Stasi!», «No somos alborotadores, somos el Pueblo», y una consigna constante y constante, la «no violencia». A partir de esa noche las manifestaciones fueron a más y de forma clandestina llegaron grabaciones de estas hasta el Oeste, lo que convirtió a Leipzig en la «Ciudad de los Héroes».

Por entonces ya había protestas a las puertas de las sedes de la Stasi de todo el país. Pero incluso en las ciudades más pequeñas, los funcionarios de la Stasi continuaban su trabajo atrincherados allí; con su habitual fidelidad, mandaban sus informes a Berlín constatando las peticiones de la muchedumbre: «¡La Stasi a las fábricas!» (oído en Zeulenroda), «¡Nosotros pagamos vuestros salarios!» (de Schmalkalden) y el profético «¡Tenéis los días contados!» (en Bad Salzungen). En Leipzig los manifestantes habían empezado a gritar «Ocupemos el edificio de la Stasi» y «No nos moverán».

Los intentos del Partido por cambiar su imagen llegaron demasiado tarde. El 17

de octubre, Honecker fue sustituido por uno de sus diputados, Egon Krenz, quien, aunque algo más joven, tenía la misma mala fama. El 8 de noviembre se empezaría un proceso contra Honecker por abuso de poder y corrupción.

Al día siguiente, en sus intentos por gestionar la crisis, el Politburó se reunió y decidió relajar las restricciones para viajar. Permitirían que la gente se desplazase libremente y solo se prohibiría abandonar el país en caso de «circunstancias excepcionales». La sesión duró hasta la noche. A esas alturas, al régimen le dio por dar una rueda de prensa corriente con los medios internacionales. Esa noche, un miembro del Politburó, Günter Schabowski, se las tuvo que arreglar como pudo. No había estado en la sesión pero le pasaron a toda prisa una nota sobre la decisión que se había tomado para que la leyese en la rueda de prensa.

Cuando terminó, no hubo una reacción visible entre los periodistas congregados en la sala, todos los bolígrafos estaban en ristre, los micrófonos de sonido ambiente flotando en el aire. Luego la pregunta saltó a la palestra: «¿Cuándo entrarán en vigor estas nuevas disposiciones?». Schabowski tenía bolsas bajo los ojos y cara de sabueso. Abochornado, miró la hoja y le dio la vuelta, pero no encontró ninguna respuesta. «Entrará en vigor... hasta donde sé, de manera inmediata», respondió<sup>[9]</sup>.

La decisión tenía que materializarse al día siguiente, después de que se instruyese a los guardias fronterizos sobre cómo implementarla. Pero una vez que Schabowski lo hubo dicho, fue demasiado tarde. Pocas horas después de su metedura de pata, 10.000 personas llegaron al control del puente de Bornholmer, a pie o en sus Trabant, y abarrotaron el Muro. Se veía el aliento de la luz de la Franja de la Muerte, exhausta. Había una sinfonía de bocinas. Los guardias se prepararon y mantuvieron el dedo en el gatillo, pero no recibieron ninguna orden. Al final, el supervisor decidió dejar pasar a la gente, bajo una condición: los guardias les pondrían un sello de salida a la izquierda de la fotografía del pasaporte a los «más insistentes» (los que estaban al principio de la cola), para que más tarde se les pudiese identificar y se les denegara el regreso.

La gente no sabía de qué le estaban hablando pero tampoco les importaba. Entraron a raudales en Berlín Oeste. Cuando algunos de los primeros regresaron con latas de cerveza occidental para demostrar dónde habían estado, los guardias intentaron detenerlos para que no regresasen, pero era demasiado tarde, se había acabado todo, y la gente del Este y del Oeste estaba trepando, llorando y bailando encima del Muro.

## 7. El olor a viejo

Aquí, en el cuartel general de Normannenstrasse, cundió el pánico. A los funcionarios de la Stasi se les dio órdenes de destruir los expedientes, empezando por los más incriminatorios: los que nombraban a occidentales que espiaban para ellos y los que estaban relacionados con muertes. Eliminaron los expedientes hasta que las destructoras de papel se colapsaron. Entre otras escaseces del Este, también había escasez de este tipo de máquinas, así que mandaron a agentes encubiertos a Berlín Occidental para comprar más. Solo en el edificio 8, los miembros del movimiento civil se encontraron con más de cien destructoras averiadas. Cuando la Stasi no pudo hacerse con más máquinas, empezaron a destruir los archivos y los expedientes con las manos, haciendo trizas los documentos y poniéndolos luego en sacos. Pero lo hicieron con tal orden —cajones enteros de documentos en una misma bolsa— que ahora, en Nuremberg, las mujeres puzle son capaces de volver a encajar las piezas.

El 13 de noviembre, Mielke, con ochenta y un años, empezó a desesperarse ante la debacle de su mundo. Dio su primer y único discurso ante el Parlamento, emitido en directo. «Queridos camaradas», empezó, y los abucheos estallaron. Gritos de «No somos camaradas» surgieron desde los escaños de los partidos minoritarios, independientes desde hacía poco. Luego, como si simplemente no pudiese comprender por qué no le apreciaban, Mielke balbuceó ante el micrófono: «Yo quiero... yo es que os quiero a todos. Me he desvivido por vosotros...»<sup>[10]</sup>. A los alemanes orientales, cuando piensan en Mielke, les gusta recordarlo así. Tal vez haya algo reparador en el ridículo; sea como sea, el caso es que alivia del terror y de la rabia.

El 3 de diciembre, Krenz, junto a Mielke, fue expulsado del Partido. Hans Modrow, un político de Dresde, se convirtió en el líder. Modrow decidió cambiar el nombre de «Ministerio para la Seguridad del Estado» por el de «Oficina para la Seguridad Nacional» (*Amt für Nationale Sicherheit*), un lavado de cara que daba como resultado un acrónimo de lo menos afortunado: «Nasi». No engañaron a nadie.

El grupo de alemanes occidentales que están visitando el edificio parece haberse apaciguado. Han parado las bromitas por lo bajo de los hombres, las miradas entre las esposas. La guía pregunta si quieren ver la parte de arriba, pero arrastran los pies y sacuden las cabezas, dicen que es probable que ya no les dé tiempo hoy.

—Bueno, entonces —dice—, hemos llegado al final de nuestra historia. —Con sus maneras de marimandona y su nariz arrugada, se ve que no tiene intención de dejar que esos occidentales se vayan de aquí antes de oír cómo el pueblo tomó el edificio.

Cuenta que, en enero de 1990, al ver el humo saliendo por las chimeneas, los berlineses vinieron hasta aquí para protestar. Trajeron ladrillos y piedras y construyeron un muro simbólico alrededor del edificio para instar a la Stasi a que

dejara de quemar los expedientes. Dice que es extraordinario que, con tantas piedras como había, no se lanzase ni una y que, del otro lado, tampoco llegase ningún disparo:

—Había un montón de agentes de la Stasi circulando entre los manifestantes — dice con desdén—, tal vez por eso no dispararon, para no herir a un compañero.

Al final, cuando la Stasi hubo hecho todo lo que pudo para esconder y destruir sus archivos, abrieron las puertas a los manifestantes.

Las denuncias contra Mielke empezaron tan pronto como perdió el poder; no podía ser de otra forma, sobre todo con un pueblo tan bien entrenado en eso de denunciar. La oficina del fiscal de Berlín recibió una nota que acusaba a Mielke de utilizar fondos públicos para construir su villa y su coto de caza. En enero de 1990 se añadieron más cargos a la acusación: sospecha de alta traición; colaboración en la reforma de la Constitución en la que él y Erich Honecker instituyeron un «sistema nacional de vigilancia del correo y de las telecomunicaciones»; privación de libertad a la gente, «en contra de la ley», al ponerla bajo «custodia preventiva» durante el cuadragésimo aniversario de la RDA.

Encerraron a Mielke en prisión preventiva. Durante 1990 y 1991 entró y salió de varias cárceles berlinesas, incluida Hohenschönhausen, donde había mandado a la mayoría de sus presos políticos. Con el tiempo se añadieron más cargos, entre ellos los de los agentes de Policía asesinados en 1931. El juicio de Mielke empezó en 1992 pero, para cuando terminó, las únicas acusaciones que quedaban eran las relacionadas con los crímenes de Bülowplatz. Fue condenado a seis años de prisión por participar en ellos. La guía le explica a su rebaño:

—Fue absurdo encarcelarlo por unos asesinatos tan antiguos.

Pese a todo, mucha gente pensó que algo era algo. Lo liberaron por cuestiones de salud en agosto de 1995 y desde entonces vive no muy lejos de este edificio.

Honecker salió peor parado. A principios de 1990 se le arrestó por sospecha de corrupción y alta traición, para luego ser puesto en libertad bajo fianza. En noviembre de ese mismo año se le acusó de ser responsable de asesinatos cometidos en el Muro, pero huyó a Moscú, desde donde comunicó a la prensa que no albergaba remordimiento alguno y protestó por el arresto de antiguos colegas. En julio de 1992 fue extraditado a Berlín para que afrontara un juicio que sería suspendido en enero debido a su cáncer de hígado terminal. Honecker y su mujer se exiliaron a Chile, donde él murió en mayo de 1994.

Conforme el Partido fue perdiendo apoyos en el país, empezó a negociar con la *Runde Tisch*, el consorcio de activistas pro derechos civiles y de grupos eclesiásticos de Alemania Oriental. Pero incluso éstos estaban infectados de confidentes de la Stasi. Con todo, cuando la *Runde Tisch* aprobó una moción en su primer encuentro del 7 de diciembre de 1989, por la cual se exigía que se llevasen a cabo unas

elecciones libres y que se disolviera la Stasi bajo control civil, la mayoría de los confidentes votaron a favor. Al parecer, para no ser descubiertos, se vieron obligados a votar medidas para acabar con el régimen que les había dado de comer<sup>[11]</sup>.

Entre 1989 y octubre de 1990 se mantuvo un encendido debate sobre qué hacer con los archivos de la Stasi. ¿Debían abrirse o quemarse? ¿Debían ponerse bajo llave durante cincuenta años y luego abrirlos, cuando la gente que aparecía en ellos hubiese muerto o, posiblemente, perdonado? ¿Cuáles eran los peligros de saber? ¿Y los peligros de ignorar el pasado y volver a caer en lo mismo, solo que con banderas, pañuelos o cascos de distinto color?

Al final, algunos archivos se destruyeron, otros se pusieron bajo llave y otros se abrieron. La *Runde Tisch* decidió que la *Hauptverwaltung Aufklärung* (el brazo internacional de la Stasi) podía disolverse por sí sola. En ese tesoro enterrado había demasiados archivos en relación con demasiados países extranjeros —entre los cuales no eran pocos los relacionados con la administración de Alemania Federal, donde se habían infiltrado numerosos espías de la Stasi— que, ni que decir tiene, eran demasiado peligrosos.

Esto reducía el asunto a los expedientes de la Stasi sobre la gente del interior de la RDA. Muchos alemanes orientales, sobre todo aquellos que habían estado en el poder o habían sido confidentes, estaban en contra de que quedasen a disposición de cualquiera.

El Gobierno de la RFA era de la misma opinión. ¿Temían la vergüenza que sentirían cuando se abriesen los archivos, cuando se revelasen sus propios tejemanejes para apoyar al régimen? ¿O se producirían baños de sangre indiscriminados cuando la gente se vengase de los confidentes?

En agosto de 1990, el primer y único parlamento electo de la RDA aprobó una ley que garantizaba el derecho del pueblo a ver sus propios expedientes. Pero el gobierno de Alemania Federal, en su borrador del Tratado de Unificación de ambos países, recomendó que se enviaran todos los expedientes a los archivos federales de Koblenz, en Alemania Federal, donde lo más probable era que se guardasen bajo llave.

Los ciudadanos de a pie de la RDA estaban horrorizados. Temían que se siguiera utilizando toda la información sobre ellos, o que no llegasen a saber nunca cómo había manipulado sus vidas la Compañía. Las protestas empezaron. El 4 de septiembre de 1990 los manifestantes ocuparon este vestíbulo y, una semana más tarde, empezaron una huelga de hambre. Al final salieron victoriosos y vieron que en el Tratado de Unificación se incluyeron disposiciones para regular el acceso a los archivos.

El 3 de octubre de 1990, el día de la reunificación alemana y el día en que dejó de existir la RDA, el pastor alemán oriental Joachim Gauck tomó posesión de su cargo como director de la recién inaugurada Oficina de Documentación de la Stasi. Aunque por los pelos, Alemania se convirtió en el único país del Bloque del Este que consiguió, valiente y concienzudamente, abrir para su pueblo los archivos sobre su

pueblo.

El grupo se va, ya ni siquiera murmuran entre ellos. Supongo que tienen prisa por volver a su hotel en Berlín Occidental, cuyo estilo internacional no les recuerda nada; no los culpo. La guía se me acerca y me pregunta qué es lo que me interesa de este sitio. Le explico que después de ver la *Runde Ecke* de Leipzig tenía ganas de visitar el cuartel general de la Stasi, y le cuento que lo que quiero es hablar con gente que se opuso al régimen, más que con los que lo representaron.

—En ese caso —me dice—, tiene que conocer a frau Paul.

La sigo hasta su oficina, un pequeño espacio atestado de carpetas llenas de expedientes, y me da un número de teléfono.

Subo por las escaleras del vestíbulo. A ambos lados del pasillo hay vitrinas de cristal con objetos expuestos que escondían cintas y cámaras para documentar al «enemigo». Hay más variedad que en Leipzig: una maceta, una regadera, una lata de gasolina y la puerta de un coche, todo con cámaras de diversos tamaños escondidas en el interior. Hay termos con micrófonos en la tapa, un chaquetón de montañismo con una cámara cosida al bolsillo de la solapa y un aparato parecido a una antena de televisión que podía captar conversaciones a cincuenta metros de distancia, en otros edificios, o mientras estabas en el coche, parado en un semáforo.

En el siguiente corredor paso por delante de un busto negro de Marx sobre un pedestal, parece un dios con el cabello al viento. Han convertido uno de los despachos en una sala de trofeos para las baratijas de la Stasi. Hay estandartes de cada regimiento, cintas y medallas al servicio e insignias de ojal como distintivos de jerarquía. Hay Lenins de barba picuda en miniatura, de todos los tamaños, y una larga fila de puños de yeso cerrados y alzados por el socialismo internacional. Hay trofeos y jarrones, y jarras de cerveza con el emblema de la RDA: el martillo y el compás. Una cajita de libros en miniatura contiene la vida y milagros del camarada Erich Honecker y hay un retrato tamaño relicario del propio Mielke en —qué cosas— esmalte. En la pared cuelga una alfombra con el triunvirato de los perfiles de Marx, Engels y Lenin bordado en lana junto a una sorprendente esterilla tejida a mano con el símbolo de la Stasi en acrílico rojo, amarillo y negro. Las alfombras me dejan fascinada. Creo que ponderan el valor de la mano de obra por encima del resto de objetos expuestos, la mayoría cosas de adorno o funcionales.

De esta sala se pasa a otra más pequeña. En un principio pienso que contendrá más *kitsch* revolucionario, pero aquí solo hay libros y medallas bajo cristal. De hecho, la mayoría de las cosas son papeles, aunque cuando empiezo a leerlos comprendo por qué merecen una sala aparte: son los planes de 1985 de la Stasi y del ejército para invadir Berlín Occidental. Éstos son metódicos: incluyen la división del «nuevo territorio» en delegaciones de la Stasi y las cifras exactas sobre el número de funcionarios que se asignarían a cada una. Y hay una medalla, acuñada en bronce,

plata y oro por orden de Honecker, para ser concedida, después del triunfo de la invasión, al «Valor ante el Enemigo Occidental». En el Oeste nadie podría haberse imaginado hasta dónde llegaba la ambición de la Stasi.

Las habitaciones de Mielke están en la segunda planta. No se ve a nadie. Mis zapatos hacen un ruido de goma sobre el linóleo hasta que llego a su despacho, donde el suelo es de parqué. Es una habitación espaciosa, con un halo de decadencia bien conservada. Da la misma sensación que experimentarías al visitar la casa de alguien que compró los muebles de su boda en los años cincuenta pero que nunca tuvo los medios para renovarlos. De hecho, todo parece tener ese color de los cincuenta, entre amarillo y verde, como de gas mostaza.

El principal atractivo de la habitación es un escritorio chapado de tamaño mediano. Al acercarme paso por delante de un retrato de Lenin, cuyos ojos me siguen por la habitación. Lo único que hay sobre el escritorio son dos teléfonos y una máscara mortuoria de Lenin en yeso. De tamaño real, la cabeza parece pequeña comparada con otras versiones exageradas en lana, en pintura y en mármol de la cámara del tesoro de abajo. También parece muy muerto: un *memento mori* de este sistema de creencias, como un crucifijo en otro. Pero, aparte de esta presencia, el lugar parece más bien el despacho del alcalde de una casa consistorial venida a menos, en una pequeña pero orgullosa ciudad rural cuyos habitantes guardan un buen recuerdo de los días en que el precio de la lana era alto.

La luz es tan pobre que los contornos están desdibujados. Avanzo un poco, atravieso las habitaciones privadas de Mielke (un sofá cama y una silla) y un cuarto de baño (un modelo de sobrio alicatado) hasta una antesala más amplia que alberga hoy mesas de cafetería para los turistas. También está vacía. Hay un par de viejos sillones en una esquina; un televisor reproduce una cinta de vídeo. Voy hasta allí, hacia la fuente de luz, y me siento a verla.

La película son imágenes captadas por un aficionado de los manifestantes irrumpiendo en el edificio en la fría noche del 15 de enero de 1990. Atraviesan las oficinas, el supermercado, las peluquerías, abriendo puertas cerradas y mirando de hito en hito las sacas y sacas de papeles. No parecen alegres, ni siquiera se muestran bravucones. Por el contrario, sus caras están a medio camino entre el asco y la tristeza. Ya me han descrito antes esa peculiar sensación por la que no sabes si reírte o vomitar.

Hace frío y el aire huele a cerrado. Me subo el cuello del chaquetón hasta las orejas. No creo que haya en la historia algo comparable a esto, a que, casi de la noche a la mañana, la sede de un servicio secreto haya pasado de ser tan temida que apenas se osaba pronunciar su nombre, a convertirse en un museo en el que te puedes sentar en un confortable sillón al lado del mingitorio privado del jefe y ver un vídeo sobre cómo tomaron su despacho. Oigo pisadas detrás de mí y me doy la vuelta: una pequeña mujer rubia con vaqueros y guantes de goma con un bote de limpiamuebles.

—¿Van a cerrar ya? —le pregunto—. ¿Me voy?

Sonríe y da una palmadita al vacío con una mano de plástico rosa.

—No se preocupe —dice—. Ya no quedamos más que nosotras, así que no pasa nada si nos vamos las dos juntas cuando acabe.

Empieza a rociar las mesas con la munición perfumada. Vuelvo a la película. Muestra imágenes de la morgue de la Stasi de Leipzig: cuerpos sobre las mesas, incluido el de un joven sin heridas aparentes. Pasan a una entrevista con un trabajador del cementerio General Sur que explica que había recibido llamadas «unas veinte o treinta veces» para que dejase cierto horno abierto «con el fin de que la Stasi hiciese su trabajo». El hombre parece incómodo, pero también se encoge de hombros como diciendo «era mi trabajo». La voz en *off* comenta que se encontraron unas treinta urnas en las oficinas de la Stasi de Leipzig, sin etiquetar y sin reclamar. Me pregunto si Miriam lo sabrá. Creo que debería llamarla.

Lo siguiente es una entrevista con un hombre muy repeinado y con un bigote pelirrojo que fue psicólogo de la Stasi. Está explicando la buena voluntad del pueblo de informar sobre sus compatriotas, en lo que llama «un impulso de asegurarte de que tu vecino está haciendo lo correcto». Ni se inmuta. «Se remonta a algo que está en la mentalidad alemana —dice—, cierta pulsión por el orden, la meticulosidad y cosas por el estilo».

Cosas por el estilo. Una tos a mis espaldas.

—Claro que viví con normalidad —dice la limpiadora. Me giro. Tiene la cara surcada por las arrugas, de fumadora, y una delgadez de pecho hundido—. Me conformé, como todo el mundo. Pero tampoco es verdad que la RDA fuera una nación de 17 millones de confidentes. Solo había dos por cada cien habitantes.

—Sí —respondo, y luego no sé qué más añadir. Incluso con un confidente por cada cincuenta personas, la Stasi tenía a toda la población cubierta.

Me da por caso perdido.

—No hay manera de sacarle las manchas a estas mesas —dice, y vuelve a su trabajo.

Cuando acaba volvemos por las habitaciones privadas de Mielke, por el baño y el despacho. Cierra las puertas con llave y nos vamos.

—¿Sabe qué? En este país no hay unidad verdadera —me explica— aunque hayan pasado siete años. No me siento parte de este país. ¿Sabe que en el barrio de Kreuzberg de Berlín Occidental quieren que se vuelva a levantar el Muro? ¡Para protegerse de nosotros! —Se enciende un cigarro—. ¿Le cabe en la cabeza que un alemán pueda pensar así?

Espero que sea una pregunta retórica. Lo único que sé es que solo hicieron falta cuarenta años para crear dos tipos de alemanes muy distintos, y que llevará otros tantos limar las diferencias.

Pasamos por delante de un aseo con una «H» de *Herren*.

—Solo necesitaban aseos de caballeros —dice—. Las mujeres no podían pasar del rango de coronel y, de todas formas, solo había tres. Esto era un *Männerklub*. —

Asoma la cabeza en un pequeño cuarto para un centinela—. Mire esto —me dice. Sobre la mesa todavía hay un calendario de enero de 1990—. No, allí. —Me señala la otra pared, detrás del escritorio. Hay un manchón sobre la pintura—. Ahí es donde el colega se reclinaba en su silla y apoyaba su gorda y grasienta cabeza sobre la pared. —Está asqueada—. Eso no sale.

Proseguimos nuestro camino en zigzag por las escaleras, dejando atrás a Marx y su pelo al viento. El único sonido es el de nuestras pisadas, y la única luz, la de abajo, la de la entrada.

—¿No le da miedo estar aquí sola de noche? —le pregunto.

—A veces —me dice—, pero era peor todavía nada más abrirlo. Antes olía todo el edificio, lo limpiamos y lo limpiamos pero no había manera de acabar con ese olor.

Se para y me mira de frente. Incluso en la penumbra sus ojos son hermosos, de un azul aciano. Se le crispa la cara.

—¿Sabe lo que le digo? —No espera mi respuesta—. Era un olor a viejo.

## 8. Llamadas telefónicas

Suena el teléfono. Me preparo para otro hombre de la Stasi. Pero es una voz de mujer.

—Anna, ¿eres Anna?

Algo se me remueve por dentro. Es Miriam.

—Sí, Miriam, hola, quería haberte...

—Llamaba solo para darte las gracias por lo del otro día. Te lo agradezco mucho.

¿Por qué me da ella las gracias a mí? De pronto me doy cuenta de que debería haberla llamado antes:

—No, por favor, gracias a ti —le digo. Hay algo raro. Se está produciendo un retroceso en la intimidad alcanzada.

—Fue un placer conocerte. Y te deseo buena suerte con tu trabajo.

Suena a punto y final. Le quiero preguntar si sabe lo de las urnas sin reclamar de la *Runde Ecke*, pero no me parece oportuno.

—Podríamos vernos en otra ocasión —le sugiero—, en algún momento.

—Me encantaría —dice rápidamente—. Me encantaría que vinieses por aquí de vez en cuando. Podríamos ir a ver a mis amigos que tienen un jardín de esculturas. Es muy bonito, y me gustaría que los conocieras... —Se detiene—. Bueno, tú llámame y vamos.

—Lo haré. Y gracias... por todo.

Cuelgo el auricular. Si yo fuese Miriam y hubiese contado a alguien los pasajes más dolorosos e instructivos de mi vida, no estaría segura de querer volver a ver a esa persona. Sobre todo si mi vida han sido otros quienes me la han escrito, robado, dirigido. El teléfono es de plástico negro. No es un inalámbrico pero unos ingeniosos estudiantes le acoplaron un cable de una longitud exagerada. Vuelvo por donde he venido, a través del piso vacío y deshecho, siguiendo el cable hasta su raíz.

He arrastrado el colchón hasta el salón, para estar más cerca de la estufa. Todas las noches me quedo dormida viendo la tele. Es una caja astuta que, aunque recibe solo tres canales, los elige por su cuenta, y uno de ellos, a pesar de que no tengo parabólica, es satélite. Se ven todos en blanco y negro y los terrestres siempre tienen nieve.

Bien entrada la noche echan un programa que se llama *Voyeur*. Entrevistan a los invitados y les hacen un test sobre su vida sexual que consta de veintidós sórdidas hipótesis: «Si tu novia trajese a su hermana a casa para jugar, ¿tú...?», «¿Hay algo a lo que hayas tenido que renunciar tras la reasignación?». Se exhiben imágenes que tientan a los censores: exposiciones sobre sexo, experimentos sexuales, revistas y arte porno.

Esta noche están poniendo un reportaje sobre una *stripper* de Leipzig llamada Heidi, Yasmina de nombre artístico. La mujer tiene un cuerpo recio y firme, coronado

por unos ojos azules y un rubio de bote. Esta noche, ella y su novio hacen un espectáculo de «horror erótico» inspirado en la *Walpurgisnacht*, la noche de Walpurgislas Brujas, en la que las brujas se reúnen para pasárselo en grande con el Diablo. Sobre el escenario unas jóvenes brujas, ataviadas con máscaras de látex, piel de leopardo y látigo, son desvestidas por esqueletos hasta que no quedan más que caras de goma y tangas de lentejuelas bajo la penumbra de la nieve carbónica. La cámara hace *zoom* adelante y atrás, casi marea, hacia tetas y paquetes. Luego hay una entrevista con Yasmina, a la que, al ponerse la careta de bruja encima de la cabeza, se le ha quedado la nariz sobre la frente y parece que asiente al hablar. El entrevistador quiere saber cómo era tener la única escuela de *striptease* de la antigua RDA. «¿Es verdad —le pregunta mientras le acerca aún más el micrófono a la cara— que hiciste *striptease* para el Politburó?».

Yasmina sonrío y agita una mano llena de garras.

—Siempre he querido ofrecer a mi público algo diferente —dice—, tanto antes como ahora.

Guiña, la nariz asiente con la nariz y el programa corta de buenas a primeras y mete la siguiente sección: moldes de yeso de partes del cuerpo. Lo primero es un pecho de mujer, lo segundo, dos dedos de uñas enormes a ambos lados de un clítoris. Una voz empalagosa de hombre anuncia: «¡Oferta especial de *Voyeur!* Por solo 250 marcos tú también puedes tener tus partes más íntimas conservadas para siempre en yeso».

Ya no le encuentro ningún sentido. La blancura del yeso me recuerda la de la cabeza del Lenin muerto sobre el escritorio de Mielke. Cambio de canal y encuentro mi programa favorito; es maná para los que sufren de insomnio, o para gente como yo que no puede parar quieta. Llevan una cámara instalada sobre el techo de un coche. Mientras van conduciendo, la imagen se desliza por las carreteras, los senderos y las autovías del este de Alemania durante un verano sublime. Las imágenes son hipnóticas: un volar incorpóreo por los pueblos, las calles principales, y luego de nuevo por el campo. Las tiendas están abiertas o cerradas, mujeres con delantal barriando las aceras donde la gente se sienta a tomar café, madres corriendo bajo paraguas detrás de niños descarriados, operarios de la carretera enfundados en sus monos de aquí para allá. Es el mundo descongelado. Está en blanco y negro y cubierto de nieve, pero sé que se trata del amarillo luminoso de la colza, del verde nebuloso del trigo y del verde más oscuro de los robles que se inclinan sobre la carretera. De vez en cuando nos detenemos en semáforos, a la altura del ojo encapuchado. Luego seguimos y seguimos, atravesando mágicamente un pueblo en deshielo tras otro, lugares en los que nunca he estado y a los que nunca iré.

En mi sueño continúo en silencio por el campo, tonificada por el viento sobre la piel. De pronto se me une otra mujer que vuela a la misma altura. Donde tendría que estar su cara hay un borrón, pero no se me hace raro. Está desnuda, salvo por unos guantes de goma rosas. Sus pezones, fruncidos, son de un rosa más intenso y su vello

público es de un dorado fascinante. Me sorprende no estar sola en el aire, que esté desnuda. «Los guantes, como es normal, son para conducir», me dice. Asiento y me miro las manos. No llevo guantes. Luego me miro el cuerpo y veo que también estoy desnuda. Mi sensación de bienestar se evapora. Miro hacia abajo, hacia la calle principal de un pueblo: hay gente debajo de nosotras. Las campanas de la iglesia empiezan a repicar, repican y repican y no paran y de pronto me caigo —¡No tengo guantes de conducir!— y todos me ven caer, desnuda y absurda.

Me levanto para coger el teléfono. El reloj marca las 2.30 de la mañana: la hora del infarto, la hora de las malas noticias desde casa. ¿U otro hombre de la Stasi? El acoso telefónico es algo normal para ellos, pero no creo que sea de las primeras de su lista. Debe de haber sonado como quince veces antes de que encuentre el teléfono negro, enrollada como estoy en el edredón.

—¿Hola?

—Hola, amiga mía. —Una voz achispada desde mi *pub* local que llega por la línea a través de una boca con una pipa, un marcado acento sajón y una barba: es Klaus. Por cómo suena deduzco que está apoyando la barbilla contra el auricular.

—¿Te has recuperado ya de la última? —me pregunta—. ¿Te hace otra sesión alcohólica?

—Klaus, son las dos y media de la mañana.

—Venga, a estas horas la otra noche todavía estabas entrando en calor.

No tengo ningunas ganas de que me recuerden otras noches. Soy de la opinión de que una de las convenciones entre compañeros de borrachera que se precien es que, si no hay amnesia real, debe simularse. La otra noche llenamos el aire de palabras y humo que ya se han disipado. Mi único recuerdo es la resaca que me llevé a Leipzig.

—He tenido un día muy largo.

—Aquí se está bien. Están poniendo nuestra canción.

No me está tirando los tejos. Quiere decir que están poniendo su canción.

Klaus Renft es el legendario «Mick Jagger» del Bloque del Este. Vive a la vuelta de la esquina, en un piso de un solo cuarto lleno de vídeos y carteles de su banda, la Klaus Renft Combo. Siempre tiene bolsas de deporte llenas de cerveza y de todos los utensilios para fumar que haya conocido el hombre. Ambos somos habituales del *pub* local; tanto es así que lo utilizamos de salón. En el equipo de sonido del *pub* está retumbando la lastimera pero bella canción «Hilflos», una nueva versión incluida en su reciente álbum de regreso.

—¿Sigues ahí? —me pregunta.

—Sí. Y aquí me quedo.

—Pues entonces dulces sueños, pequeña —dice estirando las palabras. Cuando cuelga el auricular no lo pone bien y se queda descolgado. Me llevo el teléfono de vuelta a la cama. Me quedo oyendo «Hilflos» y luego cuelgo.

Me levanto con el timbre del teléfono. Es por la mañana.

—*Guten Tag*. Puso usted un anuncio en el *Märkische Allgemeine*.

—Sí. Gracias por llamar. Mi intención es hablar con gente que trabajara para el Ministerio, para poder hacerme una idea de cómo era. Estoy escribiendo sobre la vida en la RDA.

Hay una pausa.

—En el anuncio ponía que era usted australiana.

—Sí.

—¿Es usted australiana?

—Sí.

—¿Es usted de Australia?

—Así es.

En la RDA gran parte de la geografía no era más que teoría porque la gente no podía salir del Bloque del Este. Si los orientales pensaban alguna vez en Australia era como en un lugar imaginario al que ir en caso de catástrofe nuclear.

—¿Escribe en inglés o en alemán?

—En inglés.

—Quedaré con usted, para dejar las cosas claras. Puede que en Australia no hayan puesto a la gente en contra nuestra y que por lo menos allí podamos dar nuestra visión con información objetiva y análisis. ¿Puede usted quedar mañana?

—Sí.

—¿En Potsdam, por la tarde?

—Sí.

—De acuerdo, entonces nos encontraremos del siguiente modo: estaré a las puertas de la iglesia de la plaza del mercado a las 15 horas. Llevaré el *Märkische Allgemeine* de mañana enrollado bajo mi brazo izquierdo. ¿Entendido?

—Sí —respondo obediente, aunque no puedo creer que este hombre siga con ganas de jugar a los espías siete años después de que haya caído el Muro. Luego le pregunto—: ¿Cuál es su nombre?

Otra pausa:

—Winz.

—Hasta mañana entonces, herr Winz.

Llego temprano a la iglesia y no hay nadie más en la entrada. El cielo está encapotado, muy gris. Llevo botas negras todoterreno y un abrigo negro con un ribete de piel falsa; doy el cante: salta a la vista que no tengo nada más que hacer que esperar una cita. En el mercado cercano a la iglesia mujeres con bufandas y guantes de lana de vivos colores empujan sus carritos entre los tenderetes, asomándose bajo los toldos a rayas rojas y blancas.

Compran patatas, encurtidos expuestos en cubas y ristras rosas de salchicha de

hígado. En uno de los puestos un hombre con antebrazos como codillos le sirve a un barrendero una salchicha y un trozo de pan sobre un plato de papel. Las campanas repican tres veces. Cambio de un brinco de una pierna congelada a otra.

Después de diez minutos, un hombre se acerca con un periódico enrollado bajo el brazo izquierdo. Rondará los sesenta años, es barrigudo y con grandes carrillos, como un sabueso. Lleva una chaqueta de *tweed* que parece de corte extranjero. Cuando se saca el periódico de debajo del brazo para saludarme, veo que incluso tiene coderas de cuero: va disfrazado de occidental.

—Aparcar aquí es horrible —dice herr Winz a modo de disculpa por llegar tarde, pero también como si yo tuviese la culpa. Habla con ladridos autoritarios—. Sugiero que vayamos a un lugar neutral. Suelo utilizar el hotel Merkur.

¿Neutral? ¿Suelo?

—Por mí bien, herr Winz —le contesto, y nos vamos andando hacia el hotel, a unos quince minutos largos de aquí. Se me ocurre que lo mismo ha escondido el coche en alguna parte para que, en el caso de que caiga en la tentación, no pueda seguirlo. Sea como sea, me alegra que nos movamos.

El hotel tiene un vestíbulo de techo bajo, con reservados marrones y un montón de plantas de plástico. No hay nadie. Le pedimos café a un camarero con un antojo en la nariz y empiezo a explicarle a herr Winz mi interés por hablar con antiguos trabajadores de la Stasi. Me hace gestos de que me calle. Espera a que el camarero esté lo bastante lejos como para que no pueda oír. Luego se inclina hacia mí.

—Hoy en día, nunca se es lo suficientemente cauteloso —dice tocándose la nariz y mirando hacia la espalda del camarero. Luego me inspecciona con la mirada—. Por favor, en primer lugar, enséñeme su identificación.

—*Bitte?*

—Me gustaría ver su documento de identidad.

—No tengo.

—¿A qué se refiere?

—En Australia no tenemos documento de identidad.

Se ha quedado sin habla. Me mira como si todas sus sospechas se hubiesen confirmado: vengo de un país tan remoto, tan primitivo, que todavía ni siquiera han etiquetado y numerado a la gente.

Cedo:

—Pero tengo pasaporte —digo, y lo saco de mi bolso. Hay un buen puñado de cosas que no se pueden hacer en este país de forma anónima: desde comprar una tarjeta para un móvil hasta viajar en tren. He tenido que demostrar mi identidad tan a menudo que ahora siempre llevo conmigo el pasaporte, como una fugitiva.

Lee mi fecha de nacimiento y me compara con mi yo más joven. Luego lo hojea para ver dónde he estado en los últimos años:

—Vaya, Checoslovaquia —murmura en cierto momento. Después ve que estuve en la RDA en 1987—. ¿Así que visitó usted mi país? —dice con aprobación.

—Sí, estuve aquí en Potsdam y luego en Dresde, y una vez fui a una fiesta con unos amigos en Berlín Oriental.

Me acuerdo de un día gris y frío como éste en Potsdam, con las calles desiertas. Nuestro autocar cargado de universitarios visitó solo las partes adoquinadas y doradas de esta ciudad de muestra, calles escogidas en forma de bonito redil para los turistas. En Dresde nos metieron en un funicular colina arriba y nos dieron una comida que provenía —hasta el sucedáneo de filete— de latas. En mi fiesta de Berlín Oriental el anfitrión, un periodista judío de impecable pedigrí comunista, resultó ser un confidente; se supo más tarde, cuando cayó el Muro. Puede que gane algo de credibilidad a los ojos de este hombre por tener unos sellos con un martillo y un compás en mi pasaporte, pero no se puede decir que conociera su país. Lo visité lo suficiente como para preguntarme qué era lo que me estaban escondiendo.

Le pido a herr Winz que me enseñe él también su identificación, pero me despacha con una risa y un gesto de desdén. Detrás de él, el camarero mira, como si el gesto hubiese sido para llamarlo, pero cruzamos miradas y sacudo la cabeza levemente. Se vuelve a meter la libretilla en el bolsillo del delantal.

Herr Winz abre su maletín y saca papeles, panfletos y una tesis encuadernada en espiral. Luego pone un pequeño libro de pasta dura encima de la montaña. Es *El manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels.

Me cuenta que trabajó para el Ministerio en Potsdam, desde 1961 a 1990, siempre en contraespionaje. Coge la tesis y me lee el título:

La labor del Ministerio para la Seguridad del Estado en la defensa contra la infiltración de inteligencia por los servicios secretos de los estados de la OTAN en contra de la RDA, presentada desde la perspectiva de un miembro de la división de contraespionaje, administración regional, Potsdam.

—Es una tesis que escribí basada en mi trabajo en el Ministerio. Si la lee, se enterará de muchas de las cosas que quiere saber.

Le echo un vistazo a la portada y veo que el estudio fue escrito en 1994 dentro del «Grupo de trabajo del *Insiderkomitee* de Potsdam para la revisión de la historia del Ministerio para la Seguridad del Estado».

—¿Lo escribió para el *Insiderkomitee*? —le pregunto.

—Sí.

—¿Es usted miembro?

—Sí, pero hemos cambiado el nombre por el de «Sociedad para la protección de los derechos civiles y de la dignidad del hombre».

¿El *Insiderkomitee*, derechos civiles y dignidad del hombre? Ya he oído antes ese nombre. Es una sociedad más o menos secreta formada por antiguos empleados de la Stasi que escriben estudios en los que cuentan su perspectiva de la historia, presionan para que se les concedan subsidios a ex funcionarios y se apoyan los unos a los otros en caso de juicio. Mantienen estrechos vínculos con el partido sucesor del SED, el Partido del Socialismo Democrático, y se dice que es posible que todos ellos tengan

acceso a las decenas de millones de marcos que pertenecieron al SED y que todavía no han aparecido<sup>[12]</sup>.

También está muy extendida la sospecha de que, además, estos hombres se dedican a acosar a quienes son susceptibles de delatarlos. A un ex guardia fronterizo que fue entrevistado en televisión le amenazaron con atacarle con ácido y hubo que ponerlo bajo protección policial. El acoso a domicilio está muy extendido: a un hombre le entregaron un paquete bomba en la puerta de su casa; hay esposas que han tenido que firmar albaranes por material porno que sus maridos no han pedido. El incidente más extraño del que he tenido noticia fue cuando a un hombre le entregaron un camión lleno de cachorros aullando en su puerta mientras el conductor le pedía su firma. Cables de freno cortados, accidentes y muertes por una marcha atrás. Uno o dos desconocidos recogieron del colegio a la hija de un escritor contestatario y se la llevaron a tomar un chocolate caliente, solo una hora o así. Se ve que lo de retener a la gente proporciona un peculiar placer; es una costumbre a la que es difícil renunciar<sup>[13]</sup>.

Miro a herr Winz y de pronto me doy cuenta de que aquí el horizonte está abarrotado de víctimas: de los nazis, de Stalin, del SED y de la Stasi, y ahora toda esta caterva de aspirantes a víctimas de la democracia y de la aplicación de la ley.

—¿A qué se dedica el *Insiderkomitee*? —le pregunto.

—Intentamos presentar una visión objetiva de la historia, para luchar contra las mentiras y las tergiversaciones de los medios occidentales.

—También se dice que el *Insiderkomitee* es un frente para coordinar acciones contra aquellos que trabajan para desenmascarar lo que hizo la Stasi.

—Si fuese así, yo no sabría nada.

—¿Por qué no?

—No soy ningún pez gordo —dice—. Estoy aquí para contarle el excelente trabajo, la obra de arte de la Stasi en materia de contraespionaje. Pasé allí mi vida.

O herr Winz no sabe mucho, o no tiene intención de decírmelo. Tampoco va a responder a mis preguntas sobre el *Insiderkomitee* ni a hablarme de él. Cada vez que le pregunto sobre la realidad de la vida en la RDA me sale con los encantos de la teoría socialista. Creo que tiene la esperanza de sembrar las semillas del socialismo a través de mí en un rincón no mancillado del mundo.

—Teníamos gente por todas partes —me dice. Su principal interés parece ser haber enviado a jóvenes orientales comprometidos a vivir en Alemania Federal, donde se dejaban ver por los servicios de seguridad occidentales, que acababan reclutándolos—. Los teníamos bien arriba. Günter Guillaume era secretario del canciller Brandt y Klaus Kuron estaba en la contrainteligencia de la RFA; también teníamos a la mujer que preparaba a diario los informes de inteligencia del canciller Kohl.

Lo que cuenta es verdad, pero es cosa sabida por todos. Me cuesta creer que herr Winz estuviese implicado a un nivel tan alto. Su interpretación como espía ni

convence ni inspira la suficiente confianza para creer que en realidad lo fue. Intento figurarme qué es lo que hizo porque él no me lo va a decir. Lo mejor que se me ocurre es que escribía manuales de instrucciones.

Pero herr Winz se está entusiasmando con su cuento:

—La CIA... ¡vaya hatajo de bandidos! Una pandilla de lo más despreciable. ¿Sabía que atentaron contra la vida de Fidel Castro en veinte ocasiones?

—No serían muy buenos entonces —digo sonriendo. Parece perplejo. No le hace gracia.

—Unos bandidos —grita—, le digo que eran unos bandidos.

Miro de reojo detrás de él, hacia el camarero, que está ocupado en su puesto. Si tenía alguna curiosidad sobre la procedencia de este hombre, ahora debe de haberla saciado con creces.

—¿Cómo le tratan hoy en día, como ex empleado de la Stasi? —le pregunto. Quiero averiguar por qué va disfrazado de occidental.

—El enemigo ha hecho propaganda de guerra contra nosotros, una campaña de calumnias y difamaciones. Por eso no suelo identificarme ante la gente. Pero en Potsdam hay personas que vienen y me dicen —pone voz lastimera—: «Teníais razón. El capitalismo es aún peor de lo que nos dijisteis. En la RDA una mujer podía andar sola por la noche. Podías dejar abierta la puerta de casa».

Tampoco hacía falta, pienso; de todas formas podían ver por dentro.

—El capitalismo es ante todo explotación. Es injusto. Es brutal. Los ricos se hacen más ricos y las masas son cada vez más pobres. Y genera guerras, sobre todo el imperialismo alemán. Cada industrial es un criminal en guerra con otro, cada negocio está en guerra con el de al lado. —Le da un sorbo al café y levanta la mano para impedir que le pregunte—. Y además, el capitalismo está acabando con el planeta: el agujero de la capa de ozono, la explotación de los bosques, la contaminación... ¡Tenemos que acabar con este sistema social! Si no, la raza humana no durará ni cincuenta años.

Hay un arte, un arte profundamente político, de utilizar las circunstancias que surgen para ponerlas de tu parte o en contra de la oposición, reformulando continuamente una realidad en la que la inocencia solo existe en los extremos. Y en su forma de hablar se evidencia que el socialismo, como dogma de fe, puede seguir existiendo en las mentes y en los corazones a pesar de las miserias de la historia. Este hombre va disfrazado de occidental para pasar desapercibido en el mundo al que se ha visto abocado, pero cuanto más habla, más patente se hace que se esconde, a la espera de la Segunda Venida del socialismo.

Recobra la compostura y baja la voz, inclinándose hacia mí con maneras conspirativas. Su aliento es cálido y amargo por el café y pequeñas motas de caspa caen sobre la cubierta de cartón de la tesis.

—Tome esto. —Me tiende *El manifiesto comunista* que está encima de la pila. Parece bien cuidado—. Tiene que leerlo —masculla—. Después entenderá mucho

mejor. Todavía no se ha escrito un mejor análisis del capitalismo. Es un regalo.

Saca un boli y me dedica el libro. «Como recuerdo de nuestra charla en Potsdam».

—Muchas gracias.

Herr Winz recoge sus cosas y se levanta para irse. Luego apoya los nudillos contra la mesa y acerca su cara a la mía:

—Puede creerme —me dice—. Ya he vivido una revolución, en 1989, y conozco los síntomas. —Su voz empieza a subir de tono. Veo las venas de su frente—. ¡Este sistema está dando sus últimos coletazos! ¡Tiene los días contados! ¡El capitalismo no va a durar! La revolución —levanta el puño de la mesa— está al llegar.

Luego se va por el vestíbulo hasta la puerta de entrada y el camarero me trae la cuenta.

Una voz alegre: «En este momento no podemos coger el teléfono, pero si deja un mensaje le llamaremos lo antes posible. Si son buenas noticias, antes todavía. Adiós».

—Miriam, soy Anna —empiezo. Luego oigo el pitido. Vuelvo a empezar—: Miriam, soy Anna. La verdad es que llamaba simplemente para saludarte. No tengo noticias. Volveré a llamarte, o puedes contactar conmigo en el teléfono de Berlín. Espero que vaya todo bien. —No se me ocurre nada más que decir—. Adiós.

Varios días después, cada vez que suena el teléfono, pienso que tal vez sea ella, pero casi siempre es gente de la Stasi. Después de una semana o así, a pesar de los funcionarios de la Stasi, sigo teniendo esperanza cuando suena el aparato. Pasa otra semana y la sensación empieza a cuajar en algo más desalentador: ¿la habré ofendido? Justifico su silencio con distintas posibilidades: «ha perdido mi número», «está de vacaciones», y la más elaborada: «revivir su historia ha sido demasiado para ella y se ha colgado de una cuerda en su torre». A pesar de lo gráfico de esta última, decido dejar pasar otras dos semanas antes de volver a llamarla. En cierto modo, al menos soy consciente de que estoy siguiendo a una persona que ya ha sufrido bastante acoso.

¿Contar tu historia supone una liberación? ¿O meterte de lleno en tu futuro?

## 9. Julia tiene una «no historia»

Después del trabajo cojo el metro hasta Rosenthaler Platz y atravieso el parque de vuelta a casa. Hacia un lado el césped remonta en forma de colina, algo raro en esta ciudad-ciénaga. En la cima hay un centro cívico con una cafetería con terraza donde sirven café y cerveza. Los sábados por la tarde el centro se llena de pensionistas que bailan en parejas, entrañables, atemporales.

Los pensionistas están solo de paso, el parque pertenece a los punkis y a los borrachos. Éstos suelen llevar chándal o traje raído. Todas las mañanas salen de las esquinas del parque y se reúnen en una especie de anfiteatro alrededor de la estatua de Heine. Se pasan el día manteniendo lo que parecen discusiones filosóficas, haciendo lentos gestos con la mano libre mientras sujetan una lata de cerveza con la otra. Parecen compartir conocimientos sobre un mundo en el que una vez tuvieron cabida.

Los jóvenes están más cerca de la estación. En este caso hay mujeres y hombres. Aunque toman tanta cerveza y tabaco como los borrachos, acumulan más rencor. Llevan las cabezas medio rapadas o cubiertas de rastas azules o negras como el carbón, la cara perforada, extremidades tatuadas. Su aspecto dice tanto «Mírame» como «Que te den». Hay peleas y llantos; un dolor horrible, a la luz pública del parque. A veces piden dinero. Al contrario que los borrachos, que reclaman los bancos y las paradas de tranvía, los jóvenes se sientan o duermen en el suelo, con sus perros como única fuente de calor. Los animales suelen tener mejor aspecto que los humanos. Pero esta tarde, al pasar delante de un joven, me doy cuenta de que quizás haya menospreciado el esfuerzo que hace falta para mantener todos los días recta y verde una cresta de ocho puntas y veinte centímetros de largo.

La puerta no está cerrada. Al empujarla, veo hasta el salón. Parece como si se hubiera meado un gato gigante, dos veces, sobre el linóleo. Luego escucho un sonido. Lo reconozco por instinto, es un ruido de mi infancia: goteras en el tejado. Pero mi edificio es de cuatro plantas. Me giro y veo una escalera contra la pared del pasillo, como a un metro del techo, justo donde está el atillo.

—No pasa nada, soy yo —dice una voz amortiguada. Un pequeño trasero enfundado en pantalones militares baja de espaldas—. He venido a regar las plantas —Julia se vuelve hacia mí—, y he pensado que de paso podría llevarme algunas cosas viejas. —Me pasa una bomba para la bici como si fuese un testigo de relevos y desciende con una caja de zapatos bajo el brazo—. Viejas cartas de amor —dice como excusándose, y para mi sorpresa se pone colorada. El rojo empieza por el cuello y sube rápidamente hasta su pelo amarillo. A mí solía pasarme hasta que algún dios misericordioso se apiadó de mí, por eso, en vez de mirarla, me voy hacia la cocina.

Julia ha empezado a utilizar las plantas como una excusa para pasar por casa, tanto para evitarme la molestia de regar como a modo de amable rapapolvo. «Las plantas» son dos ejemplares palmiformes en tiestos, famélicos y tronchados, que tienen el tronco pelado y están en el salón; y no es solo que me olvide de regarlas, es que me olvido de su existencia. En mi subconsciente he acabado pensando en este piso como en una especie de universo finito y autosuficiente, con sus propias leyes naturales. Tolera mi presencia pero me pide que interfiera lo menos posible. Yo me ciño a los raíles: de la cama al baño, de la ventana al escritorio.

Julia viene a la cocina. Aparte de los pantalones militares, lleva su típico atuendo negro: botas negras, jersey negro y holgado y una bufanda negra enrollada al cuello como un trapo. Ahora mismo está negra, roja y amarilla, inusitadamente patriótica con los colores de la bandera alemana.

—¿Café? —le pregunto.

—Me vendría muy bien. Hace dos días que se me acabó.

La miro y sé que bajo las capas y capas de negro hay un cuerpo enjuto y una mente muy muy aguda, pero hay algo en Julia que me parte el corazón. Es de una honestidad que he empezado a pensar que es genuina de los alemanes orientales, una imparcialidad transparente ante las cosas que la hace ser muy abierta; pero no es eso. Es como un cangrejo ermitaño, blanda por fuera, para los amigos, pero lista para escabullirse en el caparazón al menor indicio de contacto. Tampoco es eso. No sé lo que es.

—Antes he estado pensando en los borrachos y en los vagabundos del parque —le digo.

—Antes de que cayese el Muro no había borrachos —me explica Julia—. Bueno —se corrige—, al menos en el parque. No había ningún sin techo como ahora.

Tal vez no estaban en el parque, pero lo cierto es que borrachos había. Los alemanes del Este bebían el doble per cápita que los del Oeste. A veces la falta de casas los obligaba a vivir situaciones insostenibles: parejas divorciadas que seguían viviendo juntas, o recién casados con sus familias políticas. Hubiese escasez de lo que hubiese, siempre podías comprar cerveza o licores. La gente se emborrachaba en el trabajo, y después del trabajo, y en casa, donde tenían que aguantarse los unos a los otros porque no había escapatoria.

Julia añade:

—Tienes que tener cuidado con esos vagabundos.

—Bueno, al menos los borrachos parecen bastante inofensivos.

—Pues no lo son. Uno se subió una vez al árbol que da al salón y entró.

—¿En serio? ¿Y eso? —Me doy cuenta de que pienso en la carretera de fuera como en una especie de foso entre el parque y yo.

—Se llevó un radiocasete.

—¿Cómo sabes quién fue?

—La vecina me dijo que lo vio salir del edificio. No deberías dejar las ventanas

abiertas.

Me cuesta imaginarme a uno de esos borrachos tambaleantes trepando por el árbol y contorsionándose por el fresno para colarse aquí.

—Y va a peor, por lo que veo —dice—. Y no solo ese tipo de cosas, sino que estás en la calle tan tranquila y te acosan día sí día no.

Se aparta de la cara un mechón de pelo lacio que vuelve a caerle sobre la frente.

Sean lo que sean y quienesquiera que sean, estos borrachos no son agresivos. Exacerbados por la cerveza, han llegado a otro mundo en donde su fuerza, si bien ilimitada, es del todo imaginaria. Nunca me han hecho nada, aparte de saludarme con la cabeza al pasar. Tal vez Julia tenga necesidad de fichar a los agresores, de saber exactamente quiénes y por dónde pueden aparecer. No obstante, tengo que admitir que he notado cómo se me quedan mirando los hombres por la calle:

—Creo que me pasa eso más aquí que en mi país —le explico—. Aunque lo mismo es que aquí me fijo en las cosas más que allí.

—Eso será porque los hombres notan que eres extranjera —observa.

—¿Qué quieres decir? —Siempre había supuesto que tenía suficiente herencia de mis antepasados daneses como para pasar desapercibida aquí.

—Bueno, no pareces alemana.

—Vaya.

—Eres demasiado blanca. —Noto cómo se me va el color—. Tienes la piel demasiado pálida. Y los ojos también son muy claros. Cuando una alemana tiene los ojos azules, los tiene muy azules, no como tú, celestes.

Me estoy desvaneciendo, confundiéndome con las paredes de la cocina, que hasta el momento había creído blancas pero que ahora veo de un extraño color carne. Miro a Julia y me recuerda a mí misma: greñas claras a las que no echa muchas cuentas, ojos verdes grisáceos y dientes un tanto torcidos que han visto demasiada nicotina. Me pregunto si empezó siendo una auténtica alemana, más luminosa. No sé qué decir, pero de todas formas está ya con la cabeza en otra parte.

—Creo que es porque mi primer novio era muy machito —me explica—; puede que ésa sea una de las razones por las que reacciono de esa forma ante el acoso.

Sigo mirándola, preguntándome cómo es posible que tengamos ideas tan equivocadas sobre cómo somos, sobre nuestro color y nuestra forma, y sobre el espacio que ocupamos en el mundo.

—De hecho —Julia se ríe entre dientes—, era un *macho auténtico*<sup>[14]</sup>, italiano.

—¿Y de dónde sacaste un novio italiano?

Esta conversación es cada vez más rara. Julia nunca pudo viajar al «extranjero no socialista», como todo el mundo sabe, y en la RDA no había inmigración italiana. Sin querer, me vienen flashes de mi propio novio italiano: un heladero con bonita voz y una camioneta con campanillas, el dulce Mister Whippy.

—Es una larga historia —murmura—. Es que —dice mirando la taza—, al haber vivido tanto en el Este como en el Oeste sin cambiar de casa, creo que puedo asegurar

que hay diferencia entre el acoso sexual y el acoso a secas.

Sentada donde está, la ventana que da al patio le hace de marco. La luz de última hora de la tarde atraviesa sus mechones de pelo, iluminándolos como seres vivos alrededor de su cabeza. En el patio las golondrinas describen círculos y se escabullen entre el castaño desnudo. El cielo pende, pálido y vetado, sobre los tejados.

—¿Ah, sí? —le pregunto.

—Sí. Por ejemplo, cuando éramos adolescentes los chavales venían en verano mientras mi hermana y yo nos tostábamos al sol en la terraza. Se ponían a dar vueltas por aquí y por allá en sus motos. A veces se quitaban las camisetas para que los viésemos. No había nada que temer. Pero también había un coche, un coche bastante caro para la RDA, un Lada ruso, que venía a veces despacio por la calle y se paraba enfrente de casa. Vivíamos en un chalé un tanto apartado de la ciudad, no había más edificios alrededor. En el Lada iban dos hombres. Eso sí que daba miedo.

—Sí —contesto; he decidido no hacer preguntas: espero que de este modo Julia no se vuelva a meter en el caparazón—. Si hubieseis sido por lo menos cuatro, habría sido distinto... Cuantas más, más segura te sientes.

—El coche —dijo pausadamente— estaba allí por mí.

—¿Cómo?

—Es una larga historia. —Le da un sorbo al café y se queda callada un momento—. En realidad tiene que ver con lo del novio italiano.

Las leyes del amor, como las de la gravedad, son válidas en todas partes. Volvemos a los novios:

—Las cosas pueden acabar tan mal...

—En eso no te equivocas —le digo, aunque soy de la opinión de que el corazón joven es como de goma, no entiende de cicatrices.

—La verdad es que supongo que era un tanto raro. Acabé con un novio italiano cuando fui de vacaciones a Hungría.

—Debieron de ser unas vacaciones muy buenas. —No me hace caso.

—Pero ahí no acabó todo.

—Nunca es así, ¿verdad?

—No, no —dice—. Me refiero a otra cosa. Acabé en la Policía.

—¿Qué?

—Al menos yo pensaba que estaba en la Policía.

—¿Cómo...?

—Es una larga historia —repite. Me doy cuenta de que es la palabra clave para «no historia». Cambia de tercio y me pregunta por mi viaje a Leipzig. Le cuento que conocí a una mujer cuya vida ha estado ensombrecida y controlada por la Stasi, y que una hilera de agentes de la Stasi se alinean en la mía. Le digo que estoy buscando más gente, gente que viviera el comunismo, ese experimento del siglo xx con los humanos.

Julia aparta la mirada.

—Yo no tengo ninguna historia de la Stasi ni nada por el estilo.

El reloj del piso sí funciona, así que lo mira.

—Gracias por el café. Tengo que irme. Tengo una clase.

De pronto estoy muy lejos de aquí, pensando en antiguos novios, otro tipo de experimento con humanos. Recuerdo, cuando eres joven, la libertad para organizar expediciones de exploración en los territorios menos apropiados: el que no cae bien, el raro, el que tiene muy pocas luces, el homosexual latente, la estrella de rock en miniatura que canta mal. Después, una hace algo por superar los amores: una especie de autopsia, una maniobra de la memoria que aspira todas las partículas pegajosas, las diseca y las solidifica, para que no vuelvan a morder. La taxidermia del amor perdido. No quiero quedarme aquí sola con todas esas cabezas disecadas en mi azotea, levantando vendavales. Los ex novios parecen un terreno más seguro que los ex agentes de la Stasi. Quiero que ella se quede.

Julia pone la caja de zapatos con cartas de amor sobre su regazo y retira la silla. No puedo contenerme:

—Anda, quédate.

Levanta la vista y veo que le ha sorprendido lo apremiante de mis palabras.

—Bueno, vale —dice, y devuelve la caja al suelo con un ligero porrazo de cartón.

—Bien —digo, y los dioses me abandonan: me pongo colorada desde los hombros a las cejas, carmesí.

Me levanto para calentar más agua en un cazo. Al levantarme veo el punto del patio donde se unen los altos muros de piedra, encerrándonos. Hay un arenero encajado allí y, al lado, una mesa de madera. Enfrente, los cobertizos torcidos parecen avanzar, casi se les oye, hacia el suelo.

Tomamos más café y se queda. Luego preparamos algo de comer con lo que hay en la nevera: mero ahumado, pan y queso, acompañado de infusión de hinojo.

Julia y yo nacimos el mismo año, en 1966, lo que hace posible e invita a realizar todo tipo de cálculos sobre nuestros universos paralelos. Cuando cayó el Muro tenía veintitrés años, forma parte de la afortunada generación de jóvenes que pudieron ponerse a la altura de sus coetáneos occidentales. Pudieron tener una educación y una vida nueva, en vez de simplemente perder la antigua, como les pasó a muchos de los mayores. Sigue estudiando en la Universidad Humboldt oscuras lenguas del Bloque del Este —como ella misma admite—, idiomas que solo te sirven si quieres ir a perderte en los oscuros lugares donde se hablan. En Alemania es normal que los estudiantes sigan en la universidad hasta bien entrada la veintena, pero me da la impresión de que ella nunca la acabará. Siento curiosidad por ella: una mujer soltera en un único cuarto en lo más alto de un bloque, incapaz de avanzar hacia el futuro.

—Hay cosas que no recuerdo —dice. No sabría decir si se refiere a que se esfuerza por no pensar en ellas o si realmente no puede recordarlas. Me alivia ver que

ha empezado a hablar por su cuenta, y tiene esa clase de voz bien articulada con la que a veces te encuentras aquí, capaz de convertir este idioma de ladridos en una canción de increíble belleza y finura.

Julia Behrend es la tercera de cuatro hijas. Sus padres, nacidos a principios de la guerra, eran ambos profesores de instituto en una ciudad de Turingia, el pequeño estado encajado en la esquina sudoeste de Alemania Oriental.

Como muchas familias, los Behrend tenían sentimientos encontrados sobre su país.

—No éramos disidentes pero tampoco es que perteneciésemos a ningún grupo eclesiástico o ecologista ni nada por el estilo —dice Julia—. Éramos una familia normal y corriente. Ninguno tuvo nunca ningún roce con el Estado.

Aun así, vivían con una diferenciación clara «desde que te levantabas» entre lo que podías decir fuera de casa (muy poco) y lo que podías hablar dentro (de la mayoría de las cosas).

Los padres de Julia tenían distintas formas de manejar su relación con las autoridades. Su madre, Irene, era una mujer práctica: ni esperaba gran cosa del Estado ni arrimaba el hombro para cambiarlo. De niña había sido nadadora, saltadora y artista del trapecio. Les dijo a sus hijas que podían ser lo que quisieran.

El padre de Julia, Dieter, era un hombre sensible. Quería mejorar lo que consideraba un sistema viciado, si bien, según sus premisas fundacionales, éste era más justo que el capitalismo. Al contrario que su mujer, era un activista: se unió a las Juventudes Alemanas Libres (la *Freie Deutsche Jugend*, o FDJ, el sucesor comunista de las Juventudes Hitlerianas) y luego, como muchos profesores a los que se les animó a hacerlo, hasta se unió al Partido.

Después de tomarse tantas molestias, el país convirtió su vida en una miseria y a él en un paria.

—Todos los miércoles antes de las reuniones del Partido papá estaba de un humor de perros —me cuenta Julia—, muy mal.

Dieter hablaba en contra de las cosas con las que no estaba de acuerdo, como lo de reclutar a alumnos de octavo para el ejército o enseñar aburridos escritores rusos del realismo socialista. Venía a casa hundido.

—Les reñían como a niños.

En la RDA a la gente le hacían reconocer una serie de ficciones como hechos. Algunas de estas ficciones eran generales, como la idea de que la naturaleza humana es una obra en constante cambio que se puede mejorar y esto debe hacerse a través del comunismo. Otras eran más específicas: que los alemanes orientales no eran los alemanes responsables del Holocausto; que la RDA era una democracia multipartidista; que el socialismo era paz y amor; que no quedaban antiguos nazis en el país; y que, bajo el socialismo, la prostitución no existía.

Muchos se retiraron a lo que se llamó una «emigración interna». Refugiaron sus vidas íntimas en un intento por mantener algo de sí mismos fuera del alcance de las

autoridades. Después de 1989, Dieter se retiró de la educación en cuanto pudo. Tenía depresión y requería medicación.

—Creo que también se le puede contar entre las víctimas del régimen —comenta Julia. Haber vivido tanto tiempo en una relación de hostilidad tácita hacia el Estado y, a la vez, de aceptación exterior, lo había dejado hecho polvo.

Hace poco, un estudio ha sugerido que la gente deprimida tiene una visión más fiel de la realidad, aunque esta fidelidad importa un comino porque es deprimente, y la gente deprimida vive menos años. Los optimistas y los creyentes son más felices y gozan de mejor salud en sus mundos irreales. Julia y su familia, como muchos otros en la RDA, caminaban en una cuerda floja, entre ser conscientes de cosas que pasaban en el país e ignorar esas realidades para no perder la cordura.

Desde que tiene uso de razón, Julia recuerda haber estado interesada por los idiomas. Ya antes de poder leer le fascinaban los alfabetos latino y cirílico que veía por su casa. En la escuela aprendió inglés («muy mal») y ruso. Julia ganó el primer premio en el concurso nacional de ruso: un viaje a Moscú. Su curiosidad por el mundo la movía a mantener correspondencia con gentes de Argelia, de la Unión Soviética y de la India. Su tiempo libre lo empleaba escribiendo cartas en francés, ruso e inglés y mandándolas al mundo exterior. Quería ser traductora e intérprete.

—Me crié en los ochenta, en el auge de la Guerra Fría. La gente estaba convencida de que Estados Unidos y Rusia iban a empezar una confrontación nuclear y en la RDA estábamos en primera línea de fuego. Era bastante ingenua, pero pensé que facilitando, aunque fuese solo un poco, la comunicación entre las gentes, podría aportar mi granito de arena.

Sacude la cabeza para sí, como si le avergonzara lo extravagante de sus anhelos, pero no veo por qué una talentosa lingüista que creía en su país tendría que avergonzarse por aspirar a eso. Además tampoco veo ante mí a una talentosa lingüista que creía en su país: veo a una mujer que deja su pasado en una caja y vuelve para recogerlo; y cuyos estudios y trabajo a tiempo parcial solo la vinculan a medias con este mundo.

Como su padre, Julia creía que Alemania Oriental era una alternativa a Occidente.

—Quería explicarle a la gente de fuera lo que era la RDA, que el comunismo no era un sistema tan malo. —No quería irse—. Veíamos muchos canales occidentales y sabía del paro, de los sin techo, de las drogas duras y de la prostitución... ¡La prostitución! Pero ¿cómo se le puede ocurrir a alguien que una persona puede ser comprada? Me resultaba increíble.

No me parece desengañada de su fe en la RDA, más bien me parece nostálgica.

Le entra un escalofrío. Bajo al sótano a por más carbón para la estufa. Cuando vuelvo a la cocina Julia no se ha movido. Me siento aliviada: por un momento he pensado que me iba a encontrar uno de esos post-its amarillos que me deja a veces con su bonita letra: «Acabo de recordar que había quedado. Lo siento. J.».

Pero quiere seguir hablando. El filo del linóleo de la mesa se ha combado y lo

está alisando sin pensar en ello. Los recuerdos no sobrevienen en el orden correcto. Mientras escucho, pienso que es porque no les ha dado voz en mucho tiempo. Pero puede que haya otra razón: algo a lo que su mente vuelve una y otra vez pero que esquivaba para no contarlo.

## 10. El novio italiano

Cuando tenía dieciséis años Julia trabajó durante las vacaciones como guía de la Feria de Leipzig, la famosa feria internacional de muestras para la que, dos veces al año, Alemania Oriental se abría al mundo exterior.

Expositores de maquinaria y libros, de fotocopiadoras y electrodomésticos, recibían la visita hasta de miembros de la prensa occidental. Se alojaban en el hotel Merkur, o con familias que debían luchar contra ellos y las noticias que podían traer del exterior. La labor de Julia, como la de otros jóvenes —todos seleccionados tanto por su lealtad como por su dominio de los idiomas—, era guiar a los visitantes por la feria y por la ciudad.

Fue allí donde conoció al novio italiano, quien le pidió que saliese con él casi al instante («Todos se creían que estábamos a la venta»), pero ella declinó la oferta («No lo estaba»). Al final, como es normal, le dijo que sí, porque él insistió, porque podía ser divertido, porque, ¿qué podía haber de malo?

El novio italiano era un hombre de treinta años que era representante de una compañía informática del norte de Italia. Él y Julia llevaban ese tipo de relación irreal, a distancia, en la que la añoranza, alentada por largos periodos de tiempo separados, madura *motu proprio* en amor. Venía a verla dos veces al año, en Pascua y en Navidad, y se encontraban en Hungría para las vacaciones de verano. Hungría era relativamente libre por aquel entonces, «para nosotros era casi como Occidente», según Julia. El resto del tiempo se llamaban una vez a la semana y se escribían con asiduidad. Él se convirtió en su amigo por carta más íntimo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él? —le pregunto.

—Dos años. Ay, no, dios, más bien dos años y medio.

Siempre que estaba con él, la vigilancia era intensa y descarada. La pareja apenas podía salir de casa sin que le parase la Policía y le pidiese que se identificaran; cuando no era así, la Policía los esperaba en algún control a las afueras de la ciudad.

—No importaba cuándo saliésemos de casa, o dónde fuésemos, siempre había alguien que nos paraba —me cuenta. A veces les registraban el coche—. Si les decíamos que íbamos al cine, se largaban un buen rato con mi documento de identidad y el pasaporte de él para que nos perdiésemos el principio de la peli.

Al novio italiano le entraba pavor cada vez que los registraban.

—Se ponía a sudar, y luego se ponía pálido y temblaba de auténtico miedo. — Julia, hecha a las costumbres del país, lo tranquilizaba mientras esperaban a que les devolviesen los papeles—. Yo le decía: «Pero si tampoco va a pasar nada. ¿Qué crees que van a hacerte? ¡No te van a matar! Esto no es Sudamérica, hombre». Ese escrutinio era algo que daba por hecho, vivía con él. No me gustaba, pero pensaba: «vivo en una dictadura, así son las cosas». Para mí era claramente un mero acto de lógica RDA: «estoy con un extranjero occidental, luego me van a seguir».

Los Behrend no tenían teléfono, así que Julia iba a casa de su abuela una vez a la semana para llamar a su novio italiano. Sus llamadas tenían que ser registradas por las autoridades y ambos imaginaban que era posible que los estuviesen escuchando.

—Cuando iba a colgar le decía buenas noches a él y luego decía «buenas noches a todos» al resto de los que escuchaban. —Se ríe entre dientes—. Lo hacía en broma. Nunca me permití pensar del todo en si habría alguien más en la línea.

Era una condición para mantenerse cuerdos que ambos aceptasen la «lógica RDA» y la ignorasen.

—Si nos hubiésemos tomado las cosas tan en serio como los occidentales nos habríamos... ¡nos habríamos suicidado! —ríe Julia, pero noto cierta inquietud. La luz de neón de la cocina ha empezado a vibrar—. Vamos, que te podías volver loca si te pasabas la vida pensando en esas cosas.

Julia superó los estudios intermedios y quiso ir a una escuela superior famosa por su buen nivel en la enseñanza de idiomas. En cambio, por razones que nunca estuvieron muy claras, las autoridades la mandaron a un internado lejano que no tenía reputación alguna. Su madre se quejó amargamente, pero le dijeron que no se podía hacer nada.

—No sé si fue por lo del novio italiano o por lo de la correspondencia. Lo mismo pensaron que tenía demasiado contacto con Occidente y me hacía falta un poco de aislamiento.

Ha empezado a tamborilear con un bolígrafo sobre la mesa y a no mirarme mientras habla. Por un instante los únicos sonidos son el tamborileo del boli y la luz vibrante. Lo deja y sonrío. Ha encontrado algo más trivial que contarme.

—El colegio era estricto —cuenta—. Tenía cosas que eran realmente traumáticas, como lo que llamábamos «tortura televisiva».

En los años ochenta la mayoría de la gente de Alemania Oriental veía canales occidentales, sobre todo las noticias<sup>[15]</sup>. Nadie veía el telediario de la RDA, a pesar de que lo ponían todos los días en las cadenas estatales, en versión larga y corta. Julia sonrío.

—En el colegio ese nos obligaban todas las noches sin falta a ver *Aktuelle Kamera* en versión larga. Era un infierno.

El telediario duraba tanto porque cada vez que mencionaban a Erich Honecker lo anunciaban con todos y cada uno de sus títulos. Julia se sienta muy recta, con las manos sobre la mesa, y pone voz de noticiario. Bajo la luz parpadeante y con esos pelos alocados parece una presentadora del espacio exterior con voz estática:

—«El camarada Erich Honecker, secretario general del Partido Socialista Unificado de la República Democrática de Alemania, primer secretario del Comité Central, presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Defensa Nacional, líder de los Grupos Combatientes, blablabla...».

Nos reímos y vuelve a retrepase en la silla, a dos patas. Es una imitadora relajada y segura:

—Y luego, después de todo ese rollo, la noticia en sí no valía nada. —Vuelve a incorporarse—. «Ha visitado hoy las factorías de acero tal y tal y ha hablado con los obreros sobre los objetivos del Plan de 1984, que se han alcanzado con creces y más que creces por un no sé cuántos por ciento». O: «ha inaugurado hoy el enésimo edificio de apartamentos en el nuevo distrito de Marzahn», o: «ha felicitado esta mañana a la granja colectiva de Hicksville por los extraordinarios resultados de la cosecha, un incremento de no sé cuantas veces por encima de los anteriores años».

No podemos parar de reírnos bajo la luz estroboscópica.

—Y el caso es que —da una palmada sobre la mesa con su fina y blanca mano— ... ¡nunca nos contaban nada de lo que pasaba en el mundo!

Sacude la cabeza por la verborrea de esas *anoticias*. Pero peor que las *anoticias* eran las *antinoticias*. Los estudiantes también tenían que ver *Der Schwarze Kanal* (*El canal negro*), con Karl-Eduard von Schnitzler. Ya me han hablado de ese hombre, el antídoto humano contra la perniciosa influencia de la televisión occidental.

—En casa —dice Julia— todo el mundo le llamaba «Karl-Eduard von Schni...» porque hasta ahí era lo más que llegaban al presentarlo antes de que alguien saltara a cambiar de canal.

El trabajo de Von Schnitzler era mostrar fragmentos de programas de la televisión occidental que se veían en la RDA (desde noticias, pasando por concursos, hasta *Dallas*) y hacerlos añicos.

—Ese hombre irradiaba tanta maldad que simplemente no era creíble. Cuando terminaba te sentías sucio, como si te hubieses pasado media hora poniendo verde a alguien a más no poder. —Julia se cruza de brazos—. Vamos, que uno podía tener sus dudas sobre Occidente, yo las tenía, pero también teníamos la sensación de que nuestro propio país quería que nos tragásemos un hatajo de mentiras, y de que nuestro futuro dependía de que estuviésemos de acuerdo con todas y cada una de ellas.

Un día, en 1984, el director fijó una cita para ir a ver a los padres de Julia en su propia casa.

—Deberíamos habernos olido algo llegados a ese punto. No era nada habitual.

Los tres pasaron dos horas juntos, con café y tarta, todo muy formal. Había venido para convencer a Irene y a Dieter de que persuadieran a Julia para que rompiese con el novio italiano. La gente daba por hecho, si no conocían a Julia, que él era su pasaporte al exterior. El Estado estaba utilizando todas las vías que podía para evitarlo.

La madre de Julia le dijo al director:

—Mire, la niña tiene diecisiete años, ya casi es una adulta, y si ella ha decidido que es el hombre de su vida, que así sea. —Pero también añadió—: La verdad es que a nosotros tampoco nos hace mucha gracia. Es bastante mayor que ella, y además no queremos que nuestra hija se vaya. Pero no nos vamos a interponer en su camino.

El director no quiso ir más allá.

—Se fue decepcionado —dice Julia—. En realidad era buena gente. Podía ser que

le hubiesen advertido sobre las consecuencias que me esperaban y estuviese intentando hacer lo que estaba en sus manos para ayudarme.

Julia se graduó en 1985 con sobresaliente en todo y fue a Leipzig a hacer las pruebas de ingreso para la licenciatura de Traducción e Interpretación. Suspendió.

—El examen escrito no podía ser más fácil y corto. Pero luego estaba el examen de política...

—¿Cómo que «examen de política»? Pero si tú ibas a aprender idiomas.

El tubo de luz del techo sigue con sus chisporroteos y sus pitidos, y me siento asqueada y cabreada. Bajo esta luz, la cara de Julia es mármol y tiene los labios perfilados de azul.

—Bueno, nos exigían conocimientos políticos. La idea era que trabajásemos en altas instancias del gobierno, incluso en el extranjero. A mí no me parecía mal.

Claro que no. También es algo normal en Occidente, es solo que estoy ya hipersensibilizada. Me levanto y encuentro unas velitas de té en el armario, ya puedo apagar el neón. Pongo las velas, dedales de luz por la cocina, en el fregadero, en la mesa, en el poyete de la ventana, detrás de Julia.

—No sé a ciencia cierta si fueron ellos los que lo organizaron para que suspendiese —continúa Julia—. Había una barbaridad de solicitudes, y tengo que admitir que la cagué un poco en el examen. No sabía algunas cosas, cosas que no eran solo meteduras de pata, sino errores graves.

Vuelve a echarse a reír. No fue capaz, por ejemplo, de nombrar los partidos políticos de la RDA. Había otros partidos aparte del que estaba en el poder, el SED, pero eran partidos solo en teoría y los nombres eran bastante parecidos a los de los partidos políticos que existían de verdad en Alemania Federal: los demócratas cristianos, los liberales y todo eso.

—Tenía miedo de ponerlos mal —admite Julia—. Si hubiese puesto un nombre que en realidad era de un partido occidental, podría haber suspendido igual.

Da una pasada al linóleo combado de la mesa. Lo que le estaban pidiendo a Julia era que repitiese sus conocimientos de catolicismo socialista, sus creencias en cosas que eran difíciles de recordar, porque no eran verdad.

Cuando salieron los resultados, un antiguo alumno del padre de Julia lo llevó aparte. La mujer y el suegro de aquél pertenecían a la junta de examinadores de la universidad. «Entre tú y yo —le dijo a Dieter—, no tiene sentido que Julia lo intente el año que viene. Yo te recomendaría encarecidamente que haga otra cosa, que busque trabajo».

—Tal vez —dice Julia—, igual que el director, pretendía hacerme un favor, evitarme la molestia de volver a intentarlo. —Ha empezado a apartar la mirada, centrando su atención en un rincón oscuro del cuarto—. Pero lo raro fue que, después de eso —dice despacio—, no pude encontrar trabajo. Ningún tipo de empleo... —Juguetea con la bufanda que tiene enroscada al cuello—. Fue entonces cuando empecé a pasarlo mal.

Julia pensaba que podía trabajar de recepcionista en un gran hotel, así podría practicar idiomas. Postuló en Berlín, en Leipzig, en Dresde. Era una estudiante de sobresaliente que hablaba inglés, ruso, francés y un poco de húngaro. Siempre conseguía entrevistas. Se presentaba con sus mejores ropas y aceptaba los cumplidos de la dirección. Todos los hosteleros sin falta mostraban su entusiasmo y se quedaban impresionados. Le mandaban hacerse una revisión médica rutinaria, le estrechaban la mano calurosamente y le decían que esperaban volver a verla pronto.

A veces le llegaba una carta por correo a la semana siguiente: «Sentimos informarle de que su puesto ha sido cubierto. Muchas gracias por su interés»... Otras veces ella era misma quien llamaba para que le dijese que simplemente no había sido seleccionada. En ocasiones no volvía a saber nada más. Al final, dejó de llamar para no oír las mismas excusas incómodas. Intentó encontrar un puesto de camarera, también en vano. Julia sabe ahora que todos los hoteles y los restaurantes tenían que contrastar los nombres de todos los nuevos empleados con la Stasi.

Se le estaban acabando las opciones. Decidió apuntarse a un curso nocturno para obtener un título de *Stadtbilderklärerin* («explicadora de callejero»).

—¿De qué? —No he oído esa palabra en mi vida.

Julia me explica que significa «guía turística», pero que en la RDA la palabra «guía» (*Führer*) fue prohibida después de lo de Hitler, el *Führer*. Como el verbo *führen* también significa «conducir», eso suponía que tampoco había conductores de trenes (sino un *Lokkapitän* o «capitán de locomotora») ni permisos de conducir (sino *Fahrerlaubnis* o «permiso de marcha»). Ser explicadora de callejero era una forma esporádica de ganar dinero. No daba para vivir.

Julia fue a la oficina de empleo, cogió un número y esperó una cola interminable. Estaba rodeada de gente que había vivido experiencias similares, explicables o no. Se volvió hacia el hombre que tenía detrás y le preguntó:

—¿Cuánto lleva usted en paro?

Antes de que éste pudiese contestar, una funcionaria, una mujer fornida en uniforme, salió de detrás de una columna.

—Señorita, usted no está en paro —ladró.

—Claro que estoy en paro —dijo Julia—. Si no, ¿por qué iba a estar aquí?

—Esto es la oficina de empleo, no la oficina del paro. No está en paro, está buscando empleo.

Julia no se amilanó:

—Estoy buscando empleo porque estoy en paro.

La mujer empezó a gritar de tal forma que la gente de la cola se agazapó, intimidada.

—¡He dicho que no está en paro! ¡Está buscando trabajo! —Y luego, ya casi histérica—: ¡En la República Democrática de Alemania no hay paro!

Voy sumando ficciones *made in RDA* en la cabeza: que «*der Führer*» no solo fue eliminado de la historia, también del vocabulario; que las noticias de la tele eran

reales y que, en contra de la experiencia de Julia, no había paro. Sin tener culpa de nada, Julia Behrend había caído en el hueco entre la ficción de la RDA y su realidad. Ya no podía seguir conformándose con la ficción. Con lo leal y talentosa que había sido, ahora se veía empujada fuera de la realidad.

Julia podía pensar o bien que había fracasado en todo lo que había intentado, o bien que iban a por ella. O podía no pensar y punto.

—Se podría decir que a partir de ese momento me retiré del mundo. Cada día me acostaba más tarde, creo que estaba deprimida. —Se apuntó a otra escuela nocturna, en esta ocasión de español, pero cada vez tenía más la sensación de que aprendía códigos secretos que se utilizaban fuera de su caverna, que se hablaban en lugares que nunca vería. Después de clase se iba «casi todas las noches» a la discoteca de la ciudad—. Mis padres era como que me dejaban hacer, o eso parecía. Tampoco podían ayudarme mucho más. Creo que les daba pena.

Fue por esa época cuando su hermana pequeña, Katrin, se dio cuenta. El coche era blanco. Lo había visto tres días seguidos en la puerta de la casa antes de comentar nada. Julia no se había fijado.

—Como te he dicho —me mira—, sabía que ese coche estaba allí por mí.

También sabía que seguir con su vida significaría dejarla atrás. Iba a tener que casarse con el novio italiano y largarse. La idea la aterraba.

—Era parte de la atracción que sentía por él... que iba a depender de él para todo, en su casa, en su país y en su idioma. A su merced.

En vacaciones se encontraron en Hungría. En el aeropuerto la llevaron aparte y le registraron el equipaje. Le desatornillaron el secador y le vaciaron las cajas de tampones sobre el mostrador de inspección. Fue en Hungría cuando le dijo que se había terminado.

—Era tan controlador, tan celoso...

Julia se había apartado de él, se había apartado y confinado en casa, y se había apartado de la esperanza. Esto era más que emigración interna: era exilio.

## 11. Comandante N.

Entonces apareció una tarjeta en el buzón.

—Era bastante normal, parecía una típica tarjeta impresa de esas que te dicen que tienes que presentarte en la comisaría para renovar el documento de identidad. Tenía espacios para escribir el nombre, la fecha y la hora de la cita.

No me mira a la cara. Apenas me habla a mí. Sus ojos se mueven por la habitación a pesar de que hay poco que ver: detrás de mí el calentador del agua encima del fregadero, con una pequeña llama azul; a mi izquierda, la puerta que da al pasillo. La luz de las velas alcanza su cara, le perfila los pómulos y la barbilla. Mientras la miro está recordando, evocando presencias más reales que la mía.

—Hay algunas cosas... —Hace una pausa—. No creo que sea capaz de recordarlas. No me acordaba de esto.

Me ciño a los hechos menores.

—¿Sabías para qué era la tarjeta?

—Pensé que había excedido mi visado en Hungría. Por lo general, cuando llegabas a la frontera, te volvían a poner el sello en la identificación y te dejaban entrar sin más. Empecé a urdir excusas en la cabeza, y al mismo tiempo me decía a mí misma: «Vamos, ¡no será para tanto! ¿Qué pueden hacerme?». No es que temiese que vinieran a por mí en plena noche y me encerrasen y me torturasen ni nada por el estilo.

Julia analiza la situación desde todos los ángulos. En su última etapa, el régimen abandonó en gran parte la acción directa (arrestos, encarcelaciones, torturas) contra su pueblo. En cambio, optó por otras formas de silenciarlo, métodos que a Amnistía Internacional le costaría más rastrear.

—Lo típico que me podía pasar en la RDA, que me dejaran sin carrera antes incluso de empezarla, ¡ya me había pasado! Y ahora que ni siquiera seguía ya con el novio italiano, ¿qué más podían querer de mí?

En la comisaría había una enorme sala de espera. La gente hacía cola en silencio, en dos filas que daban la vuelta por la estancia, cada una unida a un mostrador. Las colas apenas avanzaban.

—Cogí un número pero me di cuenta de que no sabía cuál era la cola correcta, así que me acerqué a la agente que estaba vigilando. Miró mi tarjeta y dijo sin más: «Ah, señorita Behrend. Usted no tiene que hacer cola. Vaya directamente a la habitación 118». —Julia se ríe de sí misma—. Al principio me pareció estupendo. Pensé que me había librado de hacer cola.

Luego comprobó que la gente que estaba en las colas iba a una de las dos habitaciones que había detrás de los mostradores, pero ninguna era la 118.

—Tuve que subir varios tramos de escalera y atravesar un largo pasillo, y luego doblar a la izquierda y otra vez a la izquierda. Por allí no se veía ni a un alma. No vi a

nadie entrar ni salir de ninguna de las habitaciones por las que pasé. La 118 estaba en la otra punta del edificio.

Llamó a la puerta. Alguien le dijo que pasara.

Había un solo hombre detrás de un escritorio. Lo primero que notó fue que llevaba un traje de corte occidental y una corbata buena. Se levantó al punto, con un leve cabeceo, entrechocando los pies.

—Señorita Behrend, soy el comandante N. —Sonrió y le tendió la mano. Y luego, alto y claro, dijo—: Ministerio para la Seguridad del Estado.

Sintió miedo, me dice, «como un gusano por la barriga».

El hombre, que no tenía ni cuarenta años, tenía una cara ancha, con entradas. Llevaba unas pequeñas gafas redondas. Su bronceado llamaba la atención. Era amable... de hecho, para los cánones de la RDA, exageradamente educado:

—Por favor —le dijo—, tome asiento.

Se sentaron. Pensó que a lo mejor, después de todo, estaba allí por lo del visado. Pero N. empezó:

—Una jovencita tan atractiva e inteligente como usted, señorita Behrend... Tal vez pueda explicarme cómo es posible —sonrió— que no esté trabajando.

Era eso. Hasta el momento todo podía haber sido producto de su imaginación: el internado, la visita del director, los continuos registros en plena calle, el examen suspendido, la advertencia del «amigo», el Lada patrullando, el paro inexplicable. Se quedó conmovida. Hablaba despacio:

—Usted debería saber por qué no tengo trabajo —le respondió.

La voz de él era sosegada. No dejó de sonreír:

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa, señorita Behrend?

Su mente se movió con rapidez. Enseguida vio adónde conducía todo esto: la iban a echar a patadas del país.

—Pensé que era mi última oportunidad de quedarme en casa —me explica.

Se lo dijo, decidió decírselo sin más rodeos:

—Mire, por favor, yo no quiero... No quiero irme al Oeste. Pero creo que ustedes me están forzando a marcharme. —Se dio cuenta de que le estaba suplicando—. Tengo que trabajar en alguna parte. Al fin y al cabo, estoy en paro.

—Pero señorita Behrend —replicó el comandante N.—, ¿cómo va a ser eso? —Entrelazó sus dedos sobre el escritorio—. En la República Democrática de Alemania no hay paro.

No pudo contestar. El comandante alargó la mano hacia una montaña de papeles y se los acercó.

—Antes que nada, tengo unas preguntas sobre estas cartas.

Julia miró su mano y vio, bajo ésta, su propia letra. Estaba confundida. Miró con más detenimiento: eran copias de las cartas que le mandaba al novio italiano. Siempre había barajado la posibilidad de que leyesen su correspondencia. A veces las cartas que recibía desde el extranjero habían sido rasgadas de forma brutal y vueltas a pegar

con papel de celo; luego le ponían una pegatina: «Deteriorada en transporte».

—Era bastante ridículo en realidad —me cuenta. Pero, como con el resto de cosas, nunca se había parado a pensarlo mucho.

El comandante N. extendió la primera carta sobre el escritorio y la alisó con ambas manos. Se aclaró la garganta. Para horror de Julia, empezó a leerla en voz alta.

Pienso en la vergüenza que me entraría, sentada en el despacho del comandante Fulanito de Tal, con esas cosas íntimas entre sus manos. Vergüenza al oír mis palabras convirtiéndose en mundanas banalidades de amor en su boca.

Julia y su novio se escribían en inglés; el comandante N. había subrayado en cada carta las palabras que no había podido encontrar en su diccionario alemán-inglés.

—Se sentó y... —Julia se detiene y le da un sorbo al té. Ya estará frío. Se le va por el lado equivocado. Tose y tose, pero extiende la mano para que no vaya a ayudarla... y empezó a preguntarme qué significaban —dice con la voz ahogada.

El vello de los brazos se me pone de punta. Ya no miro a Julia porque, en la penumbra, hace tiempo que ha dejado de dirigir sus palabras hacia mí. Me siento humillada de un modo que en este momento no soy capaz de discernir. Me hierve la sangre por ella, y me siento un tanto culpable por mi relativa suerte en la vida.

El comandante N. se tomó su tiempo para perfeccionar la traducción. Las palabras que no venían en el diccionario eran, en su mayoría, palabras de su lenguaje privado de amantes. Le preguntaba «¿Qué significa esto?», y luego «¿le importaría, por favor, explicarme este término?». Ponía su largo dedo índice sobre la letra de ella o la de su novio.

—¿Y qué me dice de esto? —le preguntó señalando la palabra «cocoriza» en una de las cartas de su novio.

—«Cocoriza» —le aclaró Julia— es «maíz» en húngaro.

—Entonces, señorita Behrend, ¿qué es lo que quiere decir su amigo cuando escribe «quiero a mi pequeña cocoriza»?

Tuvo que explicárselo. Cuando fueron de vacaciones el pelo se le aclaró tanto que tenía el color del maíz. Cocoriza era su apodo cariñoso.

—Gracias, señorita Behrend.

Después, vestido con su traje occidental, con sus maneras extranjeras y su exagerada cortesía, el comandante N. repasó su relación, una carta tras otra.

—Le llevó un buen rato —dice Julia con una voz como ausente, con los ojos clavados a media distancia.

El comandante N. era meticuloso. Había una montaña de cartas de Julia al italiano, y otra montaña de cartas de él en respuesta. Ese hombre lo sabía todo. Pudo ver cuándo ella tuvo dudas, pudo ver cómo se dejó engañar por palabras lisonjeras. Pudo ver la nostalgia del novio italiano completamente al descubierto, y la imagen que éste se había formado de su chica ausente.

N. le insinuó que sabía —al igual que Julia también habría constatado— que el italiano tenía una imagen de ella que era un tanto desacertada. El comandante la

halagó:

—Creo que usted, señorita Behrend, es más compleja, y más inteligente de lo que él la pinta. —Una vez hubo terminado de leer, destacar e investigar, cuadró las dos montañas de cartas y volvió a ponerlas a un lado de la mesa—. Hablemos de su amigo un rato, ¿le parece?

Empezó a contarle a Julia cosas de su novio.

—No eran cosas muy espectaculares que dijéramos —me dice—. Pero eran cosas que yo no podía saber porque no podía ir a Italia a verlas con mis propios ojos. — Julia está convencida de que la Stasi tenía gente en Italia—. Además era bastante astuto, me iba camelando como si estuviésemos teniendo una charla amistosa sobre aspectos de la vida de mi novio, como si ambos estuviésemos en el mismo bando y él fuese mi amigo y yo no fuese el objeto de su seguimiento.

—Como ya sabemos —le dijo N.—, nuestro amigo trabaja en una empresa de informática.

Julia asintió.

—Nunca me enteré muy bien de en qué trabajaba exactamente —me explica—, y menos todavía con mi mentalidad de Alemania Oriental. Me había contado que comerciaba con componentes electrónicos.

N. concretó:

—Es jefe de ventas de la sucursal regional de la empresa.

Y entonces se puso a describir la casa familiar del novio en Umbría. Le dijo hasta la marca del coche que conducía. Cuando vio que esto no le decía nada a Julia, él se lo interpretó: según las estimaciones de N. era un tipo de coche «de clase media; así que es una tontería pensar que es rico o algo así».

Julia se preguntaba dónde quería ir a parar.

N. abrió el cajón de su mesa y sacó una gruesa carpeta que colocó, cerrada, sobre el escritorio.

—Y ahora, señorita Behrend, vayamos con usted.

Hizo un análisis de la evolución de su vida.

—Lo sabía todo sobre mí —dice—. Sabía todas las asignaturas que había escogido y las notas que había sacado. Lo sabía todo sobre mis hermanas, mis padres. Sabía que mi hermana pequeña quería estudiar piano en el conservatorio.

El comandante N. se consideraba lo suficientemente informado como para hacer afirmaciones psicológicas. Le dijo que era evidente que había cuestiones que su padre no entendía, que Dieter era «problemático». Irene, en cambio, era mucho más leal al Estado.

—Para nosotros es evidente, ha quedado claro, señorita Behrend, que usted ha salido a su madre —le soltó—. Lo que, si me permite decirlo, es algo positivo.

—Me estaba haciendo ver que me tenía en la palma de la mano —explica, y dobla las rodillas contra el pecho y apoya los talones sobre el asiento. Se pasa el jersey por encima de las rodillas, lo que la convierte en una pequeña bola negra—. Lo

único... es irónico, pero al parecer lo único que no sabían ¡era que había cortado con mi novio italiano! —Desde que habían cortado en Hungría, el novio italiano le había mandado un par de cartas suplicantes. Julia le había respondido a la primera, pero desde entonces no había vuelto a escribirle—. Por lo menos el comandante actuaba como si no supiese que habíamos roto. A mí me parecía bastante raro que así fuese; a lo mejor había estado de vacaciones y se había perdido las últimas cartas.

O, pienso yo, tal vez lo sabía y pensaba que le venía aún mejor para los planes que tenía para ella.

N. apartó la carpeta y la puso al lado de las cartas de amor. Unió las yemas de sus dedos y se echó hacia delante.

—Como seguro que habrá deducido, estamos interesados en su amigo. —Y entonces lo soltó—: Queríamos proponerle que, si quiere ayudarnos, nos veamos de vez en cuando, para charlar.

Julia dice:

—Me pareció absurdo. Yo pensé: «¿Qué demonios querrán de él?». No me cabía en la cabeza que considerasen a mi novio italiano un pez gordo ni nada parecido. Nunca había mencionado ningún contacto en las altas esferas, ni ninguna destreza o formación especial.

Hasta que llegó a su casa, no se le pasó por la cabeza que tal vez fuese a ella a quien querían.

Julia ni se lo planteó. Ella no iba a informar ni sobre él ni sobre nada.

—Lo siento muchísimo —le dijo al comandante N.—, pero no puedo ayudarles porque rompimos en nuestro último viaje a Hungría. No quiero saber nada más de él. Quería poseerme. Sabía que si seguía con él dejaría de ser yo la que tomara las decisiones sobre mi vida. No quiero volver a verlo, ni como amigo.

N. sonrió.

—Bueno, si se replantea el asunto y toma otra decisión, no dude en llamarme a cualquier hora. —Le dio la tarjeta con su número de teléfono—. Ah, y señorita Behrend, una cosa más: no debe hablar con nadie sobre nuestra pequeña charla; ni con sus padres, ni con sus hermanas ni con sus amigos más cercanos. Si lo hace, lo sabremos. Esta tarde nunca ha ocurrido. Nunca ha estado en la habitación 118. Si me ve por la calle, no haga como que me reconoce, debe pasar de largo; las razones son evidentes, claro, como estoy seguro de que habrá comprendido hace tiempo.

Julia asintió.

Y eso fue todo. Le había mostrado que con solo hacerle una llamada, ella podía estar dentro o podía estar fuera. Podía estar con ellos o podía darse por exiliada.

—Y entonces dejó que me fuera.

La calle era otro mundo, la luz del día, brillante y antinatural. Julia vio una clase entera de niños pequeños apiñados en la acera. Se sintió apartada, repentina e irremisiblemente, de la vida.

—Era como si de buenas a primeras estuviese al otro lado —me dice—, lejos de

todo el mundo.

Julia parece haberse quedado sin palabras, así que recojo los platos y los pongo detrás de mí, en el fregadero. Busco en la nevera algo más para comer, como si entre tanto hubiesen podido surgir posibilidades que se me hubiesen pasado por alto en una primera ojeada. Solo hay una flácida ristra de embutido de hígado de hace un tiempo y una manzana. Tiro el embutido y corto la manzana. Estoy de espaldas a ella cuando retoma la conversación. Oírla es como ser testigo del proceso, casi mecánico, de extraer las cosas del pasado.

Su voz es lenta:

—Creo que había reprimido por completo todo este episodio —asegura—. Quizás es que lo que vino después, toda la historia de 1989, fue tan fuerte que el resto de cosas se desvaneció. Si no, no me lo explico.

No sé qué quiere decir con lo de «toda la historia de 1989». Le digo que creo que lo que le pasó fue muy fuerte.

—Sí, lo es, cuando eres consciente. Pero lo extraño del caso es que solo ahora, en esta habitación, he sentido el escalofrío recorriéndome la espina dorsal. En aquel momento criticaba otras cosas, como que no me dejasen estudiar ni tener un trabajo. Pero, mirándolo con perspectiva, fue toda esa vigilancia lo que más daño me hizo. Yo sí sé lo lejos que puede llegar la gente a la hora de traspasar tus fronteras, hasta que no te queda nada de esfera privada. Y creo que es algo terrible saberlo. —Se sacude el pelo con la mano, como si quisiese quitarse algo—. Ahora que queda lejos comprendo por primera vez lo horrible que fue lo que me hicieron en aquella habitación.

Coge un trozo de manzana y balancea el arco de carne sobre la mesa, entre dos dedos. La nevera vacía da un respingo y se detiene; la cocina se queda más silenciosa aún.

—La gente habla del inconsciente —prosigue—, y ahora que te cuento todo esto, me queda claro el efecto que ha tenido saber eso en mi vida. —Le da un mordisquito a la manzana—. Creo que, definitivamente, tengo daños psicológicos. —Se ríe pero lo dice en serio—. Tal vez por eso reacciono de esa forma tan radical cuando se me acercan los hombres; me lo tomo como otra posible invasión de mi esfera íntima. —Me mira a la cara—. Creo que si lo reprimes es peor.

¿Sacar a la luz o dejar bajo tierra?

Cuando salió de la 118 Julia no se sintió mal hasta que llegó a su casa. Allí sus piernas ya no la sostuvieron. Consiguió llegar hasta el baño y vomitar. Cuando salió, notó que le temblaba la voz y que veía borroso. Les contó todo a sus padres y a sus hermanas. Esa noche la familia se reunió para decidir lo que harían.

—Mi madre es una persona muy pragmática —me explica Julia—. Irene me dijo: «Vale, has acabado con el italiano; yo no quería influirte, pero me alegro de que no te

hayas casado con él. Pero ahora hay que pensar con mucha calma cuál será tu siguiente paso».

Julia apenas podía creerse que le estuviese pasando todo eso, que estuviesen allí sentados en el salón de casa hablando de cómo podía pasar el resto de su vida. Tenía veinte años.

—Siempre habíamos hablado sobre lo de irme a vivir con el novio italiano, como si hubiese otras alternativas. Pero era más como una aventurilla de adolescente; yo pensaba: «Soy libre de hacerlo y nadie me podrá detener». De pronto, se había convertido en una realidad: «Tengo que irme de aquí para siempre, tengo que dejar a mi familia, no volveré a ver a mis hermanas, y tengo que irme al Oeste». Eso era algo que, como te he dicho antes, nunca había querido. —Julia ha empezado a hablarle al jersey que tiene por encima de las rodillas—. Y creo que también estaba decepcionada con el Estado. Me di cuenta por primera vez de que en realidad no era el Estado paternal y benévolo que siempre había imaginado en mi cabeza. Comprendí que podía ser muy pero que muy peligroso, y eso sin haber hecho nada en absoluto.

No se había convertido en confidente, lo cual reducía las opciones a una sola.

—Tendrás que encontrar a alguien para casarte y poder salir de aquí —le dijo Irene—. Es la única forma. —Y entonces dio voz a las dudas del resto—: ¿Seguro que quieres casarte con alguien mayor? —le preguntó.

Dieter estaba cabizbajo en el otro extremo de la mesa, debatiéndose entre la rabia y la tristeza. Nadie dijo nada.

—Fue entonces cuando se me ocurrió —dice Julia—. Pensé que, ya que no quedaba más remedio, tendríamos que liarnos la manta a la cabeza. Al parecer, había un método llamado *Staatsratsbeschwerde* para que la gente le escribiese directamente a Erich Honecker si necesitaban algo que no podían conseguir, o para quejarse de algo —sacude la cabeza—, como si los ciudadanos tuvieran en realidad voz y voto. La gente escribía contando que necesitaban baldosas para sus baños o recambios para sus tractores y que no había desde agosto, o cosas así. Había quien decía: «¿Por qué no dejas de quejarte y le escribes a Erich?». Así que me pregunté a mí misma: «¿Por qué no?». Lo que quiero decir es que, si lo pensaba con detenimiento, lo que me había pasado era injusto. —Vuelvo a ver a la imitadora en ella—. Ya ni siquiera tenía ese novio, y quería estudiar y quería quedarme en la RDA, ¿por qué no? Podíamos escribir a Erich y quejarnos sin más. —Mira hacia el techo—. Había cierta ingenuidad en todo eso, y lo veo ahora, pero por entonces pensábamos que el Partido y el Estado eran una cosa, y la Stasi, otra. —Sacude la cabeza y sale de su caparazón de jersey para apoyar los pies en el suelo. Extiende las manos—. Pensé: «Total, ¿qué puede pasarme?».

La tarjeta del comandante N. estaba en medio de la mesa, a la vista de todos.

—Tienes el número —dijo Irene—. Llámale mañana y dile que tú y tus padres le vais a escribir a Honecker para quejaros.

—Nunca olvidaré esa noche —me cuenta Julia—. Les dije a mis padres que

haríamos eso y me fui a la cama. Tuve pesadillas como nunca había tenido y nunca he vuelto a tener.

Julia soñó que la perseguían por un sitio donde todo le era familiar: la encimera de la cocina, la vista desde su cuarto, las caras en una tienda, la nuca de su hermana. Pero nadie la reconocía y no era su casa. Su padre empezó a morir, marchitándose como una planta y llamándola, pero él no podía oír las respuestas de Julia, no veía dónde estaba. Cuando se despertó no sabía si había soñado con el sitio donde estaba o con dondequiera que fuese a ir.

—Fue una noche horrible, espantosa. No me acuerdo de si lloré, creo que no. Solo sudé y sudé hasta que la cama estuvo empapada. Me desperté muchas veces. La verdad es que todo lo que viví fue de lo más terrorífico. —Se pasa una mano por el pelo—. Era como perderlo todo hasta que yo misma acababa desapareciendo.

A la mañana siguiente, cuando todos se hubieron ido, Julia cogió la tarjeta y se fue a casa de su abuela para llamar desde allí. No había nadie más en la casa. Podía oler el desinfectante, las patatas cocidas. Miró los números negros de la tarjeta: bailaban. Vio que le temblaba la mano y dejó la tarjeta sobre la consola. En ese momento no era capaz de hilar las razones por las cuales iba a hacer esa llamada, cómo había llegado a ese punto. Ahora estaba simplemente allí, con la tarjeta y el nombre y los números que harían que él volviese a hablar con ella. Puso el dedo en el disco para marcar.

N. lo cogió al primer tono. Cuando comprendió lo que ella le estaba diciendo —«¿Qué le has contado a alguien lo que hablamos? ¿Que vas a escribir qué?»—, se puso como una fiera y le dijo a Julia que se encontrase con él a solas. Le dijo que fuese a un piso franco en el centro.

—Tenía que estar justo encima de una agencia de viajes —dice. Hace una mueca con los labios fruncidos, como de risa—. Había mirado ese escaparate un montón de veces. Sabía perfectamente dónde estaba.

N. le dijo que habría serias repercusiones para ella, y posiblemente para su familia, por haber violado su promesa de guardar silencio. Le recordó que Katrin, su hermana pequeña, soñaba, si no estaba equivocado, con estudiar piano en el conservatorio. Le dijo que contactaría con su superior, el dirigente regional, y vería qué acciones tomar al respecto.

La familia esperó una semana hasta que apareció una carta en el buzón. Iban a recibir una visita en casa. Vinieron dos: N. y su superior.

—Pero no se pareció en nada a lo que nos habíamos figurado —me cuenta Julia—. N. era como otra persona. Sudaba y se sentía incómodo; su superior no tenía mejor aspecto. No sabíamos qué estaba pasando.

Dieter les dijo que no había ninguna razón (¿qué razón podía haber?) para lo que le estaba pasando a su hija. Siempre habían sido buenos ciudadanos. Irene fue tajante cuando les dijo que iban a escribirle a Honecker.

Los hombres se echaron las manos a la cabeza: tampoco hacía falta reaccionar de

esa forma. Seguro que las cosas no habían llegado ya tan lejos, dijeron, como para que no pudiesen arreglarse a nivel local, no había necesidad de involucrar a Berlín. Ésta era una situación —miraron a Dieter y a Irene— en la que la imaginación de una joven —de buena pasta, por supuesto— podía haber influido. Dieter, Irene y las niñas se quedaron callados. Luego los hombres les pidieron que les diesen algo de tiempo.

—Al principio no podíamos creérselo. Pero cuando se fueron, fuimos conscientes de que habíamos ganado. En realidad nunca supimos cuál era la batalla —sonríe—, pero la habíamos ganado.

Julia no sabe por qué la Stasi tenía tanto miedo de que se quejasen a Honecker. Tal vez porque sus padres eran ambos profesores, y bastante conformistas, o quizá porque la Stasi no tenía fundamentos «legales» para lo que le habían hecho. ¿Quién sabe? Fue una de las raras ocasiones en que alguien dejó en evidencia a la Compañía y le ganó la batalla.

—Lo más extraordinario de todo fue que a la semana siguiente me llamaron para un trabajo.

La cogieron de recepcionista en un hotel. Parecía como si fuese a trabajar allí de por vida.

Pero entonces llegó 1989.

—Eso es otra larga historia. —Coge la caja con las cartas de amor—. Es tarde, debería irme. Había pensado venir solo para coger esto —le da una palmadita a la caja— y echarle un vistazo. Voy a una psicoterapeuta y hemos llegado a mis relaciones con los hombres. Estoy intentando recordarlos... Parecen como de otra vida. —Sonríe y la luz destella en sus dientes—. Todo esto de las cartas del italiano me servirá como recordatorio.

Miro la caja que tiene entre las manos y sé que una no puede ni destruir su pasado ni lo que te hizo. Nunca se acaba del todo.

Veo cómo se va. En el pasillo ajusta la bomba a la barra de su destartada bicicleta y le abro la puerta. Mientras baja por las escaleras siento que falta una pieza en todo esto. No parece una chica que dejó en evidencia a la Stasi, trabajó un par de años en un hotel y a la que luego la revolución de 1989 le dio un futuro libre. Nadie puede sumar los acontecimientos de una vida y calcular su alcance; una tabla de indemnizaciones para el alma. Pero la suma no está completa, pienso, mientras Julia vuelve en bici a su torre fortificada, llena de cosas que no puede dejar, pero que tampoco puede mirar.

## 12. El lipsi

«Hatajo de nazis, sois unos cerdos asquerosos si pensáis que nos hemos olvidado de lo que hicisteis y que podéis meteros con vuestra música, vuestras noticias y vuestras mierdas en nuestra propia tele, conque mejor que no me...».

Llaman a la puerta de mi oficina. Es Uwe.

—¿Te llevo a casa?

—Sí, perfecto.

Algún estúpido impulso hace que esconda la carta que tengo delante, como para ahorrarle los insultos. Sostengo su mirada y deslizo la carta hacia mí. Las letras son tan grandes y tan inusitadas que parecen una nota pidiendo un rescate, es imposible que no llamen su atención.

—¿De qué va? —me pregunta.

—Bueno, hum, digamos que es un mensaje de odio.

—Ah, sí. —Sabe al instante lo que significa: que el odio no va contra un presentador en particular o contra la cadena en sí, sino contra todo el país—. Solemos contestarlas en un tono moderado —me explica—, les decimos que la dictadura nacionalsocialista fue algo espantoso que tuvimos que sufrir. Que causó un dolor y un sufrimiento indescriptibles y esas cosas, y que por muchos intentos que se hagan para compensarlos, nunca se podrá reparar del todo, etc., etc.

—Sí —le contesto. Pero ¿qué quiere decir con «que tuvimos que sufrir»? Los alemanes se pirraban por Hitler. Es verdad que después de ser elegido cambió las estructuras de poder por una dictadura, pero también es verdad que cuando terminó la guerra la gente hubiese sido capaz de volver a votarlo<sup>[16]</sup>. Aquí todo el mundo se pasa la vida clamando inocencia.

—Entonces, ¿qué? —me pregunta. Tiene los ojos inyectados en sangre. No descansa mucho—. ¿Te llevo?

—Sí, gracias, perfecto.

No suelo ir en coche por Berlín. La red ferroviaria subterránea es tan amplia que puedo ir a todas partes y brotar de la tierra en cualquier punto. Es un entramado de arterias que bombea gente por toda la ciudad. La superficie es otro mundo.

Las calles están adoquinadas. Uwe conduce rápido. Lleva unos guantes de cuero de los que se abrochan en las muñecas. Tiene un Volkswagen Golf plateado nuevo, está reluciente y huele a ambientador de piña.

—¿Te gusta Elton John? —me pregunta.

Antes de que pueda responder pone el radiocasete a toda potencia. Se enciende un cigarro con el mechero del salpicadero. Empieza a mover la cabeza y a seguir el ritmo con su mano de cuero sobre el volante tapizado de cuero. Va gritando por las calles, las ruedas arman un escándalo sobre los adoquines. Voy cogida con una mano al asa lateral y con la otra sostengo mi mochila contra el regazo. Me pregunto si la

mochila haría las veces de airbag. Y él tararea, fuma, tamborilea y tira la ceniza por la ventanilla en una frenética demostración de lo relajado que va. Me grita algo a través de la música, del humo y del estruendo. Lo más que puedo entender es que está yendo a clases de percusión «para llevar mejor —leo sus labios— el ritmo».

—Ahora voy para allá —me grita—. Mi profesor vive en Mitte, como tú. Ah, y por cierto, ¿has averiguado algo de esas historias de *ossis* de las que me hablaste?

No lo pregunta para darme una oportunidad de redimirme de mi arrebató con Scheller. Parece que tiene verdadera curiosidad. Y baja la música.

—Sí, he tenido alguna que otra aventura en Stasilandia. —Se ríe y prosigo—. He estado en un sitio donde lo que se decía no era real y lo que era real no estaba permitido, donde la gente o desaparecía detrás de una puerta y nunca más se volvía a saber nada, o la mandaban a otros fueros.

—¿En serio? ¿Y cómo has encontrado a esa gente?

—Estamos rodeados, Uwe. Al fin y al cabo, esto era el Este. Y he estado buscando, puse un anuncio para encontrar a gente de la Stasi...

—¿Que qué? —Se me queda mirando fijamente y deseo que vuelva a mirar hacia la carretera.

—Puse un anuncio en un periódico, Uwe, tampoco es para tanto. Y también es gente con la que me he cruzado sin más. Como mi casera, por ejemplo —le explico, y le cuento por encima lo del exilio de Julia de la vida hasta que la Stasi se ofreció a perdonarla si se convertía en confidente—. Y te hablo de finales de los años ochenta —concluyo.

—No me jodas —dice Uwe, y compruebo que la historia de Julia es tan rara y horrible para él como para mí. Reduce hasta detenerse. Hemos llegado a mi casa, intactos. Se vuelve hacia mí y me dice con su tono serio de periodista—: Dos cosas. Hay un hombre de la Stasi que cuando era joven trazó la línea por las calles por donde se construiría el Muro, y está dispuesto a hablar de ello. Se llama Hagen Koch: una vez lo llevamos a un programa sobre el *checkpoint* Charlie. Y lo que me dijiste de convertir un mundo en otro me hizo pensar en otra persona; un tipo que se llama Karl-Eduard von Schnitzler, que era el jefe de propaganda del régimen. Puede que también le interese hablar contigo.

—Julia mencionó a Von Schnitzler. ¿Sigue vivo?

—Vaya que sí, y coleando, por lo que he oído.

—¿Cómo puedo encontrarlo?

—Veré si tenemos alguna forma de contactarlo en el trabajo.

Uwe se inclina sobre mí para abrirme la puerta, lo que es muy caballeroso, aunque también innecesario. Aprovecha la oportunidad para mirar hacia arriba y echar un vistazo a mi edificio.

—Gracias por traerme —le digo. Y gracias por los consejos.

Huele a humo y a piña de plástico, como a hawaiano maloliente.

—No es nada.

Continúa inclinado sobre mí, así que sigo su mirada. En el árbol pelado que está frente a mi salón hay dos cosas blancas colgando de las ramas. Una es una bolsa de plástico y lo otro, cuando nos fijamos detenidamente, resulta ser un par de calzoncillos. Me encojo de hombros. Puedo asegurar que Uwe nunca viviría en un sitio como éste. Vuelve a su asiento.

—Buena suerte en Stasilandia. Y cuidadito.

Unos días después Uwe me ha localizado un número de Von Schnitzler, pero resulta que está equivocado.

—Señorita —me dice el hombre que responde—, la gente como ésa no quiere que la encuentren.

Herr von Schnitzler no aparece en el listín. Decido llamar a herr Winz, para ver si puede ayudarme. Éste se pone como loco al ver que lo necesito y me dice que va a ver qué puede hacer. Entre tanto, decido ver algunos de los programas de Von Schnitzler, de *El canal negro*.

*El canal negro* se estuvo emitiendo en el Este desde 1960. Se suponía que era una forma de contraprogramar *Das Rote Optik (La visión roja)*, una crítica al socialismo que se podía ver en el Este a través de los canales occidentales. Los lunes por la noche la Deutsche Fernsehfunk, por entonces el único canal de Alemania Oriental, ponía viejas películas de antes de la guerra, de la época dorada de los estudios; el Partido decidió que tanto estas como los programas occidentales requerían de algunos comentarios. Le dieron el puesto a Karl-Eduard Von Schnitzler.

Durante mucho tiempo, los trabajadores de las centrales eléctricas estuvieron alerta los lunes por la noche. Al principio, porque todo el mundo ponía a la vez la película, de modo que se producía una sobrecarga. Luego, cuando empezaron a emitir *El canal negro*, los operarios se las tenían que ingeniar para evitar que el suministro eléctrico se colapsara por una bajada de tensión, porque todo el mundo apagaba a la vez sus aparatos.

Karl-Eduard von Schnitzler se convirtió en una institución de un solo miembro y en la cara más odiada del régimen. A finales de 1989, cuando los manifestantes gritaban «¡Nosotros somos el pueblo!» y «Elecciones libres», también gritaban «¡Schnitzler, pide perdón!» y «¡Schnitzler, teleñeco!». Eso era justo lo que era: un viejo teleñeco malhumorado que, desde las altas esferas, diseminaba desprecio sobre la actualidad.

La sede de la cadena oriental estaba en Adlerhof, en las afueras de Berlín Este. El complejo se vende ahora como un flamante centro multimedia a pesar de que sigue siendo un puñado de edificios grises y fríos sobre una explanada de gravilla, muy parecido en su conjunto a un polígono industrial. Uno de ellos alberga el archivo de los programas que se emitieron en la RDA.

No a todo el mundo se le permite la entrada, así que Uwe ha hecho algunas llamadas para que me dejen pasar. Entro por lo que parece una puerta trasera y luego recorro una sucia pasarela acristalada que conecta este edificio con el de al lado. No

hay ni un alma. Llego a unas puertas dobles donde hay un viejo interfono de seguridad. Llamo y me abren. Un poco más adelante hay un mostrador. A ambos lados, a derecha e izquierda, se extiende un largo pasillo de linóleo, plagado de viejas mesas de montaje y montañas de rollos de película por doquier.

Detrás del mostrador atisbo las primeras señales de vida. Dos hombres, cada uno con una chaqueta marrón que parece a juego con la del otro, están tomando café. Me ven y al instante intercambian una mirada.

—Buenos días —digo.

—¿Ha venido a por un paquete? —me pregunta Chaqueta Uno, mirando hacia Chaqueta Dos.

—No —le contesto—. He venido para ver unas cintas.

—No sabemos nada de eso —dice Chaqueta Uno. Todavía no me mira a la cara. Sigue un silencio.

—¿Está frau Anderson? —pregunto.

—Será que tiene que ver a frau Anderson para eso, ¿no? —dice Uno a su silencioso compañero. Dos da un sorbo. Uno lo interpreta como una afirmación.

—Sí —repite Uno—, va a tener que ver a frau Anderson para eso.

Miro a ambos lados del pasillo vacío.

—Se le está echando el tiempo encima —añade—. Nos vamos a las 16.25, que lo sepa.

—Vale —le digo.

Chaqueta Dos habla:

—Estamos de descanso —le dice a Uno.

—Vale —repito.

Otro silencio. ¿Qué es esto? ¿Beckett? Me acuerdo de lo que dijo el poeta alemán del absurdo, Kurt Tucholsky, sobre sus compatriotas y los mostradores: todos se postran ante ellos y todos aspiran a estar detrás de uno. Me estoy debatiendo entre si postrarme como un nativo o montar una escenita —algo más foráneo— cuando me salvan unas pisadas que se acercan por el pasillo: frau Anderson.

—Ahí la tienes —le dice Chaqueta Uno a Chaqueta Dos, como si todo el episodio hubiese sido una apuesta entre ellos—. Frau Anderson.

Frau Anderson es una mujer de cincuenta y pico años. Cuesta saber cómo es en realidad porque lleva maquillaje para ocultarse. Tal vez solía frecuentar los escenarios, o la televisión. Tiene una piel reluciente, con la consistencia de una tarta de queso, y los labios pintados con unos trazos que se alejan, osada y teatralmente, de lo natural.

—Ach, herr Von Schnitzler —dice mientras me guía por el pasillo—. Era único. Hay que quitarse el sombrero ante él: por lo menos ha mantenido lo que decía en otros tiempos. No es otro maldito chaquetero como el resto.

Su acritud y su añoranza me escandalizan; forman parte de la nostalgia por el Este (*ost*) que ha propiciado una nueva palabra de juego de construcciones: *Ostalgie*. Salta

a la vista que aquí solo trabajaban aquellos que podían probar su lealtad al Estado, y frau Anderson sigue estando entre ellos.

Unos fluorescentes iluminan el pasillo, no hay ni una brizna de luz natural. El linóleo es beis, tanto moteado como veteado. Las paredes, de un amarillo bilis, están descascarilladas. Huele a cerrado. Es como estar dentro de una bestia vieja. Recorremos todo el pasillo y cuento, por costumbre o manía o por no querer perderme, cinco puertas metálicas a cada lado antes de llegar a la última. Frau Anderson abre y se vuelve hacia mí.

—Yo me voy sobre las 16.25 —dice—, ¿cree que le dará tiempo?

—Eso espero —digo.

—Sería horrible —bromea— quedarse aquí encerrada toda la noche.

No hace falta que me lo jure. Este lugar parece haber sido diseñado basándose en el principio arquitectónico de «el mismo tamaño vale para todo» del resto de edificios: como la *Runde Ecke* en Leipzig y el cuartel general de la Stasi en Normannenstrasse; lo mismo que las prisiones y los hospitales, las escuelas y las construcciones de la administración de todo el país, y probablemente igual que el interior del parduco *Palast der Republik*, solo que, en ese caso, al estar tras unas rejas, no he podido comprobarlo. De aquí a Vladivostok, éste fue el legado del comunismo al urbanismo: linóleo y cemento gris, amianto, hormigón prefabricado y, sin excepción, largos y largos pasillos con cuartos multiusos. Detrás de estas puertas podía pasar cualquier cosa: interrogatorios, encarcelaciones, exámenes, enseñanza, administración, escondites para catástrofes nucleares o, en este caso, propaganda.

En el interior, la sala tiene las dimensiones de una celda, pero está decorada como una caravana de los años sesenta. Tiene cortinas marrones en el ventanuco que hay cerca del techo y, sobre las paredes, papel pintado marrón con un estampado de flores. Hay una antigua máquina montadora, una silla de oficina y un póster de promoción del desierto de Gobi en ruso y alemán. En una esquina, el televisor y el vídeo.

Frau Anderson me deja con algunas de las cintas que encontraron. Meto una en el aparato y apago las luces. Es el primer programa de Von Schnitzler, de marzo de 1960. Aparecen los títulos de crédito: el dibujo de un águila con mirada aviesa, el símbolo de Alemania Federal, en rojo, blanco y negro fascista, que se posa sobre una antena de televisión. Luego aparecen las palabras: EL CANAL NEGRO. De pronto, un hombre enchaquetado, con gafas negras cuadradas ocupa toda la pantalla. Se dirige a mí directamente, como si estuviese sentado en esta misma habitación:

El canal negro, estimados señoras y caballeros, transporta mugre y aguas residuales. Pero en vez de transportarlas hasta una depuradora, como debería, las filtra, día tras día, en cientos de miles de hogares de Berlín Oriental y Occidental. Este canal es el canal que emite los programas de Alemania Federal: el canal negro. Y todos los lunes a esta misma hora vamos a afanarnos, si se me permite la expresión, en una operación de saneamiento.

La siguiente cinta es de 1965, después de que dos personas fueran tiroteadas al intentar escapar por el Muro.

Queridos telespectadores:

Todos saben por qué estoy aquí hoy, por qué he vuelto ex profeso de mis vacaciones para comparecer ante ustedes esta noche. Los guardias de nuestra frontera, cumpliendo con su deber, han disparado a dos hombres. No se detuvieron ni cuando se les gritó, ni cuando se les advirtió de que iban a abrir fuego. Uno de ellos resultó herido de muerte [...].

La gente debería escucharnos cuando repetimos una y otra vez que somos nosotros los que dictaminamos el orden en la frontera. Y nosotros somos los que nos aseguramos de que se mantiene, por buenas razones. Todo aquel que quiera atravesar la frontera de la RDA necesita un permiso. Si no lo tiene, ¡ha de mantenerse lejos de la frontera! El que arriesgue su vida, morirá. Y sé, señoras y caballeros, que suena duro. Y puede que algunos incluso lo califiquen de «inhumano»... Pero ¿qué es «humano» y qué «inhumano»?

Humano es mantener la paz para todos los hombres en la Tierra. Y eso no se consigue rezando: se consigue luchando. Y si, como la Historia nos enseña, las guerras las hace el hombre, no Dios, entonces también la paz es labor del hombre. Por primera vez en suelo alemán, aquí en la República Democrática de Alemania, el gobierno del Estado ha erigido la paz en principio. Aquel que pretende dañar o debilitar a la RDA, tanto consciente como inconscientemente, daña o debilita las perspectivas de paz en Alemania. ¡Es humano haber creado y construido este Estado! ¡Es humano fortalecerlo y protegerlo! Es humano salvaguardar a la RDA frente a aquellas personas que preferirían comérsela para desayunar [...].

Y sigue, y sigue, pero rebobino la cinta y tomo notas. Quiero ver con detenimiento cómo este hombre convierte lo inhumano en humano; estas muertes, en símbolos de la salvación. Me entran más ganas todavía de conocerlo y de saber qué piensa ahora, una vez que el bastión ha caído y su mundo ha desaparecido.

Son casi las cuatro de la tarde, voy bien de tiempo, pero no tengo intención de quedarme aquí encerrada, ni en broma. Empiezo a recoger mis cosas. La cinta sigue puesta. Pasa a otro programa llamado *Gut Aufgelegt (De buen humor)*, con una alegre sintonía de cabecera. Aparece una bonita morena de ojos azules con un vestido sesentero de cintura entallada en una tienda de discos. Se acerca a la cámara.

—Últimamente los vendedores de discos están recibiendo de sus clientes peticiones bastante extrañas —dice—; les piden música *lipsi*. Y yo me pregunto: ¿qué es *lipsi*? Brockhaus, el enciclopedista musical, diría: «No tengo ni idea, y además no está en ninguno de mis veinte volúmenes, así que no existe». Pero los vendedores de discos dirán: «*Lipsi*... ¡Eso es lo que me piden todos los clientes! ¡Es como una plaga!». Y una pareja joven nos diría: «¿*Lipsi*? Es la cosa más sencilla. El baile en sí es un 6 por 4 y solo tienes que coger a la chica en tu brazo izquierdo. Así...». —Extiende el brazo—. Bueno... Es fácil, mirad. —Parece que se queda un momento atascada, pero al final da con el eslogan—:

Si de verdad quieres saber lo que es / baila el baile de moda una y otra vez.  
Baila el *lipsi*, báilalo, del derecho y del revés.

Me pica la curiosidad y dejo de recoger. En la pantalla aparece una pareja en un salón de baile: él, maqueado en su traje, y ella, con vestido y tacones de aguja. Juntos hacen el baile más extraño que he visto en mi vida.

Al principio el hombre y la mujer van de perfil, como bailarines griegos, él detrás

de ella, mano con mano. Se mueven de un lado a otro los dos y luego levantan los antebrazos y empiezan a inclinarse de una forma exagerada, parecen teteras. La cámara enfoca los pies, que, sin previo aviso, empiezan a hacer unos complejos pasos de giga irlandesa. Luego los integrantes de la pareja se giran el uno hacia el otro en un pase de vals, antes de volver a separarse y dar un saltito en el aire. A esto le sigue un movimiento muy ruso con las manos en las caderas. Durante todo el rato esbozan unas enormes sonrisas fijas, como si no estuviesen pensando en ningún momento lo que están haciendo con los pies. Después vuelven a la maniobra de tetera griega. Una voz en *off* canta muy a lo Doris Day al compás de unos ritmos de bosanova.

Hoy todos los jóvenes bailan  
el paso lipsi, todos bailan lipsi.  
Todos los jóvenes lo quieren aprender.  
Es el lipsi, es lo último.  
Rumba, boogie, chachachá,  
todos demodé.  
Ahora de la nada, de la noche a la mañana,  
este baile ha llegado y ya ha triunfado.

Rebobino la cinta. Quiero fijarme, movimiento a movimiento, lo que hace que el baile resulte tan curioso. «*Lipsi*» es «Leipzig» en jerga, pero no solo fue un descarado intento del régimen por crear una tendencia de masas, como si hubiese llegado de esa ciudad tan chic. Observo de cerca a la pareja rígida. Parece que a la mujer le falta un incisivo, una elección bastante extraña para una modelo de baile. Después me concentro en los movimientos, y entonces lo capto: entre esta retahíla de gestos, no hay ninguno en que los bailarines muevan la cadera. Mantienen el torso recto, no se inclinan el uno hacia el otro, ni oscilan de un lado para otro. Los inventores del baile fusionaron toda tradición de danza existente y extrajeron con minuciosidad los movimientos no sexuales. Al igual que *El canal negro* era el antídoto contra la televisión occidental, el *lipsi* era la respuesta del Este a Elvis y al decadente rock n'roll foráneo. Y ahí estaba: un baile inventado por un comité, la danza de un bizarro camello sin cadera.

Cojo todas mis cosas y salgo disparada por el pasillo. El fluorescente sigue encendido, pero en el mostrador no hay ninguna luz. Estoy ya a medio camino cuando recuerdo que me he dejado la cinta en el aparato. Corro hasta el cuarto y la saco para devolvérsela a frau Anderson, si es que todavía sigue aquí. Si es que todavía hay alguien aquí. Mientras recorro el pasillo por segunda vez, me pregunto si me hará falta un código para salir.

Mi reloj marca las 4.27 y los Chaquetas se han ido. Me quedo delante del mostrador, con la mochila en una mano y la cinta en la otra. Me vuelvo, miro la salida y veo, a la izquierda, un viejo teclado de un sistema de seguridad. ¿Cuántos intentos tendré para averiguar la combinación antes de quedarme atrapada? ¿O de que salte una alarma? No quiero un numerito, pero tampoco quiero pasar aquí la noche.

Tengo que encontrar un teléfono. Cuando estoy dando ya media vuelta, oigo un sonido. Es una puerta abriéndose. Frau Anderson sale por ella, con un sombrero en imitación piel y un bolso verde de cocodrilo en plástico.

—Ya iba a ir a por usted —me dice—. Había pensado dejarle algo más de tiempo.

Me coge la cinta de la mano. Respiro aliviada. No sabría decir si se ha dado cuenta de que estaba asustada y se está riendo de mí. Tal vez estoy empezando a tomarme las horas límites, los horarios del tren y las horas de cierre demasiado en serio, en esta tierra de puntualidad inmisericorde.

Una semana después me llama un hombre anónimo. Herr Winz le ha contado mis intenciones y me llama para verificarlo conmigo antes de hablar con herr Von Schnitzler. En unos minutos me vuelve a llamar y me dice que frau Von Schnitzler atenderá mi llamada. Me da el número. Frau Von Schnitzler responde y me da sus señas.

## 13. Von Schni...

Es el apellido de soltera de ella, no el de él, el que aparece en el timbre. Una mujer de rasgos delicados, de unos sesenta años, me hace pasar. Es morena, con melena corta, y lleva los labios y las uñas pintados de rojo. Frau Marta von Schnitzler era actriz.

—Bienvenida —dice tendiéndome una mano esmaltada.

Me lleva hasta el salón. El piso es pequeño pero luminoso. La acumulación de restos de una vida reposa en librerías y estantes y cuelga de las paredes: libros, cajas de medallas, figuritas y tazas de plástico llenas de bolígrafos.

En el salón, sentado en un sillón, hay un hombre con gafas cuadradas y una barba cuidadosamente delineada. Tiene la mano derecha —bastante lisa para alguien de setenta y nueve años— sobre el mango de un bastón. Saluda con un gesto de cabeza hacia donde estoy. Encima de la mesa de centro hay un termo con agua caliente, un bote de Nescafé y un frasco de medicinas. Frente a él herr Von Schnitzler tiene una gran copa de vino con algo que parece refresco rojo. Me siento enfrente. Tiene la cabeza más grande y más arrugada y los pómulos más pronunciados que en la tele, pero no cabe duda de que es «Sudel-Ede» o «el fanteche de Ede». Tras su cabeza reparo en otra fila de cabezas a la misma altura que cuelgan de un raíl para cuadros: un busto de Marx, un daguerrotipo de Lenin y, cuando avanza mi mirada, incluso una figurilla de cuerpo entero de Stalin.

—Herr Von Schnitzler —le digo—, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su biografía...

—Sí, eso es importante para a) la historiografía sobre mi vida y b) porque lo que habrá leído usted sobre mí es falso en un 95 por ciento.

Su voz parece un croar que sale de una garganta seca y mustia.

—¿Cree usted...?

—Yo no creo, lo sé. Es así. —Su voz va ganando fuerza y timbre.

—Pero he estado leyendo libros escritos por usted —le explico—... Ésos no estarán equivocados, ¿no es cierto?

—Bueno, en ese caso, es distinto —dice, pero ni siquiera esboza una sonrisa—. No, eso está bien, está muy bien.

No va a resultar fácil. Me mira desafiante. Oigo su respiración.

Karl-Eduard von Schnitzler<sup>[17]</sup> nació en 1918 en una familia berlinesa acomodada. Su padre, Julius Eduard Schnitzler, fue cónsul general del emperador Guillermo en Amberes y teniente del ejército prusiano. En 1913, el emperador elevó a Julius y a sus dos hermanos a la categoría de nobles, concediéndoles así el privilegio de utilizar el prefijo «Von». La familia se mantuvo cerca del poder durante el régimen nazi. Uno de los primos de Von Schnitzler era banquero de Hitler, otro era el director de ventas de la IG-Farben, la empresa que se encargaba de distribuir el gas venenoso ciclón B por los campos de concentración.

Karl-Eduard reaccionó en contra de la desigualdad de la riqueza y del nazismo que le rodeaba. A los catorce años quedó fascinado por el comunismo. Empezó a estudiar medicina para, al poco tiempo, formarse como industrial. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en el ejército de Hitler. En junio de 1944, los británicos lo apresaron y lo enviaron al campo de prisioneros «antifascista» de Ascot; a los pocos días ya estaba haciendo un programa en alemán para la BBC llamado *Prisioneros de guerra alemanes conversan con su patria*.

Von Schnitzler fue liberado y volvió a Alemania en 1945, donde continuó con su programa desde la zona ocupada por los británicos de Colonia; sin embargo, no tuvo que pasar mucho tiempo para que sus férreas ideas comunistas le procuraran conflictos con los gerentes británicos, que lo despidieron.

En 1947 se mudó a la zona soviética. Cuando llegó le dijo a su futuro líder, Walter Ulbricht, que quería quitarse el «Von» de delante de su apellido. Ulbricht le dijo: «¿Está chiflado? Todo el mundo ha de saber que gentes de todo tipo se están pasando a nuestro bando».

Así fue como aquel hombre con el ridículo apellido de noble se convirtió en la cara mediática del régimen. *El canal negro* se estuvo emitiendo hasta el mismísimo fin, en octubre de 1989.

Von Schnitzler ha empezado a hablar y está dando todo lujo de detalles sobre la guerra.

Le interrumpo:

—Me gustaría hablar sobre *El canal negro*...

—Pero se está saltando usted una parte muy importante de mi vida, mi época como prisionero de guerra, cuando hacía un programa para la BBC...

—No me importa hablar de ello, pero depende del tiempo del que dispongamos.

—Yo dispongo de tiempo —replica—. ¿Cuánto tiempo tiene usted?

—Yo tengo todo el día —le digo—, pero no creo que queramos pasarnos hablando todo el día. Me gustaría hablar durante un par de horas.

Frau Von Schnitzler se ha acomodado lejos de nuestro campo de visión, pero al alcance del oído. El piso es más pequeño de lo que creía; no tiene nada que ver con la mansión donde nació Karl-Eduard. Creo que frau Von Schnitzler está cosiendo. Murmura algo sobre la hora que no logro oír del todo.

—*Nein?* —dice, al parecer a ella.

—Bueno, entonces, tal vez una hora —le sugiero.

Aun así, él sigue con su vida y milagros. Von Schnitzler pasó su carrera cribando y criticando la televisión occidental y no va a permitir que yo cribe ahora su vida. Ha cambiado a un ritmo de discurso autoritario que tiene ensayado, con ocasionales momentos de énfasis desbordado, cada uno de los cuales se convierte en una reprimenda para el oyente que ha disminuido su atención.

Alzo la mano y vuelvo a interrumpirle:

—Si solo tenemos una hora, estaría muy interesada en poder hablar sobre *El*

*canal negro.*

Ahora se enfada.

—¡Pero es más importante hablar sobre la historia! —El bastón se le escurre y cae contra el sillón. Lo recoge—. ¡Puede leer libros y libros sobre *El canal negro!* —Sacude el bastón de un lado para otro—. Éste formó parte de la Guerra Fría. Yo fui una de las figuras prominentes de la RDA durante la Guerra Fría... —Se queda sin aliento y pierde el hilo.

—Sí —insisto—, y es la RDA lo que más me interesa.

—Ajá, ajá —dice, ahora de pronto más calmado. Reconozco este patrón de gritos impredecibles seguidos de arrebatos de sosegada razón de otros avasalladores que he conocido—. De acuerdo —continúa con la máxima cordialidad—, ¿qué quiere saber sobre *El canal*?

—¿Cómo surgió? ¿Fue idea suya o fue un encargo?

—Fue idea mía —asegura—. Una vez vi a unos políticos occidentales en el telediario soltando una sarta de mentiras asquerosas sobre la RDA y antes de que el programa acabase ya había preparado un guion para la emisión. Les demostré quién era yo. Y luego la pregunta fue: ¿con qué frecuencia? Insistí en que fuese una vez por semana. Hoy —se inclina hacia mí, enfurecido—, hoy podría hacer uno ¡todos los días! —Se trata de una rabieta pensada para asustarme—. Así de asquerosa se ha vuelto esta... esta caja subnormal. —Señala con su bastón el televisor que hay en la sala.

Vale, de acuerdo, pienso, sigámosle la corriente.

—¿Qué le pone más furioso de la televisión de hoy en día?

—¡A mí nada me pone furioso! —dice. Está rojo de ira. Por el rabillo del ojo puedo ver a frau Von Schnitzler levantando la cabeza—. Por eso soy comunista. ¡Para que nada me ponga furioso! —Luego, de pronto, vuelve a calmarse y dice en un tono quejoso—: Lo que me da lástima es lo que le hacen tragarse a la gente a través de la televisión esa de mierda. Por ejemplo, ese... ese programa para imbéciles... ¿cómo se llama? —No habla de ninguno en particular pero llega un murmullo desde la otra punta del cuarto.

No hace caso.

—En realidad son todos para imbéciles, ¿no? —me dice—. Marta, ¿por qué pones esa cara? —Luego, como para sí—: ¿Cómo se llamaba ese programa? ¿El gran hombre?

—¿El gran hombre?

—Ése en el que encierran a diez personas...

—Ah, sí —dice la esposa en alto—, ya sé cuál dices. *Gran hermano*.

—Eso —dice—, *Gran hermano*.

*Gran hermano* es un programa de telerrealidad muy famoso que han emitido aquí hace poco y en el que encierran a una gente en una casa y la graban día y noche con cámaras. Llamado así por el líder del régimen espía de la novela de Orwell *1984*, el

programa concede un premio en metálico a la persona que logre sobrevivir más tiempo bajo esas condiciones de encierro y escrutinio. Orwell estaba prohibido en la RDA; me pregunto si a Von Schnitzler le ha ofendido el programa por sus reminiscencias orwellianas o por su estupidez general.

Me está mirando fijamente.

—Creo que los grandes tiranos de la televisión de su país tienen algo que ver con ese...

—Es australiana —le corrige frau Von Schnitzler—, no estadounidense.

—Yo sé lo que me digo —responde.

—Murdoch —aventuro—. Sí, era australiano, pero ahora es estadounidense.

—¿Y qué más da? —replica Von Schnitzler airado—. Es un imperialista global.

Abro mi libreta de apuntes. Quiero leerle unas citas tuyas, pero me siento un poco cohibida.

—¿Puedo leerle una cosa? —le pregunto—. En noviembre de 1965 dos orientales intentaron cruzar la frontera y uno de ellos murió de un tiro. Y ese año, en Navidad, usted hizo un programa...

—Siempre intentaban escapar en Navidad —dice. Utiliza la palabra *inszenieren*, que significa «escenificar», «hacer un montaje», como si las escapadas estuviesen orquestadas adrede para dejar mal al régimen.

Se muestra tan brusco que siento cómo mi actitud cohibida se ve sustituida por algo más profesional:

—Me gustaría leerle un texto de su programa y preguntarle si está de acuerdo. Leo mi transcripción:

La política de «liberar a los del Bloque del Este» es la frase en clave para acabar con la RDA, lo cual supone guerra civil, guerra mundial, guerra nuclear, lo cual supone a su vez separar a familias, el Armagedón atómico, ¡es inhumano! ¡Contra eso es contra lo que fundamos un Estado! Contra eso erigimos la frontera con estrictas medidas de control, para acabar con lo que pasó durante los trece años en que estuvo abierta y en que fue ninguneada... ¡Eso es humano! ¡Eso es servir a la humanidad!.

Cuando termino, me mira con la barbilla hacia arriba.

—¿Y cuál es la pregunta, jovencita?

—Mi pregunta es si sigue viendo el Muro como algo humano y los asesinatos de la frontera como un acto de paz.

Levanta la mano que no tiene ocupada, toma aire y grita:

—¡Más que nunca! —Baja el puño.

Me quedo boquiabierta unos segundos. Luego me doy cuenta de que frau Von Schnitzler va a cortar la entrevista.

—¿Lo consideraba necesario? —le pregunto apresurada.

—No es que yo lo «considerase» necesario, es que era absolutamente necesario. ¡Fue una necesidad histórica! ¡Ha sido la construcción más útil de toda la historia alemana! ¡De toda la historia europea!

—¿Por qué?

—Porque impidió que el imperialismo contaminara el Este. Lo amuralló.

El único pueblo amurallado fue el suyo. Es como si hubiese oído mis pensamientos:

—Es más, ¡el pueblo de la RDA no estaba «amurallado»! Podían ir a Hungría, a Polonia. Los únicos sitios donde no podían ir eran a los países de la OTAN. Porque, como es normal, uno no va por ahí de viaje a territorio enemigo. Es tan simple como eso.

Es todo tan absurdo que no se me ocurre ninguna pregunta. Pero en el siguiente aliento se contradice a sí mismo. Al parecer lo de alternar posturas distintas cada dos por tres es su *modus operandi*.

—Pero sí que creo que en los últimos años deberían haberlo abierto antes —dice. Y luego, casi de carrerilla—: La gente habría vuelto. —Me pregunto si realmente se lo cree. Los estados del Bloque siguen aún hoy, siete años después, perdiendo población. Se remueve en su asiento—. La mayoría... la mayoría habría vuelto.

Von Schnitzler es uno de los cuadros militares cuyas ideas fueron moldeadas en los años veinte por la lucha contra las injusticias del fiero libre mercado de la República de Weimar y, más tarde, por las atrocidades del fascismo; también vivió el nacimiento y la muerte de una nación construida sobre esas ideas. Es un auténtico creyente y para él mis preguntas no son más que una demostración de una penosa falta de fe.

—Usted vivió toda la existencia de la RDA, de principio a fin...

—Así fue, así fue.

—A su entender, ¿hay algo que podría haberse hecho mejor, o de otra forma?

—Bueno, seguro que hay cosas que se podrían haber hecho mejor o de otra forma, pero no creo que eso sea ya una cuestión que haya que tratar.

—Yo creo que sí —le digo, aunque hay algo que me molesta y rebulle en el fondo de mi cabeza—. Fue un intento serio de construir un estado socialista y debemos examinar por qué, al final, ese estado ya no existe. Es importante.

Ese algo resulta ser el recuerdo de unos occidentales, Uwe y Scheller, con el mismo desinterés por la RDA.

—Me di cuenta relativamente pronto —me explica— de que nuestra economía no iba a poder subsistir. Y cuando empezamos a enfangarnos en esa ridícula propaganda de victoria, exagerando los resultados de las cosechas y los niveles de producción y muchas cosas más, no me lo pensé y me retiré de todo eso, me dediqué a mi especialidad: el trabajo contra el imperialismo en exclusiva. Y por esa razón hoy en día soy tan «querido» —dice esto último con sarcasmo y soniquete.

—¿A qué se refiere con «querido»...? ¿Por quién? —le pregunto.

—Por todos aquellos que piensan como imperialistas, y actúan como imperialistas y crían a sus hijos como imperialistas.

Cada vez que dice «imperialistas» empuja el bastón hacia mí con el puño. Este hombre, que es capaz de convertir lo inhumano en humano, afronta ahora tal vez su

mayor reto: convertir el hecho de que es odiado en el hecho de que, al parecer, como todas las pruebas indican, tiene razón.

—Su programa se basaba en sacar a la luz las mentiras de los medios occidentales. ¿No sintió cierta responsabilidad por hacer lo mismo cuando vio la falsa propaganda triunfalista de aquí?

—No. En mi programa me centraba exclusiva y deliberadamente en el antiimperialismo, no en la propaganda de la RDA.

—Pero usted comprenderá mi pregunta, herr Von Schnitzler. La propaganda triunfalista de los medios de la RDA también eran mentiras...

—Nos distanció del pueblo porque había un contraste demasiado marcado con la realidad.

Es capaz de cambiar de una opinión a otra con una facilidad que da miedo. Creo que es síntoma de estar acostumbrado a tener tanto poder que la verdad no te importa porque, al fin y al cabo, no te pueden llevar la contraria.

—Entonces, ¿por qué no comentaba esas mentiras?

—¡Ni se me habría pasado por la cabeza! —Frunce el ceño y repliega el cuello como una tortuga, en señal de disgusto—. ¡No voy a ir por ahí criticando a mi propia república!

—¿Por qué no?

—¡Con la crítica del imperialismo ya tenía bastante!

—Yo critico a mi propio país... —le digo.

No se lo piensa:

—Usted tiene muchas más razones.

No queda más remedio que reírse.

—Puede ser —digo.

Cambiamos de tercio hacia el presente. Empieza a hablar sobre su «gran amigo» Erich Mielke.

—¿Tenía un expediente sobre usted?

—No lo sé.

—¿No ha solicitado verlo?

—¿Por qué debería?

—Por curiosidad.

—Mi curiosidad está del todo volcada en las maquinaciones del imperialismo y en cómo combatirlas.

Jaque mate. Así que empiezo otra pregunta:

—La observación interna de la población de la RDA, con el aparato de colaboradores oficiales y no oficiales...

Me corta de raíz.

—Puede desestimar el 90 por ciento de lo que sabe sobre eso. —Vuelve a estar enfadado—. No son más que mentiras. Recuerde esto: en mi opinión hasta el 10 por ciento de lo que se ha dicho sería demasiado.

—¿Está usted afirmando que, de las cifras que se manejan sobre empleados de la Stasi asignados a la vigilancia de la población de Alemania del Este, solo un 10 por ciento es cierto?

—Sí. Se ha exagerado hasta la saciedad. En todos los casos las cifras me hacen ser de lo más escéptico.

Cambia de táctica, vuelve a su amigo Mielke.

—El Muro era necesario para defender a una nación amenazada. Y encabezándola, estaba Erich Mielke, un ejemplo viviente del más humano de los seres humanos.

Nunca he oído hablar de Mielke en esos términos. Era demasiado fiero y temido como para que alguien hablase de él con algo parecido al afecto. Miro hacia las estanterías de la pared, a su espalda. Están llenas de libros y pequeños objetos de recuerdo, una fila de frascos de pastillas y una pletina barata. Las palabras «el más humano de los seres humanos» planean en el ambiente. Empieza a toser, una tos áspera y profunda, en un pañuelo, y luego se lleva la bebida rosa a los labios.

—¿Y cómo lo lleva desde 1989, ahora que vive bajo el capitalismo, o como usted dice, bajo el imperialismo? ¿Es como se lo esperaba —sostengo su mirada—, o no está tan mal como pensaba?

—Vivo —dice con virulencia— entre el enemigo. Y no es la primera vez en mi vida. También viví entre el enemigo durante la época de los nazis. —Vuelve a forzar un nuevo arrebató de furia. Veo que Marta lo observa y me pregunto si la medicina servirá para esto o más bien lo provocará—. Lo que puedo decirle es que si la RDA siguiese existiendo, ¡ningún cerdo de Bonn se habría atrevido a empezar una guerra! —Le cuesta respirar. Su mano se ha hecho puño, pero la mantiene sobre el regazo—. ¡La RDA lo habría evitado con su sola existencia!

Quiere decir que, con el Telón de Acero, los países de la OTAN no habrían bombardeado la ex Yugoslavia por miedo a que los rusos tomasen represalias en nombre de los serbios.

Está jadeando, enojado, y creo que se ha quedado atascado definitivamente. Me mira y puedo ver las diminutas venas rojas en filigrana por las órbitas de sus ojos.

—Punto final —grita—. ¡Esta conversación ha terminado!

Hay una breve pausa.

—Muchas gracias —le digo.

—¿Qué? —me responde a gritos.

—He dicho que gracias.

—Ah, de nada.

Empiezo a recoger mis cosas y entonces recuerdo que le he traído un regalito de Australia. Es una insignia esmaltada de las banderas alemana y australiana unidas entre sí.

—¿Qué es esto? —pregunta cogiéndolo y extendiendo la mano para verlo de lejos.

—Son nuestras banderas, la de Australia —empiezo—. Lo siento pero no pude encontrar...

—Un momento, un momento —me dice, fijándose bien—. Ésta no es mi bandera. Es la de la República Federal.

Creo que va a volver a gritarme.

—Ya lo sé —me apresuro a decir—, pero es que allí no pude encontrar la de la RDA.

—De acuerdo —me dice, de repente bastante alegre—, creo que le podré hacer un sitio allí —y señala detrás de él a Marx, Lenin e incluso Stalin.

## 14. Peor te sientes

Llamo a Julia y la invito a comer. Hago pasta con salmón, mascarpone, yema de huevo y nata: le echo todas las calorías habidas y por haber. Me llama por teléfono cuando ya casi es la hora a la que hemos quedado y me pregunta si me va bien que llegue tarde.

—Claro —le respondo—. ¿Cómo cuánto de tarde?

—Media hora.

—Vale, nos vemos.

Estoy mirando por la ventana de la cocina. Un hombre con guantes entra en el patio desde una de las galerías laterales con un cubo metálico de carbonilla naranja en la mano. Abre la tolva, y lo vuelca, y salen partículas con la consistencia del talco o algo incinerado. La tolva se cierra con un repiqueteo y una nube de polvo naranja. Hay carbonilla por todas partes. Aun cuando no la hueles, está ahí, en el aire anaranjado del invierno.

Cuando llega, Julia se muestra extrañamente educada, como una persona que va de visita a casa de alguien. Creo que está más acostumbrada a colarse aquí cuando no estoy. Nos sentamos en la cocina y abro una cerveza.

—¿Te importa si fumo? —me pregunta.

—Qué va. No sabía que fumaras.

—He vuelto hace poco —dice, se enciende un cigarro y se fuma solo la mitad antes de apagarlo.

Comemos y luego se enciende otro: lo sujeta de una forma estudiada, entre los dedos índice y corazón, moviéndolo de aquí para allá mientras habla. Está sentada en la misma silla del otro día, la que tiene amarrada la cuerda de la persiana. De espaldas a la ventana, su cara está a contraluz, sus ojos, brillantes y oscuros. Tras ella, el cielo está del color de la lana mojada. La he invitado a comer, pero ambas sabemos que todavía le queda historia que contar.

Empiezo preguntándole si notó que su vida se desarrollaba de otra manera una vez que cayó el Muro. Me pregunto cómo habría sido ver desaparecer la barrera que te ha tenido confinada y que el mundo se abra ante ti como una cosa extraña y tanto tiempo soñada.

—Bueno, es algo complejo —dice, pasándose una mano por el pelo. La electricidad estática de su manga le pone algunos mechones de punta—. Creo que... a lo mejor soy. —Se detiene—. Noto que no todavía. —Toma aliento—. Hay algunas cosas por ejemplo... —Hace una pausa—. Todo el asunto me desconcertó. —Echa el humo—. No solo eso sino lo que pasó después. Muchas cosas, cosas personales. Creo que todo el *Wende* de 1989 y todo lo que tuve que pasar después... Creo que lo experimenté de una forma más intensa que el resto.

Encuentra el sitio donde el linóleo está despegado del tablero de la mesa y empieza a hurgar con la uña:

—He estado hablando de eso con mi terapeuta y sigue volviendo una y otra vez sobre el tema... un tema que me resulta muy incómodo. Tiene que ver con el hecho de que no soy capaz de someterme a ninguna clase de autoridad. Y la cosa ha llegado a tales extremos que no soy capaz de llegar a ninguna parte a la hora —sonríe—, como has podido comprobar. Es que no puedo aguantar que se me imponga ningún tipo de orden.

Sirvo más cerveza. Es la segunda, o quizá la tercera, y está relajando la tarde. Por un momento me convierto en un ojo en una esquina del techo: veo a dos mujeres, como reflejos la una de la otra, ante una vieja mesa, en una vieja cocina del Berlín Oriental. Una tiene la camisa arremangada, la otra alarga las mangas de su jersey negro hasta los puños y solo saca las manos para fumar. Esta habitación parece un pequeño refugio del mundo exterior porque los colores del patio se filtran aquí, grises, marrones... aparte de la diminuta luz del piloto azul sobre el fregadero y de los restos de la salsa rosa en la sartén.

—Es difícil vivir en sociedad si no eres capaz de atenerte a la autoridad —comenta Julia—, y más en la sociedad alemana. Creo que la razón de que no sea capaz está relacionada con muchas cosas, como haber estado atrapada por el Muro, y trabajar en puestos por debajo de mis capacidades, donde no tenía expectativas, en hoteles y eso. Supongo que no soy capaz de aguantar las estructuras que te atrapan. —Habla ahora con un hilo de voz—. Aparte de eso, me violaron. Me pasó justo después de que cayera el Muro. Fue en el Este, y la verdad es que fue la gota que colmó el vaso.

Ahora me siento helada, y sobria, y tengo miedo de lo que estoy a punto de oír. Por entonces no supe lo mucho que le había costado a Julia contarme lo que le había pasado, y quizás ella tampoco. Una semana después me llamó y me dijo que después de eso había estado mala tres días.

Poco después de que el Muro cayera, a muchos presos de la RDA, la mayoría presos políticos, se les concedió la amnistía. Julia volvió a Turingia para una boda. Iba a pasar la víspera en el piso de la novia, un apartamento de una habitación en el ático de un bloque, mientras que su amiga se quedaría en casa del novio. Julia la acompañó abajo para que cogiera un taxi.

—Nunca se sabe lo que puede pasar en esos bloques de viviendas protegidas —dice—. Por lo general no hay nadie, puede ser un poco inquietante.

Al volver al edificio, había un hombre esperando el ascensor. Cuando llegó, ambos entraron y se quedaron de cara a las puertas que se cerraban.

—Entonces supe... —cuenta Julia—. Hubo un momento en que pensé que había algo que no marchaba bien y que debía salir corriendo por las puertas. Pero te enseñan a que te digas a ti misma «eso son tonterías», así que me quedé.

El hombre miró el botón que había pulsado Julia. Él no pulsó ninguno. El ascensor empezó a subir. Y entonces él se lanzó sobre el botón de emergencia.

Al rato el portero se dio cuenta de que uno de los ascensores se había quedado

atascado, así que subió hasta arriba y llamó por el hueco del ascensor para ver si había alguien dentro. No obtuvo respuesta.

El hombre era enorme. Golpeó a Julia y le puso las manos sobre la cara. Le pareció que el tipo llevaba una peluca negra. Amenazó con matarla si gritaba, con matarla si llamaba a la policía. Cuando todo acabó ella se arrastró a gatas desde el ascensor hasta la puerta del piso. El hombre bajó corriendo las escaleras y escapó en la oscuridad.

Julia se pasó la noche sola, aterrada, en el piso. No había teléfono. El hombre andaba suelto y sabía dónde encontrarla. Al día siguiente consiguió reunir valor para ir a la comisaría. No recibió apoyo psicológico ni cuidados médicos, tampoco trato compasivo alguno.

—En la RDA la violación era tabú —me explica. La agente femenina que estaba de servicio se negó a examinarla y, en vez de eso, salió a fumarse un cigarro, de modo que fue un colega masculino el que llevó a cabo el examen físico completo, con Julia desnuda sobre una mesa. Luego la llevaron de vuelta a la escena del delito y le hicieron revivir todo paso a paso: tuvo que volver a darle al botón de emergencia y representar el ataque—. Era como si no me creyesen. Él, suelto por ahí, y ellos que no me ofrecían ningún tipo de protección.

Después se fue a la boda.

—No podía contárselo a nadie. Les habría chafado el día —me cuenta—. Me maquillé mucho y, no sé cómo, aguanté.

Pasamos toda la tarde en la cocina. En cierto momento se pone a diluviar, trozos de cielo fragmentado contra la ventana. Julia medio fuma sus cigarrillos y cuenta su historia. No hay lágrimas; parece como si no sintiera ninguna lástima de sí misma.

Me cuenta que sus padres no supieron cómo ayudarla. Las autoridades no tardaron en capturar al hombre, un violador en serie con una larga lista de condenas previas. A Julia le fue imposible continuar con sus estudios, le asustaba hasta lo más mínimo. Una vez más, volvía a sentirse separada del resto de la gente. En algún momento, antes del juicio, aceptó una oferta de lectora para dar clases durante un semestre en San Francisco, donde encontró a gente con la que podía hablar sobre la violación, gente que la ayudó. Cuando volvió, tuvo que enfrentarse de nuevo a él.

—Casi diría que el juicio fue lo peor de todo. Si me volviese a pasar, nunca se me ocurriría denunciarlo —me dice con solemnidad—. Mataría al hombre.

Julia tuvo problemas para encontrar representación legal, y problemas para costeársela. Mientras estaba en Estados Unidos al hombre lo declararon culpable de otra violación que había cometido en esa misma cacería, «una peor todavía: a la chica tuvieron que hospitalizarla». Durante el juicio de Julia, el abogado del hombre alegó como atenuante que estaba bajo los efectos del alcohol y atacó la credibilidad de Julia como testigo:

—Si este hombre le puso las manos sobre la cara, ¿cómo es posible que no pudiese ver el color de su pelo?

Ella contestó que no lo sabía. La esposa del hombre declaró que había pasado toda la noche en casa, pero la madre de él también vivía con ellos y contó que ese día su hijo se había teñido el pelo de negro y había salido; no había vuelto a casa hasta bien entrada la noche, momento en que había quemado sus ropas en la incineradora del patio de atrás. La mujer posó su mirada en Julia y le dijo: «Lo siento». El violador fue condenado, pero Julia volvió a sentirse violada.

Después del juicio, se fue a vivir sola a Lichtenberg, en Berlín Oriental. Le costaba salir del piso.

—Si tenía que comprar algo en alguna tienda —recuerda—, me levantaba por la mañana y me ponía la ropa más ancha que tenía, capas y capas cubriéndome el cuerpo. Luego bebía cerveza, ¡por la mañana!, hasta que estaba lo suficientemente ciega como para salir por la puerta.

Irene, su madre, no podía entender por qué no era capaz de superarlo. Julia estaba conmocionada, se había abandonado y tenía tendencias suicidas, pero una vez a la semana se vestía, bebía e iba hasta la estación para llamar a Irene desde una cabina y decirle que todo iba bien.

Hay un cigarro olvidado en el cenicero. El pálido hilo de humo es obra de las corrientes invisibles de la habitación.

—Me quería morir —dice Julia—. No veía cómo podía seguir viviendo una vida en este mundo, y menos todavía una vida normal. —Consideró la idea de tirarse a las vías de tren en la estación de Lichtenberg, pero la imagen de sus hermanas leyendo la noticia en un periódico la horrorizaba. En vez de eso, dejó de comer—. Parecía el camino más fácil. Estaba tan perturbada, tan al límite de mis capacidades... —Su hermana fue a verla y se dio cuenta de lo poco que comía—. En realidad le debo la vida —afirma Julia—. Le decía que ya no podía más, pero ella contaba los bocados y no me dejaba parar.

Julia ha podido ir estudiando, a trancas y barrancas, durante los últimos seis años. Ha tenido extraños trabajos para llegar a fin de mes, «lo que iba encontrando y lo que me iba surgiendo», algunas traducciones, empleo en tiendas de ropa de segunda mano, clases particulares, el trabajo en la inmobiliaria.

Está convencida de que durante las amnistías de 1990 se cometieron errores y soltaron al violador en serie.

—Fue horrible que me pasara justo en esa época. Vamos, que antes de que las cosas buenas de Occidente llegasen a nosotros, esa cosa negativa, la liberación de criminales, va y me afecta.

Vio un documental que denunciaba que se había liberado a criminales habituales durante la confusión de la liberación de presos políticos. Que el hombre que la violó estuviese entre ellos, o que simplemente le tocara salir (como volvería a hacerlo en breve) no cambia la experiencia de Julia: el final del estado de seguridad supuso también para ella el final de su seguridad personal. En cierto modo, el sistema que la había encarcelado también la había protegido.

—En el Este eran más rápidos a la hora de encontrar y condenar a la gente —dice. Muy en el fondo, y por razones imposibles de borrar, asocia la caída del Muro con el fin de lo que le quedaba de esfera privada, después de que la Stasi la hubiera destrozado.

Julia dice que tiene que irse, que ha quedado con su hermana.

—Sí, claro —le contesto, pero no puedo pensar nada más. Se da cuenta de que me he quedado conmocionada.

—Creo que lo que estás haciendo es importante —me dice, como para reconfortarme, y me siento abochornada—. Para que todo el mundo pueda entender un régimen como el de la RDA hay que contar las historias de la gente de a pie. No solo las de los activistas o las de los escritores famosos. —En sus ojos, verde grisáceo, hay una figura oscura. Al moverse, me doy cuenta de que soy yo—. Lo importante es cómo se las apañaba la gente corriente en el pasado.

—Creo que ya no sé muy bien lo que es «corriente».

—Sí —dice sonriendo—, ya sé que es algo relativo. Nosotros, los del Este, tenemos ventaja en cierto modo, porque podemos recordar y comparar dos sistemas distintos. —Su boca se tuerce en una sonrisa, recoge su tabaco y su mechero y se los mete en el bolsillo—. Pero no sé si eso es una ventaja. Total, puedes ver los errores de un sistema, la vigilancia, y los errores del otro, la desigualdad, pero en realidad no había mucho que hacer en uno, y tampoco es que haya mucho que hacer ahora en el otro. —Ríe con ironía—. Y cuanto más claro lo ves, peor te sientes.

Se va y voy hacia las ventanas que dan a la fachada para verla salir por la entrada del edificio. Veo su coronilla, revuelta y rubia y vulnerable como la de un niño mientras se inclina para meter una de las perneras de sus vaqueros por el calcetín. Luego pone el otro pie en el pedal y se va, Tiresias en bicicleta.

Llamo a Klaus:

—¿Te quieres emborrachar?

—Por supuesto. ¿Estás bien?

—Sí. —No me cree, pero es un alma caritativa y quedamos en el *pub* de abajo.

Me levanto y me duele la cabeza cuando la muevo. Necesito agua. Miro las palmeras arrugadas del salón (me derrumbé en el sofá). Reflejan mi estado anímico interior. Más horrible aún que mi cabeza, que mi boca y mis pobres pulmones, es esa vaga sensación de arrepentimiento. ¿Qué dije? Intento hacer memoria para recordar quién más había en el *pub* aparte de Klaus, y lo borrachos que estaban. No soy capaz. A modo de penitencia cósmica, me paso el resto del día en cama.

A última hora de la tarde decido ir a nadar. En la piscina de mi barrio el precio que pagas por entrar depende del tiempo que estás, a partir de una hora y media. La cosa no me cuadra (¿quién puede nadar tanto tiempo?), hasta que comprendo que la gente usa la piscina como bañera.

Yo quiero hacer largos. Hay cuerpos por todas partes, nadando o chapoteando, o lo que parece ser asearse directamente en la piscina. No hay carriles; no hay una dirección acordada. La gente va nadando a braza y en diagonal, con la cabeza fuera como patos. Incluso hay un hombre que va con las gafas puestas. Los niños se tiran en bomba desde el bordillo y un anciano descansa en una esquina mientras se toquetea los pelos de un lunar que tiene bajo el brazo.

Necesito que mis extremidades naden y que mis pulmones cojan aire. Tiene que ser posible hacer uno o dos largos. Tal vez haya un sistema para adelantarse los unos a los otros que todavía desconozco, una especie de normas de navegación. Escojo una parte de la piscina que parece menos transitada y empiezo con algo de estilo libre, pero no doy las brazadas que tengo por costumbre porque tengo que estar pendiente de los obstáculos que surgen por delante. No solo por delante: un adolescente que va nadando en diagonal por la piscina viene directamente hacia mí. Cuando vuelvo la cabeza para respirar, una niña con manguitos se tira y no me da de milagro. Miro hacia arriba. Una mujer con un bikini amarillo avanza hacia mí, nadando a perrito para no mojarse el maquillaje. No hay salida.

Me paro, me quedo flotando y medito sobre mi siguiente movimiento. Mientras planeo una trayectoria, me sobreviene una pregunta reveladora: ¿qué estoy haciendo en medio de este caos? ¿En esta ciudad caótica?

La mujer del bikini amarillo hace como si no me hubiese visto. ¿Qué es esto? ¿Un pollito nadando? Ya he tenido bastante. Decido seguir adelante. Lo mismo la fuerza bruta gana la batalla, así que doy rápidas brazadas. No soy una maravilla nadando y soy consciente de que estoy en Alemania Oriental, patria de las grandes estrellas — dopadas, marimachos y niñas prodigio—, pero por un instante soy nuestra Dawnie, soy Shane Gould, soy Susie O'Neill, soy una máquina humana de chapotear agua. ¡Vaya pollo! Yo tampoco la he visto. ¿Qué es lo que pasa conmigo?

Suena un silbato. ¿Qué? La mujer pollito parece satisfecha: el asalto ha terminado y la han declarado vencedora. Un vigilante con un bañador demasiado pegado viene hasta el bordillo para hablar conmigo, lo que provoca la diversión del resto de nadadores perritos.

—Aquí no se puede nadar —me dice—, es solo para baño.

Por Dios.

—Bueno, y entonces, ¿cuándo se puede nadar en esta piscina?

—Veamos —dice—, los martes es piscina climatizada; los miércoles por la mañana, solo mujeres; los miércoles por la tarde, mujeres con niños; los viernes por la mañana, hidroterapia y... Ah, sí, hay carriles para nadar de las cuatro a las seis de la tarde los lunes, los jueves y los viernes. Los fines de semana es baño libre, como hoy.

Ya veo. Me salgo. O sea que esto es el caos ordenado. Tendremos «baño libre» entre esta hora y esta otra, que es ahora. Permitiremos gorros extraños y bombas, y toqueteo de lunares y aseo y bebés, pero nada de nadar. La vida alemana es todo

orden, hasta a los discapacitados les ponen brazales amarillos (¡amarillos! Se supone que son para alertar al resto de que tal vez necesiten ayuda, pero a los de fuera les resulta chocante: tres puntitos amarillos en la ropa). Esta piscina debe de ser el subconsciente del país: el desorden que origina todo ese orden.

¿Qué estoy haciendo aquí? La gente me está mirando. Me alejo y veo que la piscina del trampolín está casi vacía. Obedeceré: no nadaré en la hora de no nado. Me meto en la piscina del trampolín y me quedo en una esquina. Aquí nadie me ve y no creo que esté violando ninguna norma. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Mi cuerpo no pesa y mis piernas están desenfocadas. Están acortadas y lejanas. Y entonces me viene. Estoy haciendo retratos de gente, de alemanes orientales, de los que en una generación no quedará ni uno. Y estoy pintando un cuadro de una ciudad en la vieja línea de falla entre el Este y el Oeste. Actúo contra el olvido, y contra el tiempo.

Otro pitido de silbato, muy fuerte. Miro hacia arriba y el vigilante está encima de mí, tan cerca que podía haber murmurado para llamarme la atención.

—Esto es una piscina de saltos —dice—, es solo para saltar. —Me quedo sin habla, así que añade por si acaso—: Y usted no está saltando.

Ahí me ha pillado. De todas formas, no es que haya nadie usando el trampolín. Con todo, no puedo razonar con un hombre armado con un silbato y dispuesto a utilizarlo, así que vuelvo a salirme.

En los vestuarios una rotunda mujer con un extraño uniforme me dice que mis zapatillas están empapando el suelo.

—Será porque están mojadas —le digo. Viene hacia mí y está a punto de decirme algo, pero cojo mi bolsa y me largo. Demasiadas normas.

## 15. Herr Christian

Pasan varios días en los que mi principal actividad consiste en alimentar y vaciar la caldera. Ahora me abrigo bien y me voy para la estación. Cerca de la entrada hay un estudio fotográfico. Siempre me fijo en las fotos de muestra del escaparate, para ver a los locales como quieren que se les vea. Hay bebés pelones con lazos en la cabeza; hay instantáneas de bodas con la novia montada en una moto a modo de paquete; hay un joven con peinado cheroqui agarrando orgulloso a su novia, como si acabase de atraparla. Las fotos van cambiando, pero hoy, como siempre, hay una de una mujer de una belleza deslumbrante, una belleza tan delicada que me quedo mirándola como si fuese un jeroglífico, o una respuesta.

En el tren hay otra bella mujer sentada frente a mí. Lleva en el regazo un bebé con un vestidito con la espalda al aire. Me pregunto si el resto notará el encanto de esta mujer, o si estarán acostumbrados. El turco que hay a mi lado está absorto en otra cosa. Ve su propio reflejo en la ventanilla de al lado de la mujer, así que se saca un peine del bolsillo y se lo pasa con primor por el bigote. La joven madre mira a su bebé y yo no puedo apartar la vista de ellos. Cuando levanta la cabeza veo que tiene un pendiente en la nariz y cierta bizquera en sus ojos azules, aunque solo un poco, parecen atraídos por el aro como si fuese un imán.

Espero a un lado del aparcamiento de la estación de Potsdam. El resto de pasajeros pasa en riada por delante de mí hacia coches y tranvías y lugares que conocen. Cuando se van, me quedo sola, salvo por un hombre con vaqueros echado sobre el capó del BMW más grande y más negro que he visto en mi vida. Me saluda con la mano. Éste es mi chófer. Éste es, por ahora, mi último hombre de la Stasi.

Herr Christian me estrecha la mano calurosamente. Tiene una amplia sonrisa torcida.

—He pensado que sería buena idea dar una vuelta —me dice con voz etérea y echando vaho—, para enseñarle algunos de los sitios donde solía operar.

—Perfecto.

Me abre la puerta del coche, lo rodea y entra por su lado.

Miro hacia él. Qué lejos está. Herr Christian ronda los cuarenta y cinco años, tiene una cara joven y lisa y una nariz que se ha roto varias veces. Lleva el pelo hirsuto y arremolinado en rizos rubios pegados a la cabeza, sobre unos ojos pequeños, azules y centelleantes. Me mira de frente, sonriendo con una sonrisa asimétrica, como un gánster, o un ángel.

—Vámonos —dice, y me doy cuenta de que cecea. Se pone las gafas de sol y enciende el motor.

La máquina surca las carreteras como un velero. La maneja con suavidad, más como un niño con un juguete que como un hombre con una valiosa alhaja negra y pesada. Atravesamos las calles de Potsdam, pasando por encima de adoquines que no

notamos y entre grandes edificios en diversos grados de mal estado. Las ventanillas están tintadas y nadie nos puede ver.

Paramos enfrente de una mansión amarilla muy bien conservada, con dinteles blancos y setos.

—Ésta —me explica— era la «villa de codificación». —Herr Christian trabajaba aquí, codificando transcripciones de conversaciones telefónicas interceptadas en teléfonos de coches y *walkie-talkies* de la policía occidental—. Las conversaciones llegaban por télex y luego las codificábamos y las mandábamos a Berlín. —Se ríe entre dientes—. Codificábamos hasta lo más mínimo de lo que se decía, hasta los *Ja*, los *Gutten Tag* y lo que tomaban para comer. En Berlín tenían que saberlo todo. Y ojo, que también interceptábamos muchas conversaciones entre políticos occidentales.

Nos ponemos en marcha. Los plátanos a ambos lados de la calle están pelados, tienen los troncos moteados y sus ramas acaban en muñones coagulados. Forman figuras fantasmales de luz y oscuridad sobre el capó. A herr Christian le gusta hablar, se le ve a gusto. Parece tomarse con humor lo que hizo en la Stasi. Me habla como si formásemos parte de una misma conspiración.

—Nunca tuve mucha ideología —me explica. Dejamos atrás Potsdam capital y navegamos por una autopista. Adelantamos un Trabi color verde rana, con las ventanillas tintadas y un tubo de escape que echa mucho humo. Escrito sobre el maletero en unas letras onduladas y rosa fluorescente se lee: SOY TU PEOR PESADILLA. Nos reímos mientras lo dejamos atrás.

Cuando herr Christian tenía diecinueve años y estaba haciendo el servicio militar, le citaron en una sala especial para una entrevista.

—Me pregunté en qué habría metido la pata.

El hombre que había dentro iba de traje y fumaba tabaco occidental, y le preguntó a herr Christian qué quería hacer en su vida.

—Boxear en el club Dynamo —le respondió herr Christian. Dynamo era el club deportivo de las fuerzas armadas y de la Stasi. El hombre le hizo firmar un compromiso de trabajo con la Compañía.

—No me supuso mucho problema —me cuenta—. Pensé que eso me reportaría alguna que otra aventura. —Más tarde un accidente de tráfico acabaría con su carrera de boxeador pero, aun así, se quedó en la Stasi—. Siempre tuve un pronunciado sentido del deber a la hora de cumplir la ley, pensé que estaba haciendo lo correcto.

Salimos de la autopista y tomamos una carretera en desuso. A ambos lados el bosque se levanta en grandes pinos oscuros, todos de la misma altura y plantados en hileras. El coche se sumerge y emerge en la carretera como un barco, hasta que llegamos a una valla con un cartel de NO PASAR. Herr Christian no se detiene. Aparcamos ante lo que parece un montículo de tierra. Hay edificios anexos por aquí y por allá.

Se vuelve hacia mí y su chaqueta de cuero hace un ruido adherente sobre los

asientos de cuero.

—Esto era el búnker para la plana mayor de la Stasi de Potsdam en caso de catástrofe nuclear —me explica—. Estuve aquí un tiempo de guarda. La entrada estaba en uno de esos edificios. —Señala un cobertizo gris de fibrocemento—. Si bajabas unas escaleras, llegabas a un enorme complejo de hormigón bajo tierra. Cuando lo construyeron tuvieron que retirar toneladas y toneladas de tierra en camiones disfrazados de transporte de animales y tirarla lejos de aquí. El búnker tenía todo lo que pueda imaginarse: comida, medicinas, cuartos para dormir, equipamiento de comunicación, mesas de pimpón, de todo.

En la RDA había muchos búnkeres para que se salvaran los agentes de la Stasi y pudiesen luego repoblar la Tierra, si es que se acordaban de meter a alguna mujer entre ellos.

Un policía de uniforme verde se nos acerca. Es joven, lleva la cara muy bien afeitada y tira de la correa de un pastor alemán.

—¿Qué están haciendo aquí? —pregunta.

Herr Christian le cuenta que trabajó aquí de guarda cuando era un búnker de la Stasi.

—Yo de eso no sé nada —le contesta—. Esto es propiedad federal y debo pedirles que se marchen.

En el coche, herr Christian se pregunta:

—¿Para qué lo usarán ahora?

En vez de volver por donde hemos venido, por la autopista, hace maniobras con el coche por una serie de caminos embarrados a través de los pinos. En algunos puntos se ve un claro entre los árboles y veo por dónde pasaba el Muro, una franja que no es más que un tajo arenoso en pleno bosque con maquinaria de perforación y viejas garitas cubiertas de pintadas. Le pregunto a qué se dedica ahora.

—Pues soy... soy detective privado —dice con timidez—. Sí, la verdad es que más o menos me dedico a lo mismo que antes. En esta... segunda vida.

—¿Y cómo le va el negocio?

—No me sale tanto trabajo como quisiera y la mayoría suelen ser de los que no acepto. —Tose un poco y me mira bajo sus cejas.

—¿De cuáles?

—Casos matrimoniales —contesta, volviendo los ojos al sendero—. Ésos no los cojo; cuando uno de los cónyuges sospecha de que el otro tiene una aventura y quieren que le sigan. —Saca y enciende un cigarro de un paquete blando de Stuyvesants y le da una buena calada—. Cuando todavía era un novato en la Stasi estaba casado, pero no éramos felices y me enamoré de una profesora de mi hijo. Tuvimos una aventura. Se lo confesé a mi mejor amigo y resultó que tenía lo que llamaríamos un sentido de la lealtad demasiado desarrollado: lo contó en el trabajo. Me confinaron en solitario durante tres días. Luego me degradaron y me hicieron trabajar un año en una obra. Mi supervisor me dijo: «Cualquiera puede tener una

aventura, pero hay que informar de todo».

La Stasi no podía soportar que hubiese algo en la vida de uno de los suyos que ellos no supiesen. Pero, al parecer, herr Christian siempre supo que hay cosas que son privadas. Exhala dos hilos de humo por la nariz en la oscuridad del coche.

—La verdad es que cuando tuve que trabajar en la obra me asusté. Sabía tanto por haber estado trabajando en el centro de codificación que pensé que vendrían a por mí. Temía sufrir algún accidente de tráfico o algún percance laboral o que se sacasen de la manga alguna condena. —Sacude la cabeza—. Simplemente no acepto casos matrimoniales. Es una cuestión de dignidad.

Después de su paso por la obra y de casarse con su nuevo amor, herr Christian fue aceptado de vuelta al redil y lo colocaron como personal de seguridad encubierto en los edificios de la Stasi.

—Debemos de estar ya cerca de donde hice la mayor parte de mi trabajo —me dice—, el área de servicio Michendorf.

Salimos del ordenado y triste bosque para viajar por la autopista hasta un área de camiones que no parece tener nada de particular. El edificio principal tiene dos plantas de hormigón gris, con una cafetería abajo. Era la última parada de la autopista antes de que los coches del Oeste entrasen en Berlín Occidental. Sigue funcionando: en la explanada delantera hay unos viejos surtidores en curva y, junto a ellos, dos nuevas cabinas rosas de la Deutsche Telekom. Salimos y damos una vuelta por la gravilla. Herr Christian se pone las gafas en la cabeza y se enciende otro cigarro.

—En mi época lo teníamos todo vigilado. Aquella habitación de ahí arriba —dice señalando a unas oscuras ventanas abuhardilladas— estaba ocupada día y noche. Y desde ahí teníamos una panorámica de todo lo que pasaba aquí, de todos los vehículos que iban del Este al Oeste. Era alto secreto. La mayoría de los de la gasolinera eran confidentes, pero ni siquiera ellos sabían qué pasaba ahí arriba.

»Siempre teníamos al menos dos hombres vestidos de paisano observando sobre el terreno. Ése era mi trabajo. Llevaba un aparato para grabar en el bolsillo o, si estaba en un coche, cámaras en los faros delanteros. Teníamos equipos de sonido que podían captar las conversaciones de dentro de los vehículos. Había una cámara en aquel surtidor —señala la bomba de gasolina— que podía dirigir por control remoto para tomar un primer plano de alguien si me encontraba en la parte trasera. Lo teníamos bastante bien cubierto.

La función de herr Christian era cazar a los coches que podían contener polizones orientales con intenciones de escapar. Recorremos el área de descanso hasta el otro extremo. El cielo está del mismo color que el hormigón; estamos emparedados en gris. Me están empezando a latir del frío la punta de la nariz y los lóbulos de las orejas.

—El paso clandestino de personas al Oeste era un negocio que manejaban auténticos criminales: una vez que les habían colado por la frontera, les sacaban un buen pellizco a los pobres desdichados, como unos 20.000 marcos federales. O

hacían que les pagasen antes, con reliquias familiares o colecciones de sellos. Los coches occidentales paraban en algún punto de la carretera y los del Este se encontraban allí con ellos; luego les pagaban y se metían dentro. Vi algunas cosas horribles. Había gente que drogaba a sus hijos y los metían en el maletero. Una vez abrí un portaequipajes y me encontré a una mujer con su hijo. Como iba de paisano se creían que era de la organización clandestina; recuerdo la alegría en sus rostros durante el instante en el que creyeron ser libres. —Apaga el cigarro y se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta, con los hombros replegados contra el aire gris—. Tengo que admitir que eso era bastante duro, soy una persona sensible. Pero también soy muy respetuoso con la ley y pensaba que lo que hacían estaba mal. Fui criado desde mi más tierna infancia para pensar así.

—¿Qué les pasaba entonces?

—Los llevábamos a Potsdam, a prisión preventiva. Luego solían condenarlos, de un año y medio a dos años. Así era la ley.

»Pero había algunas cosas que eran divertidas —me cuenta, su aliento añade más humo al frío—. Creo que tenía el único trabajo del mundo en el que se podía llegar a un almacén por la mañana y decidir: “¿Quién voy a ser hoy?”. —Se ríe—. Tenía que elegir un disfraz. A veces era un guarda forestal, eso era un uniforme verde; a veces, un basurero, con mi mono; o alguien que reparaba el cableado. Me encantaba ir de turista occidental porque las ropas eran de mejor calidad (guantes de cuero de verdad), y conducía un Mercedes o, por lo menos, un Volkswagen Golf.

Volvemos al BMW y lo saca de su letargo con un clic.

—Pero ¿sabe cuál era lo mejor? —me pregunta volviéndose hacia mí—. Lo mejor —me da un golpecito jocosamente en el hombro— era cuando me vestía de ciego: iba con el bastón, las gafas, el brazalete con los tres puntos. A veces hasta iba del brazo de una chica que me hacía de lazarillo. ¡Y me tenía que acordar de quitarme el reloj! —Contempla este lugar estéril, disfrutando con los recuerdos del trabajo bien hecho. Pasa un coche; somos solo dos pequeñas figuras montando en un gran coche en una gasolinera—. Sí, ser ciego era lo mejor para observar a la gente.

Se ríe con ganas, se pone las gafas de sol y arranca el motor de su enorme máquina negra.

## 16. Homo socialista

En agosto de 1961, un recluta novato de la Stasi llamado Hagen Koch recorrió las calles de Berlín con una lata de pintura y una brocha y pintó la línea por donde habría de pasar el Muro. Tenía veintiún años y era el cartógrafo personal del secretario general Honecker. Al contrario que la mayoría de líderes de Estado, Honecker necesitaba un cartógrafo: tenía que redibujar los límites del mundo libre.

El piso de Koch es una celdilla de una colmena de bloques donde otros muchos ex funcionarios de la Stasi y sus familias vivían antes de que el Muro cayese y siguen viviendo. Han pintado los balcones de un color rosado. En algunos hay sombrillas plegadas, invernando.

En el hombre que abre la puerta hay algo que brilla: una cara reluciente, entradas y cálidos ojos castaños. Koch esboza una amplia sonrisa y me estrecha la mano. Gesticula con exuberancia, como un maestro de ceremonias.

—Bienvenida al Archivo del Muro.

Por todo el pasillo hay colgadas fotocopias a color de lo que una vez fueron planos de alto secreto de la Stasi. Muestran diversas partes del Muro desde el aire, acompañadas por una leyenda en colores para las garitas de los guardias, los campos de minas, los perros y los cables trampa. En las paredes cuelgan banderines negros, amarillos y rojos de Alemania del Este, junto a la parte de arriba de un uniforme de la guarda de elite, del regimiento Felix Dzerzhinsky, colgada de un gancho y desinflada como un espantapájaros. Hay recordatorios del régimen aún más siniestros en aparadores con vitrinas. Al atravesar el pasillo me parece distinguir un tapete de croché con los colores nacionales.

Koch habla mientras caminamos y, para cuando llegamos a su estudio, va enumerando con los dedos los personajes célebres que han venido a verle a él y su archivo. Detrás de su escritorio, justo a la altura de la cabeza, reluce una placa con el martillo y el compás de la RDA. El cuarto está cubierto por artículos de periódico enmarcados. Las fotos muestran a Koch con sus visitantes, mirando fijamente a la cámara, con su resplandeciente cara de pan, de rasgos despejados: Koch con la reina de Suecia, Koch con un actor de *Star Trek*, Koch con Christo, el artista del envoltorio.

Se siente como pez en el agua con el diminuto micrófono de mi grabadora. Cuando le pregunto si puedo engancharlo a la camisa me lo quita de las manos y lo maneja como una estrella de rock. Tiene los antebrazos dorados y un tanto velludos.

Le pregunto cómo se le ocurrió presentarse para trabajar en la Stasi.

—No, no, no, no. No funcionaba así. Tenían que elegirte.

Al parecer éste era uno de los pilares del sistema: «No nos llames, nosotros te llamamos a ti».

—Entonces, ¿quién lo eligió?

—A ver, un momento —me dice—. Así es difícil que lo entienda, sin entender mi

infancia no podrá comprender por qué alguien como yo quería unirse a la Stasi.

Esto no es del todo cierto. He estado dándole bastantes vueltas a las razones por las cuales la gente quería unirse. En una sociedad dividida entre el «nosotros» y el «ellos», era normal que un joven ambicioso quisiese estar en el ajo y ser uno de los intocables. Si tu país no iba a dejar de existir nunca, y no te podías ir, ¿por qué no optar por una vida tranquila y una profesión que te procurase satisfacciones? Lo que me interesa es el proceso de asumir esa decisión una vez que todo ha acabado. ¿Se puede readaptar el pasado, esa pelusa que te cosquillea por dentro, hasta dejarlo resplandeciente como una patena?

—Mi infancia fue muy... —busca las palabras adecuadas—... muy RDA. —Sus cejas van arriba y abajo—. Todo lo que fue RDA positivo, todo, lo fui yo. —Koch alarga la mano hacia una caja grande de cartón que hay en el suelo, junto a su escritorio—. Fue mi padre quien me puso en este camino. —Se acerca la caja y saca una fotografía amarillenta de su padre en uniforme del ejército, con la cara que suelen poner los hombres en las fotos militares, como si ya estuviesen en otra parte. Luego vuelve a la caja y hace aparecer unas notas del colegio. Me las enseña por un instante y veo la anticuada letra gótica de otros tiempos. Koch empieza a leer—: «Hagen ha sido un alumno muy diligente y disciplinado»...

Sigue leyendo las notas. Estamos justo al comienzo de su vida. Miro la caja: es profunda. Parece que vamos a pasar la tarde de objeto en objeto plastificado.

—Tiene que comprender —me explica— que en el contexto de mi padre, y de la propaganda de la Guerra Fría, la RDA era como una religión. Era algo en lo que me educaron para creer...

Habla apasionadamente, en voz alta, a pesar de que estoy sentada muy cerca de él y de que la sala es pequeña. Veo cómo mueve las manos, y veo mi micrófono. Saca más fotografías y más documentos y le oigo decir: «Puede ver aquí, después de la guerra, que no teníamos ni colchones y llevábamos calcetines con agujeros...».

Pero yo estoy reflexionando sobre la RDA en cuanto que dogma de fe. El comunismo, al menos en su variante de la RDA, era un sistema de creencias cerrado; un universo en un vacío, finito, con sus propios cielos e infiernos prefabricados, con sus castigos y sus redenciones impuestos aquí mismo en la Tierra. Muchos de los castigos eran simplemente por falta de fe, o incluso por una sospecha de falta de fe. La deslealtad se calibraba por la más mínima de las señales: la antena orientada para recibir los canales occidentales, la bandera roja sin colgar el 1 de mayo, alguien que contaba un chiste subido de tono sobre Honecker para no volverse loco.

Me acuerdo de la hermana Eugenia de mi colegio explicando, con sus dedos rechonchos como salchichas, el «salto de fe» necesario para que el universo cerrado del catolicismo tuviese algún sentido. Sus dedos hacían el salto, rosa e inverosímil, mientras nosotros, los niños, dibujábamos los «frutos del espíritu santo» —el plátano de la redención, si no recuerdo mal— y lo más que podía pensar era en una persona con forma de salchicha saltando por un acantilado, convencida en todo momento de

que la mano de Dios la iba a recoger. La sensación de que alguien evalúe tu valor interior, lo violenta que resulta la idea de que pueda ser medido, era lo mismo. Dios podía ver en tu interior y saber si tu fe era suficiente como para salvarte. También la Stasi podía ver en el interior de tu vida, pero ellos tenían muchos más hijos en la Tierra para ayudarles.

La RDA, en sus cuarenta años de existencia, intentó tenazmente tanto crear al socialista alemán como hacer que la gente creyera en él. El socialista alemán tenía que ser diferente del nazi alemán, y diferente del alemán occidental (capitalista imperialista). Se enseñaba la historia como una serie de inevitables saltos hacia el comunismo: partiendo del estado feudal, pasando por el capitalismo, para acabar finalmente —en el salto más grande hasta la fecha— en el socialismo. El nirvana comunista era el mundo que estaba por venir. Una instantánea de un diagrama darwiniano se enciende en mi cabeza y veo al hombre en una escala en la que cada vez va más erguido y tiene menos vello corporal: del mono al neandertal, al cromañón, al hombre moderno. Ahora, enfrente de mí, tenía al *homo socialista*, afable y agradable y muy, muy charlatán.

Mientras Koch vuelve a hundir la mano en la caja de cartón, me pregunto si alguna vez habría deseado ser un alumno problemático y poco disciplinado en vez de uno diligente y disciplinado; si le habría salvado de tener que llevar su caja explicatoria por la vida...

—Mi historia entronca directamente con la de mi padre. —Hagen Koch me vuelve a tender una fotografía de Heinz Koch, que me mira desde principios de siglo. Tiene los mismos ojos castaños que su hijo, pero la cara es algo más enjuta y menos rotunda.

Heinz Koch nació en una aldea de Sajonia el 5 de agosto de 1912, donde se crió como el hijo del sastre. Un día, cuando tenía dieciséis años, volvió corriendo de la escuela, destrozado, con su cartilla de notas en la mano. En el espacio para el nombre habían escrito: «Koch, Heinz, nieto del maestro sastre». Koch sacó una cartilla amarilla de la caja.

—Eso pasó el 23 de marzo de 1929 —dice, blandiendo el documento—. Ése fue el día en que mi padre se enteró de que era hijo ilegítimo: ¡su hermana mayor era su madre!

Heinz se quedó traumatizado por el hecho de que todo el mundo le hubiese mentido: ¿cómo pudieron ocultárselo durante tanto tiempo?

—¿Quién era su verdadero padre? —le pregunto.

—Ahora llegaré a eso —me explica Hagen—. Según el código moral alemán de la época, ser hijo ilegítimo era algo horrible, vergonzoso. Sus amigos le condenaron al ostracismo y dejó de ir a la escuela. Decidió enrolarse en el ejército, con la esperanza de que el uniforme ocultara el estigma de su nacimiento. En septiembre de

1929 firmó un contrato por doce años de prestación.

Heinz Koch no contó con lo que estaba por llegar. Para cuando su contrato debía expirar, en octubre de 1941, estaba destacado como parte de las fuerzas de ocupación nazi y no podía licenciarse. En mayo de 1945, cuando Berlín claudicó, el sargento mayor Koch consiguió volver a Dessau, junto a su mujer y sus dos pequeños. Viajó a través de un paisaje plagado de cráteres, por ciudades llenas de escombros, cañerías y tuberías a la vista. La gente se había vuelto loca con tantos secretos y penurias. Por los bosques y los caminos había refugiados, criminales de guerra, grupos de bombarderos aislados y fuerzas aliadas que acababan de empezar la Guerra Fría entre ellos, antes de que la caliente diese sus últimos estertores. En Dresde le pareció oler a carne quemada. Sin embargo, una semana después de que la guerra acabase, Heinz Koch estaba en casa. En la conferencia de Potsdam, Dessau fue entregada a los rusos. Lo licenciaron del servicio activo.

Koch habla, escarba en su caja de documentos, habla. Luego se echa hacia delante como para confiarme una información de gran valor. Puedo oler su *aftershave*.

—El 1 de septiembre de 1945 —me cuenta—, el mando soviético le expidió a Koch un «permiso para montar en bicicleta».

—¿Para qué necesitaba la gente un permiso para montar en bici? —le pregunto.

—¡Porque podían llevar mensajes! ¡Transmitir noticias! —chilla Koch—. No había más medios de transporte. Los que iban en bici podían eludir los puntos de control y mantener encuentros clandestinos.

Es evidente que el ambiente de control paranoico ya se había asentado durante el mandato ruso. De todas formas, empieza a preocuparme el nivel de detallismo al que hemos llegado. Miro de reojo su caja sin fondo, preguntándome si nos habremos estancado porque sí o si la historia de la bicicleta llevará a alguna parte. Luego, cuando me da la espalda para meter el documento dentro de la caja, me dice:

—Antes de nada, como comprenderá, tenían que investigar su expediente para comprobar que no era una mala persona.

¿Ésa era la cosa? ¿Estaba Koch utilizando la prueba de la que disponía —en este caso, un permiso para bicicleta— para construir o confirmar la historia de la inocencia de su padre durante la guerra? Es evidente que hay una parte del pasado que no puede respaldar ni con hechos ni con documentos. Lo único que tiene es un permiso para montar en bicicleta.

Apenas acabó la guerra, los aliados se repartieron al enemigo conquistado. Los ingleses, los estadounidenses, y más tarde los franceses, se quedaron con las partes occidentales de Alemania, mientras que los rusos se quedaron con los estados de Turingia, Sajonia, Sajonia-Anhalt, Mecklenburgo-Pomenaria Occidental y Brandenburgo. Otro tanto hicieron con Berlín, que se dividieron del mismo modo: los

barrios occidentales para los ingleses, los estadounidenses y los franceses, y los orientales, para la URSS. Como la ciudad estaba en plena zona oriental, los barrios occidentales se convirtieron en una peculiar isla de administración democrática y de economía de mercado dentro de un paisaje comunista.

En sus zonas, las potencias occidentales se dedicaron a dar caza a los nazis más renombrados y a establecer sistemas democráticos de gobierno: estados federados, división entre el poder político, administrativo y judicial y garantías para la propiedad privada. En 1948 transfirieron estas instituciones a la recién creada República Federal de Alemania (Alemania Occidental), junto con inyecciones enormes de fondos del Plan Marshall.

Los rusos administraron directamente las partes orientales de Alemania hasta que en 1949 se estableció la República Democrática de Alemania como estado satélite de la URSS. Se nacionalizaron la producción y las fábricas, las propiedades pasaron a manos del Estado y se subvencionaron la sanidad, el alquiler y la comida. Se instauró una norma de monopartidismo con un servicio secreto todopoderoso para defenderla. Los rusos, que habían rechazado el capital estadounidense, saquearon la producción de Alemania del Este en beneficio propio. Destriparon las fábricas para llevarse maquinaria y equipamiento que luego mandaron a la URSS. Al mismo tiempo, desplegaron una retórica de «hermanamiento comunista» con los alemanes orientales, a los que habían «liberado» del fascismo. Fueran cuales fuesen sus historias personales y sus filiaciones individuales, las gentes que vivían en esta zona tuvieron que pasar de ser nazis (al menos, retóricamente) un día, a comunistas y hermanos del antiguo enemigo al día siguiente.

Y casi de la noche a la mañana los alemanes de los estados orientales se declararon, o fueron declarados, inocentes del nazismo. Parecía como si ahora creyesen que los nazis habían venido y habían vuelto de las regiones occidentales de Alemania, que eran gente ajena a ellos, lo que de ningún modo era cierto. Se rehízo la Historia con tanta rapidez, y con tal éxito, que se puede afirmar sin faltar a la verdad que los orientales no se sentían, y siguen sin sentirse, como los alemanes responsables del régimen de Hitler. Este truco de magia histórica debería figurar entre las maniobras más extraordinarias de inocencia del siglo pasado.

Una vez vi en Dresde, en un puente azul sobre el río Elba, una placa que conmemoraba la liberación de los alemanes orientales de los opresores nazis por parte de sus hermanos rusos. Me quedé mirándola un buen rato; era un pequeño objeto que había perdido el brillo por la suciedad del aire. Me pregunté si la habrían puesto justo después de que los rusos entraran en una Alemania vencida o si tuvo que pasar algo de tiempo antes de empezar a reescribir las cosas.

Para crear un nuevo país de la nada, con nuevos valores y ciudadanos socialistas de nuevo cuño, es necesario empezar por el principio: por los niños. No tardaron en

despedir a los maestros de escuela de las regiones orientales, pues hasta la fecha su labor había consistido en educar a los niños en los valores del régimen nazi. Había que crear maestros socialistas. Las autoridades establecieron un sistema de formación de seis meses para «maestros del Pueblo», que más tarde se repartirían por las escuelas. Hacia febrero de 1946 Heinz Koch, que ni siquiera había terminado el colegio, ya era maestro titulado en la aldea de Lindau, a trece kilómetros de Dessau.

En octubre de ese mismo año se celebraron las primeras «elecciones democráticas libres» de Alemania Oriental. De hecho, a lo largo de toda su existencia, la RDA celebró elecciones con regularidad. En las papeletas aparecían los nombres de los representantes de los partidos mayoritarios: réplicas exactas de los partidos que existían en Alemania Federal. Había demócratas cristianos de centro derecha (la CDU), demócratas libres (más tarde el FDP) y comunistas (el SED). Durante cuarenta años, una elección tras otra, los resultados se hicieron públicos por televisión: siempre ganaban, por mayoría absoluta, los comunistas. Las mayorías desafiaban la credibilidad: 98,1 por ciento; 95,4 por ciento; 97,6 por ciento.

Sin embargo, nada de esto resultaba evidente en 1946. Por esa época, en cierto modo era posible, solo posible, que surgiese un estado socialista que hiciese honor a lo «democrático» de su nombre. Todos habían sufrido el infierno en la Tierra, así que, ¿por qué no iban a merecerse el cielo? Los sueños de las gentes estaban afilados por el sufrimiento, tallados en formas cortantes y definidas.

Heinz Koch fundó la delegación de los demócratas liberales de Lindau y se presentó a la alcaldía. Allí, septiembre es un mes de largas puestas de sol, de luz tardía cayendo sobre las hojas, aun en los árboles. Incluso en esa tierra de escombros y polvo había sitio para la esperanza. Al fin y al cabo eran unas elecciones: había partidos, había candidatos, había campañas locales y colegios electorales. Y había una papeleta en la que el nombre del candidato del Partido Comunista estaba el primero de la lista. Podía ser una coincidencia, salvo porque junto al nombre del candidato, Paul Enke, no ponía «candidato del SED», sino «alcalde».

No obstante, cuando salieron los resultados, quedó claro que Heinz Koch había ganado las elecciones. Lindau era diminuto: los demócratas liberales obtuvieron 363 votos, el SED, 289 y la UDC, 131. La gente ya no quería más izquierda o derecha, querían a moderados.

—Pero Enke, el comunista —me explica Koch—, era el presidente de la comisión electoral, y no tardó en convocar una reunión en el ayuntamiento «para evaluar el voto».

Koch me cuenta que el vestíbulo estaba lleno de mujeres, algunas con niños. También había algún que otro anciano, pero apenas había jóvenes u hombres de mediana edad. Enke les dio la bienvenida y luego se dirigió a la audiencia:

—Bueno, pero ¿dónde están los hombres?

Se produjo un silencio, un siseo.

—Caído en la guerra —surgió una respuesta.

—Desaparecido en combate —dijo otra voz.

—No lo sé —dijo con calma otra mujer.

Luego resonó una voz desde el fondo del vestíbulo:

—Mi marido es prisionero de guerra en Rusia.

Enke cogió la oportunidad al vuelo.

—¿Cuántos de vuestros hombres están en campos de prisioneros? —preguntó. Las manos empezaron a alzarse, al principio despacio, luego cada vez más—. ¿Y cuánto tiempo sirvió su marido en el ejército? —le preguntó Enke a una mujer sentada en las primeras filas.

—Un año —dijo. Las respuestas empezaron a llegar desde todos los rincones de la sala: cinco años, tres años, siete años.

—¿Y por eso fueron capturados como prisioneros de guerra?

—Así fueron las cosas —dijeron las mujeres.

—Bueno, entonces déjenme que les pregunte si creen que es justo que sus hombres, que sirvieron tres, cinco, siete años en el ejército, estén en prisión, cuando el sargento mayor Koch, aquí a mi derecha, que sirvió durante dieciséis años al ejército fascista imperialista, ha escapado de rositas sin un solo día de castigo.

—Así fue como sentenciaron a mi padre a siete años en un campo de prisioneros de guerra —me explica Koch.

—¿Cómo? ¿Así sin más? —pregunto. Ahora sí se le ve exaltado.

—Los rusos llegaron y lo metieron en prisión preventiva. Así funcionaban las cosas. Si mi marido está ahí muriéndose de la pena, él no va a ser menos.

Entre 1945 y 1950 la policía secreta rusa encarceló a presos de guerra, a nazis y a otros soldados como Heinz Koch que se cruzaron en su camino. Reutilizaron los campos de concentración nazis de Sachsenhausen y de Buchenwald y de otros sitios, y cuando éstos estaban llenos, construyeron nuevas prisiones o mandaron a la gente a Rusia. Se estima que unas 43.000 de estas personas murieron por enfermedad, inanición o torturas después de la guerra. En Lindau la gente ayudó a los vencedores a castigar a sus compatriotas y lo llamaron justicia.

Después de casi un mes en prisión preventiva, el 22 de octubre de 1946, Enke fue a visitar al preso. Heinz pensó que le había llegado la hora. Enke empezó con una táctica inusitada.

—Me he enterado de que hoy es el cumpleaños de su esposa.

—Sí.

—Sería una bonita sorpresa de cumpleaños que volviese a casa, ¿verdad? ¿Qué me dice a eso?

Heinz estaba confuso. Se había estado haciendo a la idea de la deportación.

—¿Hay alguna posibilidad?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, soy el alcalde y lo que yo digo va a misa.

Hubo una pausa, y luego se aclararon las cosas.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó.

—Relájese, camarada, relájese. Es muy sencillo, de verdad. Lo único que tiene que hacer es dejar a los demócratas liberales y unirse a nuestras filas. Conviértase en miembro del Partido Socialista Unificado. En cuanto esto ocurra lo mandaré a casa. De hecho, lo podría mandar a casa hoy mismo.

Koch me mira fijamente.

—¿Qué habría hecho usted? —me pregunta—. ¿Qué debería haber escogido mi padre?

—A su mujer y su propia vida, está claro —le respondo.

Koch está satisfecho, sonrío, asiente y mueve el micro.

—Pues sí, en el cumpleaños de su mujer Heinz cambió de partido y volvió a casa.

Fue así como el Partido Comunista de Lindau eliminó toda oposición y, al mismo tiempo, colocó a uno de sus rivales como maestro de la escuela de primaria local, bajo la amenaza de deportarlo a un campo de prisioneros de guerra. Lo tenían donde podían vigilarlo: solo había una escuela, y los hijos de los miembros del Partido asistían a ella.

Ese mismo año, algo más tarde, Hagen empezó la escuela. Heinz enseñaba a todos sus alumnos la doctrina del comunismo, incluido a su propio hijo. Se encontró formando buenos ciudadanos comunistas para un régimen que había intentado acabar con su familia y con su vida.

A finales de 1946, los comunistas fundaron los *Junge Pioniere*, una asociación juvenil pensada para inculcar a los jóvenes el amor por Marx y por su patria. Para los mayores se crearon las Juventudes Libres Alemanas. El esquema era idéntico al de los *Pimpfe* nazis para los niños pequeños y al de las Juventudes Hitlerianas para los adolescentes. La gente bromeaba con el hecho de que las Juventudes Libres y las Juventudes Hitlerianas eran tan parecidas que solo se las distinguía por el color de las pañoletas del cuello. En ambas había reuniones, linternas, juramentos de lealtad y una ceremonia de confirmación a los trece años, entre velas y consignas que parecían oraciones.

Se instaba a todos los niños a unirse a los *Pioniere*. Pero esto sucedió demasiado pronto, a juicio de los aldeanos de Lindau, que se opusieron de plano a ver una vez más a sus hijos marchando en fila india y se negaron a ponerles los uniformes dijeran lo que dijeren los mandamases. Heinz Koch fue arrestado y lo metieron en prisión preventiva.

Enke le dijo:

—¿Cómo quieres que el resto de niños se alistén si el propio hijo del maestro no lo hace?

Era necesario que Heinz Koch diese ejemplo a través de su hijo. Lo liberaron y le dieron una nueva oportunidad para demostrar por qué no debía ser deportado.

Koch se vuelve hacia su caja y saca un pequeño pañuelo azul.

—Así que, en consecuencia, el 13 de diciembre de 1946 me convertí en el primer niño que llevó la pañoleta al cuello.

De este modo, Hagen Koch se transformó en un *Musterk-nabe*, un niño modelo del nuevo régimen.

Mi mirada ha empezado a deambular por la pared que tiene detrás. Junto a la placa dorada hay un calendario de desnudos que exhibe un torso de mujer en medio del bosque. El fotógrafo le ha cortado la cabeza y las piernas por debajo de la rodilla. El pie de foto reza: «Coto salvaje».

Hagen Koch vuelve una vez más a su caja, a su colección de extraños talismanes de un mundo desaparecido.

—Déjeme que le enseñe este escarabajo.

Saca un póster y lo desenrolla con cuidado. «¡ACABEMOS CON EL ESCARABAJO AMERICANO!», pone en letras mayúsculas en la parte de arriba. Debajo hay un dibujo de un niño mirando el suelo con una lupa: hay un escarabajo con rostro y grandes dientes de persona. El bicho lleva una chaqueta con los colores de la bandera estadounidense y la cara es la del presidente Truman.

—Nuestra escuela estaba llena de estos carteles —dice, y me explica el porqué.

En 1948 los rusos decidieron que ya estaban hartos de la pequeña isla de imperialismo capitalista que suponía Berlín Occidental. Estaba infectado de espías de países enemigos, y era un punto de apoyo para los aliados en pleno suelo socialista. En un asedio moderno, las fuerzas de Stalin cortaron las comunicaciones por tierra entre Alemania del Este y Berlín Occidental. La noche del 24 de junio de 1948 cortaron el suministro de la planta eléctrica oriental que abastecía la ciudad. Los berlineses occidentales se morirían de hambre en la penumbra.

Pero los aliados no estaban dispuestos a abandonar al millón de berlineses occidentales. Durante más de un año, de junio de 1948 a octubre de 1949, mantuvieron con vida a la ciudad por vía aérea. Durante ese tiempo los aviones británicos y estadounidenses hicieron 277.728 vuelos a través del espacio aéreo soviético para lanzar fardos de comida, ropa, tabaco, medicinas, combustible y maquinaria, incluidos componentes para una nueva central eléctrica, para la gente de Berlín Occidental.

En el Oeste, a los aviones empezaron a llamarlos «*Rosinenbomber*» o «bombarderos de pasas», porque traían comida. Pero en el Este, a Koch y sus compañeros de clase les dijeron que los aviones enemigos rociaban los cultivos de Alemania Oriental con escarabajos de la patata para destruir las cosechas.

—Lindau estaba prácticamente en la ruta de vuelo, los aviones pasaban día y noche —dice Koch—. Ésa fue la imagen del enemigo que nos vendieron, y en un lugar donde la gente no recibía noticias del exterior no había nada más en lo que creer.

—¿Cómo podía ser creíble que los estadounidenses hiciesen algo así? —le pregunto. Parecía improbable que una superpotencia nuclear fuese a cargar sus

aviones de escarabajos vivos y cruzar el Atlántico con ellos.

—¡Porque acababan de bombardear un edificio en Dresde! —grita—. ¡Ese bello centro de la cultura alemana! ¡Qué poca sensibilidad! Y hasta habían lanzado dos bombas atómicas en Japón. ¡Eran el demonio en persona! ¿Qué más pruebas hacían falta?

Bombas, armas nucleares y ahora plagas bíblicas.

—Le estoy contando cómo funcionaba la propaganda —prosigue—. Me crié con eso.

Por esa época todavía había racionamiento. El azúcar escaseaba y los caramelos eran un lujo. Pero había un plan para incentivar a los niños.

—Por cada escarabajo que recogíamos nos daban un penique. Por una larva, medio penique. Y por cada cien, nos daban tarjetas de diez raciones de azúcar. Así que los niños nos íbamos a los sembrados cada vez que teníamos un minuto y nos dedicábamos a buscar escarabajos y larvas, larvas y escarabajos. Los entregábamos y nos daban más caramelos de los que podíamos comer.

En la cabeza de Koch, el dulce sabor de la recompensa está relacionado con fastidiar los planes de los estadounidenses para acabar con el cultivo de la patata y para que la gente pasase hambre. Esta historia —sobre insectos y caramelos y la creación de un enemigo— es la historia de la creación de un patriota.

## 17. Fijando los límites

—Así que el 5 de abril de 1960 entré en el Ministerio para la Seguridad del Estado.  
—Hagen Koch casi se traba al hablar—. Esta fotografía es de cuatro días después.

La instantánea muestra a un joven con el uniforme gris de la Stasi, acicalado y tenso tras un atril gigante. Koch daba su discurso de ingreso: «Por qué quiero proteger y defender mi patria». Prestó juramento: «Por orden del Estado de los trabajadores y de los granjeros, ¡prometo dar mi vida si es necesario para protegerlos frente al enemigo, diligentemente, en todo lugar y momento!». Allí estaba toda la plana mayor, Mielke incluido.

Más tarde, Koch se quedó en un corrillo aparte con su comandante. El resto de reclutas fingían tranquilidad mientras, al mismo tiempo, intentaban llamar la atención. De pronto Koch notó que todos los ojos estaban puestos en él y una mano en su hombro. Se volvió. Era Mielke.

—¿Cuál es su formación, joven?

—Delineante técnico.

Mielke se dirigió al comandante de Koch.

—Quiero que cuide de éste, de su carrera. Está hecho de la pasta que necesitamos.

—Y así —me cuenta Koch— fue como me escogieron de entre la gran masa gris.  
—Lo nombraron en el acto director del Estudio de Cartografía y Topografía—. No tenía ni idea. Me había formado como delineante técnico de maquinaria; no tenía ni idea de mapas.

En el verano de 1960, poco después de ingresar en la Stasi, Koch se enamoró de una chica de Berlín. No había pertenecido ni a los *Pioniere* ni a las Juventudes Libres Alemanas y, por supuesto, tampoco pertenecía al Partido; sin embargo, no se trataba de ninguna radical. Koch sonrío y entrecierra los ojos.

—Escogí a mi esposa por su exterior, no por sus convicciones políticas.

Me sorprende con la mirada perdida, y el calendario de desnudos me llama la atención. No puedo intercambiar una mirada con la chica porque no tiene cabeza. Miro su mapa de Tasmania en medio del bosque.

La Stasi se enteró de todo. El jefe de Koch lo llamó y le dijo que: «Esa chica es inapropiada. Tenemos planes para ti, y esa niña es RDA negativo».

Los padres de ella estaban horrorizados: él era uno de «Ellos». En cuanto ella cumplió los dieciocho años se fugaron. Fue el 21 de julio de 1961.

Koch se vuelve y le da una palmada al calendario:

—Se ha fijado, ¿no? —pregunta riendo entre dientes.

—Ajá.

—¿Sabe lo que es?

—¿A qué se refiere?

—A que es el calendario de la guardia fronteriza de la RDA —me explica—. ¿Sabe qué tiene de especial?

—No.

—Este calendario se imprimió a mediados de 1990, después de la caída del Muro. Se imprimió porque, incluso a esas alturas, la gente seguía sin poder creerse que la nación había dejado de existir sin más. A pesar de las evidencias, pensaban que la RDA se convertiría en un país independiente, con un ejército y una guardia fronteriza propios. Y esa guardia fronteriza iba a necesitar su calendario particular.

—Cuando se construyó el Muro en 1961, yo era de la opinión de que era algo que había que hacer porque nos estaban robando como a tontos —dice Koch—. La RDA tenía derecho a defenderse de los timadores, de los parásitos y los contrabandistas del Oeste.

Debido a las subvenciones, los precios eran más bajos en el Este, aunque también los salarios.

—Antes de que estuviese el Muro la gente pensaba: ¿para qué voy a trabajar en el Este cuando puedo ganar mucho más en el Oeste? Iban allí a diario y trabajaban para ellos, cuando a nosotros nos hacían tanta falta sus manos para la reconstrucción del país.

»Luego, en los controles de vuelta a casa, cambiaban sus marcos occidentales por orientales a una proporción de cinco a uno. ¿Se lo puede imaginar? —Lo dice como si el cambio de moneda fuese una especie de vudú financiero—. Volvían aquí con la posibilidad de comprar todas nuestras cosas. Y no solo eso, también hacían la compra para sus amigos del Oeste. Los veíamos por las mañanas de camino al trabajo con cestas a rebosar de nuestro pan, nuestra mantequilla, nuestra leche, huevos y carne. Había que hacer algo para que la gente no se siguiese colando por esa ratonera hacia la RDA.

Aparte de ir a diario a trabajar al sector occidental, cientos y más tarde miles de refugiados empezaron a irse del sector oriental para siempre. En 1961, unas dos mil personas abandonaron la RDA a través de Berlín Occidental.

Koch dice que sus pensamientos eran ortodoxos para la época.

—Esa gente estaba rehuendo el trabajo duro que había que hacer aquí para labrarse un nuevo futuro solo para ellos: querían disfrutar de la vida en ese preciso momento.

Lo dice como si fuese algo inmoral, un descarrilamiento religioso: «¿Quién se creen que son para venir a cosechar lo que no han sembrado?».

La RDA se desangraba.

—¡Y no solo se iban los trabajadores de a pie! También los médicos, los

ingenieros, la gente con formación. La RDA les pagaba los estudios y luego se dejaban seducir por el sueldo occidental.

Según Koch, a Ulbricht, el jefe de Estado, no le quedó más remedio que construir una «barrera protectora antifascista». Siempre me ha resultado curioso este término, que me recuerda en parte a los profilácticos, para proteger a los orientales de la enfermedad occidental del materialismo exacerbado. Responde a la lógica de encerrar a gente libre para mantenerla a salvo de los criminales.

La noche del domingo 12 de agosto de 1961, el ejército oriental desenrolló alambre de espino por las calles que limitaban con el sector oriental y colocó centinelas a intervalos regulares. Con las primeras luces del día la gente se levantó para encontrarse separada de sus familiares, de su trabajo, de su escuela.

Algunos se apresuraron a pasar por el alambre. Los que vivían en pisos que daban a la frontera empezaron a saltar por las ventanas sobre mantas que los occidentales sujetaban en la acera de abajo. Luego, las tropas obligaron a los residentes a que tapiaran sus propias ventanas. Empezaron con las plantas más bajas, medida que obligó a la gente a saltar desde ventanas cada vez más altas.

Koch fue llamado a la guarnición el 13 de agosto, el día que se erigió el Muro. Estaban en estado de emergencia y debían mantenerse alertas.

—Dos días después me mandó llamar el comandante. Me miró las botas y las declaró demasiado chapuceras para la misión. Me ordenó que acompañase a un grupo, en el que estaba Honecker, por todo el recorrido por el que habían colocado el alambre, por donde estaba naciendo el Muro. También me ordenó que consiguiese unas botas nuevas.

»Era un día de verano como otro cualquiera. Cuando llegamos adonde más tarde estaría el *checkpoint* Charlie, en el lado occidental había una multitud de manifestantes abucheándonos. Tenía la pierna izquierda en el este, la derecha en el oeste, e iba dibujando mi línea blanca por en medio de la calle. Estaba concentrado en la línea, no en lo que pasaba a mi alrededor. Para mis adentros pensaba que los del Oeste eran enemigos, unos saqueadores y unos especuladores.

Después, Koch fue recorriendo junto a Honecker y el resto de la comitiva la extensión de la frontera por la ciudad, casi cincuenta kilómetros. Me sorprende que no tenga más cosas que contarme sobre un día como ése, un día que uno podría considerar como el principio de la obsesión de su vida.

—Tenía solo veintiún años, y simplemente me concentré en mi trabajo de trazar una línea. Al día siguiente apenas podía mantenerme en pie. Ya se sabe lo puñeteras que son las botas nuevas. —Se echa hacia atrás—. La gente me preguntaba por qué no crucé la línea cuando la estaba dibujando por las calles. ¿Por qué no salté sin más al Oeste y seguí andando? ¡Porque estaba enamorado! Hacía tres semanas que me había casado, así que volví con mi joven esposa, como era natural. Al igual que mi

padre: él volvió con su mujer, y yo con la mía.

Pero su padre volvió con su familia bajo la amenaza de la deportación a un campo de prisioneros. Koch no necesitó amenazas: instruido por su padre, se había convertido en un *homo socialista*.

Koch asegura que es la única persona con vida que puede describir, con sus documentos, sus fotocopias y sus fotos, el Muro desde el lado oriental. Tal vez sea porque la mayoría de la gente de este lado quiere olvidarlo. De hecho, parece que la mayoría de la gente de ambos lados quiere hacer como si nunca hubiese existido. El Muro se borró con tanta rapidez que apenas hay restos de él por las calles. Solo queda una pequeña parte del trozo más colorido, el que parece una lápida hortera.

En 1966, Heinz Koch consiguió descubrir quién era su padre biológico. Vivía en Holanda, así que el padre fue a la RDA con un visado de un día para encontrarse con su hijo. Vino como un turista corriente.

—Como yo estaba en la Stasi —dice Hagen—, a mi padre, a sus cuarenta años, lo echaron de su trabajo.

—¿Porque era familiar suyo no podía tener *Westkontakte*?

—Porque no les había contado lo de la visita. —La Stasi tenía que saber todo lo concerniente a los familiares lejanos de cualquiera, pero, sobre todo, de los suyos—. Fue entonces cuando mi padre me contó que era hijo ilegítimo, lo de su candidatura a la alcaldía y lo de las amenazas si no hacía de mí un buen socialista. Me pregunto cómo tiene que ser averiguar un día que tus padres te han criado como paradigma de un régimen en el que no creen.

Koch le dijo a su padre:

—Papá, si eso es así, ya he tenido bastante. Me largo.

Pensó: «Si mi trabajo es la razón de que mi padre no pueda ver a su padre, no quiero seguir aquí ni un minuto más.

—Presenté mi carta de dimisión —me cuenta.

Ese mismo día lo arrestaron y lo metieron en una celda. Presentaron cargos criminales en su contra: «Producción y reproducción de material pornográfico».

—¿Qué?

Le divierte mi asombro y vuelve a sacar algo de la caja. Es un panfleto grapado, hecho a mano. Tiene letras con la típica tinta morada de la Roneo y dibujitos. Koch había hecho una docena de copias del librito para la boda de un amigo. Muy al estilo tradicional alemán, parodiaba al novio, a la novia y a los suegros. Había caricaturas de todos (completamente vestidos) con globos de diálogos; estaba muy lejos de ser pornográfico. Aun así, era ilegal. En el país cualquier tipo de impresión estaba prohibida a no ser que estuviese autorizada. La Stasi había llegado a desarrollar una técnica para relacionar la máquina de escribir de un particular con su letra. Era como sacar huellas dactilares del pensamiento. Koch había utilizado las máquinas de su

despacho.

Lo tuvieron en la celda dos noches y no le dijeron a su mujer dónde estaba. No le permitieron ningún contacto con el exterior, nada de abogados ni llamadas; el procedimiento habitual. Al tercer día, la Stasi y la fiscalía registraron su piso en busca de más material «pornográfico» que aportar como prueba. No encontraron nada. Le preguntaron a la señora Koch, que experimentó una extraña mezcla de alivio y terror concentrado: de modo que era allí donde estaba...

—Le preguntaron —la voz de Koch se atenúa por el asco—, le preguntaron por nuestra vida sexual. Le dijeron que si algo iba mal en ese apartado, lo entenderían, puesto que podría ser el motivo de que su marido se hubiese convertido en un pornógrafo.

—No, no —empezó a gimotear ella. Les dijo que no había nada que fuese mal.

El fiscal del distrito prosiguió:

—Bueno, en tal caso, frau Koch, debo asumir que fue usted quien instó a su marido a elaborar esta pornografía...

—¿Qué pornografía? —La mujer estaba desesperada.

—Esta pornografía, que usted instigó. —En el piso no había más ruido que el de los hombres registrando—. Al parecer no tiene usted nada que decir. Déjeme que le haga una pregunta: ¿tiene a alguien que pueda cuidar de su pequeño durante los próximos cinco años?

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque me temo, frau Koch, que como instigadora de material pornográfico, las penas son bastante severas.

Ella se echó a llorar:

—No lo entiendo. ¿Qué quiere de nosotros? ¿Qué quiere de mí? ¡No se lleven a mi niño, por favor!

—Frau Koch —le dijo el fiscal—, tal como yo lo veo, lo único que podría hacer es distanciarse de manera creíble, repito, de manera creíble, de su marido y de lo que ha hecho. Solo así me sería posible pedirle al juez que se muestre indulgente en su caso.

—¿A qué se refiere? ¿Qué quiere de mí?

—Es muy sencillo —dijo abriendo su maletín—. Lo único que tiene que hacer es firmar esta solicitud de divorcio.

Siento una ligera desazón física.

Koch dice que le plantaron la solicitud de divorcio sobre la mesa y que ya estaba cumplimentada, con sus nombres, las fechas de nacimiento, los números de identidad y la dirección.

—La firmó —dice con calma—. La firmó por miedo a que nos quitaran al niño. Luego vinieron a verme a prisión con la... con la cosa ésa. —Al contarle se le vuelven a revolver las tripas—. Y me dijeron: «Mire esto. Parece que su esposa no quiere saber nada más de usted». —Koch baja la voz—. En ese momento se me vino

el mundo encima.

»Tres días más tarde vino a verme a los calabozos el secretario de mi partido. Era un hombre de unos cincuenta años con el pelo rubio y la cara colorada. Me dijo: “Koch, amigo mío, no he podido dormir en tres días. Por dios, ¿qué está pasando aquí? Tú siempre fuiste de lo más puntual y leal. Tan diligente y disciplinado. Tenemos que sacarte de este embrollo. —No paraba de recorrer la celda de un lado para otro—. El caso es que si tú te vas, el conocimiento se va contigo; el saber operacional se va contigo. Y el saber debe quedarse. O bien entiendes que cometiste un error pensando que podías dimitir o te encerrarán cuatro años y medio para que lo que sabes se quede aquí. —Extendió las manos en un gesto de compasión—. Lo sabes, Koch, solo te queda una salida: tienes que retirar tu dimisión y, como prueba de que has entendido que lo que hiciste fue un error, tendrás que renovar tu contrato, y prestarás servicio de por vida. —Puso dos documentos sobre la mesa, ya cumplimentados: una carta de retractación y un nuevo contrato—. Ah, ¿y qué es lo que me han dicho de tu esposa? ¡Qué horror! ¿Sabes qué? Es en tiempos como éstos en los que nosotros, el Partido, siempre estaremos a tu lado, camarada”.

—¿Creyó que su mujer lo iba a abandonar? —le pregunto a Koch.

—¡Lo tenía por escrito! —chilla—. ¡Lo tenía por escrito!

—Sí, pero ¿se lo creyó?

—¡Lo tenía por escrito! —Se ve que es un hombre que cree en los documentos escritos—. Además me dijeron: «Cuando te libres de tu mujer, de su influencia negativa, es posible que te asciendan».

»Estaba solo, en la cárcel... No tenía a nadie con quien hablarlo, así que le pregunté: “¿Entonces puedo entrar en la división cultural?”. Y me dijo que sí.

Me pregunto cómo funcionaba la Stasi por dentro: ¿a quién se le ocurrirían esas tramas chantajistas? ¿Solicitaban la aprobación de los planes? ¿Había folios que volvían con unas iniciales y un sello de «Aprobado», y acababan con un matrimonio, destruían una carrera, encarcelaban a una esposa, apartaban a un niño de sus padres? ¿Circulaban actualizaciones internas: «Cinco nuevas formas de romper un corazón»?

Cuando Koch salió de los calabozos hizo oídos sordos a todo lo que no era su aflicción. Se ve que le afecta contármelo.

—No quería saber nada más de esa mujer —me confiesa—. ¿Qué se creía, que podía dejarme en la estacada de esa forma y luego volver a ser mi esposa? Nos divorciamos. Nuestro hijo Frank, que tenía entonces cinco años, se fue a vivir con ella.

Intento ponerme en su lugar. Creo que lo que habría tenido más ganas de oír era una explicación de mi pareja diciéndome que todo había sido un tremendo error. Le digo que por qué no le preguntó...

—¡Porque no la habría escuchado! ¡No la habría escuchado! —grita y reproduce la ruptura con su mujer—: ¿Cómo te atreves a pedirme que te escuche después de lo que me has hecho?

Pero sí que escuchó a su hijo. Unos meses después, un día que llevó a Frank a tomar un helado, la historia salió a la luz. Frank estaba en el piso y había oído a los oficiales amenazando con llevárselo. Koch habló con su ex mujer. Un año después de su encarcelación y seis meses después de su divorcio, el señor y la señora Koch volvieron a casarse.

La Stasi lo sometió a medidas disciplinarias debido a su «inconstancia», y en los expedientes de ambos atribuyeron la segunda boda a «la repetida influencia negativa de frau Koch».

## 18. La placa

Heinz Koch murió en 1985. A su hermana, que vivía en Hamburgo, en Alemania Federal, le concedieron un permiso para asistir al funeral. Como ella iba a estar allí, a Hagen se le prohibió asistir. Eso fue más de lo que pudo aguantar.

Cumplimentó una solicitud para abandonar su regimiento. Le hubiese gustado que fuese un pequeño desafío final, un pequeño gesto de «Ahí os quedáis» en un momento en que ya no podían hacerle daño a su padre y él no tenía mucho que perder. Pero no fue más que un traslado de la Stasi al ejército regular, bajo la condición de mantener en secreto lo que sabía. Le iban a dejar irse, y eso le hacía sentirse vacío.

Se sentó en su despacho. Hay extraños momentos en que el presente pertenece ya a tu pasado: tu último día de trabajo, por ejemplo, cuando los problemas y las normas se convierten en un cuento contado en tercera persona. Koch contempló su despacho como si fuese el de otra persona.

Todo seguiría igual en la habitación. Su sustituto llegaría y nadie notaría la diferencia. Era intercambiable por otro uniforme y por otro feo corte a cepillo. Le enfurecía pensar que no iba a dejar ninguna marca allí, y le enfurecía aún más sospechar que, aunque hubiese tenido otra oportunidad, no habría tenido agallas para hacer algo diferente.

La pared de enfrente tenía un feo lustre de pintura vieja, al igual que la placa que colgaba de ella. Era un premio al trabajo cultural realizado por su unidad, un tercer puesto. Brillaba como el oro pero era de plástico bañado en pintura metálica, como una baratija cualquiera. No podía decir que se lo hubiese ganado él por su cuenta. Aun así, Koch cerró la puerta de la oficina, se subió en la silla y sacó la placa de las alcayatas. Le sorprendió lo poco que pesaba. Como le sobresalía en el maletín, se quitó el chaleco, lo puso sobre el maletín y lo llevó por las asas. Salió del despacho, se despidió de su adjunto y no volvió.

—Mi pequeña venganza particular —me dice—. Esa placa —me mira a los ojos—... fue todo el coraje que tuve.

Tres semanas después llamaron a la puerta de su piso. El líder de la antigua sección de Koch estaba en el umbral. Mantuvo el tono de camaradería.

—La placa no está.

—¿Cómo?

—Ya me has oído, camarada, la placa no está. El comandante quiere la placa de vuelta.

—¿Quién lo hubiera dicho? —le dijo Koch, apoyándose contra la puerta—. En cuanto me voy, se os viene el mundo encima. Mientras yo estuve sentado en esa silla, la placa estuvo en su sitio en la pared.

—Venga, Koch, no puede haber desaparecido sin más. En el Ministerio para la Seguridad del Estado las cosas no desaparecen así porque sí.

—Me temo que no puedo hacer nada por ti. —Koch cerró la puerta.

El comandante estableció un «Grupo de trabajo para la recuperación de la placa». Citaron a Koch en el cuartel general para interrogarle y le pidieron que hiciera una declaración. Tenía escondida la placa en la cocina.

Poco tiempo después mandaron a peces más gordos. Fue el fiscal del distrito.

—¿Dónde está la placa?

—No lo sé.

—Necesitaré una declaración jurada a tal efecto.

—Por mí, bien.

La cosa no fue más allá. 1989 llegó, el Muro cayó y Koch empezó a construir su archivo. Sacó la placa de debajo de la tubería del fregadero y la colgó en su estudio. Ahora sí que era un auténtico trofeo.

En 1993 fue a entrevistarle un equipo de televisión. Alemania se había reunificado y la RDA era parte del pasado. Antes de empezar, el entrevistador repasó con él las preguntas para que Koch estuviese preparado; estaba preparado de sobra, siempre eran las mismas preguntas: ¿Se arrepiente de su pasado en la Stasi? ¿Cuál fue su relación con el Muro? ¿Fue eso lo que le llevó a fundar este «Archivo del Muro»?

Koch podía ver ya los titulares: «Ex agente de la Stasi mantiene vivo el Muro en su casa»... Pensaba en lo fácil que le resulta a un entrevistador asumir la superioridad moral en virtud del hecho de que es él el que hace las preguntas. Incluso en esa nueva Alemania no le hicieron verdaderas preguntas sobre cómo el régimen poseía a la gente, ni les dio respuestas verdaderas. A Koch le habría encantado contar la historia de su infancia.

El entrevistador estaba preparado para rodar y había empezado con la introducción cuando el cámara gritó: «Corten». El equipo relajó los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó el entrevistador.

—Hay que quitar esa placa. Se refleja en la lente.

El entrevistador le estaba haciendo un gesto a un ayudante para que pasase por detrás de Koch y la quitase cuando Koch se levantó. Me lo cuenta como un momento de gloria.

—No —les dijo, y la habitación enmudeció—. No me importa lo que quieran de mí —prosiguió despacio—. Haré lo que me pidan: pondré mi piso patas arriba, cantaré el himno nacional si quieren. Pero esta placa no se mueve de aquí.

El entrevistador se quedó a cuadros. Tenía ante él a un hombre que había trabajado para la Compañía durante 25 años y que ahora tenía el valor de intentar ganarse la vida hablando de ello; un equilibrista moral sin tapujos que reproducía su capitulación ante la cámara. ¿Y fijaba los límites en una placa?

Koch siguió de pie:

—La placa —repitió— no se mueve.

—De acuerdo, de acuerdo.

Koch se sentó. El entrevistador sabía cuándo no decir nada. Koch empezó a contarle toda la historia: el robo, la creación del grupo de trabajo para la recuperación de la placa, los interrogatorios y las declaraciones, las amenazas y el revuelo. Koch dice que no era consciente de que la cámara estaba grabando. Por como lo cuenta, dudo que le importase.

Hicieron el programa y lo emitieron. Varios días después sonó el timbre del piso de Koch. Dos hombres le enseñaron sus identificaciones: Treuhand. Era el cuerpo formado después de la debacle del régimen para supervisar la liquidación de empresas estatales de la Alemania Oriental y su venta al sector privado.

—Herr Koch, hemos venido a por la placa —dijo uno de ellos.

—¿Cómo? —Era la Alemania unificada, occidentalizada y democratizada y todavía había alguien que quería la placa.

—De conformidad con el Tratado de Reunificación entre la República Federal de Alemania y la ex República Democrática de Alemania, toda propiedad perteneciente a esta última pasa a ser propiedad de la primera. La placa era propiedad de la RDA y es ahora propiedad de la República Federal de Alemania. Se nos ha ordenado que la recuperemos.

—Fuera de aquí.

—Estamos dispuestos a hacer la vista gorda sobre la forma en que esta placa llegó a sus manos, herr Koch, siempre y cuando la devuelva de inmediato.

Koch se mostró implacable.

—Fuera de mi piso. Si quieren la placa, vengan con una orden judicial. Sin una orden no entran. De aquí nadie se lleva la placa.

Llegó por correo. Se iban a dictar cargos contra él. La acusación le imputaba el robo de bienes de la RDA. Koch siguió sin tomar medidas.

No mucho después volvieron a llamar a su puerta; eran los mismos hombres.

—Disculpemos, herr Koch. Me agrada informarle de que se ha retirado la acusación de robo contra usted.

—Vaya, vaya...

—En primer lugar por una cuestión de trivialidad: la placa apenas valía 16 marcos orientales. En segundo lugar, por la Ley de Prescripción para ese tipo de delitos: las acusaciones atañen a un acto que tuvo lugar hace ocho años y que, por lo tanto, ha prescrito.

Koch me escruta con la mirada.

—Sin embargo —apostilló el oficial—, se van a presentar nuevos cargos contra usted.

—¿Ah, sí?

—Por perjurio.

—Fuera de aquí.

El oficial entremetió el pie por la puerta.

—Me temo, herr Koch, que alegan que el 14 de junio de 1985 usted juró en una declaración ante el Ministerio para la Seguridad del Estado de la ex República Democrática de Alemania que desconocía el paradero de la placa en cuestión. Se trata de una violación de la ley vigente en aquella época en la RDA y es responsabilidad de la nueva Alemania asegurar la persecución de delitos ocurridos en la ex RDA.

Ya no puedo más que reírme. Koch continúa.

—Les dije: «Bravo. Enhorabuena. Buen trabajo. Pero ¿pueden aclararse las ideas? ¿Quieren que se me castigue porque trabajé para la Compañía o quieren que se me castigue por trabajar en contra de la Compañía? ¿Qué es lo que quieren exactamente?».

Ahora también él ríe. Es su momento. El hombre que trazó la línea, fijando los límites, y que nadó entre dos aguas, poniendo un poco de cordura en el revuelo *postmuro*.

—¿Se celebró el juicio? —le pregunto.

—No. Pero todas esas acusaciones nos hicieron bastante daño. Mi mujer perdió su trabajo por culpa de eso. Los rumores eran bastante feos y tomaron vida por sí solos, ya se sabe, que si Koch es un ladrón, que si un mentiroso, un perjuró... —Hace una pausa y se inclina hacia mí. Vuelvo a olerle, un aroma cálido, como a pino. Me dice—: Pero ¿sabe qué? Valió la pena. Todo el valor que tengo está en esa placa; la mierdecilla de valor que tengo. Es todo lo que tenía. La placa —dice señalando hacia atrás— sigue aquí.

Biiiiip.

—Hola, Miriam, soy Anna. —Mantengo la esperanza—. Llamaba solo para saludar. Me encantaría que charlásemos. He tenido algunas aventurillas en tu viejo país, a cada cual más curiosa... Tengo mucho que contarte. De todas formas, ya te llamaré, o llámame tú. —Dejo mi número—. Nos vemos.

Herr Koch me dio unos diagramas y unas fotografías de la Stasi sobre la «instalación fronteriza» en Bornholmer Strasse. «¡Alto secreto!», chilló con regocijo, mientras me hacía copias en la máquina que tenía en el pasillo.

Al cabo de uno o dos días los llevo enrollados en el bolsillo cuando salgo de mi piso en dirección al punto por donde Miriam saltó. También tengo el dibujo que me hizo; el sitio donde la cogieron está señalado por una profunda marca de tinta azul. Quiero ver con qué tuvo que vérselas; quiero ubicar estos dibujos sobre lo que hay ahora, enfocar de algún modo el pasado.

Hace bochorno hoy. La gente ha estado usando sus calderas sin tregua durante semanas y las nubes están bajas y teñidas de carbonilla. Voy tomando bocanadas de cielo anaranjado al andar.

Llego primero a la colonia de huertos. Un camino une las parcelas, cada una

separada de la del vecino por una valla metálica. Hay pequeños cobertizos, para las herramientas de labor y las semillas, para barbacoas, sillas plegables y escaleras. Hay algunos árboles más altos, pero la mayoría es tierra negra humedecida en rectángulos, a la espera de una pizca de sol para que broten verduras y flores. Son cuadrículas donde dar cobijo a las fantasías: en una parcela veo a Blancanieves y sus enanitos, dos cervatillos y dos corpulentos enanos, todos conviviendo en paz con una puerca que es casi de tamaño natural y sus tres lechones gorditos.

Entre los huertos y el sitio por donde pasaba el Muro hay una franja más ancha de césped y, un poco más allá, un terraplén. Me subo por otra valla metálica y contemplo la maraña de vías de tren y muretes. Esta valla está bastante vieja y oxidada. Me pregunto si será la misma por la que Miriam escaló. A la izquierda tengo el puente por donde ella pensó que los guardias la estarían viendo y por donde, veinte años después, en una sola noche, 10.000 personas pasaron en tropel para llegar al Oeste.

En una mano llevo una fotografía en blanco y negro y en la otra el gráfico de la Stasi: «Mejoras técnicas en la frontera nacional con Berlín (Occidental)». Quiero ver dónde estaban la segunda valla, la franja de arena, la barrera antitanques, las garitas, las torres de alta tensión, la zona de los perros y los cables trampa. No queda nada. Luego me acuerdo de que estaban frente a las vías del tren: debían de estar donde la franja de césped por la que he pasado al venir desde los huertos hasta aquí.

Saco el dibujo de Miriam. Son apenas unas rayas sobre un folio: para los muros, para el recoveco en la pared donde se paró a tomar aliento y cruzar miradas con el perro, para el cable trampa donde la atraparon. Tengo las manos moradas al sujetar el papel en alto sobre los rombos oxidados de alambre. Me pregunto si estaré en el sitio correcto. Miriam me dijo que el puente quedaba a unos 150 metros de donde cruzó. Me escoro hacia la derecha, hasta que creo estar en el mismo sitio. Se cruzan dos trenes; el ritmo de sus ruedas se funde y luego vuelve a separarse. Una vez que pasan miro las vías del tren. Hay por lo menos seis, lanzando trenes de norte a sur, y vuelta otra vez. Luego hay un muro de contención, no muy alto, pero el suelo de detrás queda a otro nivel. ¿Será por aquí por dónde escaló? Busco un recoveco y veo uno. ¿Será allí dónde se quedó agazapada?

Empieza a oscurecer. Las farolas del puente despiden su pálida luz amarilla. Enrollo la foto, el gráfico y el dibujo de Miriam y me lo meto todo en el bolsillo. Paso los dedos por el alambre y me quedo un rato colgada contra la valla.

## 19. Klaus

—¿Puedo pasar por tu casa a verte?

—¿*Wuffor*?

Creo que le he despertado. Es la una del mediodía.

—Una visita, Klaus. Necesito salir de esta casa.

En realidad lo que necesito se está convirtiendo en un vicio: una reacción química de lúpulo y malta. Necesito sentirme bien, al menos por un tiempo, después de placas y muros, viejos y normas, panaderías, pelucas y pasillos y pasillos de habitaciones selladas con fines secretos. Necesito ver a un superviviente.

—¡Venga! —dice—, pero ahora no, dentro de un rato.

—Vale, entonces nos vemos luego.

Vamos ya por nuestra tercera cerveza y no son más que las seis de la tarde. A Klaus ya se le había pasado el temblor, y cuando he llegado se ha cambiado el pijama que llevaba para ponerse los vaqueros y la cazadora negros. Tiene el pelo revuelto en la cabeza y revuelto en la barba; la cara, arrugada, con dientes amarillentos y ojos achinados y sonrientes; las manos grandes y violáceas, propias de un fumador empedernido. Es gruñón y simpático al mismo tiempo, todavía está entrando en calor.

Como la mayoría de la gente, sé algunas cosas sobre su vida, pero no me importaría oír las de su boca, un cuento para dormir. Al principio refunfuña: ¿qué icono que se precie tiene que contar cómo ha llegado adonde está? Pero tras el chasquido de más latas, se relaja y acaba complaciéndome. Está repantigado en la silla, como un muñeco al que le hubiesen quitado las varillas de dentro; adquiere la forma del mueble.

Estamos ante una mesa de centro con cerillas, latas, ceniceros llenos ya de colillas, papeles y briznas de tabaco que parecen pelos. Detrás hay un televisor inmenso con altavoces estéreo. Este cuarto es tanto el dormitorio como el despacho de Klaus: a mi izquierda, hay un colchón en un entresuelo y, debajo, un fax, un ordenador y un sintetizador. Las paredes están llenas de fotografías y pósteres, y de los siniestros óleos de Klaus. El que tengo más a la vista tiene unas cuantas fotos grabadas; es la evolución del pecho, de picudo a colgante. Este cuarto es la vida de Klaus; es el interior de su cabeza.

Las fotos más antiguas muestran a Klaus Jentsch antes de utilizar el apellido de soltera de su madre como nombre artístico: un joven bien parecido, con traje y corbata estrecha en 1958, mirando su contrabajo con modestia. Revelan su trayectoria hasta convertirse en la estrella melenuda con chaleco de piel de oveja y un bajo. Los más recientes son carteles de una gira: una banda de seis maduritos con un muestrario de cinta del pelo, barbas y gafas de sol, los puños en alto y sudor en el pecho. Sin embargo, en el caso de Klaus parece, si acaso, que se ha vuelto más él: ni cinta del pelo, ni gafas, solo unos vaqueros, una camiseta y una guitarra.

Klaus Renft es el chico malo del rock alemán oriental. La Klaus Renft Combo se

convirtió en la banda de rock más cañera y conocida de la RDA.

Klaus empezó en los años cincuenta tocando versiones de Chuck Berry y Bill Haley para pasar, en los sesenta, a las de los Animals, los Beatles y los Rolling Stones y, en los setenta, a las de los Steppenwolf, los Led Zeppelin y los Pink Floyd. Los discos de grupos así solían prohibirse apenas salían, por lo que Klaus y sus amigos tenían que oírlos de forma clandestina en la radio occidental RIAS, de donde grababan las canciones en sus enormes radiocasetes para aprenderse luego la música. Cantaban, a gritos: *A ken't get nou, zetizfektion*.

Me asombra que las autoridades les dejasen tocar el «Satisfaction» de los Rolling, una canción que, si en Occidente se convertiría en un canto a todo tipo de deseo, en el Este estaba llamada a ser un lema de masas contra todo el sistema.

—¿No sabían lo que significaba? —le pregunto.

—Ni nosotros mismos sabíamos lo que significaba —se ríe Klaus, poniendo un poco de tabaco y unas pequeñas chinas de hachís en una pipa con la boquilla blanca. Su risa es profunda e inocente, es un hombre con el don de agradar. Su sonrisa caldea la habitación.

Con el tiempo, la Klaus Renft Combo fue tocando cada vez más canciones propias, y cuando en 1969 Gerulf Pannach se unió al grupo, las letras sugerían rebeldía, patetismo y esperanza o, como decían en una revista: «alma, flaqueza y dolor». En el mundo falsificado del *lipsi*, los Renft eran algo auténtico y no autorizado. Pero solo había una discográfica, AMIGA, y Klaus asegura que tuvieron que cambiar la letra de todas y cada una de las canciones antes de grabarlas. Los Renft, cuenta, cogieron las «cosas sagradas» de la RDA —el ejército y el Muro— y cantaron sobre ellas, porque querían «arañar a la RDA hasta el tuétano».

Klaus se levanta de la silla, sus ágiles movimientos parecen los de un gato, aunque quizás es posible que esté empezando a ver las cosas a cámara lenta. Intento pensar en cómo sería experimentar toda la música rock en directo, pero de segunda mano; me pregunto: «¿Sabrían Jagger, Plant y Daltry de sus dobles en el Este?».

Pero en cuanto Klaus pone música, me convierto en creyente. El rock bueno tiene algo que desafía el entendimiento: es puro y sucio al mismo tiempo, y te mueve por dentro de formas que no puedes describir. El cantante, Christian *Kuno* Kunert, se formó en el coro de una iglesia de Leipzig y su voz te golpea como la verdad. Canta la famosa «Die Ketten werden knapper» («Las cadenas aprietan cada vez más») y «Rockballade vom klei-nen Otto» («Balada rock del pequeño Otto»), quien sueña con reunirse con su hermano en el Oeste. Klaus se vuelve a sentar y echa una calada, feliz. Cuando terminan las canciones, sigue hablando.

A los Renft no les permitían tocar en ciudades, así que tocaban ante enormes multitudes que se desplazaban hasta los pueblos.

—Todos los días un Woodstock. —Se ríe—. Tienes que saber que aquí en la RDA no era todo Stasi, Stasi y Stasi. Era «sex *und* drugs *und* rock'n'roll» —dice en inglés. Con drogas se refiere a alcohol y tabaco, que eran toda la droga que tenían, aunque

sabían sacarles el mayor partido—. Lo que te quiero decir es que vivíamos de verdad. Y lo pasábamos bien.

»Íbamos a ciudades donde los edificios de la calle principal estaban pintados solo hasta la mitad. La parte de arriba era hormigón a pelo. —Me mira como si hubiese hecho un chiste, lo que en realidad es cierto—: Era porque cuando venía Honecker, ésa era la altura hasta donde veía desde el asiento trasero de su limusina. ¡La pintura no les llegaba para pintar hasta arriba! —Sé algo de esto, y de las carnicerías llenas de manjares para el paseíllo en coche que desaparecían apenas Honecker o alguno de sus oficiales pasaba de largo. A Klaus esto le parece de lo más tronchante. Luego me cuenta—: Esta sociedad estaba sustentada por mentiras, una mentira encima de otra, encima de otra.

¡El emperador va desnudo! ¡Los edificios están medio desnudos! Puede que Renft empezase con canciones occidentales prestadas, pero había tantas mentiras que cantar la verdad suponía convertirse tanto en héroe como en criminal. A mediados de los años setenta la banda se convirtió en una combinación letal de rock, mensaje antisistema y adoración de masas. Eran melenudos con pantalones de campana y presencia, eran sexis, eran ricos para los niveles de la RDA y eran un tanto demasiado explosivos para el régimen.

Los intérpretes necesitaban una licencia para trabajar. En septiembre de 1975, se citó a los Renft para que fuesen a tocar en el Ministerio de Cultura de Leipzig si querían renovarla. Klaus vuelve a levantarse para coger una carpeta del entresuelo:

—Ahora puedo mirar los detalles de mi vida en el expediente —sonríe—, cosa que está muy bien.

Una vez describió el estado de su cerebro como «comida para perros». Me gusta por lo bien que se conoce y le devuelvo la sonrisa. Poco antes de la audiencia para la renovación de la licencia, le ofrecieron un pasaporte, moneda fuerte y un agradable paseo por la vida (aquí o en el Oeste) si se separaba de los dos componentes más comprometidos políticamente del grupo, Pannach y Kunert. Declinó la oferta.

—Sabía que eso significaba una sentencia de muerte para mí.

—Le echaste bastante valor para negarte.

Se encoge de hombros:

—Peor era con Hitler —dice—. Nos hubiesen mandado a un campo de concentración.

El humo es dulce y en la noche el tiempo empieza a perder el control. Hay algo cándido en Klaus, para ser una estrella de rock; ninguna de sus respuestas sale con facilidad.

—Es difícil describirlo —intenta explicarme—, por un lado supongo que indica carácter o algo. Pero por otro lado, si soy sincero conmigo mismo, era como echarme mierda encima... —Empieza a reírse. Luego para—. La verdad es que todo apuntaba a que nos iban a mandar a todos a la cárcel, eso habría sido lo más normal —dice serio—. Allí trataban a la gente peor que a animales. No queríamos eso, como era

natural.

Ahora que tiene los papeles de su expediente puede ver la secuencia de los hechos desde el otro lado. Hojea un poco la carpeta y se detiene.

—Es gracioso. Esto es de Honecker a Mielke. —Lee—: «Querido Erich: Por favor, atiende el caso de Jentzsch, Klaus lo antes posible. Saludos, Erich». —Se ríe—. ¿Lo captas? De un Erich a otro.

Podía haber dejado de ser gracioso en poco tiempo. En cierto momento Mielke les preguntó a sus oficiales en Leipzig: «¿Por qué no podemos arrestarlos y punto? ¿Por qué no acabamos con ellos?». Pero los componentes de la banda eran demasiado famosos como para manejar la situación de ese modo tan directo.

Klaus vuelve unas cuantas páginas más y encuentra una queja formal del gerente del Klubhaus Marx Engels, donde los Renft habían tocado durante quince días. Está dirigida a la camarada Ruth Oelschlägel, presidenta de la comisión de licencias a la que iban a tener que enfrentarse en breve.

—Esto te va a gustar —me dice, y lo lee en alto.

Klaus es la única persona que conozco que experimenta un placer tan manifiesto contando lo que pone en su expediente. El gerente del local se queja del consumo de alcohol por parte del grupo: «Al final del concierto, se han contabilizado aprox. cuarenta botellas de vino vacías (...). No podemos entender cómo un conjunto musical necesita semejante consumo de alcohol para encontrarse a gusto». Se quejaban de «eructos en el micrófono, empleo de palabras como “mierda”». Empiezo a reírme más de la cuenta, pero ¿qué más da? Klaus balancea una pierna por un lado de la silla y ríe también. Continúa: «Debemos protestar por el uso de consignas incendiarias desde el escenario, como “Es la sociedad lo que es decadente, no nosotros”, “Hoy me siento libre”, “Hay gente en esta sala que está informando sobre nosotros” o “Seréis el último público que oiga a los Renft porque dentro de poco estaremos vetados”». A Klaus la risa se le pasa al pecho y empieza a toser. Le da un buen trago a la cerveza y empieza a hacerse otro porro.

—Tenía algo de dinero occidental, así que antes de la audiencia para la licencia me compré una pequeña grabadora en una *Intershop*.

Cuando toca, Klaus inclina el bajo exageradamente hacia arriba, más como un contrabajista. Se pasa la bandolera por el hombro izquierdo, por la espalda y entre las piernas, rodeándose el cuerpo. Cuando estuvieron listos para tocar ante la comisión, encendió la grabadora y la escondió entre la guitarra y la inгле, sujeta por la bandolera.

Pero no llegaron a tocar. La camarada Oelschlägel les pidió que se acercaran a la mesa. Les dijo que la comisión no estaba dispuesta a oír «la versión musical de lo que han creído apropiado escribir sobre nosotros» porque «las letras no tienen nada que ver con nuestra realidad socialista... se insulta a la clase trabajadora y se difama al Estado y a las organizaciones de defensa».

Klaus alarga la mano para coger la petaca de tabaco.

—Y luego nos dijo: «Estamos aquí hoy para informarles de que han dejado de existir».

Hubo un silencio. Uno de los componentes le hizo señas a un técnico para que dejase de montar. Kuno preguntó: «¿Significa eso que estamos vetados?». «No hemos dicho que estén vetados —contestó la camarada Oelschlägel—. Hemos dicho que no existen».

Klaus está dándole a la rosca del Zippo para intentar sacar una llama que le encienda el porro. Le da una calada y mira hacia mí para luego empezar a echar el humo, entre risas.

—Luego le dije: «Pero si seguimos aquí». Me miró fijamente a los ojos. «Como grupo ya no existís», me dijo.

Los echaron. Klaus consiguió pasarle la cinta a su novia Angelika.

—Ella no sabía lo que era —me cuenta—, pero sabía que era algo importante.

Angelika se la escondió en la bufanda y la llevó de vuelta al piso. Cuando llegaron a la casa, después de pasarse la tarde bebiendo en el Ratskeller, Klaus escribió «Fats Domino» en grandes letras sobre la cinta y la puso en la estantería.

Angelika tenía pasaporte griego, lo que suponía que podía viajar al Oeste. Al día siguiente, Klaus le pidió que fuese a Berlín Oeste para pasar el día, «a comprar pasta de dientes o cualquier cosa». No podía estar seguro de que no fuesen a registrarle en la frontera, así que no se llevó la cinta, pero quería que las autoridades vieses que iba y volvía. Luego fue difundiendo el rumor por Leipzig de que había grabado el veredicto de la comisión, que ahora estaba en la emisora de la RIAS (la radio del sector americano) en Berlín Oeste y que si les pasaba algo a alguno no vacilarían en emitirla.

Es difícil saber la seguridad que esto les reportó, si es que les reportó alguna. De la noche a la mañana desaparecieron de las tiendas los discos de los Renft. Dejaron de escribir sobre ellos y de poner sus canciones en la radio. La discográfica AMIGA volvió a imprimir su catálogo solo para que no constasen en él.

—Al final era como nos habían dicho: ya no existíamos. Era así, como en Orwell.

El Estado hizo circular el rumor de que el grupo se había separado, que estaba pasando dificultades. Cierto: no podían tocar. Algunos integrantes querían quedarse en la RDA, otros sabían que tenían que largarse. Arrestaron a Pannach y a Kunert y los metieron en prisión hasta agosto de 1977, hasta que el Oeste compró su libertad. Los otros dos, los «menos politizados», dice Klaus, se quedaron en el Este, con el representante. Se remueve en la silla.

—¿Has oído hablar del grupo Karussell?

—No.

Klaus me explica que el representante que se quedó con los componentes conformistas resultó ser de la Stasi. Bajo su supervisión, los Renft se reagruparon bajo el nombre de Karussell y se dedicaron a grabar las canciones de los Renft «nota por nota».

—Lo copiaron con tanta precisión que no sabrías decir si son los Renft o los Karussell.

La Stasi estaba satisfaciendo las necesidades del pueblo, pero con una banda que podía controlar.

—¿No te enfureció?

Se encoge de hombros. Otra persona lo habría considerado una traición, una razón para detenerse en esta parte de su vida. Al fin y al cabo, para Klaus marcaba el principio de un paréntesis de 15 años. Pero tiene el don de tomarse las cosas con tranquilidad. Amortiguados por el alcohol, sus aterrizajes son suaves. Parece incapaz de arrepentirse y la rabia se le evapora como el sudor.

Desde finales de 1975, Klaus se quedó sin nada que hacer, sin nadie con quien trabajar. Tras los tira y afloja de rigor con las autoridades, dejaron que él y su novia se fuesen a Berlín Oeste. Le costó pasar del dinero y de la fama a la nada. El caché de los Renft no se traducía al otro lado del Muro. Estaba desconcertado. Sus fans eran rebeldes y allí no había ninguno. Cuando cayó el Muro, descubrió que «nos habíamos convertidos en una banda de culto en la RDA, nuestros discos se vendían más caros que los de Pink Floyd». Desde entonces los miembros se han ido reuniendo, aunque han cambiado algunos integrantes de la banda y Pannach, el letrista, ya no vive.

Hace poco estuve leyendo sobre la muerte de Pannach. Murió de forma prematura, de una extraña variedad de cáncer, como Jürgen Fuchs y Rudolf Bahro, ambos escritores y disidentes. Todos estuvieron en prisiones de la Stasi hacia la misma época. Cuando se encontró una máquina de radiaciones en una de estas prisiones, la Oficina de Documentación de la Stasi empezó a investigar sobre el posible uso de radiación en disidentes. Este descubrimiento llegó a conmocionar a un pueblo acostumbrado a las malas noticias.

La Stasi utilizó radiación para marcar a personas y objetos a los que quería seguirles la pista. Desarrollaron una gama de etiquetas radiactivas, incluidos alfileres irradiados que ponían a escondidas en la ropa de la gente, imanes radiactivos en coches y perdigones radiactivos que disparaban a los neumáticos. Desarrollaron sprays de mano para que los operativos de la Stasi pudiesen acercarse a una persona en medio de la multitud e impregnarla con radiación, o rociar clandestinamente el suelo de sus casas para que fuesen dejando pisadas radioactivas allá donde iban. Irradiaron el manuscrito de Rudolf Bahro para ver por qué manos pasaba, incluso en el Oeste. Para detectar a la persona o el objeto marcado, la Stasi creó contadores Geiger personales —para poder llevarlos pegados al cuerpo— que vibraban en silencio cuando el agente recibía una lectura. Y en las prisiones y el resto de centros, la Stasi utilizó en ocasiones tanto máquinas de radiaciones como cámaras para hacer las fotos policiales. El informe de la Oficina de Documentación fue cauto. No se encontraron pruebas de que la radiación se utilizase para matar a mujeres y hombres marcados, pero sí que reveló que se utilizó sin pensar en la salud de la gente. Y recomendó que los ex presos de la Stasi se sometiesen regularmente a revisiones

médicas<sup>[18]</sup>.

Aunque Pannach murió, Kuno está bien y ahora lidera la renovada Klaus Renft Combo. Vuelven a estar de gira por la antigua RDA, tocando ante multitudes que agotan las localidades y que están sedientas de algo que era suyo, algo no corrompido, y que era bueno. Tocan tanto canciones antiguas como nuevas. En su disco de 1997, *40 Jahre Klaus Renft Combo (40 años de la Klaus Renft Combo)*, incluyeron, en parte en broma, en parte por venganza, en parte como explicación por los años perdidos, la auténtica grabación de 1975 con la conversación en la que Oelschlägel los declaró inexistentes. Su último álbum se llama *Als ob nichts gewesen wär (Como si no hubiese pasado nada)*. La carátula es una fotografía de un cenicero lleno, unas latas de cerveza vacías y una botella de *whisky* por la mitad.

Nuestra conversación se balancea de delante a atrás. Klaus sigue pensando en mi pregunta de si hacía falta valor para declinar la primera opción de irse, para negarse a hacerle el juego a la Stasi.

—No sé si fue o no valor. Más bien fue una especie de ingenuidad que me protegía, creo yo. —Yo creo que tiene razón, pero es una ingenuidad que cultiva y mantiene con esmero, una candidez que no dejó que dañasen—. Lo que quiero decir es que no teníamos enormes casas en el Müggelsee como los Puhdys, pero puedo mirarme al espejo por la mañana y decir: «Hiciste bien, Klaus». A mí no me importan las cosas materiales.

Se reclina. El humo que sale por su boca se oscurece en una neblina de barba gris.

—Creo que se ha castigado suficiente a los de la Stasi.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si tienen algo de conciencia...

—¿Y si no? —Pienso en herr Winz y en herr Christian y en herr Koch y en los distintos tipos de conciencia que hay.

—No es algo que me interese mucho —dice—. No dejé que me cogiesen.

Presumo que ésa es su victoria. Eso es lo que le impide quedarse anclado en el pasado y pasearlo por todas partes como una herida. Si en la RDA hubo «emigración interna», tal vez también hubo victoria interna.

Me mira. A lo largo de la noche parece tener cada vez más perspicacia y agilidad mental, mientras que yo, en cambio, me he quedado inerte cual esponja.

—¿Quieres oír algo hermoso? —me pregunta. Asiento con la cabeza. Pone un vídeo de la banda tocando una canción que Pannach escribió poco antes de morir. Kuno tiene ahora más pinta de carnicero, o de motero, pero su voz es melódica, y espléndida, tan delicada como siempre.

Canto mi blues por un hombre  
que podía decirte  
lo rojos que eran los sueños en las ruinas,  
donde ahora hay torres de cemento.  
¿Y quieres saber qué es lo que queda  
de los sueños de ese hombre? Pregúntale entonces

a las paredes de la celda 307 de Hohenschönhausen.  
Canto mi blues en rojo  
por alguien que no puede oírme,  
como un niño en la oscuridad  
canta una canción para sí.

En este momento la canción vuela y no existe nada más; no tengo cuerpo y el tiempo deja de correr. Klaus se estira hacia atrás en la silla. Cuando acaba me dice:

—No puedes dejar que te reconcoma, ¿sabes?, que te amargue. Tienes que reírte mientras puedas.

Tiene razón, por supuesto. Y beber. Según mis cálculos le sigo en un 1 a 3, pero tampoco me fío de mis cuentas. Coge una guitarra y empieza a acariciarla con la mente ausente, una amorosa caricia por el sinuoso cuerpo de madera. Miro a través del culo de mi vaso: la mesa, el cenicero y las latas de cerveza. Parecen tan diminutos y lejanos... Me quito rápidamente el vaso de la cara y me doy cuenta de que lo que estoy mirando es la carátula del CD. Pero la mesa está cubierta de ceniceros y latas de cerveza: la misma escena en dos tamaños distintos. Es hora de irse.

No noto el frío, no noto gran cosa. Canto rodado. Canto rodando a casa. Los adoquines están mojados y las farolas forman charcos de luz amarilla sobre el suelo. Pienso en mi amigo en su cuarto, cantando feliz para sí.

## 20. Herr Bock de Golm

Las llamadas siguen llegando.

—Bock. —Una voz calma, la respiración de un hombre mayor en el auricular—. Por el anuncio.

—Ah, sí, herr Bock. Gracias por llamar.

Antes de poder explicarle qué es lo que hago, me dice:

—Puedo contarle a usted todo lo que hay que saber sobre el Ministerio para la Seguridad del Estado. Todo lo que necesite, jovencita, yo se lo puedo proporcionar, porque fui profesor en la academia de formación del Ministerio. De hecho, daba clases de *Spezialdisziplin*.

—Vaya —digo—. *Ja?*

—*Spezialdisziplin* —repite—. ¿Sabe lo que significa?

—No, no lo sé.

—*Spezialdisziplin* es la ciencia de reclutar confidentes. *Spezialdisziplin* es el arte —me explica— del enlace. —Hace una pausa—. Debería venir a mi casa. Está justo enfrente de la academia de Golm. ¿Sabe por dónde queda?

—No, no lo sé. —Me da las indicaciones de trenes y autobuses.

Cuanto más propensa es una a perderse, más intenta compensarlo. Mi abuela lleva una libretita de espiral discretamente atada a una prenda interior para ayudarle a recordar; yo, por mi parte, tengo muchos mapas. Tengo un plano de Potsdam de 1986 en el que las zonas donde estaban los edificios de la Stasi —desde búnkeres a edificios de varias plantas, pasando por campos de tiro— están en blanco. En otro, un mapa de Berlín Oriental de 1984, ni siquiera aparecen representadas manzanas y calles enteras de las zonas de la Stasi: son unos huecos de color naranja claro en medio del plano. Moviada por la curiosidad busco Golm y encuentro que es un hueco del mapa, en las afueras de Potsdam.

Sigo las indicaciones de herr Bock. Cojo el tren desde Berlín hasta el final de la línea y luego tomo dos autobuses. Su casa es una de las casas pareadas idénticas que hay a lo largo de la calle, cada una con un pedazo de césped y una verja delante. Parece como si fuese la única calle que existe aquí, como si a un urbanista le hubiese dado por poner allí una urbanización pero después se lo hubiese pensado mejor. Las casas están cubiertas de un hormigón gris rugoso, como con sabañones del frío. Ninguna, incluida la de herr Bock, parece habitada.

Es tarde-noche. El salón de herr Bock es de un beis y un marrón abrumadores: linóleo marrón y unos módulos barnizados en oscuro, un sofá marrón y herr Bock mimetizado en él, con su rebeca acrílica a rombos marrones y beis. Lleva gruesas gafas cuadradas que le hacen los ojos subacuáticos y un colmillo prominente. Del labio superior le cuelga un bigote. Su voz es tan tenue que tengo que acercarme a él.

—No debe utilizar mi nombre —me dice a modo de bienvenida.

Estoy conforme.

Se reclina en el sillón y empieza a pontificar. Dice que el ministerio estaba dividido en dos secciones principales: interna (llamada «Defensa») y externa («Contraespionaje»). Impartía un curso para funcionarios de la Stasi destinados a trabajar en Defensa, denominación que es eufemística. El servicio interno de la Stasi estaba pensado para espiar y controlar a los ciudadanos de la RDA. La única forma de que este nombre tenga algo de sentido es entenderlo como que la Stasi defendía al Gobierno frente al pueblo. Cojo apuntes como una estudiante. Herr Bock nombra todos los departamentos de Defensa, yo escribo:

**Principales departamentos:**

Economía

Aparato del Estado

Iglesia

Deportes

Cultura

Lucha antiterrorista

Alemania Oriental era un pequeño país de solo 17 millones de habitantes, pero estas divisiones y subdepartamentos de la Stasi tenían réplicas por todo el territorio en un número no menor de 15. En cada punta de la nación, todos los aspectos de la vida tenían su némesis particular en un departamento.

—Pongamos un ejemplo concreto —continúa herr Bock—: el departamento de Iglesia. —La iglesia, pastores y parroquianos, era la única área de la sociedad de la RDA donde el pensamiento disidente podía hallar una estructura y convertirse en algo real. En consecuencia, las escuelas de teología atraían a brillantes estudiantes librepensadores—. Todos nuestros hombres debían tener formación teológica para poder hacerse pasar por miembros de las iglesias donde se infiltraban. —Se cruza de piernas y pone un tobillo sobre una rodilla—. ¿Cómo lo hacíamos?, podrá preguntarse. —Chasquea los dedos—. Respuesta: íbamos a las escuelas de teología y reclutábamos a sus propios estudiantes. —Se frota las manos. Suenan a papel—. Debe saber que éramos de una eficacia asombrosa. Ahora es de todos sabido que, al final, un 65 por ciento de los líderes eclesiásticos eran confidentes nuestros, y al resto los teníamos vigilados.

Una vez vi una nota de un expediente de la Stasi de principios de 1989 que nunca olvidaré. En ella un joven teniente alertaba a sus superiores del hecho de que había tantos confidentes en los grupos eclesiásticos opositores durante las manifestaciones que estaban haciendo parecer a estos grupos más fuertes de lo que eran. En una de las ironías más bellas que he visto nunca, anotaba diligentemente que, al parecer, al estar engrosando las filas de la oposición, la Stasi estaba animando a la gente a que siguiese manifestándose en su contra.

Herr Bock descruza las piernas y estira las rodillas. Sus pies, con calcetines y sandalias, apenas rozan el suelo. Fuera, la luz empieza a abandonarnos. Él sigue a lo suyo:

—Y ahora nuestros métodos de trabajo. Estaban establecidos en directivas. Había cuatro áreas principales.

Escribo:

**Métodos de trabajo:**

Desenmascaramiento de topes (*Enttarnung*)

Reclutamiento de confidentes

Control operacional de personas (vigilancia)

Revisiones de seguridad

La pasión de herr Bock es el reclutamiento.

—¡Directiva 1/79! —chilla—. ¡Uno setenta y nueve! ¡Sobre la conversión y colaboración de confidentes! —Se saca un pañuelo y se enjuga la comisura de los labios—. Aquí no se decidía nada al pito pito. Teníamos que decidir en qué parte de la sociedad, según principios ob-je-ti-vos —recalca—, había necesidad de un confidente. Por ejemplo, que resultaba que necesitábamos uno en un bloque de edificios, en una fábrica, en un supermercado. Pues entonces se hacía una evaluación racional: ¿qué clase de personas necesitamos en este caso? ¿Qué características han de tener? Encontrábamos tres o cuatro personas que daban el tipo. Sin que ellos lo supiesen, se les hacía un seguimiento exhaustivo y se evaluaba para determinar si era aconsejable abordarlos.

»La mayoría de las veces la gente a la que abordábamos accedía a trabajar con nosotros. Era bastante raro que no fuese así. De todas formas, a veces considerábamos que debíamos conocer sus puntos débiles, por si acaso. Por ejemplo, si buscábamos un pastor, averiguábamos si había tenido una aventura, o problemas con el alcohol... cosas que pudiésemos utilizar para persuadirlos. Pero la mayoría decía que sí sin más.

Ahora está oscuro, pero herr Bock parece estar más iluminado que nunca.

—El tercer método era el «control operacional de personas».

—¿Qué significa eso? —le pregunto.

—Bueno, se controlaban con distintos medios y métodos, y se podían utilizar todos los medios y métodos permitidos para controlarlos. —Junta las palmas de las manos y se las pone así entre ambas piernas—. Hay que reconocer que con alguna gente eran bastante meticulosos.

Éstos eran los medios y métodos permitidos:

Intervención de teléfonos

Movilización de confidentes

Vigilancia oculta por Fuerzas Observacionales

Uso de Fuerzas Investigativas

Uso de Fuerzas Técnicas (incluidas la instalación de tecnología —escuchas— en las habitaciones del sujeto)

Interceptación de correo y paquetes

Solo se me ocurre una cosa que no está incluida:

—¿Utilizaban muestras de olor?

—Oh, no, no, no —dice—, eso era para delincuentes.

—Bueno, y entonces, ¿a qué gente se le hacía el «control operacional»?

—A los enemigos.

—Ah. ¿Cómo sabían que eran enemigos?

—Bueno —explica con su tenue voz—, siempre que se empezaba a investigar sobre alguien, significaba que se sospechaba de actividad enemiga. —Se trataba de una lógica cien por cien dictatorial: «Te investigamos, luego, eres enemigo»—. Buscábamos enemigos en todas las áreas que he mencionado: en fábricas, en el aparato estatal, en la iglesia, en los colegios, etcétera. De hecho, conforme pasaban los años, había más y más trabajo que hacer, ya que la definición de «enemigo» era cada vez más amplia.

Dejo el boli en el pliegue del cuaderno y escruto la penumbra hacia donde está herr Bock. Me cuenta que algunos profesores de la academia pasaron sus carreras ampliando el alcance de los párrafos de la ley para poder abarcar más enemigos.

—De hecho, los ascensos dependían de eso —dice—. Lo discutíamos entre nosotros en el sexto piso, allí arriba. —Un brazo señala hacia el edificio de enfrente—. Y no me importa reconocer ante usted que algunos pensábamos que los párrafos se estaban ampliando más de la cuenta.

Asiento. Si por el mero hecho de investigar a alguien lo conviertes en enemigo del Estado, es normal que acabes teniendo que lidiar con toda la población.

—Demasiado amplios —prosigue— para llevar una buena gestión. Con los recursos disponibles, me refiero.

—¿Qué características buscaban en un confidente? —le pregunto a herr Bock.

—Bueno —dice echándose hacia atrás y cruzando las manos detrás de la cabeza—, tenía que ser capaz de adaptarse a nuevas situaciones con rapidez y conseguir integrarse allí donde lo mandábamos. Y al mismo tiempo tenía que tener un carácter lo suficientemente estable como para tener bien claro que estaba informando para nosotros. Y por encima de todas las cosas —recalca mirándome fijamente, los ojos distorsionados y aumentados por las lentes—, tenía que ser honesto, fiel y digno de confianza.

Le devuelvo la mirada. Puedo sentir cómo se me ensanchan también a mí los ojos.

—Me refiero para con el Ministerio solamente, como comprenderá —se corrige—. No nos interesaba si traicionaba a otras personas... —Ladea la cabeza, pensativo—. En realidad, tenía que hacerlo, ¿no es cierto? Tal vez esta característica no esté bien vista en el ser humano, pero era vital para nuestro trabajo. He de decir que pasa lo mismo en todos los servicios secretos.

No es así. Son pocos los servicios secretos que tienen confidentes por todo el país informando con meticulosidad sobre las actividades en guarderías, y en cenas entre

amigos, y en acontecimientos deportivos.

—¿Qué sacaban de esto los confidentes?

Quiero saber cuánto les pagaban.

—Lo cierto es que era un tanto lamentable —admite Bock—. Les pagaban una miseria. Tenían que encontrarse con sus enlaces todas las semanas, y eso no estaba pagado. De vez en cuando se les daba algo de dinero a modo de recompensa por alguna información en concreto. A veces les regalaban algo por su cumpleaños.

—Entonces, ¿por qué lo hacían?

—Bueno, algunos estaban convencidos de la causa —dice—. Pero creo que en gran medida era porque los confidentes tenían la sensación de que, al hacerlo, eran alguien. Ya se sabe... Tener a alguien que te escucha un par de horas y que va tomando notas. Se creían mejores que otra gente.

En mi cabeza imagino algo más cálido y más humano en la carnalidad de otras dictaduras, como las de América Latina. Es más fácil de entender un deseo por maletines llenos de dinero y drogas, por mujeres, armas y sangre. Estos obedientes hombres de gris haciéndolo a través de confidentes mal pagados una vez a la semana se me antojan tanto más estúpidos que siniestros. Está claro que la traición tenía su recompensa: la pequeña y profunda satisfacción humana de estar por encima de alguien. Es la psicología de la dominatriz, y este régimen la utilizaba como combustible<sup>[19]</sup>.

Herr Bock sigue hablando, y yo sigo tomando apuntes. Cada encuentro con un confidente tenía que celebrarse en una localización encubierta.

—De hecho —dice, orgulloso, torciendo el cuello hacia las escaleras—, yo mismo tengo aquí una localización encubierta, en la planta de arriba. —El dormitorio de arriba sigue acondicionado a tal efecto, con una mesa redonda y sillas marrones tapizadas en vinilo—. Todo confidente sabía perfectamente lo que él o ella estaba haciendo.

Alarga la mano hacia atrás para encender una lamparita. Consulto mi reloj. Son las nueve.

—Si me permite la pregunta —le digo—, ¿a qué se dedica ahora, herr Bock?

—Soy asesor empresarial.

No digo nada.

—Parece sorprendida. Se está preguntando qué puedo saber yo de empresas.

—Pues sí.

—Trabajo para empresas de Alemania Occidental que vienen a comprar bienes orientales. Medio entre ellos y los alemanes orientales porque los occidentales no hablan nuestro idioma. Y los orientales se sienten intimidados por sus ropas, sus Mercedes y esas cosas.

Estupendo. Otro más vendiendo barata la confianza de sus gentes. Los funcionarios de la Stasi se han visto mucho menos afectados que el resto por el paro que ha consumido a Alemania del Este desde que cayó el Muro: muchos han

encontrado trabajo en el mundo de los seguros, de la televenta y de las inmobiliarias. Aunque en la RDA no existían este tipo de empresas, no cabe duda de que los de la Stasi estaban entrenados para trabajar en ellas, versados como estaban en el arte de convencer a la gente para que haga algo contra su propio interés.

—No se nos ocurrió pensar, a ninguno de nosotros, que veríamos el fin de todo. ¡A nadie se le hubiese pasado por la cabeza que nuestro país pudiese dejar de existir así como así! Allí enfrente, en la sexta planta —vuelve a señalar con la cabeza en dirección a la academia del otro lado de la calle—, a finales de 1989 solíamos bromear: «El último que salga que apague la luz», porque al final no iba a quedar nadie en la RDA.

Creo que debería irme. Le doy las gracias a herr Bock, recojo mis cosas y ando hasta la parada del autobús. En toda la calle solo hay una farola y está justo aquí. Si quiero que el autobús se pare a recogerme, tengo que quedarme debajo del foco de luz. No puedo ver mucho más allá; en ninguno de los edificios de alrededor hay luces encendidas. Aquí estoy, en medio de un hueco en el mapa, iluminada para que todos me vean. Según los horarios, faltan 45 minutos para que pase el siguiente autobús. Dentro de diez minutos el frío me atravesará los huesos.

Cojo del suelo mi pequeña mochila y vuelvo a casa de herr Bock. Las luces están apagadas, pero ¿dónde puede haber ido? No ha pasado ningún coche. La verja está atascada y chirría. Hay un trozo de alambre que no veo y que me lastima la palma de la mano. Me imagino a herr Bock mirando por las cortinas y, de hecho, cuando la verja se abre de par en par, sale por la puerta. Está masticando.

—He pensado que voy a llamar a un taxi, si no le importa. Quedan tres cuartos de hora para que pase el siguiente autobús y no me va a dar tiempo a coger el tren de Berlín. ¿Puedo pasar?

Dentro está en penumbra. Ha apagado la lamparita para ver la televisión y ahora también apaga ésta. Traga y me dice:

—Yo de taxis no sé nada. No creo que vengan hasta aquí.

—Bueno, vamos a intentar llamar a uno, ¿le parece?

Se regocija en la oscuridad.

—Tardará un rato —contesta—, lo normal es que vengan desde Potsdam.

Encuentra un listín en la oscuridad y llama a una empresa de taxis. Nos sentamos. Mis ojos se van haciendo a la penumbra. Coge algo de un plato.

—¿No le asustará la oscuridad, verdad? —dice con la boca llena.

—Está bastante oscuro.

—Así podremos ver llegar el taxi.

No veo cómo. Tiene todas las cortinas echadas y, aunque hubiese algo de luz aquí dentro, no escaparía ni una rendija hacia el exterior. Empiezo a hurgar en la mochila, buscando no sé qué. Hago tiempo para pensar y evitar mirarlo. Estoy cansada y hambrienta y ya no me sale con tanta facilidad el idioma. Este hombre en su capullo marrón y su cuarto de conspiraciones no es capaz de tocarme un pelo pero noto cómo

disfruta teniéndome a su merced. Me preocupa que el taxi vea una casa a oscuras en una calle a oscuras y dé media vuelta; estoy pensando en formas de salir de aquí cuando se levanta y espía por las cortinas. Lo hace cuidando de que no se vea ningún movimiento. Pero se vuelve, desconcertado.

—Qué rapidez.

Cojo mis cosas y lo dejo allí, todas las luces están apagadas en la RDA.

## 21. Frau Paul

Sé muy poco sobre esta mujer. La guía del cuartel general de la Stasi insistió tanto en que debía hablar con ella que la llamé y quedamos. Cojo el metro desde Mitte hasta el final de la línea, en Elsterwerdaer Platz, al sur de Berlín Este. Luego espero el autobús que va a casa de frau Paul.

En la parada del autobús hay un vendedor de flores vietnamita con un tenderete de tristes flores congeladas. La RDA importaba como mano de obra «hermanos socialistas» nor-vietnamitas y los trataba bastante mal. Vivían en campamentos y eran transportados todos los días en autocares hasta las fábricas para evitar que entablaran contacto con los locales. Ahora se las arreglan como pueden.

Le compro el ramo menos hastiado que veo. Son velo de novia y claveles, y hay algo de funerario en ellas. El tendero es un diminuto hombre con la cara arrugada como la de una momia y dientes que no le caben en la boca. Se saca el cambio de un bolsillo de cuero que tiene en el delantal y me ofrece un cigarro. Lo cojo e intercambiamos una sonrisa. Luego se agacha tras el mostrador y saca un cartón de Marlboro.

—¿Tabaco? —me vuelve a preguntar con una sonrisa de oreja a oreja.

—No, gracias —le contesto.

Así que el puestecillo de flores marchitas es una tapadera para el contrabando de tabaco... Lo traen en camiones desde Polonia para rehuir impuestos y tasas y lo venden, en su mayoría vietnamitas, en las esquinas, en las bocas del metro o —algo más poético— en puestos de flores. Me gusta el disimulo de este hombre, y su estilo generoso.

Me abre la puerta una mujer alta de sesenta y pocos años. Lleva un corte champiñón y tiene un dulce rostro de ojos azules. La sigo hasta el salón, acaparado por un par de sillones de vinilo y macetas por las paredes. Como diría mi madre, aquí todo está como una patena, y así está también Sigrid Paul. Su pelo y su ropa están en perfecto orden y tiene unos dedos regordetes que han menguado, como los de una afligida Magdalena. Sujeta entre las yemas un pañuelo arrugado. Ha preparado unos exquisitos emparedados de carne asada y huevo duro picado con tiras de pepinillo.

Frau Paul se disculpa por adelantado:

—Pierdo el hilo —dice—. Lo mismo te lleva muchas cintas. He escrito una breve nota biográfica —la coge de la mesa de centro—, para no irme por las ramas.

Parece insegura, una mujer ateniéndose a apuntes de su propia vida. Me tiende el relato de dos hojas. En el encabezado pone: «El Muro me partió el corazón en dos».

Con todo, frau Paul no utiliza las notas. Es verdad que a veces pierde el hilo, y en ocasiones se repite. Pero sabe contar su historia.

En enero de 1961 frau Paul, que por aquel entonces utilizaba su apellido de casada, Rührdanz, y trabajaba como técnico dental, tuvo a su primer hijo. El asunto fue difícil: el bebé venía de nalgas. El parto coincidió con el cambio de guardia y tardaron en atenderla. Para cuando lo hicieron, dice, «ya había una pierna fuera», pero aun así le hicieron una cesárea de emergencia.

Durante los primeros días después de nacer, Torsten Rührdanz escupió sangre. No podía comer nada. Los médicos pensaron que podía tratarse de algún tipo de complicación estomacal y le dieron té. Seis días después del nacimiento, cuando le dieron el alta a frau Paul, el bebé seguía comiendo muy poco, y seguía escupiendo sangre. Lo llevó a un hospital de la parte Este de la ciudad pero tampoco supieron decirle qué era lo que le pasaba.

—Eso me puso muy nerviosa. Para mi marido y para mí era nuestro hijo soñado.

Luego lo llevó al hospital Westend, en el sector occidental, donde no tardaron ni 24 horas en darles un diagnóstico: a Torsten se le había desgarrado el diafragma durante el parto. Tenía el estómago y el esófago dañados; tenía inflamación y hemorragias internas. Su estado era de vida o muerte, así que lo operaron en el acto. Torsten se quedó en el hospital recuperándose.

A principios de julio de 1961 ya se encontraba lo suficientemente bien como para volver a casa, bajo indicaciones estrictas sobre su alimentación y su medicación. Frau Paul y su marido, Hartmut, tendrían que ir con frecuencia al hospital Westend para recoger preparados y medicamentos especiales. Aunque no había Muro, la frontera entre sectores estaba controlada y necesitaban un permiso para pasar las medicinas. Frau Paul debía solicitar la autorización del Ministerio de Sanidad cada vez que cruzaba la frontera para recogerlas.

Durante las siguientes semanas, Torsten hizo lentos pero innegables progresos.

—Nos dijeron que con esa comida especial y las medicinas era posible que pudiese llegar a hacer vida normal —me cuenta, pero se echa a llorar, tan en silencio que parece más bien un goteo. Le ruedan las lágrimas por la cara y se las seca—. Anda, por favor, come algo.

Me llevo algo a la boca. Echo un vistazo en busca de fotos familiares, pero no hay ninguna, ni por las paredes ni en las vitrinas que tengo al alcance de la vista.

En la noche del 12 al 13 de agosto extendieron el alambre de espino del Muro de Berlín. Por aquel entonces frau Paul y su marido vivían en este mismo adosado, bastante adentrado en el sector Este. No habían visto ni oído nada sobre lo que estaban tramando para dividir la ciudad, pero se despertaron en un mundo cambiado.

La siguiente vez que frau Paul fue al Ministerio y pidió el permiso para recoger los preparados y las medicinas se lo denegaron. Recuerda haberle rogado al funcionario, le contó lo enfermo que estaba su bebé y que sin esas provisiones moriría. «Si su hijo está tan enfermo —le dijo el funcionario—, casi mejor que así sea». Las lágrimas de frau Paul han parado y ahora su ancha cara está encendida por la rabia. A la pareja no le quedó más remedio que darle a Torsten un preparado

corriente. Empezó a escupir sangre de nuevo. Una madrugada lo llevaron al Charité, el hospital oriental más grande. Los médicos lo dejaron en observación y le dijeron a frau Paul que volviesen a casa.

—Al día siguiente, cuando volví al hospital para ver a mi hijo, no estaba allí. Nadie me había dicho nada. No habían tenido tiempo de decirme nada. —Cuando los médicos orientales se dieron cuenta de que no podían ayudar al bebé lograron pasarlo por la nueva frontera, como por arte de magia, de vuelta al hospital Westend. Frau Paul no sabe cómo lo hicieron, pero está convencida de que le salvaron la vida—. No les guardo ningún rencor a los médicos del Charité. Lo que supondría para él, lo que sería de todos nosotros después de eso, no era posible preverlo.

Su bebé estaba al otro lado del Muro. Frau Paul y su marido regresaron al Ministerio de Sanidad para que autorizasen la visita. No obstante, cruzar «la barrera protectora antifascista» era ahora una cuestión del Ministerio de Interior.

Frau Paul alarga la mano y me tiende una vieja fotografía. Es de ella, con la cara sin arrugas y un peinado con mucha laca, muy de los años sesenta. Tiene un bebé en brazos y sonríe con incertidumbre. El niño se está chupando el labio inferior y mira directamente a la cámara. No se le ve el cuerpo. Junto a ellos hay un hombre con sotana negra y alzacuello blanco, los tres flanqueados por enfermeras con uniformes y cofias.

—Eso fue en octubre de 1961 —me explica frau Paul—, el bautizo de urgencia.

Después de nueve semanas y media separados de su bebé, que volvía a estar al borde de la muerte, a frau Paul le concedieron un único pase y un visado de un día para asistir al bautizo. Las autoridades no dejaron que asistiera su marido para evitar que se quedasen en el Oeste. Vuelve a sollozar, como si rebosara. Aquí dentro no se oye nada, ni siquiera el ruido de los coches. El único sonido es su respiración.

Por un instante, todas las mañanas, Sigrid Paul se despertaría como su antiguo yo, con la imagen del pequeño cuerpo enfermo de Torsten inundando su mente. Su estado no mejoraba. Lo operaron cuatro veces en el hospital Westend. Tuvieron que ponerle un esófago y un diafragma artificiales e insertarle un píloro artificial. Había que alimentarlo por máquinas. Volvieron a decirles a los padres que podía morir.

—En aquella ocasión pude ir a verlo pero me quedé con ganas de más, quería más. —Frau Paul, que utiliza la jerga de las autoridades—: Mi marido y yo decidimos intentar abandonar ilegalmente el territorio de la RDA. —Aprieta el pañuelo entre ambas manos, sobre el regazo—. No soy tu típica activista de la resistencia; ni siquiera era de la oposición. Hasta la fecha no he sido miembro de ningún partido político. —Se suena la nariz—. Y no soy ninguna delincuente.

Respira hondo y se sienta recta.

—Solía oír la RIAS, la radio occidental. Era ilegal pero todo el mundo lo hacía. Para mí significaba mucho tener noticias del exterior. Y, al final, fue la RIAS lo que me salvó.

Frau Paul y su marido, constructor de barcos, empezaron a buscar maneras de

estar con su hijo. Entre 1961 y 1962 se crearon incontables comunidades de intereses en Alemania del Este; la gente se asociaba por menos que un conocido lejano y el deseo de escapar. Un tal doctor Hinze y su esposa vivían en Rathenow, en la región de Brandenburgo, y querían reunirse con su hijo, que estaba en el Oeste. Cuando construyeron el Muro, Michael Hinze estaba estudiando sociología en la Universidad Libre y decidió quedarse. El doctor Hinze había hablado unas cuantas veces con el marido de frau Paul sobre construir un yate y dar la vuelta al mundo. Evidentemente, no era ése el momento, pero fue así como el doctor se enteró de sus penurias. Su hijo Michael, junto a otros jóvenes estudiantes occidentales, pertenecía a una organización que ayudaba a la gente a salir.

Michael Hinze vive en Alemania Occidental; le llamo. Tiene una voz dulce y humilde. No habla de lo que hizo como si hubiese arriesgado su libertad para liberar a otros; ni siquiera suena como un hombre modesto que se siente incómodo con las insinuaciones de heroísmo. Su tono es más el de alguien que recuerda cómo una vez, paso a paso, y de la manera más normal, reparó su coche.

—En 1961 —cuenta—, tenía veintitrés años, y ninguna experiencia en ese tipo de cosas. —Cuando construyeron el Muro, Michael contactó con un grupo de derechos humanos—. Allí me contaron cómo sacar a la gente.

Al trazar el Muro, la RDA intentó bloquear todas las vías de escape. Varió la ruta de los autobuses, prohibió que sus trenes se detuviesen en las paradas del sector occidental, bloqueó las carreteras a lo largo de toda la frontera y redobló las patrullas en el mar Báltico. Pero era imposible sellar un país al mundo exterior, como un compartimento estanco, y menos aún por todos los puntos y en todos los medios de transporte a la vez. Los trenes que iban de Europa occidental a Dinamarca y Suecia atravesaban Alemania del Este y paraban en la Ostbahnhof de Berlín Oriental. Los ciudadanos de Alemania Federal podían viajar a través del territorio de la RDA con destino a Warnemünde, en la costa del mar Báltico, desde donde se cogían los ferris a Malmö y a Copenhague. Y en la estación de Berlín Oriental todavía no había ni Muro ni controles entre los andenes de los trenes locales y los de larga distancia; y como siempre se había hecho —y sigue haciéndose hoy—, el control de billetes, pasaportes y visados se realizaba una vez en el tren. Una persona con un pasaporte de Alemania Federal y un visado de tránsito podía montarse en un tren en Berlín Oriental y viajar desde allí.

—Éramos unos ocho o diez —recuerda Michael Hinze— los estudiantes involucrados. Yo diría que en total conseguimos sacar así a unas cincuenta personas. —Luego añade—: Yo no era ningún pez gordo ni nada.

El plan era inteligente y sencillo: consistía en hacer pasar a un alemán occidental por un alemán oriental durante un solo día. Los estudiantes pedían a ciudadanos del Oeste que se desprendiesen de sus papeles, por la causa.

—No teníamos problema para conseguir papeles. La gente estaba más que dispuesta a ayudar a los demás a salir de allí.

Escogían a los que se parecían, en edad, altura y color de ojos, a los alemanes orientales que iban a ayudar a entrar. El dueño del pasaporte lo mandaba a las autoridades de Berlín Oriental para un visado de tránsito. Al mismo tiempo, se escamoteaban a través de la frontera de Berlín Occidental fotografías tamaño carné de los alemanes orientales. Cuando los pasaportes regresaban a manos de sus dueños, con el sello del visado, los estudiantes los llevaban a un grafista para que insertara en ellos las fotografías de los que iban a intentar escapar. Una vez que los pasaportes estaban terminados se les hacían llegar a los orientales que iban a escapar.

—Envolvíamos cinco o seis pasaportes en un periódico y los metíamos en la parrilla delantera de mi escarabajo. —Michael podía viajar al Este con un pase de un día. Aparte de los pasaportes podía pasar los artículos necesarios para completar la transformación de alemanes orientales en occidentales—. Les llevábamos cosas como pasta de dientes de una marca occidental para que la metieran en la maleta o los carnés de conducir de los dueños de los pasaportes. Y también tabaco occidental, claro: Marlboro o cualquier otro. Les decíamos que le quitasen las etiquetas a la ropa para que no se viese el «fabricado por el pueblo».

En una calleja cercana a la estación Michael les entregaba los pasaportes y las mercancías. Los alemanes del Este, con una maleta que no era más grande que un equipaje para las vacaciones, se preparaban para marchar hacia sus nuevas vidas. En Navidad de 1961, el padre y la madre de Michael Hinze ya estaban a salvo en Berlín Occidental.

A lo largo del invierno de 1961 a Frau Paul le concedieron permiso para visitar a Torsten cuatro veces. En una de estas ocasiones le esperaba un sobre en el hospital. Era una breve nota del doctor Hinze, con su número de teléfono y algo de dinero suelto. Cuando lo llamó, el doctor Hinze le contó a frau Paul que su hijo les ayudaría a escapar. La siguiente vez que fue al hospital Westend se llevó consigo fotos de carné de ella y de su marido. Michael las pondría en los pasaportes occidentales.

—Así que en febrero de 1962 —me cuenta frau Paul—, planeamos nuestra escapada a través de la ruta de tránsito entre la Ostbahnhof de Berlín y Dinamarca, para llegar a Berlín Occidental. Era un rodeo importante.

Frau Paul es una mujer totalmente desprovista de sarcasmo. De hecho, parece no haberse distanciado mucho de lo que le pasó. Las cosas siguen estando cercanas, y se sienten.

Tres estudiantes orientales escaparían con ellos: un joven llamado Werner Coch y otra pareja. Frau Paul y su marido le dieron su coche a un amigo y vendieron discretamente algunas de sus pertenencias. Dejaron la casa tal cual, llena de muebles.

—Fue una época terrible, tan incierta...

Werner Coch es un ingeniero químico a punto de cumplir los sesenta años. De tono sereno y preciso, tiene el cabello y los ojos oscuros en un rostro sosegado. Va bien vestido, con ropas de tonos discretos y zapatos claros. Nos sentamos en el salón de la espaciosa y confortable casa que se construyó él mismo y me cuenta lo de la

ruta de escapada. Un pequeño reloj de pie da las medias horas de la tarde.

—Teníamos los pasaportes y los billetes de tren —dice— y nos sabíamos la historia correspondiente de memoria: quiénes éramos, nombre, fecha de nacimiento, dónde íbamos de vacaciones y todo eso. —También tenían que aprenderse dónde habían estado antes. El pasaporte de Coch era de alguien que había estado en Togo—. ¡Togo! —ríe—. No puedo decir que sea un experto en la historia de Togo ni nada, pero por lo menos me empollé el nombre de la capital, Lomé, y el idioma que hablaban, francés.

En el día fijado los cinco fueron a la estación de tren. Debían quedarse en el vestíbulo hasta que les llegara una señal de un estudiante occidental, en visita de un día, anunciándoles que todo estaba en orden y podían proceder. El estudiante llamaría a Copenhague para asegurarse de que el grupo anterior a ellos había llegado a salvo. Luego les daría la señal para seguir adelante. Coch no recuerda cuál era la señal exacta. Dice que era «algo con un periódico. Algo sobre la forma de cogerlo».

Frau Paul parece haber olvidado o reprimido todos los detalles por el estilo. Solo dice:

—Llegó una señal de un estudiante que significaba que no debíamos subirnos al tren. Si lo hacíamos nos arrestarían. Nos fuimos derechos a casa.

Coch cuenta algo más. Dice que cuando llegó la señal:

—Nos quedamos de piedra, pero tengo que reconocer que al mismo tiempo cundió cierta sensación de alivio. Yo sabía que todavía tenía cosas en mi maleta que parecían del Este.

Frau Paul sabe ahora que el grupo que les precedió acabó arrestado y entre rejas. El estudiante occidental que iba con ellos también fue arrestado y cumplió una condena de dos años en una prisión oriental. La Stasi había empezado a sospechar y de la noche a la mañana instituyó nuevos sellos como parte del visado de tránsito. En el tiempo que transcurrió entre que habían pedido los visados y que los pasaportes falsificados regresaron clandestinamente al Este, el sello, sin que el pequeño grupo estuviese enterado de nada, había pasado a ser necesario.

—Nos llevamos todos los pasaportes a casa —prosigue frau Paul— y los quemamos. Aquí, en esta casa. —Dice esto de una manera demasiado tajante, como si la pequeña pira los hubiese purificado del crimen—. Luego solo pudimos esperar a que nuestro hijo se recuperase y pudiese volver a casa con nosotros. Pensamos que lo habíamos intentado una vez y no había funcionado. No volveríamos a intentarlo.

Al menos el fracaso había puesto fin a esa ansiedad en particular, y lo sentían como un indulto. Insiste en que ella y su marido Hartmut, en ese preciso momento y lugar, decidieron dejar de intentarlo.

—Eso en cuanto a nosotros, pero, entre tanto, habíamos conocido a tres estudiantes que vivían aquí en el Este, y mantuvimos cierta correspondencia con ellos durante el siguiente año. En la vida, las personas con mentalidades parecidas acaban encontrándose, y después mantuvimos el contacto.

En febrero de 1963, un año después del intento del pasaporte, los tres estudiantes les preguntaron si podían ir a pasar un par de noches en Berlín. Torsten seguía en el Oeste, todavía ingresado.

—Les dijimos que sí. —A partir de aquí su habla se vuelve confusa, salpicada de frases de lo que ella «no sabía por entonces» ni «podía haber sospechado». Se fiaba de los estudiantes, por eso les dio una llave de la casa—. Yo estaba trabajando a jornada completa como técnico dental, no tenía manera de saber qué pasaba en mi casa durante el día. No estaba allí para verlo, eso fue todo. —Juguetea con el cuello del jersey—. Mi marido estaba aquí.

—Frau Paul y Hartmut estaban nerviosos —recuerda Coch sobre su estancia en la casa—. Era un ambiente tenso.

Los estudiantes iban a volver a intentarlo; se había construido un túnel que iba desde Berlín Occidental, por debajo del Muro, hasta el sótano de un bloque de pisos en la zona de Brunnenstrasse, en Berlín Oriental. En los últimos meses habían logrado pasar 29 personas. Sin embargo, más tarde el túnel se inundó y dejó al resto varado en el lado Este. Ahora, en cambio, el agua subterránea se había congelado y se estaba planeando una nueva fuga.

## 22. El trato

—Quería ir —me cuenta Coch— porque tenía la sensación de que todo estaba organizado a la perfección. Pensaba que si corríamos un grave peligro nos harían una señal, igual que cuando el plan de los pasaportes falsos.

Los estudiantes esperaron en el piso de frau Paul a que llegasen noticias de un correo. Al igual que el anterior, este intento estaba organizado por estudiantes occidentales, que les dirían a los orientales dónde estaba el túnel y cuándo y cómo entrar.

El correo llegó con la información.

—Las indicaciones eran ir a una calle en concreto, cerca del teatro Rosa Luxemburgo. Allí habría aparcado un coche con una pequeña señal en la bandeja trasera. A partir de esa señal tendríamos que poder descifrar la dirección del edificio por donde se accedía al túnel. —Luego tenían que ir a una cabina cercana. Si todo estaba en orden para proceder, habría una tirita pegada al auricular—. Si la tirita no estaba, significaba que alguien la había quitado a modo de advertencia. Después, era todo cuestión de dirigirse a esa dirección y decir la contraseña.

Debían entrar en el edificio a intervalos de media hora y después los guiarían por el túnel. Si todo iba bien, llegaría una señal desde la ventana de un edificio en el lado occidental: una bandera blanca de victoria. Si había problemas, verían una pelota roja.

—Hartmut Rührdanz y yo fuimos a repararlo todo por la tarde. Cogimos el metro hasta la parada de Rosa Luxemburgo y echamos un vistazo. —Vieron el coche, y la cabina, y calcularon el tiempo que les llevaría llegar hasta allí desde el piso de Paul aquella misma noche—. Yo salí por mi cuenta y Hartmut me siguió a un intervalo de tiempo seguro. Iba como a unos cien metros de mí o así. —Coch fue hasta el coche y leyó la señal de la bandeja trasera—. Era una especie de adivinanza que tenía algo que ver con manantiales, no me acuerdo bien —dice—, y el número cuarenta y cinco.

*Brunnen* significa manantial, o pozo. Coch averiguó que tenía que ir al 45 de Brunnenstrasse. Luego fue a la cabina y comprobó que la tirita estaba en el auricular. El 45 de Brunnenstrasse estaba cerca de la cabina. También está al lado de mi casa, a la vuelta de la esquina; una mañana estuve deambulando por allí. El cielo estaba despejado, de un azul pálido, y el sol brillaba como la bombilla de un congelador. Brunnenstrasse se cruza con Bernauer Strasse, que es por donde pasaba el Muro y donde se tomaron las famosas fotos de la gente saltando desde sus pisos a los colchones del lado occidental, el 13 de agosto de 1961. Ahora solo queda una franja de césped demasiado crecido. Si no se sabía que el Muro estaba allí, debía de resultar difícil figurárselo. Al final, construirán nuevos bloques encima, del mismo estilo que los viejos, y en menos de una generación la cicatriz será invisible. Sin embargo, de momento, en este tramo hay algo raro: no es un parque, pero tampoco es un solar vacío. Es solo un agujero en medio de la ciudad.

Me subí el cuello mientras caminaba. Estaba fijándome bien en los números de la calle, en busca del 45, cuando pasé por delante de una tienda y leí el letrero. Volví tras mis pasos; lo había leído bien, en el letrero ponía: EQUIPAMIENTO PARA PERFORACIONES. VENTA Y ALQUILER. PERFORADORAS DE POZOS, PERCUTORES ELÉCTRICOS, BARRENAS, TALADROS, BOMBAS. Pasaron dos jóvenes. Estaban cuadrados, ambos llevaban las chaquetas abiertas pese al frío. En la camiseta de uno ponía, en inglés: DEMASIADO BORRACHO PARA FOLLAR, y en la del otro, en alemán: APÁRTATE: VIENE UN GILIPOLLAS. Se me quedaron mirando descaradamente, y luego a la tienda, y luego de nuevo a mí, como intentando averiguar qué es lo que me fascinaba tanto de un sitio de bombea y perfora.

El 45 de Brunnenstrasse es un bloque corriente de cinco plantas. No hay nada que lo distinga del resto de edificios de la calle; no hay ni placas ni nada en la acera en conmemoración del túnel. Y, como otros muchos edificios de la ex RDA, está siendo restaurado. Cuando entré, justo estaban saliendo dos obreros turcos con herramientas y cubos llenos de polvo de yeso. Los saludé con la cabeza como si supiera lo que estaba haciendo y seguí recto. La puerta del sótano estaba a la izquierda; esperé un momento. Luego abrí las puertas, que revelaron la oscuridad y un olor a polvo y humedad. Estaba bajando ya cuando oí un grito.

—Perdone. Perdone, ¿puedo ayudarle?

El portero, también turco, estaba en lo alto de las escaleras. Le expliqué que estaba buscando un túnel al que se accedía desde el sótano de este edificio.

—Espere aquí —me dijo, y fue a coger una linterna con un largo cable. Bajamos las escaleras. En el sótano el techo era abovedado, con tabiques de madera entre cada apartamento. Creo que ninguno de los dos pensábamos que íbamos a encontrar el túnel. Enfocó la luz hacia el fondo del pasillo, por donde el suelo estaba lleno de polvo. Y allí, en el Muro, había una zona por la que podría pasar un hombre, donde los ladrillos eran más nuevos que el resto. La alumbramos con la linterna y nos quedamos parados, y yo pensé en las 29 personas que habían salido del país por aquí, y en Werner Coch, y en el resto.

Cuando llegó al edificio, relata Coch:

—Fui hasta la puerta del sótano, en el vestíbulo, y dije la contraseña, que era: «¿Es la casa del señor Lindemann?». No hubo respuesta, así que la repetí: «¿Vive aquí el señor Lindemann?». Se suponía que era para la gente de detrás de la puerta, para los que nos ayudaban. Debía esperar la reacción. Esperé a que apareciese alguien con una linterna, o tal vez a que alguien me hablara y me dejase pasar. —No ocurrió nada. Nada de nada—. Pensé: «Hay algo que no va bien. Por favor, Dios mío, déjame salir de aquí de una pieza». Di media vuelta y salí del edificio.

»Fue entonces cuando me cogieron los agentes de la Stasi de paisano. Creo que había tres hombres en la calle esperando a que volviera a salir. Ahora sé que tenían el edificio rodeado, hasta había uno de ellos allí dentro, en la escalera.

Le preguntaron qué estaba haciendo allí y les dijo que había ido a visitar al señor

Lindemann. «Aquí no vive ningún señor Lindemann», le dijeron. Se lo llevaron, primero a la comisaría, después al cuartel general en Berlín, y finalmente a prisión, a Hohenschönhausen.

—Hartmut Rührdanz lo vio todo desde el otro lado de la calle —dice Coch— y luego se fue a casa, aterrado.

Los Rührdanz tendrían que quedarse en el Este. Esperarían a que su hijo se recuperase lo suficiente como para volver a casa; albergando la esperanza de que no muriese.

La memoria, como tantas otras cosas, es poco fiable. No solo por lo que esconde o altera, sino también por lo que revela. Seguramente Frau Paul sabía a qué habían ido los tres estudiantes a su casa, y es probable que también supiera que el intento del túnel fracasó. Si no lo admite es porque precisamente fue por saber eso por lo que la convirtieron en una delincuente de la RDA, y porque —y esto es lo más triste de todo— todavía se siente como tal.

Frau Paul me muestra el informe de la Stasi sobre el túnel. La entrada estaba a nuestros pies en Brunnenstrasse, y no en la pared, como pone en el siguiente documento, de una jerga burocrática exasperante:

#### **GOBIERNO DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DE ALEMANIA**

Ministerio para la Seguridad del Estado

ATESTADO

Sobre la existencia de un túnel desde Berlín occidental hasta la capital de la República Democrática de Alemania.

Durante el transcurso del registro de un sótano por parte de miembros del Ejército Nacional del Pueblo el 18 – 02 – 1963 en el 45 de Brunnenstrasse, sito en el barrio Mitte de Berlín, se constató que existía un agujero en el suelo del sótano que ocasionó la suposición de que podía hallarse un túnel.

Un ensanchamiento del agujero y el subsiguiente examen ocasionaron la confirmación de que este edificio del 45 de Brunnenstrasse constituía el final de un túnel construido desde el territorio de Berlín occidental.

El túnel empezaba en territorio de Berlín occidental, atravesaba por debajo Bernauer Strasse, en Berlín occidental, y los bajos de varias casas de la capital de la República Democrática de Alemania para concluir en el sótano del 45 de Brunnenstrasse.

Desde el sótano del 45 de Brunnenstrasse hasta la frontera nacional, el túnel medía 130 metros y se extendía más allá de la misma, por debajo de Bernauer Strasse, de aproximadamente 30 metros de ancho.

Las dimensiones del pasaje se calcularon en 75 cm de ancho y 70 – 80 cm de alto. Durante el examen del pasaje se confiscaron 4 linternas de marca occidental, 1 pala plegable de origen americano, 1 pala de mano, 2 hachas, 1 taladradora, así como varios destornilladores.

Aparte de todo esto, se encontraron en el emplazamiento del túnel y se confiscaron una serie de cables de luz, varias bombillas y alfombrillas de goma.

Al contrastar el material requisado hasta la fecha, se deduce que el estudiante [apellido] de la Universidad técnica de Berlín occidental estaba sin lugar a dudas involucrado en la organización de la construcción del túnel hasta el sótano del 45 de Brunnenstrasse.

A partir de ese momento, empezaron a seguir a frau Paul y a su marido.

—Por la mañana, cuando iba al trabajo, siempre había alguien unos pasos por detrás de mí. Si me dirigía a Alexanderplatz para comprar algunas cosas, un hombre venía conmigo desde mi puerta, en el autobús y el metro, y luego de vuelta a casa. Aunque cambiaban al personal, siempre había alguien. Querían que lo sintiésemos.

Sentir, ¿qué? ¿Una ansiedad indefinida, a fuego lento? Aparte del hecho de ser

vigilados, no hubo nada que pudiesen haber anticipado. Como con la mayoría de las cosas, hasta que no te pasan, no crees que sea posible. Esto se prolongó durante dos semanas.

Una mañana, cuando iba de camino a la parada del autobús, dos hombres vestidos de paisano le pidieron a frau Paul su documento de identidad.

—Era algo bastante normal. Tenías que llevarlo a todas partes. —Antes de poder echar mano al bolso para sacarlo, una «gran limusina negra» se paró junto a ellos. Los hombres la cogieron por encima de los codos y la metieron dentro de un empujón —. Me secuestraron en plena calle.

No sabía dónde la habían llevado, «pero sabía que estaba en la Stasi». Ahora tiene la grabación de su interrogatorio, que muestra que estaba en Magdalenenstrasse, la calle que hace esquina con Normannenstrasse, en el cuartel general de la Stasi. La interrogaron desde las ocho de la mañana del 28 de febrero de 1963 hasta el día siguiente a las seis de la mañana.

—Eso es lo que duró —dice tendiéndome un documento—. Siempre dije que había durado veintidós horas y cuando tuve acceso a mi expediente, ahí estaba: veintidós horas.

Es como si las cosas que le sucedieron a frau Paul fuesen tan excesivas para su forma de pensar y para su sentido de lo que debería ser la vida que quisiera asegurarse de que no exagera en ningún momento. Es también como si no pudiese creer que le pasara a ella.

Frau Paul recuerda a su interrogador con claridad. Era joven, corpulento y cruel.

—Al principio lo negué todo, pero entonces comprendí que ya sabían gran parte. Querían conseguir información sobre los estudiantes que habían dormido en casa. — Al final del interrogatorio volvieron a llevarla a la celda—. Apenas podía hablar. Estaba agotada. Pero no me dejaron allí mucho tiempo. Vinieron y me llevaron a otra parte en un furgón policial. Luego siguieron con su interrogatorio mañana y noche: les gustaba hacerlo cuando estabas falta de sueño. No me dejaron descansar ni un momento.

Fue durante una de estas sesiones cuando le ofrecieron el trato a frau Paul.

Estaba sentada en un taburete bajo y sin respaldo, en una esquina de la sala. Cuando abrían la puerta, quedaba oculta. Pienso en el amplio cuerpo de frau Paul en ese pequeño taburete, diseñado para vejar. El teniente que la interrogaba estaba detrás de una mesa grande.

—Tengo entendido que su hijo se encuentra en territorio enemigo —empezó.

—Sí, señor.

—Según nuestras informaciones, está bastante enfermo.

—Sí, señor.

¿Dónde quería ir a parar? ¿Le habría pasado algo a Torsten que ella no supiese? No serían capaces de hacerle nada a un pequeño bebé enfermo, ¿verdad?

—¿Le gustaría ver a su hijo?

¿Qué clase de pregunta era ésa?

—Sí, señor.

—Podríamos arreglarlo.

Me imagino la inmensa esperanza que sentiría entonces, el corazón hinchándose allí sobre aquel taburete. Pero dice:

—Fue entonces cuando empecé a sospechar. Yo estaba en chirona, perdón, en la cárcel, me refiero, y me estaban ofreciendo ir a territorio enemigo... que es lo que era por entonces Occidente. No tenía ningún sentido.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—No tiene nada de complicado —le dijo él—. De hecho, es algo bastante sencillo. Si quisiese ir a visitar a su hijo en territorio enemigo, lo único que le pediríamos es que, mientras esté allí, quede con su joven amigo Michael Hinze. Podrían ir a dar un paseo, por los jardines del palacio de Charlottenburg, por ejemplo. —Estaba confusa. Luego añadió—: El resto puede dejarlo de nuestra cuenta.

—¡Dejarlo de nuestra cuenta! —chilla—. Y después me dijo: «Favor con favor se paga». ¡Favor con favor se paga!

Su voz es una mezcla de horror y triunfo. Está claro que hay algo que no sé. Me pregunto si existirá en alemán una palabra de juego de construcciones para esta extraña combinación de emociones.

—En ese momento —me explica— me vino a la cabeza Karl Wilhelm Fricke, fue como un rayo. Lo había oído hacía años por la radio occidental contando su secuestro y su encarcelación y nunca se me había olvidado. De pronto lo vi claro: me iban a usar como cebo para secuestrar a Michael.

Karl Wilhelm Fricke es muy conocido en Alemania por ser, aparte de presentador y periodista, un fenómeno: «el caso Fricke». Siempre fue un agitador contra la República Democrática de Alemania. En abril de 1955, en el Día de los Inocentes, durante un encuentro en Berlín Oriental, unos agentes de la Stasi drogaron su coñac para llevárselo, una vez inconsciente, al otro lado de la frontera. Lo condenaron por «instigación a la guerra y al boicot contra la RDA» y lo sentenciaron a cuatro años en aislamiento, pena que cumplió hasta el último día. En Occidente no se pudo hacer nada por él. Cuando lo soltaron, de vuelta en Berlín Oeste, no tardó en emitir por las ondas, pese al peligro que suponía, la historia de su abducción. Al final de una tarde que pasé con él, me dijo:

—Frau Paul, por aquel entonces frau Rührdanz, es una mujer muy muy valiente.

Frau Paul sabía que Michael se fiaría de ella y quedaría para verla en el parque y que, cuando viniesen para introducirlo por la fuerza en el coche, ella tendría que dar media vuelta y perderse. No sabe si la oferta habría supuesto más de una visita a Torsten, o salir de prisión. Solo sabía que, si aceptaba, sería de ellos, habría vendido su alma por una visita a su hijo gravemente enfermo. Sería de ellos para siempre: un topo y una rata amaestrada.

—Yo... ¿un cebo para atrapar a Michael? Evidentemente no, ni pensarlo. —Tiene

la espalda recta y las manos cerradas sobre los muslos—. Karl Wilhelm Fricke fue mi ángel de la guarda. —Empieza a desmoronarse y acaba derrumbándose. En este momento no parece una mujer a la que salvaran de algo—. Tuve que decidir en contra de mi hijo, pero no podía dejar que me utilizaran de esa manera.

Los hombros se le desploman y vuelve a llorar. Tiene una mano encima de la otra y de vez en cuando las intercambia, como para confortarse en cierto modo.

—En ese momento fue la decisión correcta —dice entre lágrimas—. E incluso luego, siempre podría decirme a mí misma: «No me condené a la culpabilidad. Puedo dormir tranquila con lo que he hecho». —No intenta cubrirse la cara. No había ninguna respuesta correcta, ninguna salida válida—. Es cierto que no tuve que cargar con eso sobre mi conciencia, pero sí que —toma aire en un espasmo de dolor— decidí en contra de mi hijo.

Cuesta tanto saber qué clase de herencia dejarán nuestros actos en el futuro... Frau Paul tuvo el valor de hacer lo que le dictaba su conciencia en una situación en la que la mayoría de la gente habría optado por ver a su bebé y decirse a sí misma que no le quedó más remedio. Pero una vez tomada, su decisión le inyectó más valor para seguir viviendo. Se me antoja que frau Paul, como suele hacerse, sobreestimó su fuerza, su resistencia al daño, y que ahora es, por sus principios, una mujer solitaria y llorosa, atormentada por el remordimiento.

—En consecuencia, no volvieron a interrogarme.

Se enteró de que su marido y los tres estudiantes también habían sido arrestados, al igual que otras treinta personas de toda la RDA que planeaban escapar por el túnel.

## 23. Hohenschönhausen

Frau Paul y su marido pasaron cinco meses en la prisión de Hohenschönhausen para, acto seguido, ser trasladados junto con los tres estudiantes a Rostock, en el mar Báltico, donde serían juzgados. Frau Paul piensa que lo hicieron así porque los medios occidentales sabían de las dificultades de Torsten en un lado del Muro y de sus padres en el otro y las autoridades quisieron asegurarse de que no salía a la luz pública bajo ningún concepto.

La pareja nunca vio los cargos contra ellos, ni la sentencia. Les ofrecieron los servicios del doctor Vogel, el abogado estrechamente vinculado con el Gobierno, que se había hecho famoso por negociar la venta de personas entre el Este y el Oeste. Pero como no se fiaban del arreglo, lo declinaron, insistiendo en conservar a su abogado familiar; no obstante, éste no pudo hacer mucho por ellos porque le dieron el papel con los cargos contra sus clientes solo cinco minutos antes de que empezase el juicio.

El fiscal alegó:

Rührdanz, Sigrid, es acusada de inducir o, al menos, ayudar y secundar a ciudadanos de la República Democrática de Alemania a salir ilegalmente de la RDA.

La acusada mantiene contacto con miembros de una organización clandestina y terrorista de ciudadanos de Berlín Occidental que capta a gente, la convence para salir de la RDA de forma ilegal y le facilita los medios, tanto con papeles ilegales como violando la frontera nacional [...]. [Ella] guardaba bajo su custodia, en su propio piso, pasaportes falsificados, organizaba reuniones, transmitía información sobre los planes de las operaciones clandestinas de fuga y albergaba en su casa a gente con intenciones de huir. Existe la sospecha latente de que ella misma tenía pensado abandonar la RDA de forma ilegal.

Frau Paul me lo lee y defiende, en cada momento, su inocencia.

—Como te dije, hacía mucho tiempo que habíamos dejado de intentar escapar. Yo no sabía qué estaban haciendo los estudiantes en el piso.

En 1992, veintinueve años después del juicio, frau Paul vio por primera vez la sentencia en su expediente. No se mencionaba a Torsten en ningún momento. Los jueces escribieron que su «actitud de rechazo hacia el Estado» se había «exacerbado por el hecho de que la acusada era una oyente diaria de la radio difamatoria de la OTAN».

—Pusieron eso de la radio difamatoria de la OTAN porque no dejé que me utilizaran como cebo en su trampa.

A Frau Paul y a su marido les cayeron a cada uno cuatro años de trabajos forzados. La metieron en un furgón y la llevaron desde Rostock a Hohenschönhausen, donde cumpliría su condena. La pena de Werner Coch fue menor (un año y nueve meses en una prisión ordinaria), porque las penas por ser cómplice en un intento de fuga del país eran mayores que por el delito en sí de huir.

Aunque la cárcel de Hohenschönhausen no está muy lejos del centro de Berlín Este, su existencia era desconocida incluso para la gente de los barrios colindantes.

Todas las calles que llevaban a la zona o salían de ella permanecían bloqueadas por una barrera de control y un centinela. Hohenschönhausen era una cárcel para presos políticos: eran las instalaciones de seguridad más recónditas de una zona asegurada dentro de un país amurallado; otro hueco en el mapa.

Frau Paul me llevó allí un día. Era un día tan frío como cualquier otro, y estábamos en una calle residencial como cualquier otra. Mientras íbamos andando, iba asintiendo y me iba contando:

—Aquí estaban las barreras. —Lo único que quedaba era un bolardo en la acera que llegaba a la altura de la cadera. Entramos a lo que había sido la zona de seguridad de la Stasi—. Aquel edificio de allí era el departamento M, vigilancia postal —me explicó frau Paul, que caminaba unos pasos por delante de mí e iba señalando con la mano extendida—. Ese otro era el taller de falsificación de la Stasi, y aquel de allí era un hospital especial de la Stasi. —Eran edificios de hormigón puro. Parecían vacíos—. En aquellas torres de apartamentos vivían funcionarios de la Stasi.

Seguí su mano y vi un macizo de torreones grises y blancos de muchas plantas. De uno de ellos salió un hombre de mediana edad con un perro salchicha unido a él por una correa extensible. El hombre no nos hizo caso, pero el perro me miró con desconfianza mientras meaba en el bordillo.

Cuando nos internamos un poco más, llegamos a un edificio con grandes muros de hormigón con alambre de espino por encima. Los muros parecían desplegarse y desplegarse alrededor de una zona tan grande como una manzana. En las esquinas había torres de vigía octogonales y, por debajo, en la parte que daba al exterior, una enorme jaula para perros vacía. Hohenschönhausen lleva cerrada varios años; la gente está luchando ahora para preservarla como museo del régimen. Frau Paul también está involucrada, por eso tiene una llave.

Nos acercamos a las imponentes puertas de acero gris de la entrada. Junto a ellas, había una puerta de tamaño natural. Frau Paul iba con los ojos bien abiertos y su ropa sonaba con el frufú del nailon. Iba por delante de mí moviéndose con un aire profesional que parecía decir: «Odio este sitio, pero aquí sigo». Nos deslizamos por la prisión vacía, hasta un patio enorme rodeado de edificios en el que había otra construcción achaparrada en el centro. El suelo era de asfalto y gravilla, crujiente como los adornos de una tarta. Había un camión aparcado en el patio; estaba pintado de gris y la parte de atrás era de acero macizo, sin ventanas ni ningún tipo de ventilación a la vista.

—Es igual que el furgón donde me trasladaron desde Rostock, estuve ahí metida unas cinco horas —me contó. Y luego, para mi sorpresa, me dijo—: Entra.

Eso hice. En el interior, en vez de dos bancos para los presos como esperaba encontrarme, había un minúsculo pasillo y seis celdas, cada una con su puerta y su cerrojo. No eran lo suficientemente altas como para estar de pie y solo contenían una tabla para sentarse. Frau Paul se subió.

—Entra —me repitió, señalando la celda más al fondo—, para hacerte una idea de

cómo era.

Me metí en una y cerró la gruesa puerta de acero. Giró la llave en la cerradura. Me senté en el banquillo y todo estaba oscuro como el carbón, era horroroso. Desde el otro lado de la puerta me dijo, alzando la voz:

—Tienes que imaginarte que aquí fuera había alguien sentado con una metralleta. —Me lo imaginé; luego, me dejó salir.

Más tarde supe que en ocasiones disfrazaban esos camiones como vehículos de carga, de lavanderías, como camiones frigoríficos para pescado o furgonetas de reparto de pan, cuando en realidad todos trasladaban presos y disidentes a punta de pistola por la República entera.

Atravesamos el patio hasta el edificio de en medio y entramos por una plataforma de carga para camiones, con unas puertas inmensas.

—Aquí es adonde me trajeron —me dijo—. No tenía ni idea de dónde estaba. Por lo que a mí respectaba me podían haber llevado desde Rostock a cualquier punto de la RDA. No tenía ni la menor idea de que estaba en pleno Berlín.

Los furgones y la plataforma de carga estaban pensados para poder sacar a los presos de uno en uno, para que no se viesen entre ellos, ni tampoco pudiesen ver la luz del día, ni una calle, ni la entrada al edificio.

Subimos por las escaleras. Descorrimos hacia un lado una enorme puerta metálica tachonada que reveló un largo pasillo de linóleo. Frau Paul señaló un rudimentario sistema de cable y gancho que recorría las paredes a la altura de la cabeza. Cuando entraba un nuevo preso, funcionaba a modo de alarma y activaba luces rojas cada tantos pasos: era la señal para que metieran a todos los presos en sus celdas y los guardias se escondieran para no ser vistos. El preso no debía saber quién más había allí, ni debía tener ningún contacto humano que no estuviese estrictamente supervisado, con fines psicológicos, por sus captores.

Atravesamos el pasillo; había algunas celdas abiertas, otras cerradas. El único sonido era el de nuestras pisadas sobre el suelo. La pintura gris de las paredes estaba descascarillada. No era la primera vez que frau Paul volvía, pero no creo que le resultase muy fácil. Hay lugares que no visito, y algunos por los que prefiero no pasar ni siquiera con el coche, son sitios donde pasaron cosas malas. Pero ahí estaba ella, en el lugar que la destruyó, contándomelo. Es en parte valentía, como la que le llevó a rechazar el trato de la Stasi, y en parte, tal vez, obsesión, causada por lo que le hicieron después de eso.

Me llevó a la sala donde la interrogaron. En este complejo había salas para 120 interrogatorios simultáneos. La de ella tenía papel pintado con motivos marrones hasta la mitad de la pared, suelo de linóleo de un color parduzco, una mesa grande y una silla. Detrás de la puerta había un pequeño taburete de cuatro patas, parecía una banqueta para ordeñar.

—Veintidós horas sentada ahí —dijo frau Paul.

Luego fuimos a otro edificio, al *u-boot*. Desde arriba parecía bastante corriente.

Bajamos unos cuantos escalones. Frau Paul me iba contando que había sido construido por los rusos en 1946 con el fin de albergar varias cámaras de tortura. La escuchaba a medias, todavía me estaba haciendo al extraño olor. Algunos olores son difíciles de reconocer. Me acuerdo de la biblioteca de la facultad en época de exámenes: olía a sudor, a abrigos mojados, a mal aliento; era un olor híbrido, pero era el olor a miedo en estado puro. Este *u-boot* olía a humedad, a orín rancio, a vómito y a tierra: el olor de la miseria.

El pasillo, que parecía un túnel, era largo e inhóspito, con bombillas peladas colgando de cables. Frau Paul empezó a abrir puertas. Primero, un compartimento tan pequeño que solo cabía una persona de pie, pensado para ser llenado de agua helada hasta el cuello. Había 68 iguales, me contó. Después había celdas de hormigón que no contenían nada y donde metían a los presos y los dejaban a oscuras entre sus propios excrementos. Había una celda tapizada hasta arriba de caucho negro almohadillado. A Frau Paul la tuvieron encerrada justo al lado. Recuerda haber oído a los presos que estaban dentro de la celda de caucho, y cómo iban perdiendo la cabeza poco a poco; al final las únicas palabras que les quedaban eran: «¡No saldré de aquí en la vida!». Cuando los sacaban de allí, le mandaban a ella fregar los vómitos y la sangre.

En la celda más extraña había una especie de yugo de madera parecido a los aparatos que exponen en las ferias del condado. El preso quedaba casi doblado en dos, con la cabeza y las manos entre las ranuras y el yugo cerrado por encima. Frente a la cabeza colgaba un cubo de metal a modo de morral. El suelo y las paredes eran negras, con salientes afilados. Frau Paul me explicó que el preso iba descalzo, uncido en el yugo. Los salientes se le clavaban en las plantas de los pies. Luego caía agua desde un tubo que había en el techo, directa a la cabeza. Al final, el preso sentía tanto dolor que perdía el conocimiento y se le caía la cabeza. De este modo, acababa en el agua del cubo que tenía frente a él y o bien revivía de nuevo al dolor o bien se ahogaba.

No había nada de divertido en esa celda ni en estar allí con Frau Paul, sentir el suelo afilado bajo mis botas, tocar el tosco yugo e imaginar estar doblado allí en la oscuridad, sufriendo y oscilando entre seguir consciente y ahogarse. Pero también había algo cerril. Parecía demasiado primitivo para la mitad del siglo XX y demasiado primitivo para este lugar. Este artilugio pertenecía a un Este más lejano y de más atrás en el tiempo, a una barraca de feria que muestra una historia con reminiscencias de los Monty Python.

Pero en cierto modo había algo aún más escalofriante en el despacho con el taburete enano donde le hicieron sentarse a Frau Paul, y en la mesa y la silla de despacho de lo más corrientes donde se sentaba el interrogador. Era en los despachos donde la Stasi se sentía realmente en su salsa: como innovadores, inventores de historias y vendedores ambulantes de pactos con el diablo. En ese cuarto fue donde le ofrecieron un trato y donde lo rechazó, donde un alma se dobló y se deformó para

siempre.

Ninguno de los torturadores de Hohenschönhausen ha sido llevado ante la justicia<sup>[20]</sup>.

Frau Paul tenía permiso para recibir una visita (la mayoría de las veces de su madre) cuatro veces al año, pero la trasladaban a otra parte para que ni ella ni su visita supiesen en qué parte de la RDA estaba presa. El correo se mandaba a otra dirección de la Stasi y le llegaba abierto. La habían arrancado del tiempo, y del espacio.

Torsten pasó todos esos años en el hospital Westend. Las enfermeras y los médicos lo alimentaron a través de tubos, lo medicaron y le cambiaron los pañales. Le cantaron canciones, le enseñaron a hablar e intentaron enseñarle también a andar. El hospital era el único hogar que conocía Torsten Rührdanz y sus trabajadores las únicas personas. La siguiente es una de las cartas que llegó hasta sus padres; es de noviembre de 1963, cuando Torsten estaba a punto de cumplir los tres años:

Estimados señor y señora Rührdanz:

He sabido que les gustaría ser informados sobre la salud de Torsten, cosa perfectamente comprensible. Por lo general, está contento, haciendo progresos a la hora de andar, y feliz. Se ha convertido en el niño mimado de pediatría. Evidentemente, de vez en cuando todavía tenemos que salvar algunas dificultades, lo que significa que, por desgracia, todavía no puede ser dado de alta del hospital en un futuro próximo. No hemos conseguido alimentarle sin el tubo estomacal, porque en cuanto empieza a comer con normalidad, vuelve el dolor. Su peso sigue sin ser del todo satisfactorio: 7.670 gramos. También su altura está por debajo de la media para un niño de su edad. Sin embargo, la diarrea ha desaparecido prácticamente. No nos queda más remedio que seguir como hasta el momento y esperar que se le vaya ensanchando el estómago y se le subsanen los problemas de la parte inferior del diafragma.

Pueden estar seguros de que seguiremos haciendo todo lo posible por su hijo. Volveré a escribirles antes de Navidad.

Atentamente,  
Prof. Dr. L.

Michael Hinze siempre ha vivido en el Oeste. Nunca llegó a ser secuestrado por la Stasi; ni siquiera supo que estaban detrás de él. Hasta hace poco, tampoco tenía ni idea de que frau Paul estuviese relacionada de alguna forma con su libertad continuada.

—Me enteré hace un par de años, cuando cayó el Muro. No supe nada de los Rührdanz en años. Luego, un día, me llamaron. No sabía nada de toda esa historia sobre el chantaje y los planes para secuestrarme... —Se le ve incómodo con este asunto—. Es que yo siempre me vi como alguien de poca monta, yo lo único que hacía era reunir a la gente, conseguir pasaportes... Sabía que según las leyes de la RDA era algo ilegal, pero... —se detiene. Ni siquiera lo pensó en su momento. Y aunque lo hubiese hecho, ¿cómo podría haberse imaginado que alguien tendría que pagar un precio por su libertad?—. Es una mujer muy valiente, siento un gran respeto por ella, y también me siento muy agradecido. Pero a la vez creo que no tengo por

qué sentirme culpable... No me siento culpable, creo que simplemente tuve suerte de no caer en las garras de la Stasi, de esa forma o por otros medios.

Piensa que si hubiesen tenido tantas ganas de atraparlo lo habrían hecho, y es probable que tenga razón.

—Ella fue muy activa en todo este asunto —dice Hinze con admiración—. Los Rührdanz solían congregarse a gente de Halle o de Dresde o de cualquier otra parte, gente que quería escapar, y la ayudaban. Eran personas muy comprometidas.

Frau Paul no me ha contado nada de todo esto, aunque cualquier otro se sentiría orgulloso de ello. La imagen que nos hacemos de nosotros mismos, con sus congruencias y sus partes más fantásticas, nos sirve de apoyo. La imagen que tiene Frau Paul de sí misma no es ni la de una heroína ni la de una disidente; es una técnico dental y una madre con una historia familiar espantosa. Y una delincuente. Esto es lo que me parece más penoso: que la imagen que tiene de sí misma es la que la Stasi le construyó.

—Le dije que su historia me había llegado muy hondo —comenta Hinze—, y que no conocía a nadie que no me hubiese traicionado en esas circunstancias. Le dije que no había mucha gente con el valor para hacer lo que ella hizo. Para comportarse con... —busca el término adecuado— con una humanidad tan grande, diría. Se comportó con una humanidad tan grande... —Ambos nos quedamos callados un instante—. Pero por desgracia, a costa suya.

En agosto de 1964 compraron la libertad de los Rührdanz por 40.000 marcos occidentales, pero, en vez de ser liberados en el Oeste, con su bebé, los tiraron en medio de la calle sin papeles en Berlín Oriental. Frau Paul achaca esto a su negativa de aceptar al doctor Vogel como abogado. De las 34.000 personas cuya libertad se estima que fue comprada entre 1963 y 1989 solo hay documentados hasta la fecha nueve casos de una crueldad tan extrema, en los que el Oeste pagó con moneda fuerte y el Este no entregó a las personas cuya libertad se había comprado.

Torsten siguió viviendo en el hospital Westend. El 9 de abril de 1965, cuando tenía cuatro años, Frau Paul tuvo noticias de él por la hermana Gisela, una de las enfermeras.

Todos les deseamos a usted y a su esposo unas pascuas llenas de salud y felicidad. Torsten ha hecho un dibujo él solito: conejitos de pascua marrones y un nido de huevos de colores. Dijo: «Es para mi mamá. A ella le gustará». Ayer recibimos su hermosa tarjeta y le damos las gracias en nombre de Torsten. Estaba tan contento que tuvimos que leerla varias veces en voz alta. La lleva todo el rato en la mano y no deja de mirar el dibujo del Hombre de Arena.

Mi querida señora Rührdanz, ahora Torsten está haciendo verdaderos progresos. Es una vergüenza muy grande que usted no pueda disfrutarlos... Este drama entre distintas partes de una ciudad hace que una se desespere, pero prefiero no hablar del asunto.

Mejor, algunas noticias buenas sobre Torsten. Pesa ya 9.450 gramos y mide 84 centímetros. Habla y lo entiende todo como un niño de seis años. ¡No se le escapa ni una! Me ha dicho que le escriba diciéndole que dentro de poco volverá con ustedes a Kaulsdorf. Torsten es ya capaz de andar cinco metros sin ayuda de nadie. Aparte de eso, se pasa toda la tarde revoloteando por la unidad. Querida señora Rührdanz, le deseamos todo lo mejor y le envío mil besos de Torsten... también para su papá.

Tuvieron que esperar otros ocho meses antes de que Torsten estuviese lo suficientemente recuperado como para dejar el hospital Westend. Cuando por fin fue a su casa, en Alemania Oriental, tenía casi cinco años y era pequeño y chepudo y muy educado.

—Por supuesto, no me reconocía como madre —dice frau Paul—. No sabía lo que era una madre. Solo conocía el ambiente estéril del hospital y al personal de allí, a los médicos, las monjas y el resto de gente. Y aunque le trataron con mucho cariño e intentaron... —ahora llora, mucho—... intentaron crear como pudieron un ambiente familiar, aquello simplemente no era su hogar. Estaba asustado. Cuando yo... —Tiene que parar porque no es capaz de pronunciar las palabras—. Cuando lo cogí en brazos por primera vez y lo apreté contra mí, él debió de preguntarse: «¿Qué quiere esta señora de mí? Dice que es mi madre, pero ¿qué es una madre?». Nos hablaba con el «*Sie*» de cortesía. Decía por ejemplo: «Madre, ¿sería usted tan amable de prepararme un bocadillo? Tengo hambre»; o «Padre, ¿podría usted ayudarme a subir a esa silla? Yo no soy capaz», y esa... esa distancia era tan terrible... Convirtieron a nuestro hijo en un extraño. —Baja la voz—. Y fue entonces cuando más furiosa me puse conmigo misma: ¿Había hecho bien en el interrogatorio al negarme a ser utilizada como cebo en un secuestro? ¿O tendría que haber ido con mi hijo?

No para de sollozar. Yo también me siento mal. Son los pequeños detalles los que te hacen llorar. La idea de unas enfermeras y unos médicos en Berlín Occidental intentando explicarle a un niño pequeño lo que era una familia, preparándole para una. La idea de que frau Paul sigue sin encontrar paz, pues me está justificando ahora una decisión suya de hace más de treinta años. Estoy hurgando en busca de pañuelos, que al parecer solo tengo en diversos grados de vergonzoso desgaste al fondo de mi mochila. Ni siquiera pienso en Torsten.

Suena el timbre y Frau Paul se levanta para contestar. Vuelve al cuarto seguida por un hombre cuya edad es difícil de aventurar, pero que al instante sé que es él. Cuando me levanto para darle la mano, le saco como una cuarta y su mano cabe en la mía. Tiene el cuerpo pequeño y encorvado y los brazos y las piernas parecen torcidos, como los de una araña. También su cabeza parece pequeña. Tiene los ojos oscuros y brillantes, bastante hundidos, y unos pómulos prominentes. Lleva una chaqueta con un par de chapas en la solapa, un estilo informal, moderno.

—Encantado de conocerte —dice Torsten, con sinceridad, y se hunde y se retuerce en el sillón que hay a mi lado. No parece sorprenderle que su madre haya estado llorando.

Torsten no está seguro de si recuerda cuando vio a sus padres por primera vez:

—He visto las fotos y me cuesta distinguir lo que recuerdo de lo que vi. Sé, porque me lo han dicho, que les hablaba de «usted» porque no sabía lo que eran unos padres. A veces tengo un pálpito del encuentro, en un pasado borroso, como una fata morgana, sin ser consciente. —Su voz es muy tenue.

Quiero saber si cree que su madre tomó la decisión correcta, así que se lo pregunto sin más rodeos. Se muestra relajado.

—Nunca he mirado a mis padres y he pensado que se equivocaron en su decisión, ni los he mirado como la Stasi, como criminales o algo por el estilo... más bien al revés: los admiro por lo que hicieron. —Parece que ha aprendido a contener tanto la nostalgia como el arrepentimiento—. No se me ha ocurrido pensar que tal vez, si hubiesen hecho las cosas de otra forma, habrían salido de otra forma.

—Y además —sugiero—, tampoco creo que una visita hubiese supuesto una gran diferencia...

No intentaba restarle heroicidad, solo intentaba encontrar otro modo de ver la elección de frau Paul, no como un abandono drástico de su hijo. Pero él me interrumpe amablemente y lo piensa desde el punto de vista de su madre.

—Bueno, sí, pero creo que si alguien se está muriendo lo más probable es que quieras verlo una vez más antes de que muera. Eso sí supondría una diferencia para ti, aunque no cambiase nada.

Torsten complementa su pensión por invalidez con trabajos para bandas de la escena musical electrónica. Es algo que lleva haciendo, de una forma u otra, desde antes de que cayera el Muro. En aquellos tiempos, al ser inválido, se le permitía viajar a Occidente una vez cada quince días. Los músicos de rock de la RDA le encargaban que les pasase piezas sueltas de contrabando. Torsten era una cara muy conocida para los guardias de la frontera, quienes le registraban...

—Un 90 por ciento de las veces —dice, sonriendo—. Me pillaban con frecuencia, pero por suerte las consecuencias no eran muy duras para mí. Aunque me acusaron de «comercio peligroso con instrumentos y componentes electrónicos musicales» —ríe.

A pesar de su historial familiar, la Stasi intentó convencer a Torsten de que informase para ellos. En primer lugar, reunieron material comprometedor sobre su contrabando y luego lo arrestaron para interrogarle. Torsten no dijo ni pío, así que el mismo material que iba a ser utilizado para convencerle de informar se convirtió en cambio en prueba de su poca idoneidad para el puesto. Un informe definitivo del 17 de junio de 1987 consta de dos frases: «R. no es apropiado como colaborador no oficial del Ministerio. (R. participa en actividades ilegales). Por principios, R. rechaza colaborar». Sin duda, no era una buena opción de compra.

Le pregunto a Torsten si cree que el Muro ha moldeado su vida.

—Me resulta difícil decir en qué sentido exacto el Muro ha moldeado mi vida... y lo diferente que habría sido en otras circunstancias —dice—, pero que lo ha hecho, de eso no tengo duda.

Ha aprendido a no jugar al juego del «si no hubiese sido por»: si no hubiese sido por el Muro, no habría sufrido una recaída; habría podido crecer junto a sus padres; tal vez ellos no habrían ido a la cárcel; habría tenido un cuerpo sano, un trabajo, una pareja. Cambia de postura en su sitio para mirarme a los ojos:

—Nadie tiene una vida perfecta. Cada cual tiene cuestiones con las que lidiar. Las

mías tal vez sean un poco más duras, pero lo importante es cómo se las arregla cada uno con ellas.

—¿Y cómo te las arreglas tú?

Estoy frente a él, mirando su cuerpo retorcido y escuchándole respirar a través de los tubos que colocaron en su interior.

—Bueno, es un problema para mí. Creo que la vida puede acabar demasiado rápido, así que no tengo aspiraciones a largo plazo. Sea lo que sea lo que quiero, lo quiero ahora, para vivirlo hoy. No tengo paciencia para ahorrar, o montar una empresa o algo. Me pone nervioso. El resto de la gente me dice: «Tienes tiempo, todavía eres relativamente joven». Pero yo tengo siempre mucho miedo de que las cosas acaben de buenas a primeras. —Hace una pausa—. O de que, en lo político, todo vuelva a cambiar y entonces no tenga la oportunidad de vivir ciertas cosas.

Me fijo en que para ser algo tan grande, que configuró tan brutalmente sus vidas, resulta difícil encontrar huellas del Muro. Estoy a punto de decir que creo que es raro dejar que todo el mundo olvide tan rápido cuando Torsten dice:

—Me alegro de que ya no esté, y me alegro de que quede tan poco de él. Me recordaría que puede volver, que todo lo que ha pasado puede volver a pasar.

—¡Pero eso es imposible! —ríe.

Me mira con seriedad:

—Cualquier cosa es posible —dice—. Nunca digas que algo es imposible.

Su madre está de acuerdo.

—¡Quién hubiera pensado que podían llegar a construir un Muro! ¡Eso también era imposible! Y al final, ¡quién hubiera pensado que podría caer! ¡Eso también era imposible!

Aquí la gente habla del «*Mauer im Kopf*» o el Muro en la cabeza. Yo creía que era solo una forma rápida de referirse a cómo los alemanes siguen definiéndose como orientales y occidentales, pero ahora lo veo en un sentido más literal: tanto el Muro como las razones por las que se levantó siguen existiendo. El Muro persiste en la mente de los hombres de la Stasi como algo que desean que algún día vuelva pero también en la de sus víctimas, como una posibilidad paralizante.

Torsten se ofrece a llevarme hasta la estación. Frau Paul le da un beso y estrecha mi mano entre las suyas. Luego se encoge de hombros:

—Eso es todo —dice, como si al haber sumado las partes de su vida el resultado no hubiese sido gran cosa.

Torsten tiene un BMW de los antiguos, con un asiento elevado hecho a medida tras el volante. Pone algo de música de ritmos latinos que, es raro, va acompañada con los limpiaparabrisas. Charlamos y me deja más allá de la estación, casi a la altura de Alexanderplatz. Luego me despide con la mano y se va en su coche, jorobado y tullido y viviendo al día.

## 24. Herr Bohnsack

Voy a pie a recoger a mi último hombre de la Stasi. Por su calle están poniendo un nuevo carril de tranvía, hay tramos de acero desparramados como regaliz por el suelo, por la mediana. Es la hora de comer y los obreros han desaparecido. Llamo al porterillo, donde dice «Bohnsack». Sale un hombre poniéndose un elegante sobretodo de color tabaco. Es alto y ligeramente encorvado, aunque con un torso musculoso. Tiene una cara agradable, mofletuda y con entradas. Me mira a los ojos y sonrío con calidez.

—Vamos al bar de mi barrio —me sugiere.

El local es un *Kneipe* tradicional berlinés. Tiene una barra de madera oscura con espejos por detrás, reservados y visillos blancos de encaje para parapetar a la gente de la calle. Un rayo de luz se cuele a través de ellos formando un ángulo, lenta luz vespertina de perezosas partículas y fulgores. Dos parroquianos contemplan sus vasos. Quedan pocos bares como éste, tanto en Berlín Oriental como en Berlín Occidental, bares en los que todo el mundo se conoce. Las veces que he entrado — para preguntar direcciones o a por tabaco— siempre me he sentido como si hubiese entrado en el salón de alguien sin ser invitada. Cuando entra un extraño, el zumbido de la conversación se detiene de golpe y la gente alza la vista y repliega los hombros. Aquí, en cambio, los parroquianos saludan con la cabeza al ver a herr Bohnsack. El dueño le sonrío como a un hermano.

—¿Cómo estamos? —pregunta frotándose las manos—. ¿Qué va a ser hoy?

—Creo que vamos a pasar a la sala —dice herr Bohnsack—, si te parece bien. Vamos a charlar.

—Claro, claro.

Sale de detrás de la barra arrastrando unos pies calzados con calcetines y chanclas y nos guía. Hay viejos anuncios de cerveza por las paredes, dibujos de muchachas de mejillas coloradas, caballos y bailes. Observo a herr Bohnsack: así, con la luz de las ventanas a su espalda, parece desprender también cierto brillo.

—¿Qué les traigo a la señorita y al caballero?

—Yo tomaré una *weissbier* y un vasito de *Korn* —dice—, ¿y usted?

Es temprano: pido una cerveza y renuncio al *schnapps*. La voz de Günter Bohnsack es profunda, aunque la arrastra un tanto, como alguien con la dentadura desencajada o como un hombre que ha estado bebiendo. Tiene los ojos brillantes y se siente a gusto conmigo. Por lo que se ve, no es un hombre que tenga que demostrar nada. Tiene cincuenta y siete años y es el primer empleado de la Stasi que conozco que no intenta disimular su identidad. Trabajó como teniente coronel en una de las divisiones más secretas del servicio de espionaje internacional, la *Hauptverwaltung Aufklärung* (HVA). Herr Bohnsack pertenecía a la División X, donde era responsable, según me contó por teléfono, de «la desinformación y de la guerra psicológica contra

el Oeste».

La HVA era el servicio internacional de espionaje de la Stasi. Su director, Markus Wolf, hijo de un médico y dramaturgo judío, es un hombre inteligente y educado que sirvió como modelo para el maestro de espías creado por John Le Carré, Karla. La HVA de Wolf dependía de su ministro, Mielke, pero Wolf y sus hombres siempre se consideraron un mundo aparte. Aunque estaban organizados por rangos militares, al igual que el resto de la Compañía, llevaban traje en vez de uniforme, tenían una amplia formación y gozaban de una existencia privilegiada.

—Como éramos responsables del Oeste —me explica herr Bohnsack—, podíamos viajar, y éramos bastante diferentes. Nuestros diplomáticos hablaban idiomas y eran gente cultivada. Todos sentíamos desprecio por Mielke; nosotros teníamos a nuestro Wolf, un elegante intelectual, alto y delgado.

Herr Bohnsack tenía estudios de periodismo y trabajó durante 26 años en desinformación. La mayor parte de la labor de la División X estaba dirigida contra Alemania Federal. Recababan información confidencial o secreta por medio de sus agentes y la filtraban para causar perjuicios; fabricaban documentos y conversaciones uniendo partes de grabaciones que nunca habían existido, en detrimento de personajes de la esfera pública, y hacían correr rumores sobre personas de Occidente, incluido el rumor atroz de que alguien trabajaba para ellos. Los hombres de la División X pasaban exclusivas a los periodistas occidentales sobre el pasado nazi de ciertos políticos de Alemania Federal (fue así como derrocaron a algunas figuras públicas de nivel); fundaban publicaciones de izquierdas y lograron, al menos en una ocasión, ejercer una extraordinaria influencia sobre el proceso político en la propia Alemania Occidental. En 1972, el dirigente socialdemócrata del gobierno de Alemania Federal, Willy Brandt, tuvo que enfrentarse a una moción de censura en el Parlamento. Para mantenerlo en el poder, la División X compró los votos de uno y posiblemente hasta de dos diputados sin cargos. El coronel Rolf Wagenbreth, el líder de la División X, describió este trabajo como «un simple intento de gobernar el timón de la historia».

Herr Bohnsack comienza con un chiste, que contó en un almuerzo allá por 1980 ante un grupo de colegas en un restaurante reservado a los altos cuadros de la Stasi. Se reclina en su silla y sonrío, como el que se regocija con su secretito.

—Estados Unidos, la Unión Soviética y la RDA quieren sacar a flote el *Titanic* —dice arqueando las cejas—. Estados Unidos quiere las joyas que se supone deben de estar en la caja fuerte. Los soviéticos quieren la tecnología más puntera y la RDA —se bebe lo que le queda de *Korn*, a modo de pausa dramática—, y la RDA quiere a la banda que tocaba mientras se hundía.

Nos reímos.

—¿Era habitual contar chistes como ése? —le pregunto.

—Sí, sí, bastante habitual, pero dependía de quién estuviese por allí. En cuanto lo conté, me dije: «Vaya, amigo mío, eso ha sido bastante tonto por tu parte». Había un

general en la mesa. —Se pasa una mano por la cabeza—. Después de comer el general me llevó aparte y me dijo, con una voz serena: «La próxima vez, Bohnsack, yo que usted no contaría chistes de ese tipo». Y eso que todavía era 1980. Ya por entonces se mostraban suspicaces con eso de que se les fuese a pique todo el asunto.

—¿Había chistes sobre Mielke?

—Claro, un montón —dice—. Pero las peores anécdotas sobre Mielke no eran chistes, eran verdad.

A herr Bohnsack lo invitaron a una fiesta que dio la Stasi para los suyos y sus camaradas rusos en el aniversario de los cuarenta años de la RDA. Se celebró el 3 de octubre de 1989, en el punto álgido de las manifestaciones y de la agitación.

—Había como unas dos mil personas en la fiesta. Mielke hizo su entrada —levanta un brazo por detrás de la cabeza y hace un paseíllo con dos dedos en el aire— por unas escaleras que había en una esquina rodeada de generales. Como un fantasma, o un *deus ex machina*. Dio su discurso, habló durante cuatro horas, sin parar. Cada dos por tres daba un grito de guerra: «Y recordad esto, camaradas: ¡Lo más importante que tenéis es el poder! ¡Aferraos al poder a toda costa! ¡Sin él, no sois nada!». No mencionó ni las manifestaciones en pro de la democracia ni el hecho de que los soviéticos nos estuviesen dejando en la estacada —comenta herr Bohnsack—, pero era evidente que, en cierto modo, debía de notar que el final estaba próximo.

Cuando por fin acabó Mielke, se celebró un banquete: había uvas y muslos de pollo, melón y frutas con hueso, «cosas que no teníamos en la RDA y que eran un auténtico manjar para nosotros, exquisiteces». Pero cada vez que estaban a punto de hincarles el diente, Mielke volvía a coger el micrófono para decir «un par de estupideces más» y todo el mundo tenía que volver a dejar en el plato los muslos y las uvas hasta que terminaba. Mielke concluyó con un «*Guten Appetit*» y los hombres empezaron a comer pero, instantes después, volvió a coger el micrófono y tuvieron que dejar la comida una vez más.

—Lo hizo una y otra vez —dice herr Bohnsack—. Aquello fue una auténtica locura.

En la Navidad de 1989, según cuenta, los acontecimientos se precipitaron en una farsa de grandes dimensiones a cámara rápida. A la división de herr Bohnsack al completo se le ordenó que se quedasen en casa para no provocar a los manifestantes y que esperasen junto al teléfono. A las tres de la mañana recibieron una llamada que les instaba a que se dirigiesen en coche hasta Normannenstrasse, aparcaran en un sitio apartado, para que los manifestantes no supiesen que los edificios estaban ocupados, y entraran por la puerta de atrás. Cuando llegaron a las oficinas, todas las luces estaban apagadas. Les ordenaron que se pusiesen ropa de camuflaje —«como la legión extranjera en la selva»— y que se pertrecharan con un equipo de cocina, cubiertos, una pala, un traje protector para casos de guerra química, una manta, pasta y cepillo de dientes y munición. Se les entregó a todos un revólver y una metralleta. Toda la operación estaba cronometrada.

—¿Y qué hicieron entonces? —pregunto.

—Nos echamos en nuestras mesas y nos dormimos. Arriba, en el noveno piso, los generales simularon una situación de guerra. Uno de ellos bajaría y nos levantaría con un mensaje, como, por ejemplo, que se había avistado un submarino estadounidense en las costas de Turquía; o que había B52 estadounidenses preparados para entrar en acción. Y luego, a las cinco de la mañana, recibiríamos noticias peores, como que un submarino ruso había sido expulsado de aguas noruegas. Hacían como si fuese a estallar la Tercera Guerra Mundial.

—¿Y qué tenían que hacer entonces?

—Nada, seguimos durmiendo.

A las siete de la mañana recibieron una orden para hacer prácticas sobre el terreno:

—Jugamos a la guerra durante un día, disparando a figuras de cartón que surgían de entre la hierba. Allí había gente de todo tipo, desde especialistas de inteligencia de alto rango que hablaban árabe hasta yo qué sé quién, todos en el mismo saco, jugando a los soldaditos. —A finales de 1989, todas las semanas sin falta hacían lo mismo—. Sabíamos que la RDA no tenía salvación, sabíamos que era todo un circo.

El mayor temor de herr Bohnsack era que les ordenasen a él y al resto que dispararan contra los que se manifestaban a la entrada del edificio. Durante los ejercicios les dijeron que el enemigo se había infiltrado en el país y que estaba hostigando a los alemanes orientales en contra de ellos. Al final, Mielke fue más directo todavía: les dijo que ellos (se refería al pueblo) eran el enemigo. Les dijo que eran «o ellos o nosotros».

—Eso era lo más aterrador de todo para mí: que en vez de disparar a figuras de cartón, tuviésemos que disparar a nuestro propio pueblo. Y sabíamos que, como en la época de Hitler, si nos negábamos nos dispararían a nosotros.

Había algo más que temer. Mielke les había dicho a sus hombres: «Si perdemos nos colgarán a todos». El ambiente era de histeria. Herr Bohnsack había sido el hombre de contacto de Markus Wolf entre la Stasi y los servicios secretos de Hungría, Moscú, Praga y Varsovia.

—Nuestro hombre en Budapest me había contado que durante la tragedia de 1956 habían colgado a algunos de los suyos de árboles, a la entrada de los cuarteles. Me dijo: «Si alguien te señala con el dedo, a los cinco minutos te estarás balanceando». —Herr Bohnsack vuelve a pasarse la mano por la cabeza—. Gracias a Dios que no llegamos a ese punto.

Me explica que para cuando los manifestantes de Berlín se hicieron sentir con fuerza (y esto ocurrió más tarde que en Leipzig y que en ninguna otra parte), Mielke ya había dimitido. Y como llevaba tanto tiempo en el cargo, los generales simplemente no tenían ni idea de cómo dar órdenes por su cuenta. No fueron capaces de tomar las riendas.

—Eso fue lo que nos salvó —dice Bohnsack, sacudiendo su voluminosa cabeza

—, a nosotros y al pueblo.

Ya en septiembre, herr Bohnsack comprendió que había que destruir los expedientes. Le dijo a su jefe que iba a empezar a utilizar la destructora. «Eso no está permitido —le respondió su superior—. ¡No hemos recibido órdenes al respecto!».

—Pero yo no me corté, aparqué el coche en la entrada y vacié dentro los archivadores con los expedientes. Había kilos y kilos, ficheros con las claves de los agentes, grabaciones, informes... Y me fui hasta nuestra parcela, a unos cien kilómetros de Berlín. —La familia tenía un viejo horno de panadero en el terreno donde pasaban las vacaciones—. En secreto, por mi cuenta y sin permiso ni orden de nadie, me dediqué a destruirlo todo, día y noche.

Era tanto el papel por quemar que el horno casi se quedó obstruido. Había una nube de humo negro pendiendo sobre él en el cielo. Herr Bohnsack se pasó allí tres días, alimentando el fuego con archivos.

La débil luz de la tarde se está desvaneciendo y viene el dueño para encender un par de lámparas. Es un hombre de la edad de herr Bohnsack, con la cara avejentada, las manos coloradas y un paño de cocina remetido por el delantal:

—¿Todo en orden por aquí? —pregunta.

Herr Bohnsack pide otra cerveza, otro *Korn* y un café. Yo le digo que por ahora estoy servida. Herr Bohnsack me sonrío con amabilidad:

—¿Seguro? —me pregunta—. ¿No quiere nada de nada?

Distingo bajo el jovial bebedor a un hombre que pudo pasar tanto por alguien del Este como por alguien del Oeste.

Herr Bohnsack quería evitar que sus archivos cayeran en malas manos. Eran sobre los agentes occidentales a los que tenía bajo su mando, ciudadanos de Alemania Federal que hacían trabajitos para la Stasi.

—En mi sección eran todos periodistas. Los utilizábamos para destapar escándalos o poner al descubierto actuaciones ilícitas de políticos. Los financiábamos, les pasábamos exclusivas.

El humo llamó la atención. El vecino del campo de Bohnsack, dice, era un borrachín empedernido.

—Pero, evidentemente, hasta él sospechaba dónde trabajaba yo. Lo llamábamos el *Stallgeruch*, el olor a pocilga. Solía apoyarse contra la cerca e insultarme: «Eh, holgazán seboso», «perturbado» y toda clase de insultos. Y allí estaba una vez más, borracho como siempre, mientras yo no paraba de quemar. Cuando el humo pasó por encima de su casa empezó a cantar el himno del movimiento de derechos civiles, el «Wir sind das Volk». Él sabía perfectamente lo que me traía entre manos. La verdad es que fue todo bastante esperpéntico —se ríe Bohnsack entre dientes—, su aria acompañando mi pira en llamas.

Contemplo las ingeniosas greñas de herr Bohnsack: un mechón de pelo se ha desprendido del resto y se ha quedado de punta formando un ángulo por encima de su oreja. Echa la cabeza hacia atrás para volver a vaciar su chupito. Tiene el cuello

anillado y abrupto, la nuez se le mueve arriba y abajo como un ratón por una escalera.

Herr Bohnsack echa un vistazo a su alrededor:

—Era un habitual de aquí. Me solía poner en la barra. Llevo viviendo a la vuelta de la esquina treinta y ocho años. Antes de 1989 era Günter a secas, hola, ¿cómo va eso? La gente no sabía a qué me dedicaba, aunque por supuesto tenían sus sospechas. A veces venía directamente del trabajo, con corbata, un elegante sobretodo y un maletín y se producía un murmullo por el bar, en plan «¿No va muy bien vestido?». Seguramente se olerían algo, se dirían: «Aquí hay algo que no cuadra...».

Se pellizca la nariz con el índice y el pulgar.

—El Muro cayó el 9 de noviembre de 1989. La primera vez que entré aquí después de eso, creo que fue el día 15. —Hace una pausa para tomar un trago y el aliento—. Había un borracho en la barra y cuando me vio se giró despacio, me señaló y empezó a chillar: «¡Fuera la Stasi!». Todo el mundo se quedó callado y se volvió para mirarme. Todos pensaban igual, o al menos, la mitad de ellos. Me quedé paralizado, pero le dije al dueño: «¿Qué quieren de mí? No puedo deshacer lo hecho aquí y ahora, no puedo retractarme de todo». Luego me senté, me bebí una cerveza y me quedé allí sin más.

Sus labios se convierten en un fino trazo y levanta las manos como queriendo dar a entender: «¿Qué otra cosa podía hacer?».

Herr Bohnsack siguió viniendo. Llevó tres años que la gente dejara de mostrarse agresiva con él.

—Pero no hubo ningún ahorcamiento, ni tentativas, nada. De hecho, me alivió de veras ver la sensibilidad con la que reaccionó la gente.

Los borrachos no eran el único público. Herr Bohnsack recibió un soplo y se enteró de que una revista, *Die Linke*, había conseguido un disquete con los nombres de los 20.000 empleados de la Stasi mejor pagados y estaba a punto de publicarlos. Sabía que todo el mundo lo leería y verían su nombre y su dirección en la lista y sentirían lo que quiera que sintiesen: desprecio, odio o superioridad. Sabía que solo podía hacer una cosa:

—Saldría del armario antes de que me sacasen ellos.

Llamó al *Der Spiegel*, el célebre semanario de Alemania Federal, y quedó en contárselo todo.

—Como dijeron, me bajé los pantalones, no cabe duda —dice—. Cuando tuve el ejemplar entre mis manos, sentí náuseas; pusieron una foto y todo. Me refiero a que después de guardar silencio y mentir durante veintiséis años, verme así de repente en una revista, fue, realmente... —Vuelve a hacer una pausa—. Debo confesar que sentí algo un tanto raro aquí. —Se da una palmadita sobre el corazón<sup>[21]</sup>.

Sus antiguos colegas no están por la labor de hablar sobre lo que hacían. Es casi una especie de *omertà*, un código de honor que los gobierna. Me cuenta que se siguen viendo, por grupos, según el rango, o en cumpleaños y funerales. Un general con el que sigue hablándose le contó que en el reciente cumpleaños de un septuagenario se

procedió según las normas de un encuentro de división, como en los viejos tiempos. Había unos puntos del día y los hombres iban tratándolos uno por uno. En gran parte consistía en pasarse recortes o comentar programas de televisión contra la Stasi. Era como si los viejos líderes de la Stasi hubiesen hallado un nuevo enemigo: los medios. Herr Bohnsack es un traidor porque fue a ellos con su historia. Una vez que hubo salido del armario recibió amenazas de muerte por teléfono: «Capullo, te queda poco», y ese tipo de cosas. Las llamadas eran anónimas pero a veces reconocía la voz. Un general lo llamó desde un bar:

—Me dijo: «Hijo de puta, te has pasado, te ha llegado la hora». Y luego se puso a chillar: «¡Basta ya! ¡Basta ya!», hasta que la gente lo apartó del teléfono.

Ya han dejado de llamarle.

—Nunca tuve miedo —dice Bohnsack—. Bueno, solía inspeccionar el coche por si me habían puesto una bomba y esas cosas, pero en cualquier caso era una tontería, porque si eran buenos poniéndolas, no podías verlas.

Le pregunto qué amigos tiene ahora.

—Bueno, no tengo ninguno —dice, haciendo un gesto al dueño para que le ponga otra. Me mira con ojos brillantes, anestesiados—. Se podría decir que nadé entre dos aguas y acabé ahogándome.

A las tres de la madrugada recibo una llamada. Esta vez no es Klaus. Es de mi casa. Han encontrado cuatro tumores en la cabeza de mi joven madre, derivados de un cáncer que todos habíamos osado pensar que había desaparecido. Me dice por teléfono: «*Je suis foutue, je suis foutue*». Con el tiempo llegarían a afectarle parcialmente el habla, a ella, una mujer con un lenguaje tan elegante y sofisticado, pero para ese momento solo le valía el francés, ella sabía que estaba *foutue*.

No me sorprende cuando Uwe se muestra tan amable en todo momento. Me ayuda a empaquetar las cosas de mi piso, a recoger libros, cintas y calcetines sueltos llenos de polvo. Agradezco su compasión, sobre todo por la forma en que ignora, en los momentos justos, mi angustia.

—Si quieres te llevamos al aeropuerto —se ofrece.

—Gracias. —Todas mis reacciones parecen irreales, lentas y subacuáticas—. ¿Llevamos?

—Frederica y yo. Ya conoces a Frederica, de la sección de traducción española.

—Sí —miento.

Llamo a Miriam, pero sé que es pura formalidad. Ni siquiera tengo la esperanza de que aparezca una voz en directo al otro lado de la línea.

—Hola, Miriam. Espero que estés bien... ¡Hace mucho que no nos vemos! Mi tiempo aquí ha llegado a su fin, vuelvo a casa.

De pronto, me da cosa decir que «mi» tiempo aquí ha acabado. Pienso en añadir «Volveré», pero puede que eso sea lo último que quiere oír. La cinta sigue corriendo: mi silencio se prolonga de forma vergonzante. Me gustaría decir algo informal e irónico para concluir, pero mi alemán no es tierra firme como para andarme con

ironías. Me veo obligada a decir las cosas de una forma más directa y descorazonadora de lo que lo haría en inglés.

—Miriam, cuídate, y buena suerte.

La mañana del día en que me voy hago un nuevo intento, pero nadie coge el teléfono, ya ni siquiera está conectado el contestador.

Cuando vienen a recogerme, reconozco a Frederica: es una bella venezolana con un lunar en la comisura del labio; ambos forman una pareja electrizante. Uwe conduce tranquilamente hasta el Tegel, pendiente de un mundo que por fin ha cuidado de él.

A mi madre le llevó nueve meses morir, y cada día, salvo los tres últimos, estuvo y fue consciente; consciente de que los días estaban, como decían aquéllos, contados, de que la cifra no ascendía a mucho, y con la sensación de verse desprovista de todas las cosas que iba a hacer en el futuro, pero al mismo tiempo comprender que no eran importantes, que eran simple y llanamente el futuro, una cifra mayor, eso era todo.

Cuando murió, la pena se cernió sobre mí como una jaula. Tuvieron que pasar otros dieciocho meses para poder centrarme en cualquier cosa más allá de la diminuta parcela inmediata de tristeza, o para poder imaginarme en la vida de otra persona. En suma, no volví a Berlín hasta pasados casi tres años.

## 25. Berlín, primavera de 2000

Berlín está verde, es una ciudad perfumada. Me doy cuenta de que nunca he estado aquí en plena primavera. Ni siquiera por mis vuelos nocturnos de verano en televisión podía habérmelo imaginado. Los árboles están enormes y exuberantes, de un verde claro. La luz del sol se filtra a través de ellos, suave y fragante sobre las aceras y los parques, las plazas, las escuelas y los cementerios. Al otro lado de mi ventana, los castaños son mágicos. Albergan flores blancas en columnas verticales: candelabros generados por un artificio de la naturaleza. Su embriagadora dulzura flota en el aire como el recuerdo de tiempos más agradables.

Contacté con la agencia de alquiler. En un extraño golpe de suerte mi viejo apartamento se había quedado libre de un día para otro. Como lo iban a reformar, los estudiantes se habían ido. «Dada su condición de prerreformado —escribió la agencia— no nos hacemos responsables de que el piso esté en óptimas condiciones, o siquiera habitables». «Me arriesgaré», pensé. Compré papel y sobres, ropa de cama y una cafetera y me mudé.

Ahora lo atravieso, doblando y desdoblando una copia de la carta. Se la mandé a su antigua dirección desde Australia.

Querida Miriam:

Hace ya un tiempo de ello, pero seguro que recuerdas la tarde y la noche que pasamos juntas. Después intenté escribir tu historia pero, al comprender que antes debía explicar otras cosas relacionadas, el trabajo tomó vida propia. Escribí sobre la RDA y sobre la Stasi y luego hablé con otras personas; con algunas que habían sido perseguidas por ella y con algunas que habían trabajado para ella. Creo que intenté conformar un panorama de este mundo perdido y de sus distintos tipos de valentía.

Vuelvo a Berlín y me preguntaba si podríamos vernos de nuevo. Me gustaría saber si has conseguido algo a través de la Fiscalía de Dresde o si las mujeres puzle de Núremberg han descubierto algo nuevo sobre Charlie. También me gustaría asegurarme de que mis notas son correctas.

Siento que haya pasado tanto tiempo desde que nos vimos por última vez. Solo he trabajado en este asunto de forma esporádica.

Estoy deseando pasar el verano en Berlín y tal vez, si tengo tiempo, visitar Leipzig [...].

No recibí respuesta, pero tampoco me devolvieron la carta. Antes de volver también le mandé un e-mail a Julia. Me respondió en inglés:

¡Hola, Anna!

¡Me alegra saber de ti! Estoy en San Francisco, hace ocho meses que dejé Berlín y me vine a Estados Unidos. La verdad es que no podía seguir viviendo allí, con tantas cosas del pasado acechándome.

Como dicen por aquí, me las voy apañando. Trabajo en una librería feminista, cerca de Berkeley, y he hecho algunos amigos. Hace poco participamos en una marcha con el lema de «Reivindica la noche», lo que me hizo sentirme muy positiva, y muy lejos de Turingia y de todo lo que pasó allí. Aquí rinden tributo a sus víctimas... De verdad, todo el mundo parece tener una historia de algo que les pasó. Seguro que la cosa puede llegar demasiado lejos, pero de momento a mí me viene bien.

Aquí soy extranjera y hablo con acento pero me siento mucho más en casa que en mi propio país. Qué raro, ¿verdad?

Si alguna vez pasas por San Fra, avísame.

Julia :)

El piso no ha cambiado mucho: habría sido difícil haber vaciado aún más un piso tan decadente. De hecho, se notan más los añadidos que otra cosa; hay una fila de postales en las paredes y por el techo del salón. Evocan viajes, pero solo son recuerdos de *tours* por bares de la ciudad: son de esas postales gratuitas que anuncian cosas. En la cocina hay un tarro de lavanda seca, un tanto esquelética pero alegre; y en la pared del dormitorio ha aparecido un gran dibujo a rotulador de un champiñón que tiene por ojos dos ventanitas con rejas en el sombrero y una puerta en el tallo. Además, tiene una amplia sonrisa en la cara (la puerta es un diente grande), porque la cabeza del champiñón es también un pene y se eleva por toda la pared del dormitorio.

La primera mañana me levanto y me tomo el café al otro lado de la calle, junto al parque. Es muy temprano pero ya hay luz, hace un día espléndido. El cielo está entre azul y blanco; el viento, inmóvil y renovado, y las calles, en silencio. El parque es una pronunciada curva de verde que lleva hasta la cafetería, con sus persianas echadas como párpados. Al fondo está la laguna, que en su tiempo conocí como algo negro e inerte. Ahora hay nenúfares flotando que se abren para rozar el sol. No muy lejos, una pequeña banda de ranas da la bienvenida al día.

Me siento en uno de los bancos y me quedo mirando la estatua de Heine. Nunca me había parado aquí; los asientos parecían siempre ocupados. En vez de manos de poetas, el escultor de la Alemania Oriental dotó a Heine con grandes palas de obrero. La leyenda reza:

No nos aferramos a una idea, más bien la idea se aferra a nosotros, nos esclaviza y nos empuja hacia la arena para que, como gladiadores forzosos, peleemos por ella.

Heine, el poeta librepensador, se revolvería en su tumba al ver cómo se ha esclavizado, cómo se ha forzado y cómo se ha peleado aquí, bajo su negra nariz helada y sus hombros con cagarrutas de paloma.

Detrás de la estatua hay unas formas que llaman mi atención. Dos hombres deslizándose, uno que viene colina abajo y otro que aparece por el fondo, por detrás de una esquina; ambos llevan pantuflas y traje con lata de cerveza en el bolsillo. Aparecen otros tres y ocupan sus sitios en los bancos. Un par de ellos vienen con bolsas de la compra de tela, llenas de latas; otro lleva en el cuello una medalla colgada de un lazo, parece un alcalde. Una vez que todos se han instalado (¿estaré ocupando el sitio de alguien? Me han dejado todo un banco para mí), se produce un intercambio de educados saludos y apretones de mano; a mí me saludan con la cabeza. Es como si estuviéramos en el salón de alguien.

Un anciano apoya la rodilla contra el banco para tener un buen panorama del parque. Saca dos rebanadas de pan blanco y las desmenuza, con manos temblorosas, en pedazos iguales. En vez de tirarlas, traza un caminito de migas sobre el murete de hormigón que hay detrás del asiento, cada una equidistante del resto. Cierta locura, cierta generosidad.

Pasa un hombre haciendo *jogging* con bermudas amarillas y banda en el pelo. Los

borrachos saludan a coro:

—*Morgen!*

—*Morgen!* —responde en un jadeo.

Estos hombres del parque son como guardianes, esfinges vestidas de traje y chándal.

De pronto empiezan a sobrevolarnos las golondrinas y las palomas que vienen a por el pan: ahora comprendo el cuidado ceremonioso de mi compañero.

En este momento nos convertimos en el centro del parque, la naturaleza viene a nosotros, en genuflexiones aladas, hacia el altar de pan y cerveza.

Un rezagado llega al grupo vestido con mallas negras. Sus piernas son zancos bajo el material sintético. Es un poco más joven que el resto, tiene el pelo oscuro y peinado hacia atrás. Lleva una bolsa de deporte llena de cerveza.

—¡Harry, hombre! ¡Cuánto tiempo! —dice el hombre de la medalla. Esta reposa sobre su barriga desnuda. Lleva una chaqueta de traje sin camisa por debajo y tirantes rojos sobre la piel para sujetarse el pantalón.

—He estado por ahí.

—¿Por dónde?

—De vacaciones.

—¿Has estado de vacaciones? *Mensch!* Necesito unas vacaciones. ¿Adónde has ido?

—A México.

Noto cómo me despunta una sonrisa en los labios, pero el resto asiente con solemnidad.

—¿Y qué has hecho por allí?

—Cazar.

—Ajá —asiente el alcalde—. ¿Hay buena caza en México?

—La mejor.

—Bueno, ¿y qué has cazado por México?

—Elefantes.

Ninguno pestaña.

—¿Ha habido suerte?

—Qué va...

Harry sacude la cabeza, se sienta y abre la cremallera de la bolsa para empezar con la bebida del día. A lo mejor en realidad son una sociedad de poetas y predicadores donde todas las historias son metafóricas. O a lo mejor la realidad es tan extraña aquí que aceptan cualquier cosa como sustitutivo.

El hombre de la medalla se gira hacia mí y alza su lata:

—¡Salud!

—¡Salud! —Levanto mi taza.

—Eso es más sano que la cerveza —sonríe. Le faltan dos dientes.

—Pero no es tan divertido. —Le devuelvo la sonrisa.

Se lo toma como una invitación y viene a sentarse a mi banco.

—No eres de por aquí —dice sacándose una petaca de tabaco del bolsillo.

—No.

—¿De Colonia?

—No. Soy...

—Déjame adivinar. ¿Hamburgo?

—No, soy de Australia.

—Anda —dice. Se inclina hacia mí y me pone una gran mano de curvadas uñas enlutadas sobre la rodilla—. No te preocupes —musita—, yo también tengo sangre impura.

Me quedo sonriendo, alucinada:

—¿Y eso?

—Mi madre era polaca.

—Ah.

Empieza a liarse un cigarrillo. Tiene el pelo cano y engominado, peinado al estilo cola de pato. En el bigote tiene una sombra parduzca por donde chupa los cigarros. Cuando se lo deja en la boca puede seguir hablando, las manos quedan libres y el pitillo cuelga misteriosamente de su labio inferior.

—¿Te gusta este parque? —me pregunta.

—Sí, mucho.

—Este parque está bien, pero deberías venir con nosotros alguna vez a coger setas. Eso es lo mejor.

—¿En serio? ¿Adónde vais?

—Nos metemos todos en el tren, yo y algunos amigos de aquí. —Hace un gesto hacia el resto, que nos han estado mirando descaradamente y ahora vuelven de pronto a lo suyo—. Vamos hasta el final de la línea y recogemos setas en nuestros canastos. ¡Es la leche!

Me pregunto si me estará tomando el pelo, con ese lienzo de borrachos que van en tren para brincar por los bosques con sus canastos y su cerveza, arrancando primorosas setas a su paso, saludando a los elefantes. Pero no es así:

—Cogemos —y enumera las especies— *Steinpilze*, *Pfiffeerlinge*, *Maronenpilze*, *Butterpilze*, *Sandpilze*... ésas son amarillas por debajo y esponjosas. *Rotkappe*, que se parecen a las *Fliegenpilze* pero no lo son y... —algo que no entiendo—, pero ésas no hay que cogerlas, ¡ésas solo se comen una vez! —Se ríe y, al echar la cabeza hacia atrás, puedo ver una extensión de encía y pala resquebrajada, como algo subacuático—. Cogemos unos cuatro kilos en cada cesta y luego volvemos a casa y las cocinamos con una pizca de mantequilla... ¡Exquisitas! —Agita un índice delante de mí—. Ya se sabe —dice, llevándose un dedo al pecho—, en lo que a setas se refiere, en ese terreno, siento cátedra.

La medalla del catedrático Seta se balancea ligeramente, reflejando la luz en su barriga. Un coro de murmullos de aprobación llega desde el resto de bancos; sus

amigos alzan sus latas hacia él. Me alegra estar aquí. Me parece absurdo no haber hablado nunca con estos hombres que, al fin y al cabo, fueron mis vecinos.

Prosigue con algunos consejos:

—Hay que salir a la calle. La televisión no es buena para la vista, no es saludable.

Me pregunto si me observó aquel invierno, si vio el blanco y negro parpadeante reflejándose en mi ventana. Tal vez sean estos hombres, apostados en parques y esquinas de calles, en paradas de tranvías y en el metro, los que lo ven todo ahora. Pasa una mujer de camino al semáforo y levanta la mano para saludarla, o para dejarle pasar.

—En la RDA era sastre; eso tampoco es bueno para la vista. Me hubiera gustado ser actor, o cocinero, pero no fue así. —Creo que en cierto modo se ha convertido en ambas cosas, por sus dotes interpretativas y su salteado de setas—. Hasta 1990 fui de la brigada voluntaria de bomberos, pero después todo se fue al diablo en menos que canta un gallo. Este *Kapitalismus*... no puedes ni imaginarte la clase de mierda que está generando. —Se sorbe la nariz y escupe en el suelo. Luego se saca un peine del bolsillo—. Antes se estaba mucho mejor. Sigo en el mismo piso pero antiguamente me costaba 450 marcos al mes, ¡y ahora 804! ¡A quién le importa que no tuviésemos plátanos ni mandarinas! ¡A mí no se me compra con un plátano! —Se pasa el peine por su tocado con esmero—. Antes podía comprar cinco kilos de patatas por casi nada, la cerveza estaba a cincuenta *pfennigs* la lata, y ahora ¿qué? El transporte costaba treinta *pfennigs* y veinte los viernes. Lo que quiero decir es que teníamos un estado social, no había que pagar ni las medicinas. Te digo que es que no lo entiendo. Ahora es todo un absurdo.

Miro más allá de él y veo que sus amigos asienten en silencio, un consenso vacilante. No es la primera vez que oigo este tipo de cosas, si bien los ex funcionarios de la Stasi, los intelectuales privilegiados de izquierdas o los antiguos miembros del Partido se quejan más de las tarifas aéreas: «¿De qué vale la libertad para viajar si no puedo pagarme unas vacaciones a Nueva York / Las Palmas / Nueva Zelanda?». Una vez, estando en un bar de Leipzig, una anciana que se estaba bebiendo su *schnapps* diario de las cuatro de la tarde me dijo: «Bueno, sería mejor que la República de Weimar, y mejor que los nazis, pero a mí que me devuelvan a los comunistas. Cuando Honecker, los bares estaban de bote en bote. Salud». No dudo de que esta nostalgia sea auténtica, pero creo que ha teñido un mundo cutre y sucio de dorado: un mundo donde no había nada que comprar, ningún sitio donde ir ni nadie que quisiese hacer algo con su vida aparte de servir al Partido y a su temida persecución, o peor.

Ahora la mañana se ha despertado, los insectos bailan sobre el césped y el polen pulula al trasluz mientras la gente atraviesa el parque camino de la estación de Rosenthaler Platz. El catedrático Seta ha cogido carrerilla:

—Por aquel entonces, si estabas borracho, la policía solo te cogía por los brazos y te sentaba en un banco. Ahora no podemos ni dormir aquí porque nos roban. Hoy en día no hay valores que valgan. ¡Pueden cogerte y atracarte por un pitillo! Es la mafia

rusa, y los rumanos, y los gitanos. Te lo advierto, como venga por aquí una gitana danzando por el banco, ten cuidado que te quedas sin cartera en un visto y no visto.

También he oído esta queja en distintas versiones: desconsuelo por un tiempo pasado donde las cosas eran más seguras. Al fin y al cabo, en un estado con semejante doctrina de seguridad, lo menos que podían hacer las autoridades, ya que estaban encarcelando a tanto inocente, era limpiar las calles de delincuentes.

—Mira, a unos doscientos metros de aquí —el catedrático Seta extiende el brazo y veo una franja de pelo cano entre sus tirantes— estaba el Muro. Antes teníamos que aguantar eso, que los *wessis* se colasen y comprasen todo lo que había en nuestras tiendas. ¡Pusimos el Muro para poder comprar en nuestras propias tiendas! Pero al final tiraron abajo el Muro y acabaron comprándonos a todos, los *wessis* ésos con su dinero occidental: todas las fábricas y los negocios, e incluso los bares. Y encima no nos dejan que vayamos con la cabeza alta, ¡no, claro!

»Te seré sincero sobre la frontera. —Vuelve a darme una palmadita en la rodilla—. Y yo soy un hombre sincero. Todos sabíamos, todos los ciudadanos de la RDA, que si te acercabas, te mataban. ¡No tenía más historia! Así que nos quedábamos aquí. Vamos, que si no hubiesen movido el culo, no se lo habrían llenado de plomo.

Este argumento también me es familiar: si no te rebelabas contra el sistema, éste no te hacía nada. Aunque, por lo que llevo visto, me atrevería a decir que igual sí que te hacía algo.

El catedrático me tiende la mano.

—Tendrías que venir a coger setas con nosotros, en serio —me invita. El coro farfulla y asiente, les doy las gracias y me voy, hacia mi palacio de luz, viento y linóleo.

## 26. El Muro

Con esta primavera tan suave me he acostumbrado a ir andando a todas partes. Son casi las diez de la noche y el sol apenas se acaba de poner. Los cerezos que flanquean las calles salpican la acera con semillas y manchas de néctar, parece sangre. De camino a casa paso por delante de las terrazas de Kollwitzplatz, donde los estudiantes, la mayoría occidentales, comen y ríen. No estoy muy convencida de que sepan qué es lo que pasó en este lugar. Estoy embobada junto al bordillo cuando una mujer con un gorro de bufón y unos pantalones cortos muy cortos casi me rebana la oreja al pasar con su bici.

Para cuando doblo la esquina de mi calle, el cielo se ha puesto negro. Hay un hombre que está apoyado como puede contra mi edificio, se golpea una y otra vez como una mosca en una ventana. En la penumbra parece más una forma que una persona, un perfil con una botella en la mano. Está borracho, muy borracho. Cuando me acerco viene hacia mí y me dice algo, pero tampoco queda muy claro si me está hablando a mí o al universo.

—¡Ya no quiero ser alemán! —solloza—. ¡No quiero ser alemán!

Tiene la cara surcada por lágrimas de plata.

—¿Por qué no? —Lo sujeto con una mano.

—Somos lo peor. —Apenas me ha mirado. No puede saber que no soy alemana—. Son lo peor, los alemanes son lo peor.

Se aleja, tanteando su camino a lo largo del edificio.

¿A qué alemanes se refería? ¿A algunos o a todos? Para este alemán oriental, acostumbrado durante mucho tiempo a pensar que los alemanes malos estaban al otro lado del Muro, debe de resultar difícil saberlo. ¿Son de veras tan malos? ¿O son peores de lo que pensaba? ¿Acaso su gente, ahora destrozada o borracha, avergonzada, huida, encarcelada o muerta, vivía bien antes?

Un amigo mío que trabaja para la Oficina de Documentación me llama.

—Ayer nos llegó una petición muy interesante para consultar un expediente personal. He pensado que te gustaría saberlo.

—¿De quién es?

—Del señor Mielke.

Mi amigo se ríe. Ambos entendemos sin necesidad de decir nada: Mielke debe de pensar que el aparato que creó era tan concienzudo que, movido por el propio ímpetu administrativo, alguien, en alguna parte, controlaba sus movimientos.

Unos días después llamo a frau Paul. Charlamos un rato. Participa activamente en una organización de perseguidos por el régimen: guía grupos por la prisión de Hohenschönhausen («Estamos pensando en poner una cafetería allí») y hace campaña en pro de la compensación para las víctimas. Luego me dice:

—Hay algo más.

—¿Sí?

—La otra noche me siguieron hasta casa, después de una concentración pública a favor de la compensación.

—¿Cómo?

—Es verdad. Un coche me siguió hasta el metro a paso lento. Estaba con unos amigos y no le di mayor importancia, pero cuando me bajé en Elsterwerdaer Platz iba sola y allí estaba esperándome. Luego fue detrás del autobús y cuando me bajé apagó las luces y me siguió hasta la misma puerta de mi casa.

—Pero eso es terrible.

—Sí, hay mucha gente que no quiere que nos hagamos oír, que peleemos por lo que nos merecemos.

—¿Tienes alguna idea de quién fue?

—No, pero casi seguro que fue algún ex agente de la Stasi. —Está asustada pero se muestra fuerte—. Era un Volvo, busco al conductor de un Volvo.

Mielke ha muerto esta semana; tenía noventa y dos años. Los titulares han dicho: «Muere el hombre más odiado». Pienso en el otro «hombre más odiado» y lo llamo por teléfono. Responde su mujer, que me pasa con su marido; Karl Eduard von Schnitzler me cuenta que no está bien y que las cosas se están poniendo peor. Con «cosas» se refiere al mundo que le rodea:

—La gente sigue difundiendo mentiras sobre mi querido amigo Erich Mielke ahora que está bajo tierra. ¡El lunes enterraron su urna y el martes ya la habían profanado! ¡En las narices de los policías que la custodiaban! ¿Entiende lo que le digo? ¡Las cenizas de mi amigo han sido diseminadas y su sepultura profanada! —No le ha cambiado en nada la voz: ronca, vieja y enojada—. Eso es el capitalismo, descarado y brutal. Una auténtica *Unkultur*.

No es muy probable que la profanación de la tumba de Mielke haya sido cosa de occidentales, y solo es producto del capitalismo en cuanto que el capitalismo no ha protegido, o no lo suficiente según su opinión, al antiguo dirigente de la antigua RDA de lo que la gente pensaba de él. Con todo, noto miedo en su voz, la otra cara de la furia. Miedo tal vez a acabar, dentro de poco, en una tumba profanada. Luego recuerdo su convicción en la causa. Me imagino que más que miedo a la muerte en sí, teme que esta acabe, de una vez por todas, con su facultad de refutación.

Hoy salgo de mi casa para subir por Brunnenstrasse, pasar por el túnel de frau Paul y llegar hasta Bernauer Strasse, por donde transcurría el Muro. Han abierto un nuevo museo. El mayor atractivo lo tengo enfrente: una parte del Muro reconstruida a tamaño natural, acompañada de una flamante Franja de la Muerte, bien rastrillada,

para los turistas. Muy cerca, por Bernauer Strasse, todavía quedan algunos trozos del Muro real, cubiertos, como siempre lo estuvieron en la parte occidental, de llamativas pintadas. Sin embargo, estos restos están detrás de arbustos, en ruinas irregulares. En algunos puntos los refuerzos de acero del hormigón sobresalen como huesos.

Por el contrario, el nuevo Muro está immaculado; apenas tiene pintadas. Puedo entender por qué no ha quedado ni rastro del original y por qué, como frau Paul y Torsten dicen, la gente lo quiso así, pero este nuevo es una versión aséptica estilo Disney: es historia grafiteada para la ocasión.

En el interior del museo hay vitrinas y presentaciones táctiles que muestran cómo se construyó el Muro, grabaciones del «*Ick bin ein Berliner*» de Kennedy y dramatizaciones de algunos intentos de escapadas.

—Sí, sí, sí —le dice un hombre a mis espaldas a otro detrás de un mostrador—, los recojo aquí y los traigo de vuelta aquí mismo. Calculo que me llevará unas dos horas. Ahora voy a ir a comprobarlo.

—Quedamos en eso —responde el otro hombre, y luego mira hacia donde estoy yo. Lleva unas estrambóticas gafas cuyas lentes parecen sujetas la una a la otra por mini pinzas de tender de muchos colores—. ¿Puedo ayudarle?

El hombre apoyado junto al mostrador se gira para echar un vistazo:

—¡Frau Funder! —exclama. Es Hagen Koch—. Vaya, vaya, vaya. ¿Cómo está usted? ¡Sí, claro, seguro que querrá acompañarme!

Habla entre exclamaciones; es como si nunca me hubiese ido. Para él el pasado es el Muro, y yo soy parte del presente, sea de hace tres años o de ahora. Se le ha encanecido el pelo pero sus ojos siguen teniendo el mismo color castaño, son igual de brillantes y sonrientes.

—Herr Koch, estoy bien, gracias. ¿Ir adónde?

—Mañana voy a llevar un autobús de turistas por la ruta por donde pasaba el Muro, porque hoy en día es ya difícil de distinguir. Ahora voy a salir para comprobar cuánto tiempo lleva.

—Me encantaría acompañarle.

Vamos a recorrer la frontera municipal por donde se construyó el Muro: en círculo por el antiguo centro urbano del Este, dejando atrás los barrios occidentales de Wedding, Moabit y Tiergarten. Luego, me dice, seguiremos la estela del Muro por la parte en que atraviesa el centro de la ciudad, bajando por Niederkirchnerstrasse hasta el río Spree, y luego a lo largo de su ribera hasta el puente de Oberbaum.

Nos montamos en su cochecillo rojo y conduce con rapidez y seguridad. Está contento de tener un público con quien ensayar su número del «*tour* de la ciudad olvidada». La primera parada es justo al cabo de la calle, un tramo de césped de unos cien metros de ancho. Los hierbajos llegan a la altura de la rodilla, se mecen como seres animados en la cálida brisa. Detrás hay un cementerio. Hay un gran ángel de piedra sobre un pedestal que mira hacia aquí, ligeramente cabizbajo, en oración. Andamos hasta la mitad; aquí el cielo parece inmenso.

—Esto era la Franja de la Muerte —Herr Koch extiende las manos—, pero antes de eso el cementerio se extendía hasta la calle. Cuando construyeron el Muro tuvieron que desenterrar los cadáveres y arrancar las sepulturas. —Arquea las cejas—. A los guardias les daba un poco de grima.

Al parecer los guardias fronterizos que trabajaban en la Franja de la Muerte preferían que no hubiese rastro de muerte en ella.

Herr Koch está encantado de estar con alguien que comparte su interés por el Muro; está, si cabe, más obsesionado de lo que recordaba. Parece que se ha olvidado de que el suyo es un interés bastante particular. Una vez más, es un auténtico creyente: el Muro fue lo que le definió y no tiene intención de dejar que se vaya. Por un momento pienso también en frau Paul, que tampoco tiene intención de dejar que se vaya. Herr Koch empieza a hacer fotos. Miro la larga cara del ángel y pienso en Miriam y en Julia: más vidas modeladas por el Muro. ¿Dejarán que se vaya? ¿O dejará él que se vayan?

Nuestra siguiente parada es el canal Schiffahrts. Herr Koch está exaltado, habla a gran velocidad. Aparcamos a las puertas de una urbanización nueva. Los pisos tienen buen aspecto, son de colores vivos. Están dispuestos alrededor de un patio, un estilo muy berlinés, si bien se aparta sorprendentemente de la tradición pues en medio del patio hay una original garita de dos plantas de Alemania del Este. Herr Koch la señala con un gesto:

—Ésa es mi torre —me explica con orgullo. Por un instante está tan encantado que no puede ni hablar.

Me quedo mirando esa cosa. No cabe duda, es una vieja garita de la Franja de la Muerte. Tiene las paredes de cemento y ventanas hasta arriba para poder ver en todas direcciones. Encima hay una zona vallada por donde los guardias podían disparar. Cuesta pensar en ello como en algo alegre, pero la cara de herr Koch está resplandeciente de gozo.

—¿Su torre?

—Mi torre.

Me explica que a finales de 1989, cuando era delegado cultural de la Stasi, lo nombraron responsable de la «*Denkmalschutz*» o conservación del patrimonio histórico. Encontró un montón de placas esmaltadas de «patrimonio nacional», en blanco y azul, y, aprovechando el caos de esos últimos días, se dedicó a clavarlas en las cosas que él consideraba de valor, como el Muro, las barreras levadizas del *checkpoint* Charlie y las torres de los guardias. A pesar de sus esfuerzos, la mayoría de las placas fueron arrancadas.

La torre que me muestra, según dice, le dio muchos quebraderos de cabeza, sobre todo cuando los promotores decidieron construir aquí los pisos.

—¿Qué cree que hice?

Me doy la vuelta para verle la cara; no puedo ni imaginármelo.

—Encontré a un sin techo y lo instalé dentro. Y le di dinero y trabajo... ¡para

restaurar la torre! ¡No podían tirarla abajo porque estaba habitada!

Veo que por encima de la puerta alguien ha garabateado una dirección: Kieler Strasse, 2. Entramos y, en efecto, en la planta baja hay instalado un moderno baño con azulejos blancos.

—Por desgracia —dice herr Koch—, mi inquilino ha muerto.

Subimos arriba por una escalera, a la parte donde trabajaban los guardias. La torre se está desmoronando y huele a cemento húmedo, pero me agrada la idea de que el inquilino anterior, un viejo vagabundo oriental, se hubiese podido regodear con la vista desde aquí, desde donde antes los guardias lo vigilaban a él.

—No obstante, creo que de momento está a salvo. Tuvieron que construir los pisos a su alrededor. Al principio a los inquilinos no les hacía mucha gracia, pero he estado hablando con ellos y conforme avanza el tiempo aprecian cada vez más su relevancia histórica. —Coge un recogedor y una escoba y, como amo y señor que es del lugar, lo barre antes de marcharnos.

Nos internamos en la ciudad, pasamos por delante del Bundestag, del Reichstag y de Potsdamer Platz. En un semáforo, me fijo en un bolardo con un cartel que promociona la actual gira de los Renft por la antigua Alemania del Este. Me regocijo ante la idea de Klaus pavoneándose de nuevo con su historia, convertido una vez más en la estrella de rock que lleva dentro. Nos paramos en una calle cualquiera.

—¿Lo ve? —me pregunta herr Koch extendiendo los brazos. Miro a mi alrededor; no hay nada que ver—. ¡No lo ve! ¡No se ve que el Muro pasaba por aquí! —Tiene razón, no hay ni rastro de él, ni trozos de hormigón ni descampados—. Pero mire aquí. —Señala el suelo. Hay una estrecha franja de granito incrustada en la acera, un poco más gris que el resto del acerado—. ¡Eso es lo único que queda! Antes había una línea roja, pero hasta eso resultaba demasiado obvio, así que se les ocurrió esto. Y, lo que es más, en las partes donde han grabado «BERLINER MAUER, 1961 – 1989» está puesto para que se lea desde el oeste. Para nosotros los orientales está del revés.

Cuando volvemos al coche, me dice:

—Soy la única persona que está manteniendo vivo el recuerdo del Muro desde el lado oriental. Si hay algo que me ha enseñado la vida es a no mirar las cosas desde un solo lado. Por eso no le caigo bien a la gente, pero ¡alguien tiene que hacerlo! —Herr Koch es un cruzado en solitario contra el olvido.

Nos alejamos del centro por Zimmerstrasse hasta Bethaniendamm. Es una parte de la ciudad un tanto esmirriada; a un lado hay más pisos nuevos, también de colores vivos, y al otro, edificios de cemento gris. Entre medias hay lo que a primera vista parece un aparcamiento vacío, vallado con alambre, tablones y palos. Detrás de la valla alguien ha plantado patatas y berenjenas en ordenados surcos y tomates en rodrigones. Sigo sin tener muy claro qué estamos mirando.

—Aquí tenemos las «cebollas turcas».

Rodeamos la zona vallada, un pequeño triángulo de tierra. En un extremo hay una elaborada casucha de tres plantas hecha con trozos de contrachapado, cajas de frutas

y una escalera, con una parra que trepa por ella. En el porche hay unas sillas y un sofá viejos y, en el otro extremo del terreno, un columpio infantil de madera colgado de un árbol y pintado de rojo y amarillo.

Herr Koch me cuenta que esta tierra, en rigor, pertenecía al Este, pero que como resultaba muy complicado hacer una curva en el Muro para que la abarcara, se trazó el recorrido por la calle más cercana, dejando esta isla de tierra abandonada en el Oeste. En Berlín Occidental nadie sabía qué hacer con ella; no podía dársele mucho uso sin tener que pelearse con el régimen oriental. Era, literalmente, tierra de nadie. Con el tiempo, a una familia turca se le ocurrió vallarla y plantar verduras. Al parecer, cuando cayó el Muro, nadie la reclamó, así que sigue siendo un huerto. Miro por la valla: hay un albaricoquero y al fondo un roble alto. Me imagino una gran familia de abejas obreras: la abuela en el sofá, los niños en el columpio y el olor a café proveniente del chalecito de verano.

—Pero ¿sabe lo que pasó? —me pregunta Koch; vuelvo la mirada hacia él—. Al final la familia se peleó... Creo que eran dos hermanos. Fue tal el enfado que acabaron poniendo una valla en medio del huerto y dividiéndolo en dos. —Se le ilumina la cara con lo paradójico del asunto—. Venga, mire.

Caminamos hasta el centro, donde una valla de alambre de dos metros atraviesa el terreno, dejando a un lado la parte de la choza y al otro, el columpio; no hay manera de pasar de una a otra.

Nuestra última parada es el puente de Oberbaum. En esta zona Berlín es una tierra baldía donde las líneas del tranvía que comunicaban el Este y el Oeste hace poco que se han vuelto a unir. La franja más larga de lo que queda del Muro recorre esta orilla del río, más por olvido que porque exista un interés por conservarla. Al fondo hay lo que a primera vista parece un puñado de tiendas de circo. Conforme nos acercamos veo que son unos cuantos tenderetes de *souvenirs*, con banderas ondeando y carteles en inglés donde pone «RECUERDOS PARA TODOS» y «LE SELLAMOS EL PASAPORTE». Por un marco te sellan el pasaporte con un visado de entrada a la RDA, como si por arte de magia, al entrar en esa tienda, hubieses sido admitido en ese lugar del pasado. Unos turistas estadounidenses de la tercera edad bajan de un autobús; parecen que van todos combinados: embutidos en ropas claras y con zapatillas de deporte extremadamente limpias.

—Betty —le pregunta una mujer a otra con un marcado acento sureño—, ¿ésa es la misma chaqueta que te pusiste el día que fuimos a Auschwitz?

Herr Koch se mete en el tenderete principal:

—¡Gerd! —llama.

—¡Hombre, Hagen, amigo! —El tendero pega un brinco y sale de detrás de su mostrador para saludarlo. Herr Koch me lo presenta. Gerd es un sexagenario tostado por el sol que viste camisa azul desabrochada hasta el ombligo y luce una sonrisa con el voltaje de un artista de vodevil. Más tarde Herr Koch me comentará que fue actor de teatro en el Este.

El puesto de Gerd es un relicario de recuerdos de su país. Tiene cascos de soldados rusos y de la RDA; medallas rusas acuñadas como recompensa por los servicios prestados en la invasión de Berlín de 1945 («Auténticas, auténticas», dice triunfal); viejas señales esmaltadas donde pone «Está saliendo del sector americano» en inglés, ruso, francés y alemán, y «¡Atención: Minas! ¡Zona prohibida: peligro de muerte!». Tiene cochecitos Trabant del tamaño de una caja de cerillas, ositos, abridores, tazas de café y pegatinas para coches; y a un lado del tenderete, en los diminutos huecos de un casillero, montones y montones de trozos de Muro.

—Acéptelo como un regalo de mi parte —me dice, y me pone un trozo de Muro en la palma de la mano. Viene en una bolsita de plástico, junto con un «certificado de autenticidad». Parece una prueba forense. Ambos me miran sonrientes y emocionados. Me asusta que puedan ponerse a cantar en cualquier momento.

—¿Cómo sabe que es auténtico? —le pregunto.

—Claro que es auténtico —me dice Gerd, parpadeando como un presentador de concurso matinal.

Es probable que haya suficientes fragmentos «auténticos» de Muro como para reconstruirlo dos veces. Herr Koch se inmiscuye, con su habitual pasión por los documentos escritos:

—Mire, tiene un certificado para demostrarlo.

Les doy las gracias a ambos y voy andando hasta la siguiente parada del tranvía, en Warschauer Strasse. Cuando me vuelvo para mirar, veo que herr Koch ha acorralado a unos turistas y les está ofreciendo su visión de la historia.

## 27. Puzles

Voy a Núremberg en tren. Cuando llego me bebo un expreso en la barra de un bar de la estación. La atiende una hermosa joven con una especie de cofia de puesto de comida rápida. El hombre que está a mi lado pide un *Riesenbockwurst*. La camarera coge un bollo y lo rellena primero con la ensalada de patata y luego con la salchicha cocida.

«¿Mostaza o ketchup?». Sujeta el plato de papel a la espera de la respuesta, alargando la mano libre por encima de la barra, hacia donde suelen estar los botes puestos del revés para servirse; en su lugar, hay una gruesa ubre amarilla de goma. La camarera presiona y gira una de las tetillas con maestría y ordeña la mostaza.

Cuando estaba comprando el billete, me acordé de Uwe y de Scheller y de la conversación que tuvimos tiempo atrás sobre las mujeres puzle. Llamé a Uwe a la cadena para hablar un rato con él y contarle que he vuelto al punto de partida. Me respondió un antiguo compañero, que me contó que Uwe obtuvo un ascenso; ahora es corresponsal itinerante en Estados Unidos y él, Frederica y el pequeño Lucas están felizmente instalados en Washington. Le dije que le diese recuerdos de mi parte.

La delegación de la Oficina de Documentación de la Stasi donde trabajan las mujeres puzle está en Zirndorf, una aldea a las afueras de Núremberg. La sede está en el mismo recinto donde viven los refugiados. Dos etíopes, o tal vez eritreos, con tristes caras bíblicas, pasean por el exterior.

Me encuentro con el director, herr Raillard, en el vestíbulo y subimos unas escaleras hasta su despacho. Es un soso edificio administrativo que huele a cera para suelos y a cartón mojado. Herr Raillard es un hombre robusto con gafas y una melena cana y lisa que le llega por los hombros. Es archivero.

Estoy como un flan. Siento una urgencia indescriptible. Llevo tanto tiempo pensando en este lugar como el sitio donde están depositadas las esperanzas de Miriam... Quiero que haya impolutos bancos de metal y gente con redecillas en el pelo y guantes de tela blancos. Quiero que haya guardas jurado en la entrada y cámaras en las salas de trabajo. Quiero que escaneen en ordenador todas las páginas del puzle y que las relacionen con los expedientes a los que pertenecían, y que los encargados de llamar a los afectados sean gente sensible y entrenada que les informen sobre las nuevas conexiones de sus vidas.

Quiero que averigüen qué le pasó a Charlie Weber.

No dudo de que herr Raillard tiene muchas cosas que hacer pero su escritorio está totalmente despejado, me da la impresión de que ha pospuesto toda su agenda para nuestro encuentro de hoy. Es un hombre tranquilo, modesto, que hizo carrera en los archivos de Alemania Oriental en Coblenza y que ahora no sueña más que con la jubilación.

—Sí, dentro de poco cumpliré sesenta y tres años —me cuenta como diciendo: «Me queda poco aquí».

Me explica que empezó con este trabajo en 1995, tras cinco años reuniendo todas las sacas de material que había en Berlín. En enero de 1990 se habían recabado 15.000 sacas solo en Normannenstrasse. Contenían expedientes, fichas y fotos destruidos a mano y a máquina y casetes y cintas desenrolladas.

Herr Raillard me ha arreglado una cita para tomar café con algunas de las trabajadoras. Estoy loca por conocer a la gente puzle. Le pregunto cuántos son, y si son todas mujeres, como he oído.

—No, no —me dice—, aunque es probable que haya más mujeres que hombres.

Se muestra cauto y preciso, y le pide a su secretaria que confirme las cifras. Vuelve con una nota: 80 mujeres y 30 hombres.

Primero bajamos al vestíbulo para ver las salas de trabajo. Por el camino, me explica que ha habido cierta polémica porque las víctimas quieren que el trabajo se haga más rápido. Existe un programa informático que lo podría hacer; es capaz de unir muchas piezas a gran velocidad, basándose en las imágenes escaneadas de las formas exactas de los pedazos rasgados. Pero, según herr Raillard, a efectos de pruebas los documentos restaurados por ordenador no tienen validez como originales. No le veo mucho sentido porque, por lo general, la gente no presenta cargos, solo quiere saber que pasó en sus vidas.

—Y además sería bastante costoso —añade. Eso sí parece una razón más factible de por qué no lo utilizan.

La puerta da a una oficina corriente; mis ojos se posan en macetas y viejos cuadros en las paredes y un póster de unos gatitos de ojos vidriosos que juegan con un ovillo de lana. Hay una mesa amplia con una silla vacía detrás.

—Estará en su hora de descanso —me explica herr Raillard señalando la silla.

Solo le estoy escuchando a medias. La ventana está abierta de par en par, una cortina blanca se mueve con la brisa y siento pánico, noto como si se me saliera el corazón del pecho, porque sobre la mesa hay cantidades y cantidades de diminutos trozos de papel, algunos en pequeños montículos pero otros esparcidos por doquier. Hay tantas trizas de papel que la mesa se ha quedado pequeña, y el trabajador ha tenido que ponerlos también encima del archivador. Los trozos son de distintos tamaños, desde una quinta parte de un A4 hasta solo un par de centímetros cuadrados; y no hay nada, nada impide que vuelen por la habitación y salgan por la ventana.

Herr Raillard malinterpreta mi cara:

—Sí, es mucho trabajo, como puede ver.

La siguiente sala es igual. Esta persona, también de descanso, parece haber clasificado el material de las sacas primero en cajas de cartón recortadas y luego por toda la mesa. En una de las cajas un ojo de mujer me mira desde una fotografía rasgada. Sobre la mesa vislumbro el nombre del escritor Lutz Rathenow en un trozo de papel. Hay un rollo de cinta de doble cara junto a la silla y una página a medio completar delante: una esquina y el margen izquierdo.

En la siguiente sala los pedazos son incluso más pequeños.

—Es un trabajo muy laborioso —dice herr Raillard—, de momento el mayor número de trozos en una misma página asciende a noventa y ocho. —Esta persona casi ha completado un fajo de páginas que descansan sobre una carpeta. Ahí están todas las páginas, una encima de otra, salvo por una pieza o dos que faltan en el medio y que dejan un visible hueco—. Rasgar tantas páginas de una vez requiere una fuerza bruta. —Herr Raillard sacude la cabeza—. A ese funcionario de la Stasi tuvieron que dolerle los dedos al día siguiente.

De camino al encuentro con los trabajadores, le pregunto a herr Raillard por la seguridad. Me aclara que a todo el que trabaja aquí, incluso al personal de limpieza, se le investiga para comprobar que no haya tenido ninguna relación con la Stasi en el pasado, y eso a pesar de que todos son occidentales. Me cuenta que a sus trabajadores se les insta a no hablar del contenido de los expedientes que reconstruyen. En ocasiones es necesario recordárselo.

—Si encuentran, pongamos, un expediente sobre un importante político de Alemania Federal, entonces intervengo y les recuerdo que no deben mencionar nada.

Le pregunto sobre la vigilancia electrónica de las salas, porque me imagino que en el exterior debe de haber gente que pagaría una buena suma para que ciertos datos no salieran a la luz.

—No, no —niega herr Raillard—, a veces hay incluso dos personas en una misma sala. Pero eso es más para aliviar el tedio que por otra cosa. Y me aseguro de conectar la alarma cuando me voy por la noche.

No era como me lo había imaginado: es agradable, pequeño y discreto; está a medio camino entre una granja-escuela de entusiastas de los rompecabezas y un centro de rehabilitación para obsesos.

Herr Raillard me presenta y se va. Hay tres mujeres y dos hombres sentados en torno a una mesa con zumo, galletas y un termo de café. Me han guardado un sitio en la cabecera de la mesa. Las dos mujeres a mi izquierda son ambas de mediana edad, ambas rollizas y bastante maquilladas. A mi izquierda hay una joven con pecas y pelo moreno por los hombros; junto a ella, un hombre menudo de pelo castaño y con gafas y, en el otro extremo, un tipo alto de aspecto simpático con el pelo claro y ojos azules como canicas. Les pregunto cómo es su día a día.

Una de las mujeres de mediana edad dice:

—En realidad se parece mucho a hacer un puzle en casa. Empiezas por las esquinas y vas rellenando los huecos fijándote en la forma de los bordes. Y luego, aparte, el tipo de papel, la fuente, la caligrafía y esas cosas nos dan pistas.

—¿Y hace puzles en casa?

—Sí —dice—. Estoy loca.

Todos se ríen.

La mujer que está a su lado solo lleva aquí dos meses. Tiene las uñas pintadas y un hueco entre los dientes.

—Me abrieron una saca para enseñármela y cuando vi los trozos tan diminutos

pensé: «Dios mío, yo no voy a poder con esto». —Las sacas son como de un metro de altas y panzudas como una persona—. Pero cada saca es distinta, y la verdad es que tengo que reconocer que hay cosas interesantes.

El hombre moreno parece la persona con más experiencia. Tiene los ojos hundidos en las cuencas y una voz sosegada. Cuando habla, el resto le escucha con atención.

—En ocasiones la satisfacción está en saber que cuando la gente averigua lo que pasó encuentra cierta serenidad: por qué no consiguió un puesto en la universidad, o qué le pasó al tío que desapareció o lo que sea. Supone una oportunidad para los afectados de comprender sus vidas —explica.

Los demás se sirven café y se pasan la leche pasteurizada por la mesa. Intento imaginarme recibir más datos sobre mí misma a través de un expediente. Acabarías pensando en tu pasado como en un paisaje por el que una vez viajaste sin fijarte en las señales.

—Creo que al final la Stasi tenía tanta información —dice el hombre rubio— que pensaba que todo el mundo era enemigo porque todo el mundo estaba vigilado. No creo que supiesen quién estaba con ellos, contra ellos o si todo el mundo callaba sin más. —Es tímido y, mientras habla, se mira las manos, cerradas en torno a la taza de café—. Cuando me encuentro ante un expediente sobre una familia a la que estuvieron vigilando en el salón de su casa durante veinte años, no me queda más que preguntarme: ¿qué clase de gente puede querer poseer tantos conocimientos?

—¿Les conmueve a veces lo que descubren? —les pregunto.

La joven responde:

—Cuando me encuentro cartas de amor, pienso: «Dios santo, realmente lo abrían todo, y ¿por cuántas manos habrán pasado? ¿Cuántas copias sacaban?». Si me hubiese pasado a mí, sentiría odio. Me da cosa solo de leerlas cuando las uno.

El hombre moreno dice que a él le sorprende más cómo utilizaba la Stasi la desesperación de las personas contra ellas mismas.

—Como cuando estaban en la cárcel y les ofrecían soltarlos a cambio de que espíasen para ellos.

Pienso en el padre de Koch, que tuvo que decidir entre cambiar de partido político o ser deportado a un campo ruso, o en frau Paul, que podía haber sido usada como cebo en una trampa para atrapar a un occidental, e incluso en Julia, aprisionada en su propio país, donde le ofrecieron la libertad solo a cambio de que informase sobre la gente que le rodeaba. Pienso en los ciclos generacionales de tragedia que los alemanes se han autoimpuesto.

—Pero no es una cuestión de individuos —prosigue el hombre moreno—. Es una cuestión de un sistema que manipuló a la gente de tal forma que la forzaba a hacer esas cosas. Demuestra cómo se puede utilizar a unas personas en contra de otras. Yo no soy de la opinión de que los funcionarios deban ser condenados, porque la Stasi también estaba manipulada, ellos también necesitaban trabajar. —El resto asiente—.

Por otra parte, también hubo mucha gente que se negó en redondo. No se puede comprar a todo el mundo. —Cuenta la historia de un ingeniero que se negó a informar—: Y no le pasó nada. Cerraron el expediente y punto.

Eso me recuerda la historia de la operaria de una fábrica que, al día siguiente de que la abordasen para que informara, anunció en voz alta en la mesa de la cantina: «¿Sabéis qué? No os lo vais a creer, pero me creen tan leal que me han pedido que informe para Ellos». Al desenmascarse, se hizo inservible y no volvieron a molestarla.

La joven dice:

—Creo que había ventajas que olvidamos, sobre todo para las madres y los niños. Yo soy madre soltera y sé de lo que hablo. Yo tuve que trabajar y me costó encontrar sitio en una guardería. Tengo una amiga que vivía allí y me dice que por nada del mundo se hubiese...

—Y los alquileres eran más baratos —añade a mi derecha la mujer del hueco entre los dientes.

—Había guarderías —dice el hombre moreno— porque querían hacerse cuanto antes con los niños y educarlos en la lealtad hacia el Estado.

—No lo dudo —dice la joven madre—, pero solo vi la cruda realidad cuando cayó el Muro. Conocí a una pareja por la calle que acababa de llegar del Este y que no tenía dinero ni sitio adonde ir, así que les dije que podían quedarse conmigo. Pasaron un fin de semana en casa y les enseñé el barrio. Fuimos al Karstadt, a los grandes almacenes, y echamos un vistazo por la parte del supermercado. No daban crédito a sus ojos. «¿Cuántas clases de ketchup tenéis?», me preguntaron al ver los estantes. Y entonces pensé para mis adentros que lo cierto es que era demasiado... que debería haber un término medio. ¿Realmente necesitamos treinta tipos de jamón y quince clases distintas de ketchup?

—El error de la RDA fue obligar a la gente a posicionarse —comenta el hombre moreno—: o estás con nosotros o con el enemigo. Entonces, si acababas pensando que eras un enemigo, tenías que preguntarte: ¿qué hago aquí? Querían cuadrarlo todo en su limitado esquema, pero la vida, como es normal, no encajaba. —Hace una pausa y el resto espera a que termine—. Creo que hay que recordar que vinieron aquí por la libertad, no por quince clases de ketchup.

Herr Raillard se encuentra conmigo fuera. Verifico con él cuáles eran las repercusiones para aquellos que o bien le contaban a la gente que les habían ofrecido informar o bien se negaban sin más.

—La verdad es que no había repercusiones, ésa era la cosa. Se cerraba el expediente y se le ponía «*dekonspiriert*». Pero, por supuesto, por aquella época nadie sabía que no le pasaría nada. Por eso casi nadie se negaba.

Hemos llegado a la puerta.

—Quiero darle una cosa —me dice, y sin mediar palabra me tiende una fotocopia con algo escrito. Es una copia de un memorando que escribió:

### **Oficina de Documentación de la Stasi - Proyecto del grupo de reconstrucción**

Tiempo necesario para la Reconstrucción:

1 operario reconstruye una media de 10 páginas al día

40 operarios reconstruyen una media de 400 páginas al día

40 operarios reconstruyen una media, en un año de 250 días hábiles, de 100.000 páginas

Hay, de media, 2.500 páginas en cada saca

100.000 páginas suman 40 sacas al año

En total, en la Oficina de Documentación de la Stasi hay 15.000 sacas

De esto se deduce que para reconstruirlo todo harían falta 40 operarios durante 375 años.

Me quedo sin palabras. Esto solo se puede entender como una pequeña octavilla de protesta. Herr Raillard señala la hoja:

—Éstos son cálculos con cuarenta operarios —apostilla—. Como verá, solo contamos con treinta y uno.

Con sus modales contenidos me está diciendo que los recursos que destina la Alemania unificada a esta parte de la reconstrucción de las vidas de los ciudadanos de la RDA es lamentable, una broma tan sin gracia como la de Sísifo. Su trabajo como director aquí es más que nada un acto meramente simbólico.

Herr Raillard ha llamado a un chófer para que me lleve de Zirndorf a Núremberg. Es un día soleado de cielo raso. Más allá de los refugiados y los retazos de papel, todo es luminoso y alegre.

Voy mirando por la ventanilla y pensando en Miriam y en sus esperanzas de que las piezas desgarradas de su vida vuelvan a unirse en esas espaciosas salas, en algún momento de los próximos 375 años.

## 28. Miriam y Charlie

El tren de regreso a Berlín pasa por Leipzig; me bajo.

Es por la mañana, el aire tiene todavía esa calidez sedosa que logrará convertirse en algo real hacia mediodía. La última vez que estuve aquí estaban restaurando la estación; ahora forma parte de un centro comercial de tres plantas con un atrio inmenso. Las escaleras mecánicas transportan a la gente de arriba abajo por los distintos niveles. Cerca de la salida hay una exposición fotográfica sobre las manifestaciones de hace diez años. En el cartel de encima se lee: LEIPZIG. LA CIUDAD DE LOS HÉROES. No sé muy bien qué estoy haciendo aquí.

Deambulo por la ciudad. La mayoría de las grúas han desaparecido. Nuevas fachadas de edificios amarillo limón y rosa palo, algunas incluso doradas, han aparecido al despojarse del andamiaje. Dejo atrás el ayuntamiento y la bodega Auerbach. Justo al lado han intercalado un nuevo museo en el viejo paisaje urbano: el Foro de Historia Contemporánea de Leipzig. En el interior, es todo acabados de lujo y suelo de terrazo. Al parecer esto es esfuerzo económico federal por meter la historia de la separación de Alemania detrás de una vitrina.

Están las famosas fotografías de cuando construyeron el Muro: un soldado oriental que intenta huir al Oeste, separando el alambre de espino con las manos; y de Peter Fechter, el joven de dieciocho años al que dispararon en 1962 cuando intentaba escapar y al que dejaron morir en medio de la Franja de la Muerte porque ambas partes pensaban que el contrario tomaría represalias si salían a socorrerlo. Alguien le ha tirado un rollo de gasa, pero yace inmóvil y sangra. Hay fotografías de gente saliendo por la boca de un túnel en Berlín Occidental: el afortunado grupo que lo intentó antes que frau Paul. Y también hay un furgón gris aparcado aquí en medio, igual que el que la transportó hasta el tribunal. Un monitor de televisión muestra a Karl-Eduard von Schnitzler en su ácido apogeo. Llego a los años setenta y me encuentro con una vitrina de cristal con recuerdos de los Renft: discos, una vieja guitarra de Klaus y fotos del grupo con sus melencólicas componentes vestidos con pantalones de campana, tan inocentes como irreverentes.

Soy la única visitante. Los vigilantes están deseosos de entablar contacto ocular y conversación, están más aburridos que una ostra. Tal vez porque, a pesar de todo el dinero empleado, las cosas de detrás de los flamantes expositores tienen un aspecto decrepito y avejentado, como artículos sacados de una época que ha quedado atrás. Bajo las escaleras traqueteando con mis sandalias. Me molesta que este pasado parezca tan de postín, y tan a salvo, como si hubiese estado destinado desde un principio a acabar detrás de un cristal, detrás de un cordón de seguridad y un botón de alarma. Y estoy molesta conmigo misma: ¿cuál es el problema? ¿No se supone que los museos son para las cosas que han acabado?

Hay un buen trecho desde aquí pero, como creo recordar el camino, me dirijo

hacia la *Runde Ecke*. Espero que siga allí, que esta superficial versión financiada por el Oeste no sea todo lo que queda de Alemania Oriental. Sé que en las afueras de la ciudad todavía se elevan las típicas torres de pisos socialistas, pero aquí las calles están adoquinadas y los edificios son de nivel. Rostros esculpidos miran hacia abajo desde los arcos de los pórticos y una fila de cariátides apuntala el viejo teatro. Paso por delante de una tienda de música (la casa donde vivió Bach), una taberna y unas pompas fúnebres con una sorprendente gama de productos; hay un letrero donde pone «24 horas», seguido de una lista donde figuran el entierro, la incineración, el sepelio en el mar y los entierros anónimos, así como el «traslado de féretros». Un perro pasa tan campante por la acera y en alguna parte, se me ocurre, alguien muere. Su seguridad, su cabeza bien alta, me hacen sonreír. Un hombre en la ventanilla de un estanco me ve y me devuelve la sonrisa.

El edificio sigue aquí, su inmensidad abarca todo el bloque y termina en la esquina redondeada donde está la entrada. Al llegar a la puerta veo que el museo del comité de ciudadanos sigue existiendo y está abierto. En mi interior noto cómo se desata un pequeño nudo, aliviado. Subo las escaleras de piedra. La entrada a la exposición queda a la izquierda, mientras que a la derecha está la de la delegación en Leipzig de la Oficina de Documentación de la Stasi. No ha cambiado mucho. Atravieso el pasillo, pasando por delante del cuarto con el calendario de desnudos y de la celda de la ventana y la cama enanas, hasta la dirección del museo. Hay carteles donde se piden donaciones para que la institución siga funcionando.

Hoy no está frau Hollitzer, pero su joven colega me informa de que sí que sigue trabajando en el *Bürgerkomitee*. Cuando le pregunto sobre el nuevo museo de la ciudad, se encoge de hombros y me dice algo así como que la financiación y la independencia son incompatibles. Intentaron negociar con las autoridades federales para que hubiese un único museo de la Alemania dividida en Leipzig, gestionado por orientales, pero la cosa no salió adelante. Éste ha quedado con un aspecto más modesto y deslucido pero precisamente por eso es más auténtico: era en este edificio donde retenían a la gente y la interrogaban, y donde, en la planta de arriba, se clasificaban las biografías robadas. Me paseo un rato por las salas, viendo las montañas de pulpa de expedientes en una, los bigotes, las pelucas y el pegamento en otra, y los tarros con las muestras de olor en una tercera. Para mí aquí fue donde empezó todo. Le compro un par de libros al joven y me voy. Fuera hace calor; desde esta mañana el verde de los árboles se ha intensificado y sus sombras son más oscuras. No tengo nada más que hacer aquí salvo volver tranquilamente a la estación.

Atravieso un parquecillo donde hay gente almorzando en bancos. El ambiente es silencioso salvo por el canto de los pájaros, el ronroneo de los tranvías y un sonido de ruedas detrás de mí que cada vez es más fuerte. Me giro y veo venir hacia mí a dos chavales en monopatín, a todo trapo. Antes de poder decidir hacia dónde apartarme, me rodean con un movimiento grácil, cada uno por un lado, para luego volver a unirse. Contemplo cómo se deslizan hasta fuera del parque. Hacen la misma

maniobra con una chica en una cabina; esta sigue hablando mientras sale de la cabina para ver cómo se alejan patinando.

Cuando paso junto al teléfono me sorprende mirando a la chica. Lleva vaqueros y un top blanco con la barriga por fuera, masca chicle mientras habla. No oigo lo que dice pero está completamente absorta, tiene un talón apoyado contra la rodilla. Rondará los dieciséis años, lo que significa que tendría unos seis años cuando cayó el Muro. No creo que recuerde un mundo sin cabinas telefónicas.

Antes de saber por qué estoy aquí parada, me ve y me hace un gesto para darme a entender que no va a tardar mucho. Me siento aliviada al haber encontrado un objetivo, pero estoy paralizada. Cuando cuelga, me saluda y se va en su bici. Voy hacia la cabina. Dieciséis, reflexiono, a los dieciséis fue cuando ella cogió un tren de aquí a Berlín y trepó por el Muro. No pienso en otra cosa, pero abro mi agenda y marco su número.

—¿Sí?

—¿Miriam? Miriam, soy Anna Funder. Estoy...

—¡Anna! ¿Desde dónde me llamas? ¿Has vuelto a Berlín?

—Bueno, yo... lo cierto es que estoy en Leipzig —le anuncio—. He pensado en ti y se me ha ocurrido llamar para saludarte, ya que pasaba por aquí. No sabía si tendrías el mismo número. He estado en Núremberg y estoy de paso, de vuelta a Berlín. Yo sólo...

—Voy a recogerte —dice—. ¿Dónde estás?

—Creo que cerca de la estación.

—Vale. Nos vemos en la entrada lateral dentro de diez minutos.

La veo venir hacia mí. Va de blanco de los pies a la cabeza: pantalones anchos y blusa holgada. Es de mi altura, aunque su constitución es más estilizada; cuando me abraza siento las paletillas de sus omoplatos bajo mis manos. Al quitarse las gafas de sol veo el mismo azul en sus ojos; las arrugas de su cara, en cambio, son mucho más pronunciadas.

—Me he mudado desde que viniste —me explica. Recorremos en su coche calles adoquinadas, bajo olmos, plátanos y cables de tranvía.

El piso de Miriam está en un edificio que hace esquina y que está restaurado con gusto. Unas flores pintadas a mano se enroscan por las paredes de la amplia escalera y, al fondo, un discreto ascensor de vidrio y acero nos lleva hasta arriba. Una vez más, su piso está en la última planta. La esquina del edificio da forma al salón; todas las ventanas están abiertas, me acerco a un alféizar: al otro lado de la calle hay otro bonito edificio con una cristalera en el tejado y, por detrás, una explanada de césped y árboles que se extiende hasta donde me alcanza la vista.

—Es el brezal de Leipzig —dice detrás de mí—. Es estupendo para pasear. Si quieres podemos ir luego. El zoológico también está ahí, merece la pena.

—¿A qué huele? —le pregunto.

—Lo mismo es el recinto de los felinos —bromea.

—No, es algo dulce.

—Ah, son las acacias. —Se acerca a la ventana y me señala la copa de los espléndidos árboles que hay justo debajo de nosotras. Flores color crema cuelgan como uvas en racimos—. Es un perfume hermoso, ¿verdad? Mucho mejor sin duda que el de los leones. —Se ríe y me pone la mano en el brazo.

Miriam hace té y nos sentamos a charlar. No parece que mi visita la haya sorprendido, o al menos, no se la ve tan sorprendida como estoy yo de verla a ella. Es como si siempre hubiese esperado que nos volviésemos a ver, casi como amigas. ¿Qué son un par de llamadas sin respuesta entre amigas?

La brisa aromatizada nos rodea con dulzura. El piso tiene el suelo de parquet, paredes claras y una cocina nueva en un extremo de la sala. La habitación contigua es un espacio amplio cubierto por una gruesa alfombra de colores pastel. Está llena de libros y macetas y hay un ordenador en un rincón, unas nubes en el salvapantallas. Todo es blanco, luminoso y acogedor.

Le cuento a Miriam cosas sobre mis viajes, lo de los hombres de la Stasi, lo de la terrible experiencia de Julia, lo de los secuestros y los bebés abandonados en el lado equivocado del Muro, lo de los Renft y lo del catedrático Seta. Le cuento que acabo de llegar de Núremberg, donde he hablado con las mujeres puzzle, que han resultado ser también hombres; un par de docenas de personas haciendo algo que llevará mucho tiempo. Soy incapaz de decir: «Trescientos setenta y cinco años».

—En este país —me responde— todo lleva mucho tiempo.

Estamos sentadas ante una mesa de mimbre con cristal por encima. Miriam se quita las sandalias y apoya los pies entre las patas. Sigue llevando el pelo muy corto, aunque ahora lo tiene teñido de castaño oscuro. Todavía usa las mismas gafas redondas y menudas y sonrío con la misma sonrisa amable y espontánea, las sombras entre sus dientes remarcadas por la nicotina.

—Mucho, mucho tiempo... —repite mientras se enciende un cigarro. Entra una brisa que le pega la ropa al cuerpo, revelando de nuevo por un instante lo delgada que está por debajo; la magnificencia de su voz hace que se me olvide.

Miriam está trabajando en una emisora de radio pública. Hace poco le ofrecieron hacer un programa sobre fiestas *Ostalgie*, donde si enseñas tu documento de identidad de la RDA pasas gratis, donde todos se llaman unos a otros «camarada» y donde la cerveza solo cuesta un marco y medio.

—Cosas como esas están alimentando una nostalgia absurda por la RDA —me explica—, como si hubiese sido un inofensivo estado de bienestar que miraba por las necesidades de la gente. Además, la mayoría de los que van a esas fiestas son demasiado jóvenes como para recordar la RDA. Solo buscan algo que añorar.

Algunos de los hombres que dirigen la emisora de radio trabajaron como confidentes de la Stasi; uno de ellos fue incluso funcionario de la Compañía. A mí me resulta chocante, pero Miriam se encoge de hombros:

—Los viejos cuadros vuelven al poder —me dice. Sabe que uno de ellos le

pasaba a la Stasi cartas de oyentes con quejas y comentarios, y él sabe que ella lo sabe—. No es capaz de mirarme a la cara —me dice.

Cuando ella se negó a hacer el programa sobre la *Ostalgie*, le dijo: «¿Sabes cuál es tu problema? Tu problema es que no te identificas con la cultura de la emisora». Miriam pone los ojos en blanco ante lo ridículo de un ex agente reciclando las amenazas de la Stasi, cambiando solamente «nación» por «emisora». Al final, el programa lo hizo otra persona y se emitió, alimentando así la escalofriante nostalgia que asume aquí el papel del sentimiento de pertenencia.

Desde abajo nos llega el runrún de las vespas. El sonido me recuerda a sitios de playa, a pesar de que estamos en Europa central, lejos de cualquier mar. Le pregunto cómo era Charlie.

—Bueno, todavía no he ordenado las fotos antiguas, siguen en aquella vieja maleta.

Se levanta y va al dormitorio. Comprendo perfectamente lo que le impide archivarlas bajo un plástico, en un álbum, o en un marco. Y, de buenas a primeras, veo claro por qué el museo me resultaba tan irritante: han puesto las cosas tras un cristal, pero todavía no han terminado.

Miriam me enseña un par de viejas fotografías en blanco y negro y una kodacrome a color como las de cuando yo era pequeña. Me quedo de piedra.

—¿Esta eres tú?

La fotografía es de una joven pareja sentada ante una mesa. A él lo reconozco de la otra vez: el Charlie de la cara despejada y la mandíbula cuadrada. Lleva chistera pero va sin camisa y está haciendo el payaso. En cambio a Miriam no la habría reconocido nunca: la chica es hermosísima, de una belleza extraordinaria. Es delgada y de piel tersa, de rasgos finamente cincelados y una sonrisa arrebatadora. Desprende naturalidad, pero podría haber salido de cualquier revista, de aquella época o de hoy mismo.

—Eso fue después de casarnos —comenta Miriam—. Salimos a comer fuera. — Me acuerdo de la foto rota y me alegro de que se haya dejado con vida en esta otra.

Hay otra foto donde salen los dos, ella rodeándolo con los brazos, mirando a la cámara. Es una aparición, un ángel travieso al que atraparon cuando volaba por encima del Muro, enjaulado y luego puesto en libertad, aquí con su amado. En una tercera, una Miriam más joven mira con ojos solemnes a la cámara desde debajo de un flequillo. Aparenta unos doce años.

—Eso fue recién salida de la cárcel —me dice—. Ese vestido me lo hizo mi abuela.

—Pero pareces tan joven...

—Supongo que lo era. Tenía diecisiete años y medio.

La miro. No es vanidosa, no ha esperado ninguna reacción ante la belleza de las

fotografías. Entra un sol de costado y le pinta media cara de dorado. Nunca habría visto en ella a esta niña.

—También tengo esto. Me acordé de él la última vez que estuviste aquí y me lo encontré tiempo después. —Me tiende un papel doblado en cuatro—. En realidad, creo que no he vuelto a mirarlo desde que Charlie murió. —Toma aliento—. Me resultaba muy doloroso escarbar. —La hoja ha amarilleado por el tiempo y está un tanto rajada. En una carilla hay líneas en lápiz tachadas y corregidas, por la otra, la versión en limpio—. Es un poema de Charlie.

—¿Puedo copiarlo?

—Quédatelo, por favor. Ya me lo mandarás.

—¿Cómo era él? —vuelvo a preguntarle.

Enciende un mechero y se reclina en la silla.

—Bueno, era una persona sensible. Bastante reservado... muy observador. Tenía sentido del humor, pero yo diría que, por dentro, se tomaba las cosas bastante en serio. —Mira por la ventana, al cielo que avanza—. Era individualista... e hijo único. Por eso fue tan duro para mis suegros.

Miriam se levanta y coge un bol con cerezas de la cocina.

—¡Nuestros amigos pensaban que nuestro matrimonio era un desastre! —se ríe, mientras vuelve a acomodarse—. Pero para nosotros era perfecto.

—¿Por qué lo pensaban?

—Cada uno se dedicaba a sus cosas... hasta cierto punto, claro. Un día resultaba que uno de los dos quería ir al cine y el otro no, así que uno iba solo. Nosotros lo veíamos como algo bastante normal. O recuerdo volver de un viaje a Gera y encontrarme con Charlie en el pasillo y decirle «¿Vienes o vas?», y él responderme: «Voy a salir un rato, ya nos vemos mañana».

Unas voces llegan flotando desde la calle, notas sueltas de música humana.

—Nuestros amigos nos decían: «Pero ¿eso qué clase de matrimonio es?». Sin embargo, para nosotros era la única manera posible, por eso nos fue tan bien. —Escupe un hueso de cereza en la mano—. Yo creo que venía, o al menos por mi parte, de mi experiencia en la cárcel. Cuando salí de allí mi reacción fue muy extrema; no podía hacer planes con tiempo. No le podía decir a nadie: «Nos vemos el domingo». Para mí ese tipo de cosas eran como una obligación insoportable. —Se ríe—. ¡Cualquiera me aguantaba!

Me cuesta imaginar que fuese inaguantable, aunque está claro que no es fácil hacer que se comprometa. Y de buenas a primeras me doy cuenta de que realmente se alegra de verme; que ésta es la continuación de una conversación que empezó hace tres años. Recibió mis mensajes y mi carta y, por un impulso que ahora comprendo, no quiso comprometerse con una respuesta. Después de tantos años en que se anticiparon a sus movimientos, ahora solo quiere que las cosas se desenvuelvan por su cuenta. Y mi aparición aquí es parte de esa desenvoltura.

—Cuando presentamos nuestra solicitud para abandonar el país, las cosas se

pusieron bastante feas —me cuenta—. Empezaron a acosarnos en plena calle, nos paraban una y otra vez. También se pasaron el día siguiéndonos en coche, estaban decididos a hacernos la vida imposible. Al final citaron a Charlie en Interior para interrogarlo. Les dijo que lo único que quería era una respuesta a su solicitud, o sí o no. Ésa fue la primera vez que lo encerraron. Y una vez que lo soltaron empezaron a aparecer las tarjetas en el buzón, con notificaciones de citas en la habitación 111 de Dimitroffstrasse.

Dimitroffstrasse era la comisaría, pero con el tiempo Charlie Weber supo que la habitación 111 significaba una citación con la Stasi. El recinto tenía un patio interior y...

—Podías entrar tan tranquilo, pensando que ibas a aclarar un pequeño malentendido administrativo, y verte de repente en un interrogatorio de la Stasi, o encerrado en una celda, bajo custodia, sin comerlo ni beberlo. —Miriam hace una pausa—. La última vez que fue, iba a una cita en la habitación 111 y acabó en una de éstas.

—Querías exhumar el ataúd, ¿qué pasó al final? —le pregunto. Le quita el celofán a otro paquete de tabaco. Sus dedos no tienen buen color, están morados por la falta de oxígeno.

—La oficina del fiscal del distrito de aquí solo quiere echar tierra sobre todo lo que pasó, y por supuesto nada de perseguir a la Stasi. Supongo que hay muchas razones para ello, todavía hay mucha gente que trabaja para ellos y que era de la Compañía, ¡son sus compañeros! El juez, por ejemplo, el que firmó la orden para el arresto de Charlie la última vez que estuvo bajo custodia, sigue en la judicatura.

Pero ha habido algún progreso. El fiscal del distrito ha encontrado a un testigo que vio lo que pasó en las celdas el día que Charlie murió: otro preso.

—Según el relato de esa persona —dice Miriam—, hubo cierto movimiento en la celda de Charlie por la mañana temprano. Ocurrió algo y el guardia llamó a otros, que llegaron corriendo. Y luego se fueron. Según el testigo todo estuvo en calma hasta el mediodía, cuando volvieron con la comida. Entonces el guardia tuvo que llamar de nuevo a más compañeros y llegaron gritos desde la celda. Lo normal es que esta nueva prueba hubiese relanzado la investigación, pero no. El fiscal me informó más tarde de que habían encontrado a otro ex convicto que «aseguró con credibilidad» que ese día no oyó nada en el resto de celdas. Una vez más quisieron utilizarlo como pretexto para cerrar el asunto.

Miriam ha perdido la fe en esta investigación. Hará un mes mandó el expediente y la correspondencia de todos estos años al ministro de Justicia en persona.

—Todavía no me ha respondido, pero sigo esperando. —Tiene el codo en el reposabrazos y la barbilla en la mano—. Y por supuesto, también están los puzles. Sé a ciencia cierta que hay muchos pedazos de papel que no llegaron a meter en las sacas, por eso todavía ni siquiera han llegado a Núremberg. Quizás haya algo en ellos sobre Charlie.

Me quedo un momento callada. Luego le pregunto qué cree que pasó aquel día en la celda.

—Charlie era muy cabezota. Sé, por otras veces que había estado bajo custodia, que se negaba a cooperar, no hablaba ni iba al patio de ejercicio. A lo mejor se negó a responderles o algo cuando entraron en la celda por la mañana, le dieron una paliza y se golpeó la cabeza contra el suelo. Luego, lo más probable es que lo dejaran así en la celda y que, al volver a la hora de la comida, lo encontraran allí tirado. Es probable que estuviese muerto, o moribundo, por eso llamaron a más guardias.

Apaga un cigarro y se queda un rato aplastando la colilla.

Puede que tenga razón sobre lo que ocurrió. Pero ¿acaso desenterrándolo se descubrirá algo más? Tal vez se pueda probar si murió ahorcado o no, pero ¿a manos de quién? O, si lo incineraron tal y como se indica en el informe, quizá no haya nada en el ataúd que pueda decirle lo que ocurrió y se quedaría en el mismo punto, con solo el vago consuelo de las elucubraciones.

No obstante, por el momento este terrible juego de esperas deja en suspenso su vida con Charlie, la mantiene todavía en contacto. Y más allá de la necesidad de saber está la necesidad de justicia. El régimen puede haber desaparecido buenamente, pero el mundo no irá bien hasta que Miriam halle algo de justicia. Habrán puesto las cosas tras un cristal, pero todavía no han acabado.

Charlamos hasta bien entrada la noche, y comemos tomate con albahaca, jamón con melón. Miriam habla de sus amigos, pero no tiene pareja.

—Cuesta demasiado explicarlo todo —dice con tristeza. Le pregunto por su familia. De su madre me dice—: Es de esa gente con ambiciones sociales, uno pensaría que con el socialismo sería algo difícil, pero ella se las arregló. —Se ríe. Su hermana es dentista—. Puede que hayas visto su clínica abajo, en este mismo edificio.

Me alegra que tenga cerca a su hermana.

—¿Y tu padre?

—Mi padre era médico, un hombre muy bueno. Murió a principios de los años setenta, bastante joven. —Le da un toquecito al paquete de tabaco que hay sobre la mesa—. De cáncer de pulmón.

—Vaya...

—Pero la verdad —dice mientras echa una calada— es que eso no lleva mucho tiempo.

A través de las puertas correderas que dan a la otra habitación, mis ojos captan una mirada de muñeca de porcelana: es una vieja marioneta, con un vestido blanco sedoso, que cuelga, con las extremidades dobladas, de un crucifijo de hilos en la esquina de una estantería.

Miriam me dice que me quede e insiste en que duerma en su cama. Me levanto en plena noche, necesito agua y aire. De camino desde el baño hasta la ventana que da al brezal, la veo bajo la luz de la luna y me detengo. Duerme sobre el suelo del salón,

con un amplio pijama blanco y un antifaz en los ojos. Tiene el cuello doblado y los brazos y las piernas extendidas sobre un almohadón redondo. Está tan escuálida y encogida que le cabe casi todo el cuerpo, los hilos cortados, bajo el foco de luz.

Por la mañana Miriam me lleva a la estación. Respiro tranquila al encontrar una copistería y poder devolverle el poema de Charlie. Me acompaña hasta el andén y espera hasta que sale el tren, sigiloso, lento. La chica sentada enfrente de mí besuquea a su mascota; en el andén un perro mayor ladra celoso y se pone a acicalarse. Luego Miriam agita la mano y se va, de espaldas al sol.

Me gustan los trenes. Me gusta el ritmo, y me gusta la libertad de estar suspendida entre dos sitios, toda la ansiedad por el fin último bajo control: de momento sé adónde voy. En breve nos alejamos de Leipzig, dejando atrás maizales, trigales y depósitos de agua con apariencia medieval junto a cada estación: Lutherstadt, Wittenberg, Bitterfeld, Wannsee. En un sembrado hay un espantapájaros equipado con un casco negro de motero, por lo que pueda pasar; tras él un paracaidista busca dónde aterrizar. Hay dos niños en un bote entre los juncos de este vasto mar plano de un verde inverosímil.

Me aparto de la ventanilla y de pronto el cachorro me encuentra fascinante: ha captado el crujir del papel en mi bolsillo. Saco el poema de Charlie.

En esta tierra  
he llegado a enfermar de silencio  
en esta tierra  
he errado, perdido  
en esta tierra  
me he atrincherado para ver  
qué será de mí.  
En esta tierra  
me abrazo con fuerza  
para no gritar...  
Pero he gritado, tan alto  
que esta tierra  
me ha devuelto un alarido  
tan espantoso  
como las casas que construye.  
En esta tierra  
me han sembrado  
solo mi cabeza sobresale  
desafiante, de la tierra  
pero llegará el día en que será segada  
convirtiéndome así, por fin,  
en esta tierra.

Lo doblo y pienso en Charlie Weber, ahora esta tierra. Y pienso en Miriam, una doncella boqueando humo en su torre. A veces le llega su olor y su ruido, pero de momento las bestias están en sus jaulas.

Voy andando desde la estación de Rosenthaler Platz hasta el piso. El parque está vivo, la luz es tan brillante que realza a la gente y sus sombras en unas tres dimensiones desproporcionadas. Toman el sol sobre el césped, holgazaneando en bañador o con la barriga fuera. Hay adolescentes quitándose el chicle de la boca para besar, un perro pastor con un solo mechón teñido de verde, un joven minusválido al que han sacado de paseo en un carrito de bebé. La gente balancea de arriba abajo a los bebés para calmarlos y los niños giran y giran en columpios y tiovivos en los que nunca me había fijado.

# Agradecimientos

En primer lugar me gustaría dar las gracias a la gente que me contó su vida y, ante todo, a Miriam Weber, cuya historia fue el acicate para buscar el resto. También me siento agradecida a la gente que habló conmigo pero cuyas historias no han sido incluidas en el libro, en particular a Wolfgang Schellenberg, que tiene una vida que merecería un libro entero.

Estoy en deuda con muchas otras personas con las que hablé en Alemania. Frau Hollitzer del *Museum in der Runde Ecke* de Leipzig fue tremendamente generosa con su tiempo y su hospitalidad; con el personal de la Oficina Federal de Documentación de la ex RDA (*Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen DDR*), en especial, con Regina Schild, el doctor Klaus-Dietmar Henke, Thomas Auerbach, Roger Engelmann, Jens Gieseke y Bernd Eisenfeld, por ayudarme tanto con información y datos como, en ocasiones, con sus propias experiencias.

Frau Neubert, de la *Bürgerbüro e.V. Verin zur Aufarbeitung von Folgeschäden der SED-Diktatur*, me proporcionó información de incalculable valor, al igual que su colega Uwe Bastian.

Martin Gutzeit, del *Berliner Landesbeauftragte für die Stasi Unterlagen*, me fue de gran ayuda, así como el personal del *Antistalinistische Aktion Berlin. Normannenstrasse e.V. (ASTAK)*, del *Bürgerkomitee «15 Januar» e.V. zur Aufarbeitung der Stasi-Vergangenheit*, y del *Forschungs— und Gedenkstätte Normannenstrasse*, de Berlín.

Mis agradecimientos también al catedrático Manfred Görtemaker de la Universidad de Potsdam.

Este libro no habría podido escribirse sin el extraordinario y generoso apoyo en sus inicios de los miembros de la Asociación Germano-Australiana. Doy las gracias a la AGA por haberme concedido la Beca de Desarrollo Educacional en 1995 y, en particular, a sus miembros: BMW (Australia), Dresdner Bank AG., Mercedes Benz (Australia) y el Deutsche Bank de Australia. Asimismo, agradezco la cooperación y la amistad del señor Andrew Grummet.

Mil gracias de corazón al Centro de Australia en Potsdam, donde disfruté de una estancia para escritores entre 1996 y 1997. Tanto la doctora Ditta Bartels de Australia como Ruth Ader y Rico Janke de Potsdam resultaron ser un gran estímulo, al igual que un apoyo administrativo cuando empezó el trabajo serio.

Agradezco la concesión del Premio de Escritura Creativa Felix Meyer, así como la beca New Work del centro Victoria Arts, con la que pude ganar tiempo para escribir. La beca para la estancia en Varuna, en la Casa de Escritores, y el apoyo que encontré allí por parte de Peter Bishop fueron estupendos.

Doy las gracias a la Sociedad de Autores de Australia y a John Tranter por su asesoramiento durante el programa de capacitación. Estoy en deuda con Marion Campbell de la Universidad de Melbourne, por sus conocimientos y su sabiduría. Del mismo modo, doy las gracias a Jenny Lee, cuya lectura durante el proceso de escritura llegó justo a tiempo, y a Gudruna Papak del Instituto Goethe de Sydney.

Mis grandes amigos de Berlín me dieron una muy necesitada sensación de vida normal mientras exploraba Stasilandia: Annette y Gerhard Pomp, Charlotte Smith y Markus Ickstadt, Harald y Marianne Meinhold, Lorenz y Monika Prell y Rainer Merkel. Mi padre John y mi difunta madre Kate me apoyaron en todo momento.

Me siento especialmente agradecida a mi editor Michael Heyward, cuyo inquebrantable entusiasmo me alentó en muchas ocasiones para seguir escribiendo y cuyo trabajo de edición es asombroso. Por encima de todo, estoy en deuda con Craig Allchin, mi fuente de inspiración permanente, quien siempre hizo las preguntas adecuadas, sin por ello llegar a preguntarme nunca si este libro se merecía cuatro años de nuestra vida.



ANNA FUNDER (Melbourne, Australia, 1966). Es una escritora australiana graduada en las Universidades de Sidney y Berlín. Ha trabajado como abogado especialista en Derecho Internacional, y como relaciones públicas de una emisora televisiva alemana.

*Stasiland*, su primer libro, recibió el premio Samuel Johnson de la BBC para obras de ensayo del 2004.

# Notas

[1] Es el historiador y doctor Klaus-Dietmar Henke quien dice que «la revolución pacífica» de 1989 fue «la única revolución victoriosa de la historia alemana. Los alemanes orientales añadieron uno de los momentos más espléndidos a la historia del país, a la tortuosa manera que tiene nuestra nación de considerar y aceptar como tal la libertad individual y política en tanto que valores primordiales». Asimismo afirma que el número de expedientes generados por la Stasi rondaría «el equivalente a todos los archivos producidos en la historia alemana desde la Edad Media»; lo hace en la ponencia «Levantando el velo de la opresión: los archivos de la Stasi», presentada en 1996 en Berlín durante la 26.ª Conferencia Bianual de la Asociación Internacional de Letrados. El doctor Henke era por aquel entonces director del departamento de investigación de la Oficina de Documentación de la Stasi (*Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik*, de aquí en adelante *BstU*). <<

[2] En torno a las cifras sobre el número de agentes de la KGB en la Unión Soviética, del personal de la Gestapo en el régimen nazi y de los empleados y agentes de la Stasi, véase John O. Koehler, *Stasi: The Untold Story of the East German Secret Police*, Westview Press, Boulder, 1999, pp. 7 – 8. <<

[3] Las declaraciones sobre los traidores y las ejecuciones están extraídas del documental televisivo *Die Stasi-Rolle: Geschichten aus dem MfS*, de Stefan Aust, Katrin Klöcke, Gunther Latsch y Georg Mascolo, Spiegel TV, 1993. <<

[4] En torno a la vida de Erich Mielke véase Jochen von Lang, *Erich Mielke: Eine deutsche Karriere*, Rohwolt, Reinbek bei Hamburg, 1993; y Koehler, op. cit., pp. 33 – 72. <<

[5] La RDA tenía el PIB per cápita más elevado del Bloque del Este: Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York, 1998, p. 755. <<

[6] La publicación rusa Sputnik, por ejemplo, fue prohibida en noviembre de 1988 por las autoridades de la RDA: «Der Weg zur Einheit: Deutschland seit Mitte der Achtziger Jahre», en Informationen zur politischen Bildung, 1er trimestre, 1996, p. 15. <<

[7] El informe de la Oficina de Documentación de la Stasi sobre los planes para el encarcelamiento de ciudadanos durante el «Día X» es «Vorbereitung auf den Tag X—Die Geplanten Isolierungslager des MfS», de Thomas Auerbach y Wolf-Dieter Sailer, *BstU*, 1995. <<

[8] Las palabras de Honecker fueron: «Den Sozialismus in seinem Lauf, wie man bei uns zu sagen pflegt, hält weder Ochs noch Esel auf», Erfurt, 14 de agosto de 1989; las repetiría en su discurso del 6 de octubre de 1989 ante el Parlamento, en el cuadragésimo aniversario de la RDA: véase «1989 – 40 Jahre DDR» en <http://ddr-im-www.de/Geschichte/1989.htm>. En ese mismo portal se puede encontrar la famosa advertencia de Gorbachov. En cuanto a la orden de Honecker de «pellizcar a los contrarrevolucionarios en el trasero», véase Der Spiegel, n° 46, 1999 (15 de noviembre de 1999), «Wende und Ende des SED-Staates (2)», en <http://www.spiegel.de/spiegel/print/index-1999-46.html>. <<

[9] El discurso de Günter Schabowski en la rueda de prensa del 9 de noviembre de 1989 aparece en el documental para televisión Die StasiRolle: Geschichten aus dem MfS, Spiegel TV, 1993. En el mismo programa aparece el guardia fronterizo herr Jäger admitiendo que en ocasiones se ponían sellos en los pasaportes para evitar que cierta gente regresase al país. El discurso de Schabowski también está disponible en «1989 – 40 Jahre DDR» en <http://ddr-im-www.de/Geschichte/1989.htm>. <<

[10] Sobre el célebre discurso de Mielke ante el Parlamento, véase Der Spiegel, nº 46, 1999 (15 de noviembre de 1999), «Wende und Ende des SED-Staates (8)», en <http://www.spiegel.de/spiegel/print/index-1999-46.html>. También puede leerse en <http://ddr-im-www.de/Geschichte/1989.htm>. <<

[11] Sobre el número de confidentes de la Stasi que participaron en las negociaciones de la Runde Tisch, cfr. «Wende und Ende des SED-Staates (11)», en Der Spiegel, nº 46, 1999 (15 de noviembre de 1999), también disponible en <http://www.spiegel.de/spiegel/print/index-1999-46.html>. <<

[12] En 1998, una investigación parlamentaria del gobierno federal descubrió que, en las semanas de la debacle del régimen de la RDA, en 1989, desaparecieron entre 3.000 y 10.000 millones de marcos occidentales. Véase la referencia a Untersuchungsausschuss «DDR-Vermögen» en «Wende und Ende des SED-Staates (12)», en Der Spiegel, n° 50, 1999 (14 de diciembre de 1999) <http://www.spiegel.de/spiegel/print/index-1999-50.html>. <<

[13] Fue Frau Neubert, de la Bürgerbüro e.V. Verein zur Aufarbeitung von Folgeschäden der SED-Diktatur, quien me contó lo de los envíos de porno y de paquetes sospechosos; los cables de los frenos del coche de los Neubert fueron cortados; el escritor Jürgen Fuchs contó la historia de unos cachorros y fue su hija quien fue secuestrada a la salida del colegio. En relación con las amenazas de ataques con ácido, véase Koehler, op. cit., p. 29. Koehler cita a su vez a Manfred Kittlaus, el director de la Unidad de Investigación Criminal del gobierno de Berlín, quien tacha a las asociaciones de ex funcionarios comunistas de ser «las clásicas asociaciones de crimen organizado» (p. 30). <<

[14] En castellano en el original (N. de la T.). <<

[15] A pesar de que la mayoría de la gente podía ver la televisión occidental, la señal occidental no llegaba a penetrar en un área de difícil accesibilidad geográfica que incluía Dresde. La zona llegó a conocerse como el «Tal der Ahnungslosen», o «valle de los desinformados». <<

[16] Encuestas realizadas en los años inmediatos a la guerra mostraron que el periodo de Hitler en la historia alemana (1933 – 1945) era visto como positivo por alrededor del 40 por ciento de la población alemana: «Umfrage des Instituts für Demoskopie Allensbach 1951», en Alfred Grosser, *Die Bonner Demokratie: Deutschland von draußen gesehen*, Rauch, Dusseldorf, 1960, p. 22. Según una encuesta de 1971 la mayoría del pueblo alemán mantenía que el nazismo era una buena idea que había fallado en su implementación: Max Kaase, «Demokratische Einstellungen in der Bundesrepublik Deutschland», en Rudolf Wildemann (ed.), *Sozialwissenschaftliches Jahrbuch für Politik*, vol. 2, Olzog, Múnich, 1971, p. 325. <<

[17] Uno de los textos autobiográficos de Karl-Eduard von Schnitzler es *Meine Schlösser oder Wie ich mein Vaterland fand*, Verlag Neues Leben, Berlín, 1989. Más sobre sus opiniones en *Provokation*, Nautilus, Hamburgo, 1993. <<

[18] El informe de la Oficina de Documentación de la Stasi sobre la utilización de radiación contra elementos «opositores» es el Bericht zum Projekt: Einsatz von Röntgenstrahlen und radioaktiven Stoffen durch das MfS gegen Oppositionelle-Fiktion oder Realität?, del grupo de trabajo «Strahlen» formado por: Bernd Eisenfeld (director), Thomas Auerbach, Gudrun Weber y el doctor Sebastian Pflugbeil. Fue publicado por el *BstU* en el año 2000. <<

[19] Más tarde encontré instrucciones para operativos sobre cómo lisiar a los «oposidores», más detalladas que los breves apuntes de herr Block. Están extraídas de la directiva «Percepciones» («Richtlinien, Stichpunkt Wahrnehmung»). El objetivo era: Desarrollar apatía (en el sujeto) [...] para conseguir una situación en la que sus conflictos, tanto sociales, personales, profesionales, políticos o de salud, sean irresolubles [...] para avivar miedos en él [...] desarrollar/crear desencuentros [...] restringir su talento y sus habilidades [...] reducir su capacidad para reaccionar y [...] sembrar discordancias y contradicciones a su alrededor con tal fin [...]. El 18 de enero de 1989 (mucho antes de que nadie pudiese sospechar las manifestaciones de octubre de ese mismo año) el Estado publicó una directiva más depurada llamada «Zersetzungsmassnahmen». En alemán Zersetzung es una palabra cruel que no tiene equivalente directo en inglés. Zersetzung, como concepto, engloba la aniquilación del yo interior. La directiva recomienda los siguientes métodos: [la] difusión paulatina de rumores sobre individuos concretos valiéndose de cartas anónimas y pseudo-anónimas [...] crear situaciones comprometidas para ellos con el fin de crear confusión en torno a los hechos [...] [y] la generación de conductas histéricas y depresivas en los sujetos escogidos. Véase Jürgen Fuchs, *Unter Nutzung der Angst*, 2, 1994, *BstU*, pp. 13 – 24, y «Politisch-operatives Zusammenwirken und aktive Maßnahmen», en *Bearbeiten-Zersetzten-Liquidieren Analysen und Berichte*, 3, 1993, *BstU*, pp. 13 – 24. Para conocer las definiciones de la propia Stasi, véase también Siegfried Suckut (ed.), *Das Wörterbuch der Staatssicherheit: Definitionen des MfS zur «politisch-operativen Arbeit»*, Christoph Links Verlag, Berlín, 1996. <<

[20] Véase Ritchie, op. cit., p. 877. <<

[21] Los artículos sobre herr Bohnsack se incluyen en Der Spiegel, n° 29, 1991, pp. 32 – 34 (donde Bohnsack confirma que la Stasi compraba votos de políticos de Alemania Federal) y en Der Spiegel, n° 30, 1991, pp. 57 – 58. Sobre la desinformación, véase también Der Spiegel, n° 49, 1991, pp. 127 – 130. A pesar de la compra de votos por parte de la Stasi, el mandato de Brandt como canciller no duró mucho. Brandt caería dos años después, tras descubrirse que uno de sus asesores más cercanos, Günter Guillaume, era uno de los agentes de Wolf. <<